

Sentido del proyecto *æ*fectivo

Roberto Marcelo Falcón Vignoli

ADVERTIMENT. La consulta d'aquesta tesi queda condicionada a l'acceptació de les següents condicions d'ús: La difusió d'aquesta tesi per mitjà del servei TDX (www.tesisenxarxa.net) ha estat autoritzada pels titulars dels drets de propietat intel·lectual únicament per a usos privats emmarcats en activitats d'investigació i docència. No s'autoritza la seva reproducció amb finalitats de lucre ni la seva difusió i posada a disposició des d'un lloc aliè al servei TDX. No s'autoritza la presentació del seu contingut en una finestra o marc aliè a TDX (framing). Aquesta reserva de drets afecta tant al resum de presentació de la tesi com als seus continguts. En la utilització o cita de parts de la tesi és obligat indicar el nom de la persona autora.

ADVERTENCIA. La consulta de esta tesis queda condicionada a la aceptación de las siguientes condiciones de uso: La difusión de esta tesis por medio del servicio TDR (www.tesisenred.net) ha sido autorizada por los titulares de los derechos de propiedad intelectual únicamente para usos privados enmarcados en actividades de investigación y docencia. No se autoriza su reproducción con finalidades de lucro ni su difusión y puesta a disposición desde un sitio ajeno al servicio TDR. No se autoriza la presentación de su contenido en una ventana o marco ajeno a TDR (framing). Esta reserva de derechos afecta tanto al resumen de presentación de la tesis como a sus contenidos. En la utilización o cita de partes de la tesis es obligado indicar el nombre de la persona autora.

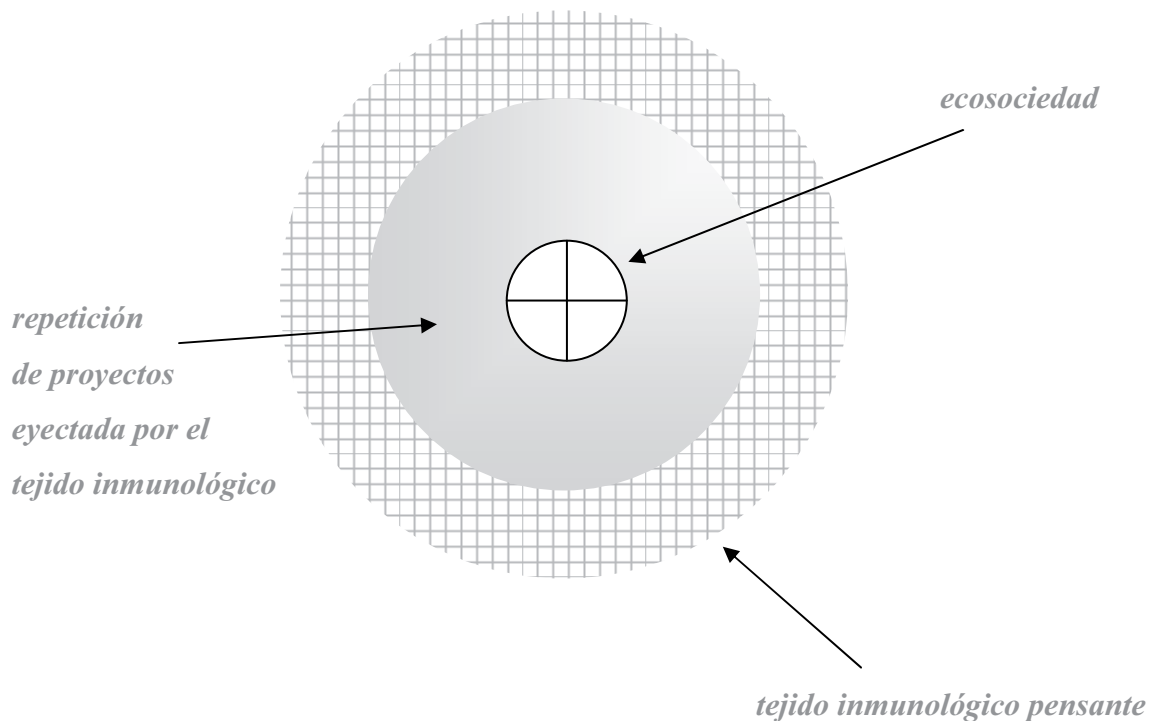
WARNING. On having consulted this thesis you're accepting the following use conditions: Spreading this thesis by the TDX (www.tesisenxarxa.net) service has been authorized by the titular of the intellectual property rights only for private uses placed in investigation and teaching activities. Reproduction with lucrative aims is not authorized neither its spreading and availability from a site foreign to the TDX service. Introducing its content in a window or frame foreign to the TDX service is not authorized (framing). This rights affect to the presentation summary of the thesis as well as to its contents. In the using or citation of parts of the thesis it's obliged to indicate the name of the author.

Parte III

Pensamiento sobre el Sentido

Introducción Parte III

Esta parte tercera trata de la necesidad subsistente evidenciada en la humanidad, de sus movimientos inteligentes y afectivos desarrollados cotidianamente, cuyos efectos serían siempre evaluables. Realidad dinámica que podría recrear o reinventar permanentemente los estadios necesarios para el desarrollo ecosocial. Asimismo, se visualiza la existencia de una repetición restauradora de todo nicho o paréntesis vital, que ofrecería ordinariamente el bien apetecido; causando por tal motivo, todas las manifestaciones y efectos adecuados en tiempo oportuno. En tal sentido, dicho escenario revelaría la presencia de un bien social del cual emergerían todas las acciones inteligentes y afectivas, todos los ecoproyectos. Finalmente, se verá la existencia, la presencia, de un tejido inmunológico planetario sustentado en pensamientos sistémicos elaborados por la libre asociación de personas; trama que se revela como una sustancial defensa activa durante todos los tránsitos subsistentes de una humanidad íntimamente reunida con la naturaleza. Su visualización sería:



I. Sentido bioético y espacio ecoproyectual

Este capítulo primero trata de la necesidad subsistente de la sociedad, razón por la cual debe necesariamente reflexionar para obrar adecuadamente. En tal estadio, siempre sería posible evaluar los proyectos desde sus procesos y efectos sistémicos. Por ende, éstos serían invariablemente efectos de una razón afectiva que los convertiría en procesos orgánicos capaces de nutrir la vida social. Por ello, las ecosociedades cultivarían bio-proyectos como estrategia subsistente, rindiendo de este modo culto a la vida. Tal situación revelaría a toda inteligencia individual y colectiva, como una fuerza auto-re-generadora de los paréntesis ecosociales, consiguiendo sus fines siempre y cuando se aprovechara el tiempo oportuno para actuar. En definitiva, se trata de la necesidad subsistente de la humanidad, razón que le impulsaría a desarrollar todos los movimientos reflexivos, activos, afectivos y efectivos, como consecuencia de la acción de su potencia suprabiológica. Fuerza desde la cual lograría reinventarse cotidianamente, cultivando evidentemente todos los ecoproyectos necesarios. Esta mirada ha emergido a consecuencia del contacto con el pensamiento de Carlos Vaz Ferreira, Daniel Goleman, Edgar Morin, Gilles Deleuze, Gillo Dorfles, Johannes-Gobertus Meran, Max Scheler, Mircea Eliade, San Agustín y Tomás de Aquino.

1.1. Necesidad subsistente y límites del ecoproyecto

Este punto trata de la necesidad subsistente de la sociedad. Posición emergente a consecuencia del contacto con el pensamiento de Johannes-Gobertus Meran.

Estaríamos, por lo establecido hasta el momento, ante una realidad que fundamentalmente ligaría potencias verbales, intenciones, procesos proyectuales, espacios de identidad y efectos con sentido vital para el continuo resurgimiento ecosocial. Situación subsistente que evidentemente podría enriquecerse permanentemente a través de todos aquellos comportamientos capaces de cohesionar las realidades proyectuales como potencias idóneas para nutrir la vida social. Sería así como los estadios proyectuales de emanación, transformación, manifestación y efecto, podrían dirigirse adecuadamente hacia la finalidad vital de las sociedades. Estaríamos pues ante los proyectos, como ante fuerzas de cambio sustancial que facilitarían la continuidad existencial de la sociedad. Por lo tanto, desde tal comprensión, podría entenderse cuáles serían las incidencias o los efectos generados por tales fuerzas verbales, desarrolladas durante tales procesos proyectuales. Podría constatarse pues, que las realidades verbales y los procesos que desencadenarían, serían capaces de transformar la realidad dentro de un marco lógico, es decir, alejados de toda magia irracional que no sería área de las potencias proyectuales. En esta dirección, sería posible comprender que mientras haya posibilidades de transformación positiva para el tejido social, para las realidades societales, para los individuos, cabría siempre la posibilidad de desarrollar acciones proyectuales. Este punto se hace crucial ya que sería posible conformar los proyectos en relación a una necesidad subsistente y sistémica de la humanidad, de las sociedades. Por ende, los proyectos y sus efectos podrían adecuarse o adaptarse a las necesidades contextuales. Realidad que revelaría que no son un fin en sí mismo, sino un fin vital para la sociedad. Es decir, que las potencias verbales, que las potencias proyectuales, se las podría pensar como fuerzas que pueden ser controladas y dirigidas con precisión. Por lo tanto, sería posible meditar permanentemente sobre sus efectos en relación a la continuación del desarrollo vital ecosocial. Pero esta posición de defensa a ultranza de lo vital se haría especialmente compleja cuando se ingresara en situaciones clínicas críticas, donde la existencia de la vida se haría paradójica por estar en un estadio de presencia y ausencia, quizás intermitente en los últimos instantes existenciales. En tales escenarios bioéticos, en tales circunstancias críticas, quizás dramáticas, las acciones y efectos proyectuales estarían en

una situación difícil en cuanto a su posible incidencia para la conservación de los signos vitales, tan defendidos durante nuestro trabajo. Es decir, en líneas generales, sería posible establecer que las realidades proyectuales podrían estar activas en la defensa de la continuación de la vida, pero sin olvidar que existirían estadios particulares donde no sería tan fácil mantener tal postura, tal objetivo en un principio, absolutamente loable. Por consiguiente, desde nuestra posición, la acción verbal vital sería el principio fundamental para dar sentido a todas las acciones proyectuales, sin olvidar las realidades específicas en las cuales emerge.

Sería así que existirían circunstancias críticas en momentos temporales específicos, donde las acciones y efectos proyectuales provenientes quizás de políticas gubernamentales, de políticas hospitalarias o de políticas económicas, ya no podrían potenciar el desarrollo de la vida y sí solamente mantener la continuación de ciertos signos vitales. En este punto, sería necesario toda reflexión profunda, tanto individual como colectiva, sobre cómo proceder en tales circunstancias. Por lo tanto, las realidades verbales, principales responsables de los objetivos proyectuales y estos de los efectos contextuales, se enfrentarían a situaciones muy delicadas y complejas. Circunstancias ante las cuales habría que llevar a cabo ciertas decisiones, sin olvidar que estos actos generarían efectos significativos, ya que influirían en los signos vitales de organismos que podrían ser prácticamente insalvables (ética de la acción verbal). Es decir, que podrían tomarse posturas como la de **no dejar ir**¹ a las personas fuera del paréntesis de la vida, mientras éstas conserven aún ciertos signos vitales. Como también podría haber decisiones de marcar cierta frontera a tales esfuerzos por aferrar la existencia, dentro del espacio vital. Desde tal mirada, aparecerían límites a las acciones verbales ligada a los fines de los proyectos subsistentes y por ende, limitaciones a las acciones proyectuales provenientes de políticas gubernamentales, hospitalarias, etcétera. Sin duda, desde tal visión, se revelaría que en torno de la vida manifiesta en los individuos, aparecerían un sinnúmero de pensamientos y acciones orbitales muy dispares, que se ligarían claramente, con posiciones morales, éticas, bioéticas, filosóficas, teológicas, sociológicas, etcétera; y evidentemente se ligarían a tal situación, realidades económicas como tecnológicas

¹ Véase, Reinhard Löw y otros (1992: 165): “*Morir es un cambio, que consiste especialmente en partir, irse. Sólo puede marcharse quién no es retenido ni es sujetado violentamente. Poder soltar es, sin duda, lo más doloroso de la asistencia a un hombre enfermo de muerte. Sin embargo, es el supuesto de una muerte digna y pacífica*”.

supeditadas o no a **finés éticos y políticos**². Por ende, la batalla por la vida podría entenderse como una guerra desigual contra el tiempo biológico, contra el tiempo, contra lo inevitable, que no siempre se libraría desde las mismas posiciones. Sería pues factible reconocer, que sobre tales situaciones paradójicas donde se da simultáneamente la vida y la muerte, emergerían socialmente un sinfín de realidades proyectuales que sin duda, analizándolas en profundidad, podrían perfectamente connotarse, comprenderse y desde tal entendimiento, **juzgarlas y reconducirlas**³. En definitiva, no podríamos olvidar, que sí existe una **finalización natural**⁴, un término para todos los organismos que estaría pautando toda acción subsistente proyectada. Situación en la cual, los proyectos vitales se desarrollarían entre el **día y la noche**⁵, entre la vida y la muerte, adecuando sus manifestaciones y efectos, ya que ellos serían incidentes. Sería en estas situaciones intermedias, entre un estadio y otro, donde podrían o no justificarse ciertas acciones proyectuales. Donde podría estudiarse en general y según cada circunstancia particular, los efectos de los esfuerzos por mantener la vida. Es decir, trabajar por revertir toda situación de pérdida de signos vitales, podría tener su límite cuando los organismos ya han cumplido su proceso biológico. En este sentido, esforzarse por retener toda vida dentro del paréntesis vital, podría ser una estrategia vecina a todas aquellas acciones que podrían connotarse de suplicio, martirio y tormento, por lo tanto considerarse absolutamente innecesarias (acción sobre un estado irreversible).

² *Ibidem*, pág. 166: “La americana Debora Duda, dedicada a asistir moribundos, reprocha a los médicos que hayan convertido el acontecimiento natural de la muerte en un problema médico, para ser felices y hacerse ricos de ese modo. A su juicio, los médicos no dejan morir a los pacientes, porque se benefician de ello no sólo económicamente, sino socialmente, por su condición de expertos. (...) Por lo demás, ¿quién produce las innumerables máquinas, los tubos, los aparatos de diálisis, los equipos de respiración artificial, los medicamentos? Una enorme rama industrial entera e incontables puestos de trabajo dependen de que los pacientes sigan en vida por lo menos durante algún tiempo”.

³ *Ibidem*: “En muy pocos casos se halla la medicina moderna en condiciones de dilatar la vida por algún tiempo. Sin embargo, las críticas a la prolongación de la misma y los reproches contra la tutela de los moribundos son cada vez mayores. En muchos medios de comunicación se traza una imagen espantosa de enfermos cautivos en hospitales enormes, sometidos a vigilancia continua en sesiones especiales o en unidades de vigilancia intensiva, mantenidos en vida a toda costa con medicamentos que reactivan la circulación agotada, o con electroshocks y marcapasos que disciplinan el músculo cardíaco fatigado”.

⁴ *Ibidem*, pág. 167: “Por lo demás, cuando el enfermo es políticamente relevante y ocupa una posición de poder (...), se le trata todavía peor en interés de la estabilidad política. ¡Sería una vergüenza para la clínica que una persona eminente se limitara a morir en ella!”.

⁵ *Ibidem*, pág. 168: “La muerte es comparada frecuentemente con el crepúsculo, que se introduce furtivamente entre el día y la noche. El atardecer puede cogernos por sorpresa y darnos cuenta súbitamente de que ha oscurecido. Es preciso, pues, estar atento para percibir el instante, el kairós, que permite renunciar a la terapia médica máxima. Interrumpirla muy pronto sería negarse a prestar ayuda, actitud tan falsa como la de continuar con la terapia más de lo conveniente”.

Si cambiamos la realidad particular de un individuo y sus procesos más o menos complejos de pérdida de signos vitales por la realidad colectiva de la especie, igualmente se deberían establecer reflexiones en cuanto al límite de los proyectos subsistentes. Desde esta mirada ligada a la vida de la especie humana dentro de su contexto social y natural, serían bienvenidas todas las reflexiones en dirección de potenciar su continuidad existencial (siempre en una situación de bienestar sin llegar por ello a suplicios existenciales). En tal realidad, podrían estar inscriptos todos los objetivos proyectuales, con su mayor o menor incidencia en tal tendencia vital. Sería así, que desde tal situación, podrían quedar al descubierto todos aquellos actos y procesos que parecen abonar el tejido social, pero que finalmente se revelarían como enfermedades sociales. Es decir, que podrían detectarse, descubrirse, todos aquellos movimientos que generan efectos nocivos para la continuación de la sociedad interconectada vitalmente con la realidad natural. Por lo tanto, se podrían ver con mayor o menor claridad, todas las acciones negligentes desarrolladas por nuestra especie inteligente que generarían trastornos vitales, medioambientales. Por consiguiente, se podría reflexionar colectivamente e individualmente, sobre en qué estadio del problema ecoexistencial nos encontraríamos actualmente, para desde allí desarrollar acciones eficientes para mantener a la especie y el planeta dentro del paréntesis vital y no esperar situaciones insalvables o irreversibles. Por lo tanto, se torna necesario trabajar arduamente e inteligentemente para evitar que el estadio o paréntesis vital deje de ofrecer opciones de desarrollo subsistente. Por ello, los espacios intraparentéticos como proyectos o potencias subsistentes, ingresarían en las esferas donde se decide la continuación y el desarrollo de la vida humana, de la vida social, de la vida de todo el planeta.

1.2. Reflexión activa y espacio vital

Este punto trata de la necesidad de reflexionar para potenciar la regeneración social. Posición emergente a consecuencia del contacto con el pensamiento de Edgar Morin, Gilles Deleuze y San Agustín.

La cosmovisión de la vida como una realidad que ocurriría dentro de un espacio intraparentético, nos posibilitaría potenciar nuestra comprensión sobre la relación

posible entre acción proyectual e instante temporal, donde ésta generaría sus efectos vitales. Es decir, que nos moveríamos en una posición reflexiva, desde donde sería factible connotar los efectos de las potencias verbales, de las acciones proyectuales cuando se manifiestan en determinados estadios temporales de la vida individual, de la vida de la especie. Por ende, podríamos pensar que todos los movimientos proyectuales generarían ciertos efectos, por los cuales perfectamente podrían ser connotados, interpretados y evaluados. Sin duda, esta situación llevaría a la aparición de ciertas guías o modelos individuales y colectivos desde dónde juzgar los acontecimientos proyectuales, que desde nuestra posición, estarían ligados a una conciencia del sentido vital. Esto implicaría que el conocimiento, que el proyecto, estaría ordenado hacia un fin vital, y esta sería la pauta principal desde donde podría interpretársele, connotársele y evaluársele. Es decir, que alejándose de una situación irreflexiva, emergería una dimensión consciente, despierta, crítica, inteligente, sensible, ligada a lo vital desde donde generar las acciones y consecuencias proyectuales. Desde tal mirada, se podría comenzar a comprender la existencia de una **ética de los efectos**⁶ proyectados, activa en todo tiempo presente, en toda realidad cotidiana de la sociedad. Por lo tanto, sería lógico pensar, que las acciones y los efectos conscientemente concebidos no se podrían alejar de la realidad temporal y de las connotaciones vitales que de ellos se podrían generar. Sería así como todo efecto y movimiento proyectado, que se desarrolle dentro del paréntesis social, temporal y vital, podría ser ligado a sus causas, a finalidades, para lograr desde allí, comprenderles y evaluarles con mayor exactitud. Sin olvidar que dentro de tal espacio intraparentético acaecerían permanentemente situaciones contingentes o fortuitas que podrían en mayor o menor medida, desviar la dirección que llevarían tales acciones concebidas. Sin duda, estaríamos pensando que toda acción proyectada, no escaparía a una realidad de causas encadenadas que permitirían todos los movimientos en dirección hacia un fin que se busca; pero tampoco escaparía a todos los acaecimientos y azares, que indudablemente podrían afectar sus recorridos o tránsitos. Sería desde esta posición, que podría verse en todo efecto proyectado, una consecuencia lógica de movimientos y causas en dirección de una determinada finalidad. Realidad procesual e interconectada, la cual sería posible gracias a la acción de las inteligencias y voluntades que deciden generarla. De este modo, toda acción y efecto debería ser una

⁶ Véase, Gilles Deleuze (2005: 93): “¿Acaso no hay ahí, en el Aion, un laberinto completamente diferente que el de Cronos, todavía más terrible, y que ordena otro eterno retorno y otra ética (ética de los Efectos)?”.

realidad, una fuerza, una energía que mejorara, que potenciara la existencia del paréntesis vital, ya que lo contrario daría como emergencia efectos nocivos o no sistémicos. Por lo tanto, podría establecerse que la intención de generar efectos nutritivos para el todo contextual, no disminuiría jamás las potencias creadoras o proyectuales, sino todo lo contrario, las ennoblecía, las enriquecería. Por ende, estaríamos ante un grado superior de las causas, acciones y efectos proyectuales, ya que irían en dirección de mejorar, nutrir, irrigar la vida conocida. Por lo tanto, toda finalidad podría entenderse como un bien que se da, que se envía, que se **actualiza conscientemente**⁷. Por ende, nos sería muy fácil y evidente comprender que los actos verbales como causas de las acciones conscientemente creadoras, se desarrollarían dentro de un estadio vital y temporal donde lo humano habitaría. Lugar que lograríamos comprender como un espacio intraparentético social, donde sería posible el nacimiento, el desarrollo y la finalización de toda existencia humana, entendida como vida **inteligente y afectiva**⁸. Como consecuencia, todo espacio extraparentético o esfera exterior a la dimensión vital de la sociedad, podría entenderse como el lugar o no lugar, donde ya no sería posible proyectar. Se estaría pues, ante la presencia de una dimensión donde los efectos proyectados ya no serían posibles. Por lo tanto, ante la inexistencia de una ética de los efectos, se estaría ante una realidad donde la materialidad, el movimiento y el tiempo conscientemente creador ya no serían posibles. Por ello, una vez comprendido el espacio intraparentético como una realidad ecosocial ligada al tiempo, se podría comenzar a valorar la sustancia de las causas, acciones y efectos verbales ligados a su beneficio.

Por lo tanto, dentro de esta cosmovisión, podríamos perfectamente dar sentido temporal y ético a los dos signos que conforman el paréntesis, otorgando al espacio intraparentético que eyectan, un sentido vital. Sería así que el signo de apertura podría connotarse como espacio inicial o de nacimientos por donde la vida **comenzaría a**

⁷ Para comenzar a reflexionar en mayor profundidad sobre la relación entre causas y efectos, vinculados siempre a un bien potencial que se actualiza, podría consultarse: Tomás de Aquino, Summa Theologiae I, q. 2, a. 3.

⁸ Establece Edgar Morin (2006: 455): “*Vivir es el conjunto de las cualidades fundamentales propias de la existencia de los seres auto (geno-feno-ego)-eco-re-organizadores; todo ser viviente – es decir, todo individuo-sujeto – comenzando por el unicelular, dispone de las cualidades fundamentales de la vida. Pero estas cualidades han evolucionado y se han desarrollado. (...) Son los animales superiores quienes han desarrollado no sólo la organización viviente, sino el vivir. Se vive tanto más intensamente cuanto que se esté dotado de un aparato neurocerebral rico y activo, es decir, dotado de sensibilidad, de afectividad, de inteligencia. Nacer, existir y morir adquieren su sentido pleno y fuerte en los altos desarrollos de la vida*”.

manifestarse⁹, mientras que el signo de cierre se comprendería como un estadio de muerte, por donde los signos vitales se despedirían, es decir, por donde lo vital **comenzaría a disiparse**¹⁰. Realidad entre la cual se revelaría el espacio intermedio intraparentético, como el lugar donde la vida o existencia conocida se desarrollaría, extendería, desplegaría, reproduciría o multiplicaría a través de **esfuerzos permanentes**¹¹. Desde esta planicie reflexiva, podríamos entender todos los movimientos que desarrollan y acompañan los procesos vitales, a los cuales se unirían todas las acciones proyectuales. Por lo tanto, los proyectos o movimientos conscientes, estarían indefectiblemente afectados por el tiempo y se desarrollarían vinculados a la finalidad de potenciar el espacio intraparentético vital. Se podría por lo tanto, vislumbrar la importancia de connotar los tres espacios significativos del paréntesis vital (inicio, desarrollo y cierre), ya que de ello dependería la comprensión de las causas, fines, movimientos y efectos proyectuales. Es decir, que los espacios intraparentéticos vitales y los proyectos, estarían ligados a las realidades temporales de nacimiento, desarrollo y muerte. Por lo tanto, sería en tal realidad intraparentética temporal-vital, donde se entretejerían, se enlazarían todas las acciones y efectos proyectuales sistémicos; es decir, todas las consecuencias incidentes, en mayor o menor grado, en la realidad vital. Sería así pues, que el primer espacio intraparentético significativo podría encontrarse en el signo de apertura que iniciaría los tránsitos dentro del espacio intraparentético temporal-vital, y que bien podría entenderse como el período vinculado a la gestación, la concepción y el nacimiento. Por lo tanto, podría representarse tal estadio temporal-vital, como el amanecer del día, es decir, como el momento de arribo a

⁹ *Ibidem*, pág. 456: “La vida en su conjunto se perpetúa en una esfera de probabilidad local y temporal, pero cada una de las vidas que constituyen la vida es una improbabilidad inaudita. Nacer no sólo es una suerte excepcional. Es un misterio ontológico. El ser que nace no nace a partir de nada”.

¹⁰ Establece Edgar Morin (2006: 456): “Morir es accidental, extraño, sorprendente, pero inevitable. Se muere según los azares, pero no por azar, o es más bien la necesidad de morir la que toma la forma del azar”.

¹¹ *Ibidem*, págs. 460-462: “Al vivir cada uno nuestra vida, nos inscribimos en una cadena de vidas, las cuales a su vez, nos hacen vivir nuestra vida. Participamos de miríadas de otras vidas que nos nutren y a las que nutrimos. Cada vida autónoma es poseída en el interior y desde el exterior por otras vidas. Nadie nace sólo. Nadie está solo en el mundo, y sin embargo cada uno está solo en el mundo. (...). Y llegamos a una gran cuestión: ¿se expande la vida? Si, sí, ¿dónde, cuándo, cómo? ¿Es en el despliegue de las aptitudes físicas y psíquicas de los animales superiores, por otra parte insuficientes, obsesos, inquietos o, por el contrario, la expansión de la vida reside en lo que se sitúa en la parte más baja de la escala pisoteado, devorado, saqueado, pero renaciendo y proliferando sin cesar: el vegetal, que, al inventar la flor, ha inventado lo que hemos denominado expansión precisamente...? ¿No es la esfera animal donde las durezas de la existencia hacen que a menudo la existencia no sea vida, que la vida a menudo sea apenas una existencia...?”.

la existencia, a la **vida**¹². Asimismo, el tercer espacio significativo, podría hallarse en el signo de cierre que finalizaría los tránsitos vitales dentro la realidad intraparentética, que bien podría comprenderse como muerte, como atardecer del día, como el momento de partida. Finalmente, el segundo espacio significativo, podría descubrirse en aquella realidad vital emergente como consecuencia de la relación de los dos signos mencionados. Es decir, una realidad existencial surgida de la relación entre el signo de apertura y el de cierre, que podría entenderse como espacio de despliegue, de desarrollo o de expansión vital. Por lo tanto, estaríamos asistiendo a una realidad trina temporal que participaría de la vida conocida, donde los espacios de apertura y cierre, estarían asociados junto con el espacio que designan a la realidad vital. Por consiguiente, todos los sucesos intestinos que ocurran en tal realidad intraparentética y vital, podrían generar los efectos necesarios contextualmente. De esta forma, sería importante tener en cuenta que los acontecimientos emergen como realidades que pueden ser recordadas (memoria como fuerza activa) y por ello lograrían influir en todos los desarrollos y reflexiones creadoras. No queremos decir más que el espacio intraparentético vital emerge fundamentalmente como un lugar propicio para las causas, los desarrollos, los acontecimientos, los efectos, la conciencia, el conocimiento y la memoria. Por lo tanto, estos tres estadios temporales de la realidad intraparentética, estarían participando de la naturaleza vital, que bien podríamos connotar como vida mortal o muerte vital (San Agustín, 2007).

Sería desde esta posición, que podrían comprenderse, situarse y clasificarse todas las acciones proyectuales, según sus direcciones dentro del espacio intraparentético vital. Aquellos actos proyectuales, que desde nuestra posición, tendrían como finalidad, entretejerse nutritivamente en el todo existencial-social-natural-temporal para potenciar su desarrollo, para acompañar sus procesos, su continuación, para intentar prorrogar su existencia a través de **permanentes renacimientos**¹³. Sería así, que podrían generarse

¹² Véase, San Agustín (2007: 11): “¿Qué es lo que quiero decirlos? Quiero decirlos – no os riáis de mí – que no sé de dónde he venido aquí, a esta vida mortal o, si queréis, a esta muerte vital. No lo sé; solamente sé que al venir a esta vida me recibieron las caricias de mis padres, no es que yo lo recuerde, es porque se lo he oído contar a ellos. Al llegar a esta vida me recibieron los consuelos de la leche humana, de la que mi madre y las nodrizas tenían llenos los pechos, mi alimento de la infancia. No quería más de lo que me daban, y ellas querían darme lo que necesitaba. Eso es todo, y nada distinto a lo que lo ocurre a los demás niños. También esto lo he sabido más tarde, es claro, porque entonces lo único que sabía era mamar, tranquilizarme con caricias y llorar cuando algo me molestaba. Nada más”.

¹³ Establece Edgar Morin (2006: 459): “Todo instante de vida lleva en sí desorganización/reorganización y, en este sentido, ‘el viviente vive en el límite de sí mismo, sobre su límite’ (...). ‘La vida está siempre al borde del desastre’ (...). Toda vida está en la articulación – en el artículo – de la muerte. Porque muere

procesos proyectuales encaminados (fines), hacia todas las realidades o estadios intraparentéticos temporales. Por ende, las potencias verbales o causas que permiten el desarrollo de los proyectos y sus efectos, podrían dirigirse hacia los estadios de apertura, desarrollo o cierre de la realidad vital entre paréntesis. Es decir, que existirían realidades conscientemente creadoras, cuyas finalidades perfectamente podrían estar ligadas al desarrollo de la vida dentro del estadio de apertura o bienvenida a la misma. Así como también, existirían proyectos cuyos fines estarían inclinados tanto hacia el desarrollo vital de la existencia en el estadio intraparentético intermedio, como hacia las instancias de despedida de las fuerzas vitales. Desde esta posición, podrían verse las finalidades de todos los proyectos de tres maneras diferentes, según la dirección vital que llevarían dentro del espacio temporal y vital. Según lo visto: la primera, podría entenderse como proyecto cuya finalidad estaría ligada a dejar venir las fuerzas vitales; la segunda, cuyos fines estarían dirigidos a potenciar las fuerzas vitales en sus tránsitos de superación y transformación de todos los inconvenientes de su diario existir; y la tercera, cuyos objetivos estarían inclinados a asistir durante la despedida de los últimos movimientos vitales. En definitiva, sería posible comprender que los proyectos perfectamente podrían estar vinculados a alguna de las tres realidades temporales y vitales mencionadas. Situación que revelaría la importancia de tales estadios existenciales, que hemos entendido de inicio, desarrollo y finalización de los signos vitales. Por lo tanto, tomando como guía esta realidad vital, biológica y temporal, se podrían organizar orbitalmente las causas, los procesos, los fines y los efectos de todos los proyectos. Desde esta posición, toda mirada connotativa sobre los efectos proyectados, ligados a los diferentes momentos temporales de la vida hacia la cual se dirigirían, revelarían el sentido de sus potencias verbales. Por ende, podrían emerger miradas éticas sobre tales movimientos conscientes y sus efectos, al relacionar la potencialidad que les da sentido y los momentos temporales-vitales específicos con los cuales se entretajan. Podría pensarse pues, que la relación entre vida, tiempo y proyecto daría como emergencia un sentido ético de las causas, de las acciones y los efectos de los mismos. Desde tal reflexión, podríamos decir que el orden biológico (vida), ligado a la estructura intraparentética temporal, podría estar pautando el sentido ético de las

sin cesar, la vida es renacimiento permanente. Porque renace sin cesar la vida es naturaleza, en el sentido literal del término: lo que siempre está naciendo. Participa de la naturaleza regeneradora de la naturaleza. Así, cada momento de vida es más que una prórroga: es un sumun, una forma distinta de nacer (...). Quién no está naciendo está muriendo. Inversamente, quién no está muriendo está renaciendo. De hecho, estamos a la vez naciendo y muriendo... ”.

organizaciones proyectuales. Por ello, podría concebirse que las fuerzas verbales, aquellas que animan los proyectos y los efectos dentro de un contexto intraparentético vital-temporal, podrían entenderse como fuerzas o energías ligadas armónicamente a los procesos de inicio, desarrollo y finalización de los signos vitales. Por lo tanto, estaríamos comprendiendo que la sustancia verbal como motor, como causa de las acciones y efectos proyectuales, estaría condicionada o debería adaptarse a una realidad temporal íntimamente ligada a la realidad vital o biológica. Igualmente se podría pensar que el proceso de nacimiento, desarrollo y muerte, revelaría estadios de la realidad vital que se convertirían en pautas referenciales para toda organización de las finalidades proyectuales. Por consiguiente, tal situación permitiría la emergencia de efectos ligados a las necesidades vitales. Quizás, desde tal posición, se podría vislumbrar una ética de las potencias, de las causas y los efectos, siempre en dirección de acompañar sensible e inteligentemente los procesos de vida. Sería fácil comprender desde tal perspectiva, la existencia de una relación trina entre realidades temporales, vitales y proyectuales, que podría dar como emergencia un sinfín de valoraciones éticas sobre las causas y los efectos de las acciones desarrolladas por las inteligencias humanas. Situación donde el tiempo se visibilizaría como realidad trinitaria, cuando se piensa en pasado, presente y futuro, del mismo modo que lo biológico o vital vinculado a nacimiento, desarrollo y muerte. En este sentido, el proyecto emergería igualmente como realidad trina, ya que se le podría pensar ligado a estadios de emanación, transformación y manifestación, para la emergencia de los efectos anhelados. Sería pues, desde todas estas realidades trinas e intraparentéticas ligadas, quizás rizomáticamente, que podría emerger lógicamente una ética afectiva de los efectos.

Por lo tanto, sería lógico pensar que el espacio intraparentético vital visualizado como una realidad temporal trina e interconectada (pasado, presente, futuro), conformaría una unidad en la cual las acciones proyectuales se desarrollarían generando los efectos sistémicos necesarios para su continuación o permanente renacimiento. Es decir, que sería importante no olvidar desde la conciencia sistémica, la relación de las realidades temporales con la realidad vital, ya que esta situación permitiría una coherente conformación de los verbos creadores y sus efectos. Sería pues, en este territorio de realidades conectadas, donde podría pensarse en qué instantes precisos actuar o inhibir los proyectos, teniendo en cuenta los diferentes momentos temporales y vitales de las personas y la sociedad. En este sentido, tiempo, vida y conocimiento emergerían como

factores que deberían siempre estar vinculados adecuadamente en todos los fines proyectados, para lograr los efectos sistémicos necesarios. En esta dirección, las reflexiones sobre las relaciones temporales y vitales, emergerían como indicadores para una correcta conformación de las fuerzas que proyectan y la posterior evaluación de sus resultados. Por lo tanto, el contexto temporal y vital de todo proyecto debería ser tenido en cuenta para el desarrollo de sus finalidades. En tal realidad, podría ligarse la concepción agustiniana de “vida mortal o muerte vital”, para comprender con mayor claridad la realidad sustancial del tejido social vivo y temporal que se habita, que se re proyecta continuamente. Por ende, sería posible entretejerle a tal tejido existencial, para potenciar sus tránsitos, desarrollos y destinos, acciones proyectuales emergentes de las inteligencias humanas en acción verdaderamente reflexiva. Es decir, que la relación armónica entre tiempo, vida y proyecto, permitiría trabajar en la dirección de generar aquellos efectos necesarios para la continuación de las condiciones vitales de la sociedad. Podría pensarse que el manifiesto o secreto proyecto de eternidad subyacente en cada acción individual y colectiva, podría ser viable si de toda realidad transitoria se obtuvieran aquellos efectos que permitieran arribar persistentemente a nuevos estadios donde continuar los desafíos existenciales. Sin duda, sorprendentemente y paradójicamente, la continuación existencial debería obtenerse de una realidad transitoria, es decir, donde la muerte, donde los acabamientos existen. Por ello, en este sentido, podría decirse que la eternidad (como realidad potencial), sería un estadio emergente de lo finito, y es en este preciso escenario donde sería posible ligar los esfuerzos proyectuales, en sus tres estadios temporales y vitales mencionados (nacimiento, desarrollo, muerte; pasado, presente y futuro). Situación en la cual los efectos nutritivos potenciarían el desarrollo del todo existencial, que dependería del reconocimiento de esta situación paradójica entre lo transitorio y lo eterno, entre la vida y la muerte. Sería desde tal conciencia, que podría proyectarse armónicamente dentro de la ley de los acabamientos o finalizaciones, que imperaría enmarcando nuestro espacio vital. Ley de vida y muerte que podría comprenderse como un tejido habitable por nuestra sociedad, por todos nuestros proyectos, al cual perfectamente se le conseguirían bordar todos aquellos efectos anhelados, todos aquellos ecos capaces de potenciar los movimientos subsistentes o regenerativos de la humanidad (la vida retorna al igual que la muerte, insistentemente). Por lo tanto, los efectos propiciados por las inteligencias que proyectan, dentro de esta dimensión dinámica de tensiones entre vida y muerte, podrían connotarse en relación a su incidencia en el equilibrio vital de toda ecosociedad.

Esta situación subsistente permitiría verdaderamente potenciar las realidades individuales, colectivas y sociales en toda circunstancia presente, es decir, en toda realidad cotidiana. Por ende, estaríamos ligando tiempo, proyectos cotidianos y efectos regeneradores de la vida social. Tal dimensión existencial de lo ordinario podría ser entendida perfectamente como un efecto de las interacciones entre lo vital, lo temporal y las acciones inteligentes de las sociedades. Sería desde esta mirada, que las condiciones vitales de todo presente podrían ser objeto de meditación, para desde tal luz naciente lograr enviar aquellas acciones inteligentes en los momentos precisos. Sin duda, de este modo, podría potenciarse todo movimiento subsistente de la sociedad, de la humanidad. Por ende, el lugar donde la trinidad temporal se manifiesta, se nos revelaría como un estadio de procesos, de transformaciones vitales donde lo humano trabaja conscientemente su subsistencia a través de sus acciones inteligentes. Desde tal mirada, podría pensarse que todo pasado, que toda realidad acontecida, podría ubicarse dentro de la realidad intraparentética existencial, aunque ya no tenga realidad corpórea; al igual que todo tiempo futuro, que aunque nunca termine de arribar, de acontecer, también se manifiesta como una realidad absolutamente incorpórea, inmaterial. En estas circunstancias, también podría entenderse, que todo presente estaría en una simultánea y paradójica situación, la de escaparse y retornar a ser, es decir, sufriendo una permanente desmaterialización que le convierte en pasado y en futuro sincrónicamente. En este sentido y dentro de un marco de reflexión trina de lo temporal, vital y proyectual ligada al signo del paréntesis, podríamos vincular el pasado al signo de inicio, el futuro al signo de cierre, mientras que el presente al espacio intraparentético designado por los dos signos que le enmarcan. Es decir, que todo presente corporal como espacio intraparentético vital designado por todo pasado y futuro incorporal, emergería como el lugar vivo que podría re proyectarse continuamente. Por lo tanto, inmersos en tal realidad intraparentética subsistente (tiempo, vida y conocimientos activos), podrían comprenderse todas las acciones inteligentemente desplegadas para ofrecer los efectos necesarios según contextos específicos. Por ello, sería en este escenario dinámico conformado por las relaciones entre lo corporal y lo incorporal ligadas al tiempo (presente, pasado, futuro), donde las transformaciones proyectadas serían posibles. Es decir, que los efectos proyectados sucederían en un presente determinado y este estadio temporal podría comprenderse como un espacio más o menos equidistante entre pasado y futuro. Quizás, por ello, en todo presente sería posible encontrar tantas huellas de la desmaterialización del pasado, como del futuro. Sería así, que en todo presente, podrían

detectarse un sinfín de acontecimientos que se revelarían como sus dos fronteras, una ligada al pasado y otra al futuro (sucesos o hechos ligados a lo que fue y lo que será). Los acontecimientos presentes y el propio presente, emergerían pues como una realidad entre los dos territorios temporales **complementarios**¹⁴ e incorporales con los cuales linda indisociablemente. Podría pensarse pues, que todo acontecimiento presente sería simultáneamente una realidad dinámica que se movería en las dos direcciones inmateriales mencionadas, al mismo tiempo que sería un instante ligado a lo material. Por ello, todo momento cotidiano presente podría concebirse como una realidad temporal trina y dinámica, como un curso fluvial que desembocaría permanentemente. Situación de la cual no podrían desligarse las acciones proyectuales y sus efectos consecuentes. Por ende, cuando se piensa que los fines de todo proyecto deberían ir siempre en dirección de potenciar, desarrollar y acompañar la existencia social, se estaría estableciendo que su movimiento sustancial podría generar efectos que nutrirían la vida de los individuos, de las sociedades en su presente intraparentético específico. Por lo tanto, los fines de todo proyecto estarían ligados a una situación temporal, que les permitiría junto a sus potencias, generar todo resurgimiento, actualización y agotamiento de los signos vitales de las sociedades. Sería así que las insistencias subsistentes proyectadas por los individuos y colectividades, podrían cotidianamente obtener lo necesario para su despliegue o **desarrollo vital**¹⁵. Podría percibirse que tal realidad subsistente teñiría las acciones proyectuales y desde este conocimiento, todo proyecto ya no se desarrollaría desligado de los inevitables procesos vitales. Desde tal situación, serían absolutamente comprensibles todos los esfuerzos por conseguir lo eterno de lo efímero, lo permanente de lo transitorio, la vida de la muerte. Es decir, que sin perder la conciencia de lo inevitable, sería posible organizar, crear y enviar al todo social, aquellos efectos proyectados en plena armonía con el latir o fluir natural de la vida. Desde tal estadio subsistente, luchar por mantenerse y mantener a los semejantes dentro del espacio intraparentético de la vida, siempre sería un efecto emergente de todo proyecto. Mirada desde la cual podrían detectarse aquellas acciones que comprensiblemente intentarían a cualquier coste no dejar escapar la vida, no dejar desvanecer los signos vitales aunque ello se convirtiera involuntariamente en una

¹⁴ Según Gilles Deleuze (2005: 92): *“La complementariedad del pasado y el futuro aparece claramente y es que cada presente se divide en pasado y en futuro, hasta el infinito. O mejor, un tiempo así no es infinito, porque nunca vuelve sobre sí mismo sino que es ilimitado, en tanto que pura línea recta cuyas dos extremidades dejan de alejarse en el pasado, de alejarse en el porvenir”*.

¹⁵ Véase Edgar Morin (2006: 456): *“El ser que nace no ha pedido vivir, pero tan pronto como nace sólo pide vivir. Ningún viviente ha querido vivir, y sin embargo todo viviente quiere vivir”*.

declarada contradirección de los procesos biológicos. Quizás en este punto, se debería tener presente que se estaría ante acciones subsistentes que intentarían detener, demorar, retardar o retrasar toda partida hacia el afuera de todo paréntesis vital (demorar las partidas hacia el espacio extraparentético). Es decir, movimientos inteligentes que intentarían impedir toda finalización de la estancia vital o espacio existencial y por ello, podrían convertirse en acciones de contracorriente o contrarias a lo inevitable. Aquí, para evaluarles y quizás para reconducirles lo más ajustadamente posible según lo establecido, deberían valorarse siempre desde la relación trina mencionada. Es decir, desde la conjunción entre la realidad temporal específica, el proceso vital en sus circunstancias particulares y el ser proyectual u objetivo de toda acción inteligente. Desde tal meseta trina, podrían generarse ciertas reflexiones y acciones en las que podrían situarse evidentemente todas aquellas referidas al acompañamiento de las personas según sus circunstancias vitales. Dentro de tales situaciones difíciles de resolver, también se deberían estudiar aquellos proyectos que irían en dirección de evitar el desarrollo de la vida, una vez ésta ya ha aparecido dentro del estadio del tiempo, es decir, ligada al espacio intraparentético vital de inicio. Sería así, que las acciones que tendrían como finalidad impedir el avance y el desarrollo de las vidas ya existentes dentro del estadio temporal, también podrían ser evaluadas desde la relación trina generada por el tiempo, los signos vitales y los conocimientos que se posean sobre la vida y el derecho a tenerla. Desde esta mirada, podrían detectarse aquellas acciones que intentarían a cualquier coste dejar escapar la vida, dejando desvanecer los signos vitales aunque ello se convierta en una declarada contradirección de los procesos biológicos. Quizás en este punto, podría hablarse de acciones que intentarían acelerar toda partida hacia el afuera extraparentético (aceleración de la partidas). Sin duda, ante estas dos situaciones visualizadas de aceleración o demora de las partidas, sería posible preguntarse, según lo establecido, cómo las acciones proyectuales podrían potenciar el desarrollo del tejido vital. Evidentemente podría entenderse, que ante tales situaciones sería necesario desarrollar la mayor potencia reflexiva (individual y colectiva), para comprender con mayor precisión la ética de los efectos proyectados, según realidades temporales y vitales. Se estaría pues ante acciones proyectadas que incidirían definitivamente dentro de los espacios de inicio y de finalización de la realidad intraparentética vital, generando sin duda consecuencias en todo presente existencial. Es decir, que todo proyecto ligado a lo vital podría sustentarse en un marco o tejido filosófico y bioético, para desde allí conseguir discernir sus fines y acciones en cuanto a

la demora o aceleración de las partidas del espacio intraparentético de la vida. Realidad que no descuidaría los efectos sobre el presente vital, entendido tal estadio temporal como un territorio, lugar o estadio donde los efectos de demora o aceleración vital también se producen consecuentemente. Sería entonces, ligado a un espacio temporal de desarrollo vital o estadio subsistente, donde los proyectos tendrían sentido, al vincularse fundamentalmente a la obtención de lo eterno a pesar de la caducidad de lo vivo, según ya hemos expresado. Es decir, proyectos encargados y capaces de mantener un equilibrio vital para el desarrollo de las sociedades en su situación sistémica. Por consiguiente, se podría pensar que las realidades proyectuales ligadas a diferentes estadios temporales dentro del espacio intraparentético de la vida conocida, generarían efectos significativos, incidentes y trascendentes que podrían perfectamente estar ligados a reflexiones ontológicas y bioéticas. Por lo tanto, toda situación reflexiva sobre los procesos vitales de la sociedad, ligada a proyectos, permitiría desarrollar una bioética de los efectos y las causas, que sin duda potenciaría la subsistencia social.

1.3. Evaluación de proyectos según efectos vitales

Este punto trata sobre la evaluación de los proyectos según sus efectos vitales. Posición emergente a consecuencia del contacto con el pensamiento de Gilles Deleuze.

Los efectos proyectados como acontecimientos vitales se los podría atribuir a causas que en su origen se agitan, se mueven y se irradian. Es decir, dichos acontecimientos o efectos vitales proyectados, para surgir en un determinado presente, habrían tenido que emerger previamente de una sustancia proyectual que se movería hasta manifestarles, hasta revelarse en ellos. Mirada desde la cual todo efecto proyectado podría evidenciarse como una realidad en procesión, en relación a un origen que posibilita su existencia. Las potencias verbales como las causas de las cuales procederían tales efectos, serían en definitiva realidades que lograrían manifestarse para facilitar el desarrollo del tejido vital de la sociedad. Por lo tanto, podría establecerse que desde todo proyecto emergerían aquellas consecuencias, acontecimientos o efectos necesarios para estimular adecuadamente el despliegue cotidiano de las sociedades. Asimismo podría establecerse que todo efecto afecta la realidad vital. Sería pues lógico entender que los frutos proyectuales o manifestaciones activas y efectivas del pensamiento

creador, afectarían directamente las diversas realidades de todo presente corpóreo. Así como podría pensarse que también afectarían, quizás de modo indirecto, las realidades incorpóreas del pasado (modificando la memoria) y el futuro (condicionando su emergencia). Por ende, en toda dimensión temporal (corpórea-incorpórea), afectarían todos los efectos vitales o acontecimientos proyectados desde las acciones inteligentes. Por lo tanto, los efectos proyectados una vez manifiestos los tres estadios temporales que conformarían el lugar que habita la humanidad. Tanto sería así, que sus ecos vitales perfectamente podrían tomarse de realidades ya pasadas (recordar y reformular lo ya proyectado), logrando así re-emergir en un presente corpóreo, como potencias actualizadas e incidentes en la aventura vital e inteligente de la humanidad. Podemos entender que la memoria de los efectos y el recuerdo de los proyectos pasados podrían aparecer como potencias para nuevas incidencias subsistentes. Desde esta posición, sería positivo cavilar sobre la relación entre las acciones proyectuales y sus efectos, donde estos últimos serían acontecimientos significativos o ecos incidentes en toda la realidad intraparentética temporal-vital donde lo humano se desarrolla. Por ende, constituirían un rico material para la acción reflexiva y por consiguiente, para determinar las nuevas acciones proyectuales. Sin duda, proyecto, efecto, tiempo y recuerdo se revelarían como agentes permanentes de cambios sociales. Por lo tanto, los efectos proyectados podrían llegar a conmover las realidades cotidianas durante sus tránsitos por la realidad trina temporal (presente, pasado, futuro). Sería así que la realidad intangible del pasado podría vivenciarse como un espacio colmado de recuerdos que potencialmente podrían incidir en todo presente vital. Se podrían entender pues tales efectos del ayer en el hoy, como consecuencia de aquellas memorias reflexivas que serían capaces de relacionar pasado y presente, para conseguir de tal acción la savia vital necesaria para continuar desarrollando la aventura subsistente de la humanidad. En tal sentido, tales realidades intangibles del pasado podrían constituirse perfectamente en espejos de identidad, tan necesarios para el desarrollo vital de las personas, los grupos sociales y las sociedades en general. Es decir, que la realidad inmaterial de tiempo pasado podría estar activa cuando se la ligara a las necesidades del presente individual y colectivo, cuando se convierte en imaginario existencial de las personas y sociedades. Por ende, el recuerdo lejos de enfriarse, podría notablemente constituirse en un calor capaz de irradiar y generar aquellos efectos en la realidad presente y en la conciencia de las sociedades. Podríamos pues, estar alertas sobre aquellas consecuencias o efectos proyectados actualmente que estarían nutridos por los

ecos del pasado. Es decir, que se podrían rescatar experiencias y conocimientos de la humanidad, como estrategia inteligente para enfrentar y afrontar todos los desafíos presentes y futuros. Donde una vez ligado todo pasado sustancial a todo presente vital, podrían emerger aquellos estadios de realidad, aquellos territorios de identidad que fortificarían los despliegues subsistentes individuales y sociales (identidades personales y colectivas nutridas por el pasado). Tal situación evidentemente se convertiría además en una realidad sustancial que podría sin duda enriquecer todo futuro inminente. Por lo tanto, el tiempo por llegar, entendido como realidad aún vacía, podría comenzar a tomar forma antes de visibilizarse. En esta realidad, podría constatarse, visualizarse, una interconexión real y dinámica en la trinidad temporal (presente, pasado y futuro), cuyos efectos se influirían mutuamente. En definitiva es posible decir, que todo efecto acaecido en el presente se haría incidente en los tres estadios del tiempo. Sería así que todo efecto emergente en un presente determinado, podría pasar al estadio temporal del pasado y desde tal dimensión, generar nuevas incidencias futuras. Por consiguiente, estaríamos ante un dinamismo generado por un eterno retorno de todo efecto en el presente, transitando previamente para ello por los estadios temporales del pasado y del futuro. Desde esta posición, el futuro podría ser ocupado o conformado por las causas que aparecerían insistentemente en todo presente. Sería así, que el futuro podría entenderse como un estadio temporal en el cual no sería posible distinguir realidades corpóreas, pero sí sería factible comprenderle como aquella realidad que podría ser ocupada por las causas y efectos que se proyectan desde todo presente consciente de su pasado. En esta cosmovisión sobre cierta movilidad intestinal del tiempo, el futuro podría emerger como una realidad verbal no conjugada, como una realidad infinitiva que podría conjugarse en su momento con los ecos o consecuencias sustanciales de las causas ya activas. Es decir, el futuro podría verse como aquella realidad que podría ser modelada o movida por las causas eficientes o potencias del pensamiento capaz de conjugar adecuadamente en dirección vital. Por ello, el futuro se revelaría como una realidad que podría ser perfectamente conjugada por las inteligencias que proyectan. Por lo tanto, todo futuro al estar ligado en gran medida a los esfuerzos inteligentes y subsistentes de las potencias que proyectan, se desenmascararía o descubriría, como un efecto lógico de ellas. Por ello, los proyectos y sus efectos no podrían estar desligados de las reflexiones sobre las realidades temporales y vitales, como si éstas no fueran significativas para el desarrollo de la humanidad. Por ende, podría pensarse que los efectos serían acontecimientos trascendentes, sencillamente porque estarían ligados a

los movimientos vitales de la especie. Por lo tanto, tales ecos que transitarían por los estadios temporales se convertirían en resonancias significativas potencialmente vitales (adquirirían connotaciones de identidad o patrimonio individual o colectivo). Sería desde tal postura, que las consecuencias proyectadas entendidas como acontecimientos necesarios para el desarrollo vital de las sociedades, podrían perfectamente navegar por los estadios corporales e incorporeales del tiempo, incidiendo con mayor o menor potencia en las transformaciones existenciales de la humanidad.

Por lo establecido, los efectos como acontecimientos meditados y trascendentes transitarían toda realidad temporal, todo presente, pasado y futuro, afectando positivamente el desarrollo de las sociedades. En este sentido, podría comprenderse el tiempo presente como un **todo**¹⁶, como una realidad que sería posible experimentar fundamentalmente por ser corporal, viva y extensa. Estadio desde el cual sería posible enviar todos los efectos necesarios para el desarrollo social, que continuamente podrían retornar y entretenerse en aquellas causas que generarían las nuevas realidades temporales, las nuevas emergencias de la humanidad. Por lo tanto esta situación dinámica revelaría que el presente sería el estadio temporal donde se originarían las causas y los efectos, además de permanentemente fugar hacia el pasado y el futuro incorporal. En este sentido el presente o bien poseído, podría ser vivido fugazmente o nunca podría vivirse realmente por la sencilla razón de que ya habría pasado, de que ya se habría desmaterializado en los otros dos estadios temporales (pasado y futuro). De este modo el presente que hemos vinculado con lo corporal sería paradójicamente una realidad que fugaría a cada instante desmaterializándose, **dividiéndose en dos**¹⁷. Razón por la cual se convertiría prácticamente en no experimentable ya que se desvanecería continuamente al **efectuar acontecimientos**¹⁸. Por ello, tal situación de extinción,

¹⁶ Establece Gilles Deleuze (2005: 93): “En un caso, el presente es todo y el pasado y el futuro sólo indican la diferencia relativa entre dos presentes, uno de menor extensión, otro cuya contracción implica una extensión mayor”.

¹⁷ *Ibidem*: “En el otro caso, el presente no es nada, puro instante matemático, ente de razón que expresa el pasado y el futuro en los que se divide. En una palabra dos tiempos, uno de los cuales se compone en pasado y futuros alargados. Uno de ellos está siempre definido, activo o pasivo y, el otro, eternamente Infinitivo, eternamente neutro. Uno es cíclico, mide el movimiento de los cuerpos, y depende de la materia que lo limita y lo llena; el otro es una pura línea recta en la superficie, incorporal, ilimitado, forma vacía del tiempo, independiente de toda materia”.

¹⁸ *Ibidem*, pág. 94: “Los estoicos llegan a decir que los signos están siempre presentes y son signos de cosas presentes: de aquel que está mortalmente herido, no se puede decir que ha sido herido y que morirá, sino que está habiendo sido herido, y que está teniendo que morir. Este presente no contradice al Aïon: al contrario, es el presente como ser de razón lo que se subdivide hasta el infinito en algo que

desmaterialización o fuga continua del presente, nos podría llevar a pensar que todos los acontecimientos, causas y efectos que surgieran de él o ya habrían pasado o estarían por pasar, pero **nunca estarían efectivamente sucediendo**¹⁹. Sería así, como todo acontecimiento proyectual y sus efectos, una vez surgidos en el presente corpóreo, fugarían súbitamente hacia el pasado y el futuro (trascendencia del ecoefecto). En este último sentido, el presente y todo lo que en él ocurriera podría interpretarse como realidad simultáneamente corporal e incorporeal, ya que persistentemente estaría en fuga o tránsito incidente. Desde esta mirada dinámica del tiempo ligada a los movimientos vitales, se harían especialmente importantes todas aquellas reflexiones vinculadas a una bioética y a una ecología de los proyectos con sus efectos específicos. Sin duda, sería significativo connotar la fugacidad del presente y todo lo que en él suceda con la sustancia o naturaleza de la vida, para lograr valorar eficientemente los proyectos y el margen específico de tiempo en que se manifestarían, para que emergieran los efectos sistémicos esperados. Desde tal posición, se vislumbrarían unos instantes temporales ligados a la bienvenida o inicio de lo vital, otros al desarrollo o despliegue de lo vivo y otros ligados a la despedida o finalización de los signos vitales. Estadios temporales en los cuales sería posible desplegar una multiplicidad de acciones inteligentes o proyectos subsistentes. Por lo tanto, se podría valorar cómo y cuándo se darían los encuentros entre vida y proyecto durante el tiempo existencial de las sociedades. Para ello, siempre se podría determinar con idoneidad en qué instante preciso y con cuál sustancia las acciones proyectuales se deberían entretrejer contextualmente. Por ende, si una vida ha aparecido en el estadio temporal del presente, es decir, que ya ha fugado hacia su futuro, impedirle su desarrollo vital implicaría eliminarla, apartarla de sus legítimos tránsitos vitales. En tal caso el organismo aparecido ya habría indefectiblemente dejado una huella de su ingreso en el paréntesis vital a pesar que posteriormente se hubiera intervenido para detener su proceso existencial. En tales situaciones, detener los procesos de despliegue vital no impediría, no evitaría que tales situaciones fueran recordadas como lo que habría podido desplegarse y se le ha quitado tal posibilidad, como tampoco restaría potencia reflexiva sobre tales realidades (relación ingreso vital y

acaba de pasar y algo que va a pasar, huyendo siempre en los dos sentidos a la vez. El otro presente, el presente vivo, pasa y efectúa el acontecimiento”.

¹⁹ *Ibidem: “Cuanto más mide el presente al efectuación-temporal del acontecimiento, es decir, su encarnación en la profundidad de los cuerpos actuantes, su incorporación en un estado de las cosas, tanto más carece de presente el acontecimiento por sí mismo y en su impasibilidad, su impenetrabilidad, sino que retrocede y avanza en los dos sentidos a la vez, objeto perpetuo de una doble pregunta. ¿Qué va a ocurrir? ¿Qué acaba de ocurrir? Esto es lo que tiene de angustioso el acontecimiento puro, que siempre es algo que acaba de pasar y que va a pasar, a la vez, nunca algo que pasa”.*

proyecto). Es decir, que desde las acciones proyectadas, podrían impedirse o potenciarse futuros desarrollos orgánicos, realidad que podría connotarse según circunstancias biológicas y temporales específicas. Por ello, es que podría entenderse que tales circunstancias revelarían acciones de control en el umbral de los inicios existenciales, que convertirían a nuestra especie en la guardiana de los pórticos vitales. Por consiguiente, tomar ciertas decisiones sobre lo que ha entrado o debería entrar en un tiempo determinado, como lo que no debería permanecer en él, siempre requeriría de profundas valoraciones sobre lo situacional, la naturaleza de lo vital y sin duda sobre las consecuencias o efectos de los actos electivos. Desde este enfoque que vincularía fundamentalmente vida, tiempo, conocimientos y responsabilidad de los actos electivos, se harían significativas todas las valoraciones bioéticas y ecológicas sobre los efectos de los proyectos. Sin olvidar que todo lo ocurrido dentro de espacio temporal ingresa directamente en los estadios de memoria (individual y colectiva) y desde allí, los recuerdos podrían hacerse vivos y activos, convirtiéndose en fuerzas incandescentes o incidentes en todo presente. Por lo tanto, nunca sería en vano generar reflexiones individuales y colectivas, sobre la trascendencia de los fines y efectos proyectuales en las realidades temporales y vitales. Por ello, la comprensión de los estadios de gestación, desarrollo y finalización de la vida, adquirirían sentido trascendente para las mentes reflexivas, para las inteligencias que proyectan. Sería por ello, que tales sujetos reflexivos continuamente tendrían en cuenta los estadios de expansión vital, a los cuales dirigirían sus potencias, sus acciones y todos los efectos de sus conocimientos. Sin duda, una vez posicionados en un presente como realidad corpórea, extensa, vital, intensa, sensible y fugaz, sí sería posible entender que una vez que ciertos signos vitales se han manifestado en él, se les podría ofrecer inteligentemente todo lo necesario para su desarrollo vital. Es decir, potenciar la vida una vez ha entrado en el paréntesis del tiempo podría comprenderse como el fin de toda acción proyectual. Podría pensarse pues, que tal misión, cometido o finalidad inteligente de todos los proyectos, se realizaría conscientemente dentro del estadio intraparentético temporal por donde la vida transitaría subsistentemente. Situación general que tendría en cuenta las diferentes necesidades y urgencias de las vidas particulares, según el estadio del desarrollo vital-temporal en el que se encuentren. Por ello, en este sentido, podrían comprenderse aquellos instantes, más o menos prolongados vinculados a la finalización de la vida, cuando los signos vitales menguan, merman, disminuyen o fugan irremediamente. Instancias vitales y temporales en las cuales, según particularidades, alcanzarían evitarse

ciertos empecinamientos por revertir tal situación irreversible, quizás por ya haber cumplido su rol vital. Por consiguiente, cuando la vida está en franca retirada, los proyectos que intentaran dar vuelta tal situación lograrían connotarse como improcedentes, ya que lo más armónico sería desarrollar actos inteligentes que generaran efectos de acompañamiento de los procesos vitales. Claramente se podría decir que desplegar acciones de empecinamiento egoísta o ciego para mantener lo que ya no se sostiene por agotamiento vital, sería producir efectos de suplicios innecesarios. Por ello, sería necesaria una poderosa reflexión sobre las conectividades entre tiempo, vida y realidades particulares, para desplegar los proyectos necesarios, para decidir sobre qué efectos provocar en ciertas circunstancias vitales. Sin duda, se podría recapacitar continuamente sobre la relación entre sentido del proyecto y sentido vital, entre conocimiento proyectado y ser vivo, entre gnosis, lógica y vida, en todas y cada una de sus fases temporales-circunstanciales. Sería así, que merecería especial atención pensar en qué momento se actuaría, de qué forma se actuaría y en quién se actuaría, para desde tal esfera reflexiva decidir las acciones específicas a desplegar a tiempo. Por ende, los efectos como realidades nutritivas-reflexivas emergerían dentro de los espacios intraparentéticos temporales-vitales, entendidos estos últimos como aquellos lugares donde la vida sería posible a pesar de la existencia de la muerte. Por lo tanto sería en esta realidad dinámica y dual entre lo vital y lo mortal, donde el conocimiento de la humanidad (sus proyectos), podrían incidir positivamente, es decir, como realidades generadas por conciencias éticamente despiertas.

Desde tales posiciones donde la ética estaría relacionada a lo vital, las acciones proyectuales podrían desarrollarse en armonía, para lograr de ese modo potenciar y vivificar los diversos tránsitos sociales. Tales circunstancias asegurarían el rico desarrollo de inteligencias bioéticamente despiertas, capaces de generar manifestaciones y efectos verdaderamente significativos para el desarrollo del tejido vital de las sociedades sistémicas. Sin duda, tal realidad ofrecería la emergencia de parámetros filosóficos, bioéticos, ecológicos y educativos desde los cuales generar y evaluar los proyectos. Estaríamos pues de este modo, moviéndonos adecuadamente ante todos y cada uno de los procesos de ideación inteligente, por ende, atendiendo sus efectos emergentes en todo presente vital. Por ende, desde esta perspectiva, sería posible generar juicios y valoraciones bioéticas, ecológicas, educativas, etcétera sobre todos los efectos o vibraciones o ecos proyectados en toda sociedad. Podría decirse que la

vitalidad del tejido social lograría ser comprendida como una realidad dinámica y dependiente de las relaciones generadas entre sustancia de todo proyecto, tiempo y vida. De este modo, las potencias racionales y sensibles de la humanidad podrían crear en todo presente, proyectos capaces de emerger como agentes de transformación vital de las sociedades en su situación sistémica. Por lo tanto, las realidades verbales como causas de los proyectos sistémicos, serían aquellas potencias vivas capaces de manifestar lo conveniente en tiempo adecuado, para el desarrollo vital de los diferentes estadios sociales. Es decir, que podrían conjugarse específicamente en todo presente, conciencia proyectual y sentido vital, para potenciar el desarrollo ecosocial. Sin duda, estaríamos ante continuos retornos o permanentes renacimientos de las potencias vitales, verbales y sociales, que serían emanadas por las inteligencias que proyectan. Por ello, sería significativo meditar sobre la tendencia bioética del sentido proyectual, para reforzar de este modo el permanente resurgimiento de los efectos vitales necesarios. En definitiva, podría pensarse en la posibilidad de desarrollar esfuerzos inteligentes teñidos de conocimientos sobre la situación vital de la sociedad, para desde tal realidad lograr generar en todo presente, aquellos efectos verdaderamente nutritivos y necesarios. Tal realidad subsistente permitiría concebir, idear, planificar, proyectar y ofrecer, todas las consecuencias enriquecedoras del presente vital de las sociedades. Por lo tanto, estaríamos ante una realidad reflexiva y activa practicada cotidianamente por las mentes que proyectan, como consecuencia fundamentalmente de una interconexión producida entre fines, conocimientos, acciones y sentido vital, que sin duda potenciaría la continuación armónica de los individuos y las sociedades. Lo contrario sería desarrollar movimientos disonantes que impedirían o retardarían los efectos vitales que necesitarían las personas, las sociedades y la especie para desarrollarse convenientemente según su naturaleza. Por lo tanto, no pensar adecuadamente sería no proyectar convenientemente sobre el tejido social, generando indefectiblemente efectos contradictorios con la subsistencia de las ecosociedades. Podría establecerse desde esta mirada, que toda realidad cotidiana, que todo presente vital, podría ser potenciado en gran medida como consecuencia de todos los esfuerzos proyectuales. Por lo tanto, todo presente social estaría vinculado a los conocimientos cultivados por la humanidad, por las sociedades, por las personas, que sin duda se convertirían en las nutrientes necesarias para su desarrollo vital. Sería así, desde esta posición, que tendría sentido interpretar el estado de las cosas, de las realidades sociales, para desde tal conocimiento proyectar adecuadamente aquellos efectos vitales necesarios con la mayor precisión. Sin duda, las

repercusiones ecosociales de los proyectos desplegados, podrían comprenderse como las evidencias de un poder intelectual y sensible que sería activado convenientemente por la humanidad. Esta situación permitiría la emergencia de las sustancias o potencias proyectuales, en los diferentes contextos sociales, para que puedan desplegarse sistémicamente en ellos, es decir, nutrirles adecuadamente. Por lo tanto, la sustancia de todo proyecto lograría generar permanentes restauraciones o renacimientos de la savia vital de las sociedades. Sin duda, tales movimientos se entretrejarían en las circunstancias vitales-mortales de la existencia, es decir, en la ley que hemos denominado de acabamientos y surgimientos de la savia vital. Manifiestamente, analizar y comprender esta situación permitiría generar efectos contextuales adecuados dentro del espacio intraparentético vital donde la humanidad se desarrolla subsistentemente. Estaríamos pues, ante un cultivo de efectos vitales como consecuencia de conocimientos e interpretaciones precisas sobre las diversas situaciones cotidianas, aquellas por las que atravesaría toda sociedad. Desde esta posición, toda situación social emergería como una realidad que analizada convenientemente, arrojaría una serie de datos o informaciones que determinarían los proyectos sistémicos. Aquí cobraría sentido la relación mencionada entre proyecto y realidad específica de los tránsitos vitales de la sociedad, ya que de ella emergerían las condicionantes de toda acción inteligente. Sin duda, todo estudio sobre determinadas realidades sociales revelaría el estado de las mismas, diagnóstico que podría indicar lo que sería necesario proyectar, conformar, manifestar, enviar, ofrecer. Es decir, las realidades dinámicas de todo presente ecosocial, estarían silenciosamente demandando todo aquello necesario para el desarrollo de la humanidad en su situación sistémica.

Todo aparente silencio social debería ser analizado correctamente para lograr finalmente proyectar aquello que verdaderamente fuera necesario para su continuación vital. En tal situación no se podría olvidar la fugacidad de las circunstancias sociales, ya que ésta estaría perpetuamente inmersa en una presente cambiante, móvil, dinámico y que hemos entendido en permanente desmaterialización. Sería así que tales circunstancias, revelarían la necesidad de desarrollar lecturas sociales y respuestas proyectuales para que los efectos sistémicos se emanaran a tiempo. Por lo tanto, antes de que la realidad social sea un absoluto incorporal, se deberían emanar y manifestar los efectos sistémicamente adecuados. Es así como las causas y los efectos proyectados podrían incidir positivamente, nutritivamente en el despliegue ecosocial. Desde esta perspectiva,

todo presente, toda cotidianidad, revelaría el estado y las tendencias de las cosas, convirtiéndose en un indicador vivo y dinámico de lo que se debería configurar, conformar, manifestar o enviar inteligentemente a tiempo. Pero además, de pensar que todo presente vivo es capaz de indicar si es analizado adecuadamente, lo que se necesitaría proyectar, también podría revelarse como una realidad en la cual convergerían, como hemos establecido, los ecos del pasado y la conciencia del futuro. Tal situación también podría ser interpretada convenientemente para enriquecer la creación de los proyectos. Por consiguiente, lo cotidiano emergería como un presente vivo que genera y absorbe efectos (**Aïon**²⁰), que podría experimentarse y entenderse como realidad capaz de ligar a sí misma las dimensiones temporales del pasado y el futuro. Asimismo, todo proyecto ligado al tiempo, podría ser interpretado o entendido como futuro capaz de reinstaurar todo presente. Es decir, como un movimiento inteligente y potencial que aparecería como fuerza renovadora desde el futuro, fugando posteriormente hacia el pasado. Sea como sea que se entienda tal situación, estaríamos ante la existencia de estadios temporales íntimamente ligados entre sí y simultáneamente relacionados con las acciones proyectuales, como con las diferentes situaciones ecosociales. Sería así cómo el tiempo y todos los proyectos fluctuarían entre lo corpóreo e incorpóreo, entre la ausencia y la presencia, donde de tal dinamismo podrían generarse aquellos efectos necesarios para la continuación de la vida social. Pero además como consecuencia de lo expresado, podría entenderse que el tiempo encarnado del presente, como todo lo que participa del mismo, se lo podría considerar o connotar como una realidad bisectriz-viva y dinámica, porque acontecería entre dos estadios o tiempos incorpóreos (sin olvidar que estos dos estadios podrían participar también en su interior). Es decir, que estaríamos ante un presente cotidiano paradójico donde lo vital se desarrollaría, donde toda vida emergente prosperaría en una realidad bisectriz, intraparentética o fronteriza entre dos realidades incorpóreas. Esto implicaría pensar que toda realidad presente sería el hábitat donde la vida cotidiana y las acciones

²⁰ *Ibíd.*, pág. 92: “La pregunta fundamental que nos propone este texto es: ¿Cuál es este tiempo que no precisa ser infinito, sino solamente ‘infinitamente subdivisible’? Este tiempo es el ‘Aïon’. Hemos visto que el pasado, el presente y el futuro no eran en absoluto tres partes de una misma temporalidad, sino que formaban dos lecturas del tiempo, cada una completa y excluyendo a la otra: de una parte, el presente siempre limitado, que mide la acción de los cuerpos como causas, y el estado de sus mezclas en profundidad (Cronos); de otra parte el pasado y el futuro esencialmente ilimitados que recogen en la superficie los acontecimientos incorpóreos en tanto que efectos (Aïon). La grandeza del pensamiento estoico consiste en mostrar a la vez la necesidad de las dos lecturas y su exclusión recíproca. Tan pronto se dirá que sólo existe el presente que reabsorbe o contrae en él al pasado y al futuro, y, de contracción en contracción cada vez más profundas, alcanza los límites del Universo entero para convertirse en un vivo presente cósmico”.

humanas serían posibles. En definitiva, el tiempo dinámicamente unificado revelaría al presente corpóreo como un espacio intraparentético donde se desarrollaría lo vital. Pero podría pensarse que la sustancia o savia vital sería la única realidad donde el tiempo podría encarnarse, corporeizarse, materializarse, manifestarse, vivificarse. Tal escenario consustancial entre tiempo y vida sería el espacio o paréntesis necesario para que las acciones proyectuales puedan aparecer, desarrollarse y generar aquellos efectos sistémicos esperados. Sin duda, todo proceso inteligente debería estar consciente de la realidad simbiótica-dinámica entre tiempo y vida, para desde ella, generar las manifestaciones adecuadas según realidades contextuales. Por ello, podría establecerse que todo presente donde la vida se ha manifestado, sería una realidad intraparentética o bisectriz existente entre un tiempo pasado inmaterial y futuro igualmente inmaterial. Sería así como todo presente podría ser visto como un estadio intermedio donde la vida y el tiempo adquirirían realidad material. Desde tal posición el presente vital como lugar donde nacería e incidiría todo proyecto, se revelaría evidentemente como un territorio intermedio, intraparentético, bisectriz o pliegue del tiempo donde es posible la reemergencia de la humanidad. Es decir, como una rugosidad o doblez temporal en el cual la vida se puede extender. En tal textura temporal se anidaría lo vital, la vida conocida y por ende, las sociedades sistémicas. Finalmente, bien podría comprenderse este presente existencial como una textura vital, como una esquina, pliegue o torbellino del tiempo que permitiría la existencia de lo corpóreo y de las inteligencias encargadas de re proyectar tal realidad viva.

1.4. Razón afectiva y colectiva

Este punto trata de la razón afectiva colectiva o realidad suprabiológica como fuerza capaz de proyectar la ecosociedad. Posición emergente a consecuencia del contacto con el pensamiento de Edgar Morin y Max Scheler.

Podríamos potenciar las reflexiones sobre toda acción de proyectar, incidente en los diversos pliegues sociales, no solamente desde esferas específicamente racionales, sino también desde conocimientos ligados a realidades afectivas o sensibles que indudablemente constituyen la naturaleza humana. Es decir, que estaríamos ante una posición que entiende que la naturaleza humana es capaz de proyectar desde su realidad

compleja, constituida fundamentalmente por lo afectivo y lo racional. Por consiguiente, podríamos pensar que **todo lo que está en el hombre**²¹, podría ser volcado igualmente en todo aquello que haga, sin que puedan escapar a tal situación los proyectos. Sin duda y desde esta perspectiva, todos los estadios de transformación inteligente continuamente podrían enriquecerse por las realidades racionales y afectivas de la naturaleza humana. Quizás por esta razón, habría que entender y analizar cuidadosamente los verbos, los fines, las acciones, las conformaciones y los efectos que se generan, para lograr optimizar permanentemente sus consecuencias sistémicas, en las cuales estarían incluidos todos los procesos de formalización. Por lo tanto, no podría olvidarse que la acción reflexiva de las personas ligada a sus acciones creadoras, darían como resultado manifestaciones simultáneamente racionales y afectivas que potenciarían el desarrollo social. Es decir, que los efectos de cada proyecto estarían enriquecidos por las inteligencias afectivas que les crean y potencian. Esto significaría que todo conocimiento puesto en acción transformadora, engendraría procesos, manifestaciones y consecuencias que tendrían su raíz en la naturaleza racional y afectiva de la humanidad. Por lo tanto, estaríamos ante conocimientos significativos que **no expulsarían**²² de sus actos las potencias psíquicas, emotivas, sensibles y espirituales de las personas. Por ello, es que podríamos entender que las acciones proyectuales serían consecuencia de una actividad humana sustentada en la naturaleza de su ser, aquel que vemos simultáneamente racional y afectivo. Esto quiere decir que lo racional y lo sensible o afectivo podría nutrir perfectamente las acciones de ideación, de recreación permanente de la realidad social. Por ende, ya no tendría sentido desarrollar movimientos que renegaran u olvidaran conscientemente la realidad ontológica de lo humano. Sin duda, el hombre fragmentado o escindido generaría acciones incompletas y carentes de su realidad esencial. Por lo tanto, también formaría interpretaciones y juicios parcializados o fragmentarios de las necesidades contextuales, elaborando o propiciando efectos insuficientes para el desarrollo social. Por lo visto, podría entenderse que las acciones proyectuales absolutamente racionalizadas y desligadas de la realidad afectiva del ser humano, emergerían como manifestaciones incompletas que no lograrían entretenerse armónicamente con la situación sistémica en la cual el hombre se desplegaría

²¹ Según Edgar Morin (2006: 478): “*Todo lo animal está en el hombre, pero todo el hombre no está en el animal. Lao Tsé*”.

²² *Ibidem*, pág. 481: “*Así pues, es ridículo continuar queriendo expulsar de las ciencias del hombre los términos reputados de ‘metafísicos’ de sujeto, inteligencia, psiquismo, espíritu ya que estas nociones tienen todas un carácter físico (...) y un fundamento biológico (...)*”.

subsistentemente. Posicionados en esta mirada que asociaría conscientemente racionalidad, afectividad y conciencia sistémica, no sería posible validar un proyecto como tal, si no evidenciara tales conectividades significativas. Sin duda, tal carencia conectiva demostraría indudablemente falta de perfección y podría producir ecos, efectos o consecuencias perjudiciales para la vida social. Por ende, toda sustancia imperfecta, generadora de procesos conformadores, estaría privada de aquella fuerza potencial que sí generaría los efectos sistémicos necesarios. Desde tal escenario, podría no encontrarse sentido en participar y validar proyectos que no tuvieran en cuenta las relaciones fermentales entre racionalidad y afectividad, ya que descuidarían las realidades sistémicas y por ende, la vida de las sociedades. Sin duda, una actividad de estas características nacería debilitada desde su origen, desde su propia concepción, quizás por falta de conocimientos sobre la naturaleza humana y sus relaciones sistémicas. Por lo tanto, comprender la naturaleza del hombre y su realidad contextual sería entender sus necesidades y así, visualizar los fines de todos sus actos inteligentes, los objetivos de todos sus proyectos. Indudablemente, es posible pensar que la totalidad humana (su naturaleza inteligente y sensible) y no un fragmento de ella, sería la que debería de estar activando, nutriendo todos los procesos proyectuales, para que sean realidades verdaderamente efectivas, por afectivas y racionales. La conciencia activa sobre esta situación haría del ser humano una fuerza sensiblemente inteligente capaz de proyectar y proyectarse armónicamente en su entorno vital. Con ello se podría entender que sus acciones no deberían ser solamente realidades emergentes de sus potencias intelectuales, sino además de ello, podrían completarse con sus potencias afectivas (**el ser por entero**²³). Estadio que se podría nutrir notablemente con una profunda comprensión sistémica sobre la vida. Es posible pensar pues, que solamente desde una unidad activa de todo lo que implique la naturaleza humana, sería factible generar acciones y efectos que contemplaran ontológicamente la situación de las personas, de las sociedades en sus verdaderas realidades contextuales. De esta manera se evitaría favorecer una minoría o mayoría desligada y egoísta, que se olvidara en todos sus proyectos generar consecuencias sistémicas. Por ende, las acciones inteligentes ligadas a la naturaleza racional y sensible de la humanidad, estarían en mejor posición de elaborar los efectos vitales necesarios para el permanente despliegue ecosocial. Sin duda, las

²³ *Ibidem*: “Es romper con la visión disyuntiva en la que el hombre depende de la vida únicamente por los genes y el cuerpo, mientras que el espíritu y la sociedad escapan a ésta. Como hemos dicho una y otra vez, es nuestro ser por entero el que es viviente – cuerpo y alma –, es la naturaleza de nuestra sociedad humana la que depende de la auto-(geno-feno)-eco-re-organización”.

facultades racionales no son las únicas responsables de las acciones proyectuales, sino que se necesitaría además de ellas, el desarrollo de las potencias sensibles para conformarles idóneamente. Es decir, que la unión indivisa entre razón y afectividad permitiría dar sentido a los esfuerzos creadores y a sus efectos sistémicos. Por ello, sería posible dar un sentido vivificante a los actos conscientemente creadores, al asociarles con la totalidad de la naturaleza humana. Logrando tal conectividad, la existencia de una **inteligencia superior o espiritual**²⁴ desde donde crear o proyectar armónicamente, sistémicamente. Con ello sería posible reanimar permanentemente el desarrollo de la vida a consecuencia de todos los procesos creadores, es decir, sistémicamente efectivos. Desde esta posición, sería factible desplegar tránsitos idóneos o eficientes que verdaderamente se alejaran de un paradigma mecanicista de la vida humana, social y universal hacia otro que podríamos ver ecológico, sistémico, orgánico, afectivo y espiritual. Es decir, espiritualizar, sensibilizar e incluso poetizar, serían conceptos que estarían ligados a las realidades proyectuales, a todos los proyectos, alejándoles sustancialmente de toda acción racionalizada-mecánica como si esta fuera la única potencia creadora de lo humano, la única vía de reanimación o reinención social. Sería así pues, que la naturaleza humana unificada en sí misma y unificada con el cosmos, podría actuar desde todo comienzo o inicio proyectual, desde las propias instancias de elaboración de lo verbal, utilizando así, todo su potencial verdaderamente activo. De este modo las inteligencias sensibles creadoras, podrían nutrir adecuadamente la continua reemergencia de la vida ecosocial, al participar en sus procesos de desarrollo con toda su naturaleza verdaderamente unida. En este sentido no sería muy complejo entender que las reflexiones y acciones vinculadas a los proyectos, podrían **abrirse**²⁵ a la realidad ontológica del ser humano y a su situación sistémica o vital.

Es posible pensar que solamente desde esta unidad activa de la naturaleza humana ligada a la vida, sería factible generar acciones y efectos de proyectos que contemplaran con mayor precisión las necesidades de las personas en sus realidades contextuales. De esta manera podría evitarse poner la totalidad de las potencias humanas al servicio de minorías o mayorías egoístas que olvidan permanentemente las consecuencias

²⁴ Podemos tomar sobre espíritu lo que se establece en el diccionario de filosofía de M. Arnáiz y B. Alcalde (1927: 266): “(En latín, *spiritus*, de *spiro*: respirar, alentar, animar). En los griegos y los latinos, sinónimo de vida superior de la inteligencia (...)”.

²⁵ Véase, Edgar Morin (2006: 481): “Tenemos que abrir, pues, la antropología para hacer que la vida entre en ella. Abrir la antropología a la vida es al mismo tiempo darle un fundamento de complejidad”.

sistémicas, por estar obstinadamente reconcentradas en sus propias apetencias. Sin duda, estaríamos invocando y abogando por un pensamiento, por una realidad proyectual o creadora armonizada con la naturaleza humana y su entorno natural, que no descuidara sus efectos sistémicos. Desde tal estadio ontológico y activo, los proyectos emergentes lograrían efectos sistémicos nutritivos, desprendiendo o emanando a su vez un sentido vital que haría digno todo pensamiento y toda acción humana. Sin duda, el hombre como realidad integral, podría proyectar realidades culturales y sociales relacionadas convenientemente con su naturaleza. Por consiguiente, naturaleza humana y sociedad participarían de un tejido sistémico que permitiría el desarrollo de ambas, al mismo tiempo que podrían considerarse como una realidad indivisa o consustancial con el desarrollo vital del universo. En este sentido, podría comprenderse la unión vital y permanente entre sustancia humana y naturaleza o cosmos, en la cual estarían ligadas las acciones proyectuales y los contextos sociales. Por lo tanto, el ser humano visto como realidad ontológicamente racional y afectiva que evidencia una íntima relación **biológica y cultural**²⁶, lograría desde tal estadio, vincularse adecuadamente a la realidad ecosocial, manifestando efectos sustanciales para su desarrollo. Desde esta posición, los proyectos y sus procesos serían consecuencias de un ser biológico, cultural, racional y afectivo que habría desplegado sus capacidades en dirección de prorrogar la savia vital que le recorre, junto al contexto en el cual se despliega. En este sentido todo proyecto tendría la finalidad de reenviar o reanimar aquella sustancia que le da vida, entretejida indefectiblemente en el espacio ecosocial. Consecuentemente con ello, resultaría evidente pensar que las realidades sociales podrían ser manifestaciones y efectos de aquellos movimientos proyectados y desarrollados conscientemente por las potencias de las inteligencias afectivas. Surge en tal sentido una realidad biocultural y bioproyectual, como efecto de las acciones desplegadas por la naturaleza humana unificada a sí misma y al universo, que hemos visto fundamentalmente **racional y afectiva**²⁷. Por ello, es atendible la posición de que los proyectos, sus procesos y la cultura serían realidades emergentes de las inteligencias sensibles de la humanidad, que estarían entretejidas conscientemente con sus procesos biológicos ligados a la

²⁶ Ibídem, pág. 482: “En el seno de esta antropo-sociología, la definición del hombre debe ser a la vez una y doble: el hombre es un ser bio-cultural. Estos dos términos no sólo están asociados, son dos constituyentes de un mismo bucle, que se remiten y se coproducen uno a otro”.

²⁷ Ibídem: “El hombre es totalmente biológico. (...) no hay nada humano que escape a la vida. La afectividad, la inteligencia, el espíritu humano, surgidos de una evolución animal y de una ontogénesis biológica, constituyen realidades vivientes y vitales. La cultura misma es fruto de una evolución biológica y, dependiendo de la sociedad humana, depende de la auto-(geno-feno)-eco-re-organización social”.

ecosociedad. Por tal razón, sería factible entender las múltiples interconexiones, incidencias o trasvases vitales entre humanidad, sociedad y naturaleza. Realidad que evidenciaría la permanente incidencia de lo cultural, de lo social, en los **desarrollos biológicos**²⁸ del ser humano. Por lo tanto, el sentido vital de todas las acciones inteligentes podría verse perfectamente como un acontecimiento en el cual se entretejería lo biológico y lo cultural. Estaríamos pues ante una postura que encontraría en los acontecimientos desplegados por la razón afectiva, un sentido profundamente biocultural. Firmemente podría establecerse, que los proyectos, sus procesos y la realidad bio-socio-cultural estarían subsistentemente unidos, gracias a la acción de las inteligencias afectivas. Tal mirada nos haría pensar una vez más que los procesos biológicos ligados a los tres estadios temporales (inicios, desarrollos y despedidas), serían también realidades determinantes en las permanentes y cotidianas transformaciones culturales. Situación que evidenciaría la importante relación vida, tiempo, conocimiento, intención, proyecto y sociedad, que estaría revelando los movimientos subsistentes desarrollados por las inteligencias que proyectan. Desde este estadio que ligaría esencialmente proyecto y realidad biológica (**proyecto como realidad bio-cultural**²⁹), podría deducirse perfectamente que no existiría una separación absoluta entre cultura y naturaleza. Es decir, que si bien cultura y natura podrían distinguirse ontológicamente, su íntima relación subsistente podría estar revelando la existencia de una realidad que les ligaría, que les unificaría en un estadio vital complejo, en la cual la humanidad se estaría desarrollando cotidianamente. Asimismo, el sentido de todo proyecto emergería como un acontecimiento incorporal, como una realidad que evidenciaría la **íntima asociación**³⁰ entre cultura y naturaleza. Quizás podríamos pensar que de la relación naturaleza y cultura como dos signos de un paréntesis, surgiría indefectiblemente un espacio intraparentético que designaría el territorio donde lo humano es posible. Tal escenario emergente puede ser comprendido

²⁸ Ibídem: “Pero, al mismo tiempo, la cultura es una emergencia propiamente metabiológica, irreductible como tal, que produce cualidades y realidades originales, y que como tal retroactúa sobre todo lo que es biológico en el hombre”.

²⁹ Ibídem, pág. 483: “Todo lo que es biológico en el hombre está al mismo tiempo embebido, enriquecido, mezclado de cultura, y forma parte de la cultura: comer, beber, soñar, aparearse, nacer, morir. Se puede decir incluso que lo más irremediamente biológico es al mismo tiempo lo más irreductiblemente cultural: el nacimiento, el matrimonio y sobretodo la muerte (...). La familia es mucho más que un núcleo de reproducción biológica: es una placenta cultural, una célula sociológica, y, por todos estos títulos, es plenamente una institución bio-cultural”.

³⁰ Ibídem: “Para nosotros ya no hay nada que sea puramente natural, y la misma idea de naturaleza expresa una necesidad de nuestra cultura. El hombre es, pues, tanto más totalmente cultural cuanto que es totalmente natural”.

como un espacio intraparentético vital donde las personas y las sociedades se desarrollarían convenientemente. Desde este estadio, se lograrían entender y desplegar todos los proyectos para que generaran aquellos efectos sistémicos necesarios para el enriquecimiento de la **existencia biocultural**³¹ en la cual se desarrollan los individuos y las ecosociedades. Sin duda, podría entenderse que tales acciones estarían entrelazadas en esta realidad vital, temporal, social, cultural y por ello no deberían desenvolverse como hechos aislados o acontecimientos disociados de tales relaciones. Por lo tanto, no habría razón para fomentar el desarrollo de proyectos como realidades desligadas de la naturaleza, de los procesos sociales y las facultades humanas. Indudablemente, podrían entenderse tales **actos humanos**³², acontecimientos inteligentes o hechos bio-culturales, como realidades bisectrices emergentes entre los espacios sociales y biológicos. Sería así, que toda realidad proyectual podría generar manifestaciones que mejoraran el estadio existencial de la humanidad, que hemos visto emerger de la relación cultura y naturaleza. En este sentido todo acto inteligente como realidad bio-cultural, lograría potenciar o nutrir cotidianamente todo despliegue ecosocial.

Por consecuencia, la sustancia de todo proyecto, sería una realidad que participaría de la reunión generada por las realidades **naturales y culturales**³³, que en definitiva le darían razón de ser. Es así que proyectar para ellas como si estuvieran desligadas, sería un sinsentido para la subsistencia sistémica de la especie. Por lo tanto, todo proyecto se nos revelaría como un ecoproyecto o realidad íntimamente asociada a la naturaleza y la sociedad. Desde esta misma perspectiva, no tendría sentido intentar disociar los proyectos de sus efectos sistémicos, de aquellos ecos tonificantes del tejido social. Sería así que los actos inteligentes y afectivos siempre podrían potenciar la vida humana, ésta ahora entendida como una complejidad bio-cultural. Solamente desde tal estadio de conocimientos se podría nutrir la ecuación proyecto-vida-cultura donde habitaría lo humano como una hebra más de tal eco-realidad, como un hilván responsable por ser consciente de tal situación. Sin duda, la armonía de lo proyectado y sus efectos en la realidad sistémica, dependería de esta conciencia existencial que debería verse

³¹ *Ibidem*: “El proceso bio-cultural es recomenzado y reconstituido sin cesar, cada instante, cada día para todo ser, todo grupo, toda sociedad humana”.

³² *Ibidem*: “Todo acto humano es totalmente biológico y totalmente cultural, todo acto humano biológico, incluido el defecar, todo acto humano cultural, incluido el meditar, es un acto bio-cultural”.

³³ *Ibidem*: “Por ello, no hay que intentar romper el nudo gordiano entre bios y antropos, naturaleza y cultura. Hay que concebir esta idea primaria de la antropología compleja: el ser humano es humano porque es plena y totalmente viviente siendo plena y totalmente cultural”.

continuamente reflejada desde todo génesis inteligente. Pensamos que solamente desde tal claridad sobre la realidad compleja que habita lo humano, los individuos, grupos sociales y sociedades en general, estarían en condiciones óptimas de auto-re-proyectarse afectivamente. Es decir, que desde tal estadio comprensivo, sí sería posible proyectar aquellos presentes intraparentéticos donde la especie humana viviría activa y conscientemente de su situación ecosocial. Por consecuencia podría pensarse que desde tal proceso reflexivo, sería posible generar permanentemente los efectos sistémicos que la realidad compleja requiere para su continuación. Sería así como los espacios intraparentéticos proyectuales, como realidades vinculadas a la razón afectiva, podrían regenerar los espacios intraparentéticos vitales donde la sociedad se desplegaría convenientemente. Desde tal posición, los paréntesis proyectuales podrían aparecer como realidades empapadas de vida, de cultura, embebidas de todo aquello que implique lo humano. Por ende, humedecidos por las realidades racionales y sensibles capaces de dar o enviar contextualmente los efectos necesarios para el correcto despliegue de los signos vitales de la humanidad. Pero además, podría establecerse que tales paréntesis trascendentes podrían ser entendidos como realidades surgidas dentro del seno de la ecosociedad, pero en un tiempo paralelo u oculto, hasta que finalmente lograrían visibilizarse efectivamente. En este sentido, incluso, podría detectarse una esponjosidad de los paréntesis proyectuales, ya que absorberían las necesidades contextuales para ofrecerles finalmente las manifestaciones necesarias para su desarrollo sistémico. En este sentido, luego de un tiempo de gestación, tales paréntesis serían sustancialmente exprimibles para que ofrecieran en tiempo oportuno el néctar esperado para la revitalización del tejido social. Sería así que la vida social o ecosociedad, como sustancia compleja a retransformar continuamente, estaría permitiendo y necesitando de todo el juego o movimiento ecoproyectual que le vivificara sustancialmente. Sin duda, no se podría olvidar la trascendencia de la relación cultura y naturaleza, ya que sin ella el paréntesis proyectual no tendría sentido. Por lo tanto, sería misión u objetivo primordial de toda acción proyectual, **incluir**³⁴ la vida social en la sustancia vital; instancia que sería posible ligada a las reflexiones bioéticas sobre los efectos de todo lo creado. Por ello, se entiende en este trabajo, que cada

³⁴ *Ibidem*, pág. 484: “Somos vivientes humanos. Incluirnos en la humanidad es incluirnos en la vida distinguiéndose en ella por la humanidad. Todo en el hombre, el todo del hombre está bañado de vida, irrigado de vida. Poseemos la vida y ella nos posee. Perderemos posesión de nosotros cuando perdemos la vida”.

proyecto es el mismo proyecto, al defender cada uno de ellos la savia vital. Por ende, las inteligencias afectivas, proyectarían continuamente, cíclicamente, la vida.

Además, bien podría verse tal sustancia valiosa, como aquella **aparecida por vez primera**³⁵ y que habría logrado hasta el momento resurgir, renacer heroicamente (eterno retorno de lo vital). En este sentido, la vida primitiva al desplegarse continuamente se estaría haciendo actual e inmortal, pero para conseguirlo debe necesariamente reenviarse. Proceso de permanente renacimiento en el cual podría aportar significativamente todo proyecto, toda inteligencia afectiva que trabajara en tal sentido vital. Desde tal perspectiva, los proyectos y sus procesos, serían movimientos oportunos o puentes adecuados, que permitirían que las energías vitales logaran reenviarse, reconducirse perennemente hacia la consecución de su fin vital. Por ende, todo verbo ligado a proyectos llevaría en sí, la misión y la potencia de dilatar o extender los caminos por los cuales transitaría la sustancia vital, permitiendo así la reemergencia de la dimensión ecosocial. Consecuentemente con ello, nuestra vida particular y la existencia ecosocial en general, podrían ser reenviadas en cada proyecto sistémico. Tal situación permitiría comprender y vivenciar lo vital como una energía, simultáneamente y paradójicamente, nueva y vieja, que al reproyectarse resurgiría. Tales reapariciones le vivificarían, le permitirían reaparecer para desarrollarse, pero sin duda, continuamente se volvería a desvanecer o envejecer. Por ende, los despliegues vitales individuales y colectivos, estarían ligados a esta realidad que hemos entendido como ley dinámica de los acabamientos y surgimientos, dentro de la cual podrían desplegarse los proyectos. En este último sentido, todo lo re-emergente sería una reaparición de una realidad previamente existente, si no fuera así, estaríamos ante emergencias y no ante reemergencias. En esta dirección, se justificaría la existencia de un sistema, red o tejido bioproyectual, inteligente y afectivo, capaz de dedicarse o especializarse en regenerar permanentemente la sustancia vital en las diferentes realidades sociales. Es decir, que las inteligencias afectivas enviarían a través de las realidades intraparentéticas

³⁵ *Ibídem*: “Vivimos la vida viviendo nuestra vida. Vivimos la vida más antigua y la más actual. Como el resto de los vivientes, hemos surgido del mismo ancestro, y este ancestro que no ha dejado de desdoblarse vive en cada uno de nuestros treinta mil millones de células así como en nuestro ser por entero. Como todo lo viviente, somos supervivientes. Hemos experimentado el increíble azar biológico del nacimiento, y cada uno de entre nosotros ha surgido, único superviviente de una Hiroshima de ciento ochenta millones de espermatozoides. Nuestra muerte nos lleva a nuestro destino biológico arrancándonos de él, y lo que hay de más cultural, nuestros mitos de inmortalidad y de renacimiento, sólo se comprende porque somos mortales: expresan mágicamente la lucha desesperada de todo viviente contra la muerte”.

proyectuales, todo lo necesario para vivificar o irrigar el tejido ecosocial. Adquiere pues todo proyecto una evidente connotación de fuerza germinal, de acción capaz de cultivar la sociedad para su cíclica reemergencia. Sería tal proceso vivificante un modo de dar, enviar o comunicar aquellas realidades sustanciales que facilitarían el despliegue continuo de la realidad biocultural o **socioética**³⁶. Es decir, que el verbo como savia de todo proyecto, potenciaría las incesantes emergencias o continuas transformaciones de la vida socioética, participando ciertamente de su sentido vital, moral y ético. La conciencia de esta realidad haría éticamente competente a las inteligencias que proyectan y a las sociedades en general, dando sentido a sus modos de reorganizarse y encontrando en cada una de sus acciones, diferentes grados sustanciales de incidencia en lo vital. Sin duda, desde tal estadio trascendente, los paréntesis proyectuales, en algún modo como mensajeros o heraldos de la vida, participarían creativamente de ella. Solamente por ello, dejarían de estar unidos a realidades inconexas o ajenas a los procesos vitales, ligándose evidentemente a una **reinvención permanente de las ideas**³⁷, de la vida, de la sociedad, de la humanidad. Sería pues comprensible entender que los paréntesis conscientemente creadores, al igual que la realidad social, podrían ser entendidos como acontecimientos complejos, que estarían nutridos por energías vitales que les permitirían o facilitarían desarrollarse según fin sistémico. En tal relación compleja y vital entre proyecto, sociedad, humanidad y naturaleza, podría vincularse todo pensamiento bioético como un movimiento incidente en las **eco-re-organizaciones sociales**³⁸. En esta dimensión las inteligencias afectivas o eointeligencias aparecerían como fuerzas vitales capacitadas para reorganizar continuamente los espacios socio-bioéticos. Desde tal realidad podrían transformarse en guías bioéticas, al mismo tiempo que podrían trabajar en los diversos ecoproyectos. Esta fuerza intelectual y afectiva asociada a un conocimiento bioético, podría ser entendida como una energía, potencia o realidad espiritual capaz de nutrir las acciones, manifestaciones y efectos que se

³⁶ Concepto presentado por Edgar Morin en conferencia sobre Ética y Biología en el Instituto Francés de Barcelona, 22/1/2009, en la cual ha hecho referencia a la situación bioética que enfrenta nuestra humanidad, entendiéndola como un problema fundamental y global. Situación en la cual el conocimiento y la intención moral serían comprendidas como aquellas energías capaces de controlar la acción humana. Desde esta posición emergería el conocimiento como patrimonio de la humanidad, dando aparición a una sociedad verdaderamente socioética o antropoética para enfrentar cotidianamente su situación compleja.

³⁷ Establece Edgar Morin (2006: 484): “*Somos distintos del resto de los vivientes, no porque esta cabeza se haya realizado a mitad del cuerpo, sino porque esta cabeza viviente ha desarrollado nuevas formas de vida: vida de las ideas; vida del espíritu; vida de la sociedad*”.

³⁸ *Ibidem*: “*Nuestra sociedad es viviente no sólo porque comporta una especie de ‘vida’ eco-organizacional a través de las interacciones /asociaciones /simbiosis / parasitismos /explotaciones que en ella se constituyen, sino más radicalmente en su organización misma que es una auto-(feno-geno)-eco-re-organización (...)*”.

proyectan. Tal realidad daría sin lugar a dudas, sentido al tránsito de la especie humana por su estadio existencial.

Por lo tanto, los proyectos y sus procesos en las diversas situaciones cotidianas que deben afrontar, no deberían descuidar o perder de vista su finalidad vital, ya que ésta les estaría dando sentido. Sería así que tales actos de formalización serían desarrollados desde un estadio de alerta de la situación socioética de la especie, llegando quizás a convertirse por ello, en ejemplos de reactualización de la vida social. Situación donde sin duda, la realidad cotidiana se prestaría como el escenario vital donde los actos proyectados conseguirían moverse adecuadamente; es decir, racional, afectiva y éticamente conformes según los problemas fundamentales de toda **reorganización viviente o ecosocial**³⁹. Movimientos inteligentes que revelarían la tendencia de sus fines, entendidos estos últimos como realidades imantadas a una esperanza vital, que en definitiva sería el impulso de todas las aventuras y procesos creadores. Entrelazados en esta situación se podrían ubicar lógicamente todos los procesos tecnológicos participantes de los movimientos de reorganización social, cuya finalidad debería ser la de mejorar o potenciar la realidad biocultural. Es decir, se debería tener presente el estadio sistémico en la cual se desarrollan las acciones proyectuales y las realidades tecnológicas pertinentes. Como lógica consecuencia, todas las manifestaciones proyectadas ingresarían activamente en las diversas realidades contextuales, generando inevitablemente ciertos efectos que potenciarían el fin vital de la ecosociedad. Consecuentemente habría que tener presente, que todo aquello que sucede dentro del espacio intraparentético biocultural o socioético, incidiría en su organización, afectando su destino vital. Sin duda, los procesos de gestación que transcurrirían dentro de los espacios vitales de la sociedad, quizás en un tiempo paralelo u oculto como ya hemos establecido, podrían ser evaluados junto a lo que han manifestado, según su incidencia en la tendencia vital de la ecosociedad. Es decir, por su real participación en el fin o destino vital por el cual trabajaría exhaustivamente la humanidad cotidianamente. En este escenario subsistente, no podría olvidarse que todo lo manifiesto por los paréntesis proyectuales, sería una realidad ligada a lo biológico y a lo bioético, es decir, participante de los fines vitales de la sociedad. Sin duda, lo manifiesto por las

³⁹ *Ibidem*, pág. 485: “La organización antropológica que el trabajo ha producido, encontrado, afrontado y resuelto de forma más o menos compleja los problemas fundamentales de la organización viviente: diferenciación/especialización/policompetencia; jerarquía/heterarquía/anarquía; centrismo/acentrismo/policestrismo”.

inteligencias afectivas y bioéticas de la humanidad, necesariamente estaría inmerso en la realidad más íntima de la biosociedad o realidad socioética. Por lo tanto, toda manifestación emerge, se relaciona y se convierte junto a sus procesos productivos en potencia subsistente para las sociedades. Desde este enfoque, la tecnología junto a la realidad que genera y ambas enmarcadas dentro de un paréntesis procesual de transformaciones ecosociales, deberían facilitar o propiciar la emergencia de efectos sistémicos. Por consiguiente, como ya hemos establecido en diferentes oportunidades, todos los procesos de conformación podrían ser evaluados desde la multiplicidad de los efectos que provoquen en el ecosistema donde lo humano se despliega. Por lo tanto, todos los movimientos conscientes de creación podrían generar indefectiblemente una resonancia vital al involucrarse también con las realidades tecnológicas; situación más o menos compleja de la cual se esperarían efectos nutritivos para las ecosociedades. Esta situación hace que retumbe en nuestro interior la idea de que lo vital puede inscribirse en todos los proyectos y sus procesos, en todas las realidades sociales y sin duda también, en el pensamiento íntimo de la humanidad. La idea de **vida en la sociedad**⁴⁰, continuamente estaría dando un sentido bioético a todas las acciones meditadas o inteligentes que en ella se desplieguen. Por lo tanto, enriquecería o potenciaría todo hacer dentro de los paréntesis ecoprojectuales, como sin duda, dentro de los paréntesis socioéticos o bioculturales. Consecuentemente con ello, se haría comprensible la relación posible entre vida y verbo, entre la búsqueda de lo vital y el sentido de los objetivos de los proyectos, ya que esta vinculación podría entenderse como la primera causa de todo ecoefecto proyectado. Es decir, el origen o principio responsable en mayor medida de los efectos ocurridos en la trama ecosocial, sería la relación vida y verbo o finalidad de todo ecoprojecto. Por ello, las finalidades indicadas por las potencias verbales, las manifestaciones que proceden o emergen como sus consecuencias directas y el tejido ecosocial afectado por ellas, se nos revelarían como hebras dinámicas de una complejidad viviente. Realidad que sería auto-responsable de

⁴⁰ *Ibídem*: “En fin, la misma técnica no es una innovación antropológica: desde hace tres o cuatro mil millones de años la organización celular es algo mejor que una fábrica automatizada y el organismo policelular comporta una alta tecnología interna, a menudo todavía por encima del alcance del genio humano. Nuestra técnica no sólo constituye migración y desarrollo fuera del organismo humano, en forma de artefactos, de las técnicas del cuerpo. Constituye una tecnología intraorganizacional propiamente social y cumple, según la expresión un poco demasiado organicista de Gehlen, una ‘función orgánica’. También aquí, la introducción de la idea de vida en nuestra sociedad no es reductora, sino enriquecedora”.

sus movimientos y efectos. Estaríamos pues, ante una complejidad ecosocial que **produce vida**⁴¹, que cotidianamente continua re proyectando su savia vital.

Desde esta mirada reflexiva, sobre el espacio existencial donde lo vital tendría sentido y podría desplegarse convenientemente, sería posible situar las inteligencias y sociedades que proyectan, como igualmente los proyectos, sus procesos de manifestación y sus efectos (locales y globales). Por lo tanto, el esfuerzo que se ha desarrollado en este trabajo por comprender el ser de las realidades proyectuales, estaría arrojando que éste sería una realidad íntimamente ligada a las tendencias vitales de toda ecosociedad bioética. Desde nuestra posición, la naturaleza o ser de todo proyecto es una potencia de transformación vital que estaría moviéndose permanentemente dentro de un estadio biocultural subsistente, reformado, renovado, corregido permanentemente por las inteligencias afectivas o mentes ecológicas. Es decir, que el ser, sustancia o naturaleza de los proyectos, como espacios de creación consciente, como paréntesis de elaboración racional y afectiva, podrían perfectamente seguir la tendencia de generar cambios contextualmente necesarios para la reemergencia continua de la savia vital. Realidad que sería posible mientras exista un conocimiento sistémico, afectivo y espiritual actualizado cotidianamente por la **identidad humana**⁴², ligado a todos los procesos de recreación ecosocial. Además, podría pensarse que proyectar ciertos cambios contextuales, llegaría a ser una necesidad evidente para algunos estadios sociales y quizás, una modificación innecesaria para otros. Es decir, que lo requerido por diferentes contextos, por sus distintas circunstancias particulares y **locales**⁴³ (no

⁴¹ Ibídem: “La vida de nuestra sociedad es original, a la vez y correlativamente porque es la de un ser viviente realizado de tercer tipo, porque sus constituyentes son vidas humanas, porque produce vastos sectores sub-vivientes (los artefactos) y un sector meta-viviente permanente (las ideas). Concebir la complejidad antropológica en estos términos no es reducirla a la biología: es negarse a privarla de vida”.

⁴² Véase, Edgar Morin (2004: 91): “Yo defino lo humano partiendo de su complejidad misma, su naturaleza a la vez biológica y metabiológica (...). Sin embargo, la noción de identidad humana integra mejor la doble naturaleza humana, que por un lado depende de la conciencia, del espíritu, y por otro del mundo físico, biológico”.

⁴³ Ibídem, pág. 85: “La globalización nació de la expansión de unas cuantas pequeñas potencias de Europa occidental, y se manifiesta en una occidentalización del mundo que no es integral. Durante el proceso de occidentalización, a través de la dominación, se produjeron intercambios: no sólo el tomate, el maíz, la patata llegaron a Europa, también el trigo y el caballo fueron exportados a otros continentes. No todo es dominación; dicho esto, en esos intercambios lo que prima es básicamente un sistema de dominación (...). Si, es muy cierto, pero no estoy de acuerdo con decir que hay que pensar globalmente y actuar localmente. Lo uno y lo otro no son separables: hay casos en que las transformaciones locales pueden influir en lo mundial y a la inversa. Creo que con el problema ecológico hemos tomado conciencia de la importancia de lo local, es decir, de lo concreto de una acción ciudadana posible (...). Pienso que lo local se vuelve modélico... (...)”.

solamente globales), podría ser sencillamente innecesario para otros. Comprender pues, qué se necesita y cómo afecta o impacta lo proyectado para que emerjan los efectos vitales anhelados, implicaría la acción conjunta o asociada de conocimientos afectivos y movimientos voluntarios hacia un fin constantemente contextualizado. Por ende, ver, interpretar, comprender e internalizar toda realidad local y presente, requeriría además de conocimientos en acto, la voluntad de situarse ante ella para entender verdaderamente sus complejidades y así, actuar en consecuencia. Esta situación permitiría comprender cuales serían las urgencias individuales, locales, sociales y cuáles serían aquellas acciones inteligentes que se deberían desplegar a tiempo, sustentadas siempre en un tejido de conocimientos afectivos o razón sensible. Estaríamos pues, ante una relación fecunda que ligaría voluntad de observación, comprensión, conocimientos y capacidad afectiva para desarrollar proyectos claros, bioéticos y ecológicos, que dieran sentido al **desarrollo y finalidad**⁴⁴ de la vida humana. Por lo tanto, las transformaciones surgidas del esfuerzo de superación constante en el seno de las ecosociedades, permitirían que la humanidad enfrentara cotidianamente y con conocimientos sistémicos todos sus tránsitos existenciales. Tales transformaciones armónicas emergentes entre cultura y natura, se manifestarían primeramente en la interioridad de los individuos y colectivos, quizás en un principio a modo de revoluciones silenciosas, generando paulatinamente aquellos cambios necesarios para la emergencia de los nuevos estadios existenciales, de las nuevas realidades bioculturales habitables. Es decir, que podrían existir cambios, transformaciones, revoluciones en los modos de ser y estar de las personas ante sí mismas y ante las realidades contextuales en las cuales se despliegan subsistentemente. La expansión de tal realidad insurrecta implicaría la conquista o verdadera comprensión de la humanidad de ella misma y sin duda, de la situación sistémica en la cual respira. Sin duda, se estaría revelando la existencia de un proceso introspectivo de personas y sociedades, que abonaría la emergencia de una gnosis afectiva, sistémica y no egoísta, desde la cual sería posible la permanente reemergencia de la complejidad humana. Es decir, que se estaría ante la conciencia de una potencialidad individual y colectiva, producto de procesos comprensivos, desde la cual se podrían reorganizar todas las **finalidades**⁴⁵ y efectos proyectados. Evidentemente toda comprensión situacional como eco de una reflexión

⁴⁴ Según Edgar Morin (2006: 490): “Hemos visto que las finalidades del vivir evolucionan como el vivir, se desarrollan, se desplazan, permutan con sus medios, mueren, nacen ..., irrigando al mismo tiempo la misma finalidad: vivir”.

⁴⁵ Ibídem: “La revolución antropológica se manifiesta también en el dominio de las finalidades”.

interior y profunda desarrollada por la sociedad, daría sentido y dirección vital a todos los procesos inteligentes de creación (manifestaciones y efectos). Sería así que las ecosociedades podrían ir desplegando cotidianamente, aquellos cambios necesarios que fortalezcan su continua transformación existencial. Forjando de esta forma, quizás suavemente pero sin cesar, todas aquellas **multirespuestas**⁴⁶ necesarias o multiplicidad de cambios trascendentes en sus modelos políticos y económicos globales. Tal realidad evidenciaría una permanente defensa de las reemergencias vitales sociales sustentada en una interioridad reflexiva, que sería la que permitiría manifestar todos los efectos requeridos. Es decir, toda visibilización externa sería un modo de evidenciar los procesos internos de las sociedades que proyectan desde conocimientos y tendencias sistémicas. Por ello, desde esta posición, desde esta invocación verbal, las acciones inteligentes estarían teñidas de una finalidad última, sustancial y vital que sin duda, exigiría un movimiento constante en pos de la subsistencia de la sociedad. Es decir, toda la potencia de la razón sensible, iría en dirección de salvaguardar la vida de la humanidad, en pleno conocimiento de su situación sistémica. Por consiguiente, se podría considerar que ninguna finalidad sería tan trascendente o significativa como la vital, por lo tanto, todas las demás aunque parezcan principales, sencillamente estarían subordinadas a ésta. En esta dirección, todo momento conflictivo que atravesase la humanidad, podría considerarse como un estadio más o menos crítico en el que se podría poner en movimiento, en acción, todo el potencial de los conocimientos sistémicos poseídos por la sociedad. Sería así, que todos los cambios en las finalidades podrían **girar o mutar**⁴⁷ alrededor de un foco existencial, para lograr potenciar todos los efectos proyectados. Dentro pues, de toda realidad cambiante, las manifestaciones creadas inteligentemente, entendidas como artefactos sub-vivientes ligados a la vida (Edgar Morin, 2006), estarían entretnejidos en las sociedades generando aquellos efectos que deberían potenciar los tránsitos de la realidad socioética. Esta situación en la cual la sociedad es capaz de auto-organizarse, implicaría conocimientos, voluntades y conciencia de que es posible auto-proyectarse continuamente. Sería pues en este estadio

⁴⁶ Establece Edgar Morin (2004: 84): “*La probabilidad de un triunfo absoluto del capitalismo todavía no me parece segura, por grande que sea. En su contra surgen cada vez más fuerzas que se levantan y se seguirán levantando sin cesar. Ahora bien, los movimientos particularistas que sólo ven su propio problema están muy dispersos y son por lo tanto incapaces de crear una respuesta mundial a un problema mundial. Hoy tenemos que encaminarnos en dirección a una respuesta o una multirespuesta mundial a un problema que nos implica a todos (...)*”.

⁴⁷ Véase Edgar Morin (2006: 490): “*En las evoluciones y mutaciones históricas se operan mutaciones y finalidades y estamos sin duda en una época de crisis civilizacional profunda en la que están en crisis las finalidades de nuestro vivir*”.

donde cobraría importancia toda ética de los efectos, que podría actuar como un despertador de las conciencias sociales sobre las consecuencias de los actos humanos. Es decir, la vida podría estar dependiendo hoy de una bioética de los efectos, ya que lo vital no podría ser visto como una riqueza que la especie humana tenga ya asegurada. Por ello, para conservarla y desplegarla habría que primeramente vivenciarla, observarla, comprenderla y amarla. En definitiva, podría valorarse la oportunidad de tener que luchar conscientemente por la subsistencia de la vida ecosocial, desde una eco-responsabilidad individual y colectiva, entendida como un estadio ajeno a todo egoísmo profanador del bien sacro de la humanidad o realidad vital ligada a su entorno sistémico. Evidentemente esta situación deja lo humano, sus pensamientos y sus actos, en una dimensión de mayor compromiso existencial o **estadio suprabiológico**⁴⁸, desde donde podría generar todos aquellos bioefectos nutritivos para el desarrollo vital del ecosistema. Sería pues imprescindible, que tal especie inteligente y sensible se mantuviera despierta en cuanto a todo lo que debería hacer en su cotidianidad existencial. Es decir, podría trabajar diariamente y coherentemente por mantener el equilibrio vital desde toda su naturaleza activa, aquella conformada por potencias intelectuales y sensibles. Por ello, no debería descansar en la búsqueda de la mayor excelencia de las manifestaciones y efectos que proyecta, ya que de ello dependería gran parte de la salud de su espacio vital, entendido éste como lugar de existencia ecosocial. Sin duda, podría entenderse que los movimientos conscientes de la humanidad generarían aquellas resonancias necesarias para la extensión, para el despliegue de las fuerzas vitales. En este sentido, los procesos intelectuales ligados a las actividades de proyectar, podrían participar significativamente de los esfuerzos eco-subsistentes que la humanidad desarrolla diariamente. Sería así, que los espacios intraparentéticos como proyectos, para lograr sus fines, podrían estar teñidos de las potencias lógicas y afectivas del ser humano. Es decir, el individuo que proyecta trabajando desde su naturaleza unificada, no fragmentada, lograría moverse con mayor efectividad en todos los fines sistémicos de los que participe. Desde tal realidad se podrían generar verdaderamente proyectos bioéticos, aquellos que permitieran el surgimiento de manifestaciones y efectos como consecuencia de un potencial humano unificado.

⁴⁸ *Ibidem*, pág. 486: “Nuestra individualidad ha desarrollado de manera superior los caracteres fundamentales de la individualidad viviente, y las confrontaciones con el resto de los vivientes las realizamos desde un punto de vista superior. Pero el término superior no significa que dominemos la vida desde un mirador suprabiológico. Significa que hemos desarrollado las cualidades de la vida en grados superiores”.

Sin duda, tal realidad estaría implicando una organización del pensamiento, de las acciones, de las manifestaciones y consecuentemente de los efectos proyectados; revelando todo ello una conciencia activa que proyecta según la realidad sistémica. Estaríamos pues ante un estadio proyectual donde estarían ordenados pensamientos, acciones, manifestaciones y efectos, como consecuencia de la influencia de un conocimiento afectivo que contemplaría la totalidad de la vida social, entendiéndola como una realidad asociada a la naturaleza y el cosmos. Tal situación vivida y comprendida profundamente por las mentes que proyectan, permitiría ordenar todo proceso creador según un fin vital. Este orden u organización podría revelarse como consecuencia de un conocimiento sensible que estaría alejado, como hemos visto, de toda prisión egoísta, por lo tanto, llevaría una tendencia solidaria. De este modo sería posible asociar proyecto, conocimientos, intenciones altruistas y efectos sistémicos. Emerge pues un conocimiento activo, sensible, afectivo ligado al amor por la humanidad y su situación sistémica que estaría sustentando todo efecto proyectado. Sin duda, alejarse de estas relaciones complejas sería generar actos y consecuencias desordenadas o egoístas, que nada aportarían al desarrollo vital de las sociedades. Por lo tanto, podría entenderse que el sentido profundo de los proyectos y sus procesos, se revelaría solamente cuando éstos estuvieran ordenados por un conocimiento afectivo, sensible y de amor con tendencia hacia un fin vital. Se haría visible pues en tales situaciones, la relación entre sentido del proyecto y sentido de los cambios contextuales, por lo tanto existiría una vinculación trascendente entre organización del proyecto y la organización del tejido social. Relación vital para la sociedad que tendría como nexo vinculante un conocimiento afectivo, solidario o de amor ligado probablemente a un sentido del bien universal u *ordo amoris*⁴⁹, del cual la humanidad podría estar participando. Por lo tanto, la conciencia de tal realidad podría estar viva en las mentes que planifican, para desde tal luz o potencia individual, lograr extender todo orden afectivo o de amor a las diferentes realidades sociales. En definitiva, podría establecerse que no serían concebibles actos proyectuales que no estuvieran conformados según una tendencia afectiva que sería capaz de organizar y dar sentido vital a la ecosociedad (conexiones entre el *ordo* del proyecto, de la sociedad y del universo). En tal dirección, sería factible visualizar la existencia de una relación directa, positiva y necesaria entre

⁴⁹ Establece Max Scheler (1996: 43): “Lo que dimos allí como esencia del amor es, por tanto, la acción edificante y edificadora en y sobre el mundo. ‘Quien mira en silencio en torno suyo, ve como edifica el amor’ (Goethe). El amor de hombre es tan sólo una variedad especial, una función parcial de esta fuerza universal que actúa en todo”.

proyecto y fraternidad social, que fortalecería los esfuerzos subsistentes de la humanidad en su estadio sistémico. Dentro de tal posición podrían valorarse todos los proyectos por más insignificantes o pequeños que pudieran parecer, además de que cada uno y todos juntos, podrían entenderse como efectos de las inteligencias afectivas. Por ende, las acciones proyectuales podrían ser comprendidas como consecuencias de un *ordo* universal, que estaría en movimiento subsistente. Es decir, una organización que se estaría comunicando y revelando a través de procesos y efectos específicos. Esta realidad dinámica y organizada, permitiría que las potencias vitales se extendieran o comunicaran en dirección de generar efectos nutritivos para el tejido social. Tal sería el fin principal de todos los movimientos proyectuales, entendidos pues como realidades capaces de comunicar aquellas energías necesarias para el desarrollo de las ecosociedades o estadios socioéticos donde lo humano se despliega subsistentemente. Sin duda, podrían ser entendidos tales proyectos como potencias vitales nutridas de conocimientos afectivos que facilitarían la emergencia de consecuencias necesarias. Desde tal mirada, sería posible descubrir que aquello que está verdaderamente en proceso no son los proyectos, sino la propia humanidad que se mueve subsistentemente dentro de una situación sistémica. Necesitando para ello, de todas las acciones inteligentes procedentes o emergentes de su **condición meta-mamífera**⁵⁰. Sería así, como la especie racional y sensible, brotaría como una naturaleza que viviría cotidianamente transformaciones trascendentes (interiores y exteriores), junto al universo al cual está integrada. Por consiguiente, el sentido de todo proceso proyectual sería exactamente el sentido del proceso existencial de la especie humana en su eco-realidad. Por tal razón, sería posible pensar que la humanidad podría en un momento determinado, terminar con el auto-marginamiento de una realidad sistémica en que ella misma se ha colocado, a consecuencia de una disociación entre su inteligencia y su afectividad; es decir, por una desvinculación sin sentido entre razón y sensibilidad. Desde tal perspectiva, posiblemente habría que generar procesos educativos, proyectos

⁵⁰ Ver Edgar Morin (2006: 487): “Somos hiper-mamíferos en el sentido literal del término, marcados para siempre por la envoltura simbiosis con la madre. El calor mamario del hijo constituye la placenta de las ternuras, simpatías, sentimentalidades, amores de nuestras vidas adultas. De igual modo hemos conservado, transformado, transferido en forma de amistades adultas las fraternidades juveniles. Somos super-mamíferos porque hemos desarrollado las cualidades de memoria, inteligencia, afectividad propias de esta clase. Hemos llevado al extremo la aptitud para gozar y sufrir. Somos super-mamíferos porque hemos desarrollado y complejizado relaciones alternativas o simultáneamente rivalitarias/fraternales, dominantes/subordinadas/igualitarias. Somos super-mamíferos porque los mamíferos han aportado a la vida la juventud – el juego, el aprendizaje – y la vejez – la experiencia, la sagacidad –, y nos volvemos meta-mamíferos cuando podemos envejecer siendo jóvenes y seguir jóvenes de viejos – es decir, jugar y aprender toda nuestra vida”.

pedagógicos que alertaran de tal situación, para evidentemente transformarla en un escenario donde la sociedad se moviera íntimamente ligada a la naturaleza. Por lo tanto, se podría potenciar aquellas acciones efectivas de las inteligencias afectivas que evidenciaran una verdadera y sustancial reintegración de lo humano a la vida, a la naturaleza, al orden cósmico de amor, producto de una verdadera **meditación sobre lo vital**⁵¹. Podría decirse que tal transformación sustancial de la especie debería comenzar en su más íntima realidad (verbo interior), para posteriormente comenzar a visibilizarse en los objetivos de todos sus proyectos (verbo exteriorizado), así como también en sus consecuencias contextuales. Por ello sería lógico pensar que tales cambios sustanciales, revelarían las primeras emanaciones de una verdadera realidad socioética, que facilitaría la existencia de espacios verdaderamente habitables, respirables.

1.5. Procesos orgánicos y afectivos

Este punto trata del proyecto como proceso orgánico, afectivo y creador de vida. Posición emergente a consecuencia del contacto con el pensamiento de Carlos Vaz Ferreira y Edgar Morin.

Estamos transitando espacios reflexivos donde se hace especial hincapié en el poder de la especie humana (inteligencia, conocimientos, afectividad y voluntad) de desplegarse vitalmente, sin descuidar su realidad inmediata y los efectos sistémicos de sus actos cotidianos. Donde sin duda, como hemos expresado, necesitaría poner en movimiento todas las potencias intelectuales y sensibles de su naturaleza. Desde tal realidad, el hombre comprendería verdaderamente el espacio vital en el que se encuentra y despliega, entendiendo a su vez, cuáles serían las urgencias más inmediatas que tendría que resolver idóneamente. Tal situación de continuo desarrollo no sería posible si lo humano no estuviera investido o dotado de una inteligencia afectiva, que le permitiera realizar aquellas acciones que generaran aquellos efectos positivos sobre la realidad que habita. Por lo tanto, emerge lo humano como una fuerza capaz de incidir en su destino y en todas aquellas realidades con la que estaría íntimamente ligado, como sin duda lo es la naturaleza. Este poder hacer y transformar utilizado responsablemente, podría

⁵¹ *Ibíd*em, pág. 489: “La reintegración de la vida en el hombre es también una reintegración de la vida en nuestras vidas. No sólo es de importancia paradigmática y teórica, sino también práctica. Nos incita a meditar sobre la vida-nuestra vida para comprendernos, orientarnos, ayudarnos”.

convertirse en un medio, en una fuente de energía que vitalizaría los procesos naturales y sociales, es decir, la realidad biocultural o socioética en la cual está la humanidad. Por ello, la naturaleza humana se descubriría como una realidad inteligente y afectiva capaz de desarrollar acciones que propiciarán efectos verdaderamente sistémicos. La transformación individual y colectiva estaría por lo tanto, impulsada por aquellos conocimientos que estarían en la base de todo movimiento proyectual, que darían sentido a toda finalidad específica, de la cual dependería el **desarrollo o destrucción**⁵² de lo vital. Sin duda, las potencias intelectuales y afectivas tendrían en su poder, en sus manos, la cualidad de los efectos, es decir, poseerían la capacidad de propiciarles y de ligarles convenientemente en la realidad contextual. Pero tales consecuencias sustentadas en ciertos conocimientos, no solamente afectarían una realidad exterior del ser humano, sino también estarían incidiendo en su interioridad, aquella desde donde proyectaría verdaderamente (verbo interior). Desde tal posición se reconocería que habría una doble dimensión o manifestación de lo vital (que debería estar ligada convenientemente), una exterior vinculada a la realidad ecosocial y otra interior o personal, situación que debería ser tenida en cuenta como la **aurora**⁵³ de las inteligencias afectivas que proyectan. Por consiguiente, las acciones inteligentes que se desprenden de la conciencia de tal realidad compleja de lo vital (externa e interna), revelarían una dirección que potenciaría el ser humano en su estadio ecosocial. Por lo tanto, sería posible decir que toda idea y manifestación proyectual podría ligarse adecuadamente con las personas, la sociedad y la naturaleza. Estaríamos pues ante una realidad convergente entre pensamiento, intención, acción, naturaleza, sociedad y persona, en la cual los efectos proyectados se revelarían como resonancias nutritivas de tales movimientos vitales. Por ende, no decimos más que el poder de incidencia de las inteligencias humanas resonaría en la realidad sistémica en la cual se debería incluir la realidad interior de los seres humanos. Sin olvidar que en la permanente recreación de tal situación compleja, se podrían entrelazar todas las valoraciones bioéticas, aquellas que podrían ser vinculadas a fines, desarrollos y efectos de todos los proyectos. Se evidenciaría pues desde esta posición, que los conocimientos activos se convierten en

⁵² *Ibidem*, pág. 490: “Hemos alcanzado el estadio supremo del desarrollo de los medios de transformación, sojuzgamiento y destrucción de la Vida, y la cuestión de la responsabilidad humana para con la vida ya no puede ser parcelizada y dislocada. Al mismo tiempo, y correlativamente, la vida de la humanidad está en juego en su existencia, su cualidad, su finalidad”.

⁵³ *Ibidem*, pág. 494: “Así, no sólo entramos en el estadio supremo de la manipulación por el hombre. Estamos en la aurora de un estadio supremo de la manipulación del hombre, y estas dos manipulaciones no son en absoluto extrañas entre sí”.

realidades verdaderamente incidentes para el desarrollo de los estadios vitales del ser humano, continuamente ligado a su realidad contextual **interna y externa**⁵⁴. La conciencia de tal escenario micro y macro vital, aumentaría las posibilidades de generar efectos sistémicos, como al mismo tiempo, su desconocimiento acrecentaría los riesgos de concebir resultados o efectos nefastos. Es por ello que la responsabilidad en la canalización de las inteligencias y conocimientos o utilización del poder efectuar cambios, requeriría en cada proyecto, en cada acción consciente cotidiana, de un estadio reflexivo bioético que no debería obviarse, olvidarse, despreciarse. Evadir tal responsabilidad equivaldría a transitar en dirección de un espacio extraparentético connotado como espacio **asistémico o mortal**⁵⁵ (movimientos contranaturales). Sin duda, es posible decir a viva voz, que toda génesis, que todo desarrollo proyectual, no debería estar ajeno a la conciencia de la relación entre ser personal y ser ecosocial. En tal sentido, las realidades ecoprojectuales o bioprojectuales serían consecuencia de potencias eco-reflexivas que lograrían actuar en dirección del despliegue de las fuerzas vitales. Por consiguiente, los verbos o finalidades de todos los proyectos nacidos de este volcán intelectual y sensible, participarían del *ordo* vital de la existencia (*ordo amoris*), así como también todos sus efectos emergentes.

Sería en este punto de inflexión, donde vida, persona, pensamiento, sensibilidad, proyecto, tecnología, sociedad y ética se ligarían significativamente en una transformación vital sin fin, es decir, en un movimiento no azaroso y sí proyectado, de cambios sustanciales para el continuo desarrollo de las fuerzas vitales. Realidad que podría quedar evidenciada en la bio-industria y en todos aquellos proyectos ligados a lo genético, que sustentados fundamentalmente en una inteligencia afectiva y ecológica, podrían incidir positivamente en la reproducción de la vida. Estaríamos pues ante una relación trascendente entre conocimientos, proyectos, materias vivas, efectos y destino. Tal situación quedaría ilustrada en la existencia de una bioindustria capacitada para

⁵⁴ Ibídem, pág. 490: “La acción del hombre sobre la vida ha comenzado desde la prehistoria por la domesticación, el sometimiento, el sojuzgamiento y ha proseguido (...). La manipulación alcanza hoy como presa directa el santuario de los genes. La manipulación sobre genes ha dado nacimiento a la ingeniería genética, la cual va a dar nacimiento a la bio-industria. ‘Los progresos de la genética y de la enzimología permiten disponer ya de bisturís moleculares para reprogramar los microbios y transformarlos en esclavos biológicos (de Rosnay in Coville)’”.

⁵⁵ Ibídem: “El aumento y la multiplicación de la capacidad de auto-aniquilamiento, desde la lejana Hiroshima, la crisis profunda de cada sociedad y a escala planetaria nos plantean las dos cuestiones ¿cómo sobrevivir? – ¿cómo vivir?, en adelante indisociables. Sin duda el hombre, como hombre, no ha estado nunca tan cerca de su vida y de su muerte. Ahora menos que nunca podemos ahorrarnos la reflexión sobre nuestra vida, sobre nuestras vidas, sobre la vida”.

manifestar-producir lo que podría denominarse, artefactos vivientes o vida elaborada por las inteligencias humanas. Esta realidad tiene efectos en todos los ámbitos de la vida ecosocial, por consiguiente, también en todas las áreas del conocimiento humano, como sin duda la filosofía, religión, ética, política y educación. Manipular y reproducir estructuras, organizaciones vivientes, hace del proceso proyectual un concatenación de decisiones que trabajarían con la complejidad de la propia existencia. Podría decirse además, que la propia sustancia vital ahora ingresaría en la dimensión de lo manifiesto por el ser humano, es decir, se proyectarían artefactos vivientes (la vida como producto, como efecto). Desde esta situación, podría pensarse en la existencia de productos vitales o de vidas producidas, entendiéndolas como efectos o consecuencias de conocimientos o estadios creadores que utilizarían las tecnologías más avanzadas. Por ende, el hombre estaría ingresando o ya habría ingresado en las galerías misteriosas de la germinación vital, de la génesis de la vida, de la ebullición de la existencia, incidiendo así en los procesos trascendentes que antes estaban reservados al silencio o secreto de la naturaleza. Desde esta mirada, podría entenderse que los procesos naturales de reproducción, ahora también serían procesos intelectuales de reproducción, desarrollados por las inteligencias humanas, es decir, manifestaciones vivas proyectadas por la humanidad. Sin duda, con tal intervención lo viviente se convertiría en manifestación de proyectos industriales, por lo que sería necesario nutrirle de sensibilidad, de afectividad, de amor, para situar tales acontecimientos en realidades verdaderamente ecosociales. Por lo tanto, se podría estar a favor de una industria de lo vital ligada a un orden social afectivo, que la convertiría sin duda en una realidad bioindustrial. La vida no debería ser entonces comprendida simplemente como una reunión de piezas, como una realidad mecánica que podría ensamblarse y re-ensamblarse según ciertos intereses económicos y políticos. Es decir, que podría ser entendida más allá de una asociación de partes separadas o alfabeto genético, por lo tanto, considerada como una realidad o sustancia también afectiva o de amor. Evidentemente tal conciencia nutriría sustancialmente todas las concepciones sobre toda actividad de proyectar, sus procesos y sus efectos. Sin duda, esta situación podría provocar profundas reflexiones éticas, sociológicas, filosóficas, teológicas, etcétera, sobre la **manipulación insensible**⁵⁶ de las fuerzas vitales como si estas solamente

⁵⁶ *Ibidem*, pág. 491: “Los problemas de fondo planteados por la bioindustria naciente se plantean de forma fundamentalmente ambigua. Por una parte, hay ganancia potencial de complejidad por la elaboración de la producción industrial del nivel del artefacto al de la organización viviente. Por otra

fueran una savia o un gen rehén en los estadios industriales, en los estadios del ego humano. Indudablemente, el poder intelectual de nuestra especie ha ingresado en un momento histórico – **controlado e incontrolado**⁵⁷ – que puede dejar su huella, sus efectos nutritivos o nefastos en todas las dimensiones donde la vida se desarrolle. Tal situación se convertiría en una realidad tensa, ya que de los efectos de toda intervención dependería el continuo despliegue de lo vital. La vida humana pues, indefectiblemente estaría inmersa en un espacio sistémico desde el cual podría auto-proyectarse; pero además, constituiría junto a éste una unidad vital. Unidad trascendente que al descuidarse convertiría lo vital solamente en una **realidad a dominar**⁵⁸, escenario sobre el cual debería pronunciarse toda área de conocimiento. Por lo tanto, el poder histórico que se tendría actualmente sobre lo vital, estaría exigiendo simultáneamente una conciencia histórica sobre el pensamiento sensible que se debería desarrollar para que verdaderamente las realidades ecosociales continúen existiendo. Desde esta posición, todo conocimiento afectivo actuaría como **guía de la humanidad**⁵⁹, facilitando los cambios ecosociales hacia estadios de mayor riqueza y no de extremo riesgo vital. Sin duda, las transformaciones podrían darse en las personas, en su realidad interior, para que estas puedan influir simultáneamente en las decisiones colectivas de los diversos grupos societales. De este modo, el poder de toda acción social, política, industrial, etcétera, comenzaría a cambiar de inteligencias no afectivas a mentes conscientes de la realidad sistémica, que no buscarían satisfacer sus propias apetencias egoístas como fin primero y último. Lo contrario a esta invocación, a esta posición sistémica, se evidenciaría cotidianamente en toda la ridícula, grotesca, ciega, triste y funesta lucha de intereses económicos y políticos. Realidad fomentada por diferentes grupos de poder

parte, hay reducción potencial del ser viviente al estatus del artefacto y prácticamente transformación de los seres vivientes en máquinas artificiales (la cría industrial de porcinos y bovinos ya los transforma en puras y simples máquinas de hacer carne). Así la progresión de lo industrial convertido en viviente corre el riesgo al mismo tiempo de ser una regresión de la vida convertida en industrial, convirtiéndose la bioindustria en la prolongación tecno-sociológica de la manipulación experimental que trata los seres celulares y pluricelulares como una reunión de piezas separadas. Más profunda y ampliamente, desde ahora está abierta la puerta a la manipulación ilimitada de la vida”.

⁵⁷ *Ibíd.*, pág. 492: “De todos modos, nos encontramos en el momento de una toma de poder decisiva del hombre sobre la vida. El nuevo poder sobre la vida será tan fundamentalmente controlador y tan fundamentalmente incontrolado como lo fue la toma de poder sobre la energía atómica hace cuarenta años. Y concierne, aún más íntima y fundamentalmente, el poder sobre el hombre”.

⁵⁸ *Ibíd.*, pág. 495: “... el mito humanista de conquista y dominación de la naturaleza va a servir para camuflar, so capa de exaltar el nuevo dominio del hombre sobre su destino, el nuevo destino sobre el dominio del hombre”.

⁵⁹ *Ibíd.*, pág. 493: “Existe una práctica fundada en conocimientos atomizados y localizados, pero que ignora la complejidad de todo cuyo conocimiento sería necesario para guiar la acción. ¿No puede plantearse en estas condiciones la cuestión de qué poder extralúcido o extraciego va a apoderarse de esta manipulación lúcida y ciega?”.

financiero de todas las nacionalidades, que persistentemente evidencian una profunda ausencia o **carencia de ética existencial**⁶⁰. Sin lugar a dudas, conocer el potencial humano capaz de incidir en su destino y en el del planeta, no sería jamás sinónimo de vida desplegada armónicamente. Su uso indebido o **miope**⁶¹ implicaría el comienzo de la desaparición de lo vital. Ciertamente, lo que urgiría desarrollar para fomentar una transformación sistémica de lo humano, serían reflexiones bioéticas sobre todo su hacer, que no separen fenómeno y significado de lo vital, es decir, vida, sentido y destino. Desde esta perspectiva, el sentido vital como realidad sistémica daría **protección bioética**⁶² al desarrollo de los signos vitales, a los sujetos y a las sociedades en su cotidiano devenir. En definitiva, podría decirse que manipular lo vivo como si fuera un artefacto mecánico podría llevarnos a realidades donde la vida no tendría lugar, al menos, la humana como realidad racional y afectiva. De tal situación no se está protegido, por ello las experimentaciones científicas desespiritualizadas podrían nutrirse perpetuamente de reflexiones bioéticas, es decir, inteligentes y afectivas. Podría pensarse que la tendencia necesaria para armonizar la vida humana a la red sistémica vital y a su propia realidad interior a las cuales pertenecería, sería invariablemente el desarrollo de un pensamiento sensible, de un pensar no conducido por movimientos egoístas. Podríamos entender que olvidar de ex profeso la consustancialidad de la naturaleza humana con el planeta, bajo pretexto de intereses egoístas, sería renunciar conscientemente a las potencias intelectuales y sensibles, como fuerzas verdaderamente creadoras. Sin duda, sería urgente desarrollar pensamientos bioéticos en todas las áreas del conocimiento humano, para convertir lo que hoy es un desafío relacional

⁶⁰ *Ibidem*, pág. 495: “Mientras que el dios de la salvación del hombre está grogui todavía, el humanismo antropocéntrico, su vencedor, está a punto de hundirse, en un verdadero cataclismo ideológico, no sólo bajo la presión de un cientificismo que no conoce sujeto alguno, sino también bajo la del Estado-Nación que es el utilizador último y decisivo de los progresos de la ciencia. Es el Estado-Nación el que naturalmente podrá controlar pronto a la vez los genes y los cerebros de los individuos que lo constituyen”.

⁶¹ *Ibidem*, pág. 493: “Manipulamos sin comprender, detectando puntos estratégicos de intervención, efectos producidos por la presencia o ausencia de moléculas dadas. Manipulamos el espíritu antes de que el espíritu pueda pretender tener un conocimiento satisfactorio de los mecanismos organizacionales que le hacen emerger. Así, esta manipulación tácticamente lúcida es intelectualmente miope, incluso ciega”.

⁶² *Ibidem*, pág. 494: “Nos creemos protegidos por una muralla china contra las experimentaciones y manipulaciones que desencadenan sobre el mundo viviente. ¿Dónde está esa protección? La protección no es de naturaleza científica. No está en la práctica de la investigación que aprisiona, envenena, tortura, mutila a los animales de laboratorio. No está en el principio que guía el pensamiento científico. Este principio separa hecho y valor, es decir, elimina por sí mismo toda competencia ética en el seno del conocimiento científico. No selecciona más que objetos y oculta los sujetos. Guiadas por este principio, la ciencia biológica conoce las moléculas, la información, las invariantes, la teleonomía, las células, los organismos, pero no a los individuos-sujetos”.

excepcional entre proyecto y afectividad, en actos conectivos cotidianos y normales. Tal realidad lograría hacer digna nuestra especie, es decir, sería una protección contra el desencadenamiento inminente o amenazador de las **acciones humanas despiadadas**⁶³ o insensibles. Por lo tanto, sería posible notar la necesidad de desarrollar una **lógica viva** o **sensible**⁶⁴, que generara consecuencias vitales para el desarrollo ecosocial, haciendo posible la relación proyecto y ecosociedad. En este sentido, podrían concebirse e irrigarse conocimientos activos a través de una multiplicidad de **ideas para tener en cuenta**⁶⁵, desde donde se lograría potenciar permanentemente el despliegue vital de las sociedades. Posición claramente alejada de todo sistema de pensamiento que indicara de antemano como deberían entenderse las diferentes realidades y que habría que digerir obligatoriamente a modo de un indigesto **bolo ideológico**⁶⁶. Por lo tanto, sería posible que germinaran diversos procesos comprensivos sustentados en un **sentido hiperlógico**⁶⁷ que permitiera efectivamente indagar, descubrir, evaluar y proyectar sistémicamente (re-comprendiendo permanentemente tal realidad dinámica y vital). Toda acción de proyectar estaría alejada de toda **ilusión de lo real**⁶⁸, de toda concepción

⁶³ Ibídem: “Efectivamente, la protección contra el desencadenamiento de la manipulación del hombre reside en la piedad subjetiva por el sufrimiento de otro sujeto que se siente como alter ego, y en la ética humanista que confiere dignidad de sujeto a todo ser humano”.

⁶⁴ Establece Carlos Vaz Ferreira (1962: 21): “Una de las mayores adquisiciones del pensamiento se realizaría cuando los hombres comprendieran – no sólo comprendieran, sino sintieran – que una gran parte de las teorías, opiniones, observaciones, etc., que se tratan como opuestas, no lo son”.

⁶⁵ Ibídem, pág. 150: “Habría que resumir todo esto, y el resumen es muy simple. Lo que yo procuro enseñarles, esto es, pensar con todas las ideas que se pueda, teniendo en cuenta a todas, tomándolas como tendencias, en cada caso, equilibrándolas, adaptándolas, es muy fácil de comprender. Si es difícil de aplicar, es, sobre todo, porque cuesta al espíritu humano liberarse de la impresión de abandono en que le parece encontrarse una vez que lo dejan libre”.

⁶⁶ Ibídem: “La humanidad no ha podido ‘eliminar’ esas teorías. Y ello se parece a una digestión difícil. Una sustancia alimenticia y fácilmente ‘asimilable’ se convierte en el organismo en fuerza y en energía, y esa fuerza y esa energía son utilizadas, y la sustancia desaparece. Otras, no se pueden disolver, y quedan. Y, como ellas, ciertas teorías... (...)... y una gran cantidad de sistemas de reorganización social, son, vuelvo a repetirlo, algo así como formidables bolos ideológicos que se le hubieran indigestado a la humanidad”.

⁶⁷ Ibídem, pág. 147: “Sin duda, tener en cuenta los ideales, y tener en cuenta también las circunstancias prácticas: y equilibrarlos. Pero, ¿en qué grados? Nadie la puede dar: eso se piensa y se siente en cada caso. Ahora: ¿qué se deduce de aquí? Se podría deducir una especie de apología del buen sentido; pero no del buen sentido vulgar, o, mejor dicho, del buen sentido entendido vulgarmente, sino de otro buen sentido, no infra-lógico, sino hiper-lógico. El sentido común malo, ese que con tanta razón ha sido objeto del estigma de la filosofía y de la ciencia, el que ha negado todas las verdades y todos los descubrimientos y todos los ideales del espíritu humano, es el sentido común inconciliable con la lógica: el que no admite el buen razonamiento. Pero hay otro buen sentido que viene después del razonamiento, o, mejor, junto con él. Cuando hemos visto y pesado por el raciocinio las razones en pro y las razones en contra que hay en casi todos los casos, cuando hemos hecho toda la lógica (la buena lógica) posible, cuando las cuestiones se vuelven de grados, llega un momento en que una especie de instinto – lo que yo llamo el buen sentido hiperlógico – es el que nos resuelve las cuestiones en los casos correctos. Y sería bueno que la lógica no privara a los hombres de esta forma superior de buen sentido”.

⁶⁸ Ibídem, pág. 182: “Entre las falacias de observación, existe una muy curiosa, cuyo esquema es el siguiente: obrar en consecuencia de una creencia, tiende a robustecer la fe en ella, como si se la hubiera

preestablecida por aquella realidad que impidiera la emergencia de los efectos sistémicos necesarios. Desde esta mirada, sería posible irrigar y desarrollar una lógica viva que posibilitara la existencia de **planos mentales**⁶⁹, desde donde comprender las situaciones que se experimentan, para desde tal estadio potenciar el despliegue permanente de la sociedad. Por ende, podría pensarse en la existencia de un sentido hiperlógico o lógica viva, como una realidad opuesta a un sentido infralógico o pensamiento cerrado, desde donde podrían emerger las reflexiones bioéticas y todo el conocimiento afectivo capaz de potenciar todos los proyectos de la sociedad. Sin duda, podría vivificarse toda potencia intelectual, para desde tal plano re-comprender y re-situar todos los proyectos, sus procesos y sus efectos contextuales.

1.6. Romanticismo científico

Este punto trata del cultivo de bioproyectos como actos románticos que rinden culto activo a la vida. Posición emergente a consecuencia del contacto con el pensamiento de Edgar Morin.

Por lo establecido, sería coherente y necesaria una posición ética vinculada a un sentido hiperlógico, revelándose como el lugar de partida de todo movimiento inteligente generado por nuestra especie racional y sensible. Realidad que estaría ligada además, a un conocimiento sobre la existencia de un orden afectivo universal, al cual sería posible acercarse, recostarse, no quedando exentos de tal situación, todos los proyectos, sus procesos y efectos. Desde esta realidad sería posible comprender las tendencias, inclinaciones y movimientos de todo lo existente en la naturaleza, incluyendo en tal estadio o plano mental la realidad ecosocial. Todos los proyectos y sus procesos podrían entenderse como movimientos complejos enraizados o vinculados al sentido ético de la existencia, desde donde podrían efectuar aquellos ecos nutritivos fortificantes de la realidad sistémica. Por lo tanto, los pensamientos hiperlógicos, los planos mentales, las

comprobado experimentalmente. Es una ilusión de experiencia. Y tan común, que, en las personas vulgares, una buena parte de la 'experiencia' que da la vida, pertenece a ese orden ilusorio".

⁶⁹ *Ibidem*, pág. 175: "Sobretudo, entendam que lo que hay en esos 'planos' son estados de espíritu: estados de espíritu sumamente complejos, en que hay mucho de psicología no formulable, y de sentimiento, y que no se pueden reducir a tesis simples; que, casi, no habrá dos hombres que sostengan exactamente lo mismo, pues, en la realidad, la verdadera cuestión no es entre tesis-formuladas, sino entre estados de espíritu entero".

acciones y los efectos de la especie racional y sensible, ligados a tal sentido ético existencial, no podrían clasificarse como movimientos contranaturales, violentos o inarmónicos, sino más bien como realidades armónicas y sistémicas. Desde tal situación, lo humano podría emplazarse responsablemente en la realidad ecosocial y por ende, no desarrollar jamás una tiranía insensible que solamente ultrajaría, humillaría y **degradaría**⁷⁰ tanto la naturaleza del entorno como la suya propia. Por lo tanto, honrar o dar sentido ético a los pensamientos y acciones, implicaría un movimiento consciente que repercutiría favorablemente en la realidad sistémica. Realidad que evitaría multiplicar la idea de que el hombre es el **dueño de la naturaleza**⁷¹, situación que iría en contra de su misma perduración vital. Sin duda, podríamos pensar que todo esfuerzo por conformar lo necesario para la subsistencia de la especie humana en su situación ecosocial, debería ser sustentado por las mayores potencias del conocimiento. Tal realidad sería una importante nutrición que permitiría la aparición de mayores oportunidades de desarrollo digno de la sociedad. Por lo tanto, las nuevas condiciones vitales podrían entenderse como efectos consecuentes con los pensamientos y manipulaciones proyectados por las mentes inteligentes. En tal estadio podría entenderse que los actos creadores de las realidades sociales serían en definitiva complejos movimientos sustanciales de una reorganización permanente de las fuerzas vitales o inteligencias afectivas. De este modo, lograr desplegar las fuerzas vitales convenientemente implicaría actos creativos sensibles e inteligentes. Se revelaría desde nuestra reflexión, una posición elegante que relacionaría actos creativos e inteligentes de la sociedad y su escenario o espacio existencial. Por consiguiente, sería sano entender que las acciones humanas, sobre todo las que estarían ligadas a procesos intelectuales y sensibles de creación, podrían ser perfectamente ordenadas en dirección de potenciar y generar espacios sociales como oportunidades de desarrollo individual y colectivo. Es decir, que el conocimiento activo sería una energía capaz de propiciar el perfeccionamiento permanente de la vida social. Tal situación permitiría comprender la

⁷⁰ Establece Edgar Morin (2006: 495): “El mito bárbaro de la ‘conquista de la naturaleza’, lejos de ‘humanizar’ la naturaleza, la instrumentaliza y degrada a su degradador. La hipermanipulación de la vida es depósito de la manipulación del hombre”.

⁷¹ Ibídem: “Debemos abandonar la visión de un hombre dueño y poseedor de la naturaleza, no sólo porque ha conducido a violencias destructoras y daños irreparables sobre la complejidad viviente, sino también porque estas violencias y daños retroactúan de manera perjudicial y violenta sobre la esfera humana misma”.

necesidad imperiosa de vincular la **complejidad humana**⁷² y sus actos inteligentes, a un sentido bioético de la existencia, para desde allí lograr organizar permanentemente todo desarrollo ecosocial. Por lo tanto, todo estadio creativo proyectual de la humanidad podría estar asentado en un conocimiento bioético que potenciaría la reemergencia vital de la ecosociedad, organizando de este modo su compleja cotidianidad existencial. Sin duda, estaríamos ante una relación entre pensamientos, planos mentales, conocimientos, proyectos, complejidad ecosocial y sentido ético, que entretrejidados facilitarían el progreso de la vida humana en su situación sistémica. En tal realidad dinámica podrían encontrarse vías, caminos o modos de ligar adecuadamente conocimiento, proyecto y vida, que permitirían oportunos despliegues sociales. Por supuesto desde esta mirada, se hace trascendente toda lógica viva, todo sentido hiperlógico, ya que sería capaz de propiciar la emergencia de apropiados o armónicos tránsitos vitales. En definitiva, se podría estar ante efectos proyectuales oxigenantes de los espacios vitales en los cuales las ecosociedades se desenvuelven o respiran ordinariamente. Los proyectos y sus procesos se convertirían en realidades generadoras de consecuencias armónicas en los diferentes contextos sociales, que revelarían a su vez, la conciencia de la especie como movimiento vital ligado a la naturaleza. En este sentido, sería inexcusable participar de movimientos o proyectos que respondieran a la **manipulación incontrolada**⁷³ de las potencias naturales. Por consiguiente, la conciencia humana podría comprenderse como impulso de las acciones proyectuales, aquellas unidas a la naturaleza. Situación que explicaría o justificaría la existencia de todo ecoproyecto.

Se desprende pues, que nuestras sociedades podrían evidenciar un gran desarrollo tecnológico, sin que ello signifique la emergencia de efectos nutritivos o potenciadores de la realidad sistémica. Es decir, que toda potencia social, como podría revelarse en lo tecnológico, desligada de una conciencia vital traería sin dudas, consecuencias perjudiciales para el desarrollo de la vida. Es fácil dar valor a tal pensamiento con solamente observar la gran destrucción ecológica acaecida en los últimos años a escala planetaria, generada por nuestra especie, a pesar de los grandes adelantos tecnológicos de los cuales parece sentirse orgullosa. Sin duda, vincular los fines y acciones humanas

⁷² *Ibidem*: “No se trata de negar la acción del hombre, antes al contrario. Hay que reconocer a homo complex. No se trata de recusar el humanismo. Es necesario, como veremos, hominizarse al humanismo, y, al mismo tiempo enriquecerlo fundándolo en la realidad viviente de homo complex”.

⁷³ *Ibidem*, pág. 496: “Pero hoy el problema es refrenar la crueldad y el antropocentrismo desenfrenado, así como controlar la manipulación incontrolada. Tenemos que buscar a partir del reconocimiento de nuestra pertenencia a la naturaleza viviente una nueva frontera del antropocentrismo y de la crueldad”.

a un orden vital del universo se tornaría como un acto urgente a realizar para mantener el equilibrio ecosocial, del cual sí deberíamos sentirnos orgullosos. Nos encontramos en una dinámica situación de avances y retrocesos sobre la relación de la especie con su eje vital, que sería importante equilibrar a través de la continua redefinición de pensamientos, planos mentales, conocimientos y acciones proyectuales. Desde tal realidad seríamos capaces de generar aquellos efectos que verdaderamente **salvaguardaran la vida**⁷⁴ en todos sus estadios. Sería de este modo que la propia humanidad podría dar un giro radical, cambiando su actitud ante la vida, ante sus pensamientos, ante sus actos, ante los efectos que genera, emplazándose perennemente en un sentido ético hiperlógico de lo vital. Tal realidad revelaría una positiva correspondencia entre proyecto y organización afectiva de la ecosociedad, que mientras no se logre, se seguirá proyectando, manifestando y evidenciando un sinfín de efectos disonantes que perjudican la reemergencia vital. Podría pensarse que las fuerzas humanas vibrando u orbitando adecuadamente en torno a un centro vital, afectivo y ético, podrían tener mayores posibilidades de enviar manifestaciones realmente efectivas contextualmente. Realidad que le otorgaría a la sociedad, un poder de auto-regeneración real de todos sus tránsitos vitales, ya que estos esfuerzos se mantendrían unidos a un orden afectivo y a un sentido ético, del cual participaría toda mente reflexiva y sensible que proyecta. Por lo tanto, esta podría ser perfectamente la base o sustancia principal de los verbos promotores de los procesos de conformación. Sin duda, todo sentido ético ligado a los fines de los proyectos, podría verse como realidad principal o fundamento de cualquier proceso inteligente y por ende, de los actos de toda mente comprometida con el desarrollo vital de la sociedad. Desde donde podría desprenderse que los actos proyectuales no serían consecuencia de movimientos dubitativos, es decir, no estarían desligados de un fin principal que siempre hemos visto vital. Defender, proteger y potenciar la vida ecosocial podría entenderse como el fin principal de las acciones inteligentes. Por lo tanto, nadie debería llamarse a engaño sobre tal cuestión y por ende, se podría comprender definitivamente que las acciones inteligentes de la especie humana, tendrían en sus manos tanto un poder vivificador como devastador de la vida. En tal escenario al cual se sumaría la nueva realidad tecnológica, cabría la pregunta sobre qué hará realmente con este poderío la humanidad

⁷⁴ *Ibidem*: “Las destrucciones ecológicas, la aurora de la bio-industria nos conducen a redefinir y elegir finalidades de salvaguardia de la vida. Las manipulaciones sobre genes, células, cerebros nos conducen a formular finalidades de protección de las autonomías individuales”.

si no es capaz de asumir su naturaleza afectiva o espiritual. Evidentemente si no valora su realidad sensible como una potencia apta para teñir todos sus actos proyectuales difícilmente concebiría y eyectaría efectos sistémicos capacitados para **salvar la vida**⁷⁵. Sin duda, nuestra posición reflexiva está inclinada a un orden afectivo, que hemos entendido como la realidad sustancial de todo el cosmos y por ende, de todo espacio habitable por la humanidad. Por lo tanto, toda organización afectiva se erige como el fundamento amoroso desde el cual brotarían pensamientos, planos mentales o estados del espíritu, conocimientos, actos y efectos elaborados por las inteligencias que proyectan los espacios ecosociales. Espacios habitables pues, entendidos como paréntesis o microclimas éticos y vitales dentro de los cuales lo humano se despliega armónicamente. Inmersos en esta realidad intraparentética inteligente, ética, vital y proyectual, todo podría organizarse para combatir en pos de la subsistencia sistémica de lo humano. Consecuentemente con ello, las realidades proyectuales nutridas de potencias intelectuales, sensibles y éticas, lograrían comunicar a sus envíos y a la sociedad, las sustancias correctas necesarias para el desarrollo de la aventura humana, comprendida como una hebra más de la eco-realidad. Por ende, evitando firmemente desde un sentido hiperlógico toda acción desmesurada – **amenaza y protección**⁷⁶ – todo movimiento que atentara irresponsablemente contra lo que se supone debería proteger. Se estaría pues, en el camino de ligar convenientemente planos mentales, conocimiento, acto inteligente y efecto bioético. Por lo visto, podríamos nuevamente reafirmar que sin una actitud reflexiva afectiva, el conocimiento humano podría generar efectos negativos para el desarrollo social. En tal sentido, serían de esperar aquellas acciones de la naturaleza sensible de las personas, que incidieran en el continuo crecimiento de todas las áreas de conocimiento, para que desde tal realidad sean posibles los avances de las fuerzas vitales en las diferentes estadios sociales. Por ello, la conexión entre amor, actos humanos, sociedad, áreas del saber y personas, se tornaría en una realidad necesaria que permitiría propiciar la emergencia de nuevos espacios y oportunidades vitales. Realidad sustentada indefectiblemente en un cotidiano y

⁷⁵ *Ibidem*: “Más profundamente, nuestro poder sobre la vida desde ahora infinitamente mortífero nos hace totalmente responsables de la vida. La toma de conciencia de nuestra responsabilidad de la vida – ante la vida – nos hace surgir esta finalidad primordial: defender, proteger e incluso salvar la vida”.

⁷⁶ *Ibidem*: “La bio-ética es inseparable de una antro-po-ética. Lo que está al servicio de la vida está al mismo tiempo al servicio de nuestras vidas. Ahora bien, actualmente nuestras vidas no sólo están amenazadas por lo que las amenaza, sino también por lo que las protege: la ciencia y la medicina”.

verdadero **respeto por la vida**⁷⁷. Por ende, todo proyecto sería un movimiento complejo en defensa de la subsistencia de la humanidad, convirtiéndose así en una fuerza que contrarrestaría todo olvido del **sentido vital**⁷⁸ dentro del seno intraparentético de la ecosociedad. Los proyectos y sus procesos pues, como movimientos vitales, evidenciarían una transformación inteligente y afectiva de los grupos sociales. Sin duda, tal dinamismo necesario, consciente e inteligente, podría entenderse como una respuesta bioética lanzada desde lo más **íntimo de la naturaleza biocultural**⁷⁹ de la humanidad; que iría en dirección de potenciar los signos vitales. Por consiguiente, si el ser humano tomara conciencia de la situación negativa ecológica en la que se ha colocado junto a todas las formas de vida del planeta, podría comenzar a revertir tal situación al generar con mayor regularidad aquellas respuestas bioéticas que regeneran su dimensión existencial. La emergencia de proyectos bioéticos y sistémicos, enviados desde toda naturaleza biocultural, permitiría la aparición de efectos capaces de restituir la salud del ecosistema. Este modo de comprender los proyectos como movimientos inteligentes, vitales y éticos ligados a la naturaleza, se constituye en una opción necesaria para mantener el equilibrio existencial. Se pasaría quizás de un romanticismo poético que ligaría el espíritu humano al cosmos, a un romanticismo proyectual racional, afectivo, efectivo y cotidiano, que se encarnaría en todos los actos inteligentes desarrollados por las ecosociedades. Por lo tanto, todas las manifestaciones emergentes a consecuencia de inteligencias desligadas de lo sensible (**razón instrumental**⁸⁰) se convertirían en obstáculos para el desarrollo de las personas y la cultura sistémica. En definitiva, podemos pensar sin temor, que sería necesario desarrollar nuevas concepciones sobre la vida del hombre ligada a su realidad contextual y nuevos modos de hacer en ella que permitieran verdaderamente generar efectos sistémicos. Es decir, es necesario

⁷⁷ *Ibidem*, pág. 497: “La inhumanidad no consiste en no respetar el concepto de hombre, consiste en no tener piedad de la vida humana. ‘No matarás está a punto de morir’. Ha perdido su carácter imperativo al perder su carácter sagrado (religión) y su fundamento mitológico (humanismo)”.

⁷⁸ *Ibidem*: “Ya no está en las fronteras, al margen, sino en el seno de nuestra civilización el que una vida pierda cada vez más su valor, su sentido, y que el matar al azar se convierta en un medio para autenticar el derecho propio”.

⁷⁹ *Ibidem*: “Ahora bien, la exhortación multimilenaria de ‘no matarás’ debe volver a tomar vida, pero una nueva vida; debe renacer, no ya de lo alto, del cielo, sino de abajo, de nuestra naturaleza bio – cultural, justamente como respuesta bio-ética a la banalización del reflejo asesino”.

⁸⁰ *Ibidem*, pág. 498: “Nuestra cultura genera nostalgia y deseo de naturaleza, no como una fantasma pueril, sino por necesidad de escapar a la lógica abstracta, tecnológica, burocrática, cronométrica del artefacto y a este título todo ‘naturalismo’ expresa, de forma ‘ingenua’ la necesidad de complejidad. Los valores de la vida, como los de la naturaleza, son actualmente reabastecimientos y refugios de complejidad, cara a la lógica de la máquina artificial, la pseudo-racionalidad (razón ‘instrumental’) homogeneizante y manipuladora”.

desplegarse sobre un sentido hiperlógico que posibilite la emergencia de nuevas o armónicas vías de desarrollo social.

Desde tal conciencia de la existencia y de los proyectos, se podría pensar en la posibilidad de un desarrollo vital potenciado por un conocimiento ético-sistémico desplegado por la humanidad. Sería así cómo una vida activa y consciente de lo sistémico, incidiría cotidianamente en los desarrollos sociales e individuales. Pero para que tal conciencia colectiva y activa finalmente se instale en todos los ámbitos del saber y en todos los escenarios cotidianos de la acción social, pensamos que sería necesario un continuo proceso revolucionario que se vaya desplegando, más o menos silenciosamente, a modo de transformación profunda de las sociedades. Sin duda, los cambios sociales podrían ir ocurriendo conscientemente entorno a un fin vital y no dejarlos librados al azar inconsciente asistémico. Es decir, los proyectos, como flechas eyectadas por personas inteligentes y afectivas, podrían ir generando efectos necesarios para las transformaciones ecosociales. La conciencia de la vida y el amarla justificaría la existencia de proyectos vitales capaces de potenciar todos los movimientos sistémicos. Por lo tanto, todos los proyectos ligados a esta conciencia situacional que liga cultura, naturaleza y sentido ético, podrían convertirse en potencias activas y nutritivas de las ecosociedades, alejándose definitivamente de fines egoístas, de intereses particulares perjudiciales. Tales revoluciones inteligentes y afectivas concebirían cambios sustanciales en la especie, en sus tránsitos, en sus pensamientos, en sus conocimientos, que facilitarían el surgimiento de efectos sistémicos. Sería lógico entender que desde tal situación, podrían ligarse armónicamente todos los conocimientos poseídos a finalidades proyectuales que contemplarán la vida, entendida como la sustancia por excelencia a proteger y desplegar. Por lo tanto, podría comprenderse cabalmente la necesidad de desarrollar proyectos sustentados en una ciencia afectiva de la vida, que contemplara la totalidad de la naturaleza humana; por ende, que no atendiera solamente intereses económicos desligados éticamente de los estadios sistémicos de existencia social. Sería significativo emprender proyectos cuyos efectos logren purificar los tejidos dañados de la vida social, dando comienzo así a una nueva era afectiva – sustentada en una **ciencia de la vida**⁸¹ – donde lo humano trabaje desde todas las potencias de su

⁸¹ *Ibidem*: “Una atropo-bio-ética defiende el valor de la vida y los valores de la vida. Necesita de una ciencia de la vida y de una política de la vida (...) Pero, mientras que la ciencia clásica hace absurdo el

naturaleza. Por lo tanto, dejar atrás aquellos intereses puramente particulares que utilizarían lo vital solamente para formalizar sus oscuros y disonantes fines. Finalmente podría decirse que un sentido ético de la vida humana sería una realidad capaz de irrigar todas las acciones proyectuales y sus efectos, por ende, debería ser una realidad viva en las intenciones y finalidades de todos los actos inteligentes. Tal sentido ético aparece como una dimensión valiosa desde donde lograr generar todos los proyectos, sus procesos y efectos. Realidad ética que implicaría sin lugar a dudas, desarrollar nuevos estadios del conocimiento para comprender la situación planetaria que se vive, así como también utilizar idóneamente las tecnologías si se quiere verdaderamente **pilotar y seguir a la naturaleza**⁸².

1.7. Inteligencia social

Este punto trata de la fertilidad de la inteligencia social si aprovecha su tiempo presente o kairos vital. Posición emergente a consecuencia del contacto con el pensamiento de Daniel Goleman, Edgar Morin, Gilles Deleuze, Gillo Dorfles y Mircea Eliade.

Podríamos pensar en la existencia de una realidad intraparentética inteligente y sensible o espacio proyectual, que sería capaz de emanar todo aquello necesario para el desarrollo vital de nuestra especie en su situación sistémica. Tal realidad abastecedora elaborada por las inteligencias humanas podría ser entendida como un espacio dinámico intermedio o intersticial entre lo que es y lo que será, que lograría enviar ciertos efectos al tejido social. Desde esta comprensión, sería posible valorar y experimentar todo espacio intraparentético inteligente en el cual se originaran las causas de los cambios sociales, materiales o inmateriales, como una realidad significativa que continuamente podría potenciarse. Advertir tal situación, implicaría hacer algo favorable por los espacios proyectuales y sociales, por el sentido activo y vivificador de su continua reemergencia simbiótica. Sin duda, del espacio intraparentético proyectual emigrarían

problema ético negando la idea misma de sujeto, una ciencia compleja puede establecer la comunicación entre conocimiento y ética y esclarecer la elección de finalidades”.

⁸² *Ibidem*, pág. 499: “*Si se quiere pilotar la naturaleza al mismo tiempo que se la sigue, si se quiere introducir más complejidad en nuestras vidas y más complejidad viviente en nuestras sociedades, precisamos una técnica más compleja así como una utilización más compleja de la técnica”.*

hacia su espacio extraparentético o espacio intraparentético social, aquellas causas que provocarían ciertos efectos, de los cuales se esperaría que fueran favorables sistémicamente. Del mismo modo que del espacio social nacerían las causas que originarían los movimientos conscientes dentro de la realidad intraparentética proyectual, como ya hemos establecido. Estaríamos pues, ante un movimiento permanente de las causas y efectos entre los espacios sociales y proyectuales. Por ende, se evidenciaría la existencia de causas proyectuales que incidirían en el desarrollo del espacio social, al provocar en éste los efectos necesarios. Es decir, las causas generarían efectos contextuales que modificarían la experiencia social de la humanidad y por ende, su continuidad existencial. Sería así como la reinención de la sociedad dependería también de una reinención de las causas proyectuales y sin duda, ambas dependerían de una reinención de las relaciones sociales. Como se ha expresado en diferentes pasajes de este trabajo, el espacio intraparentético proyectual podría entenderse como una fuerza profunda y real que haría posible determinadas emergencias en la superficie social. Es decir, que todo proyecto como fuerza o causa real se visibilizaría en los efectos sociales. Estamos pues ante una energía que sería comunicable a través de los cuatro estadios proyectuales que hemos visto en la emanación, transformación, manifestación y efecto. Realidad dinámica que indefectiblemente implicaría, desde nuestra posición, razón y afectividad para estar en mejores condiciones de arribar a finalidades éticas ligadas a lo vital, a la realidad ecosocial. Pensamos que de tal manera, el hombre estaría efectivamente asumiendo una verdadera responsabilidad sobre su destino individual y colectivo ligado a sus entornos naturales. Es decir, que estaríamos ante todo proyecto, frente a una realidad interna y profunda donde nacerían las causas y las emergencias o efectos sociales. Tales ecos o consecuencias inteligentes, no azarosas, afectarían notablemente el avance vital de toda ecosociedad.

En tal situación no se debería olvidar la importancia de los movimientos proyectuales formados a tiempo, para que emerjan en el momento oportuno aquellos efectos fortificadores de los destinos sociales. Es decir, que toda realidad interior inteligente y sensible ligada a los proyectos, debería comunicarse sencillamente a tiempo para que posea sentido vital. Por consiguiente, una manifestación aparecida a destiempo ya no sería necesaria y no tendría razón de ser. Sin duda, todo movimiento inteligente sería trascendente si se entretijera adecuadamente y en un período oportuno en el tejido ecosocial. Sería así como toda realidad intersticial o proyecto, como proceso vivificante

de la vida humana, podría no solamente estar nutrido de adecuadas intenciones sino de una **filosofía**⁸³ que irrigara la conciencia situacional de las realidades sociales a las cuales se dirige. Por lo tanto, toda realidad proyectual, entendida como una unidad consustancializada con realidades ecosociales, emitiría o eyectaría aquellos efectos nutritivos que sucederían oportunamente. Por consiguiente, sería posible entender todo proyecto como un espacio entre paréntesis sustentado en un pensamiento de lo vital, del efecto vital ligado al tiempo, desde donde sería posible comprender la trascendencia de todas sus consecuencias, por lo tanto, percibir la emergencia de su sentido. Sería así que el estadio externo de la realidad proyectual entendido como espacio social, reflejaría o revelaría si se le analizara correctamente, todos aquellos efectos consecuentes con las causas eficaces que los han propiciado. Es decir, que la sociedad aparecería como un espacio de lectura de las causas a través de sus efectos. Quizás, desde esta posición, podría hablarse de grados de comunicación de las causas proyectadas en la realidad social y por ende, de grados de incidencia en su destino vital. Por ende, las ideas, los fines y manifestaciones que persiguen todos los proyectos serían las fuerzas que en definitiva se manifestarían en las realidades contextuales en donde generarían sus efectos vitales. En tal sentido, las causas quedarían descubiertas en todos los efectos emergentes de las ecosociedades, una vez las manifestaciones se hayan eyectado adecuadamente en el instante pertinente. Por ende, el sentido vital de las acciones inteligentes, se revelaría en las correctas observaciones de los efectos producidos en la superficie del tejido social. Por ello, tales hechos complejos (causas, manifestaciones, efectos, sentido vital de las sociedades), ingresarían en el estadio de un conocimiento sensible y de la intención de las mentes que proyectan. Entender el sentido de un proyecto implicaría pues, comprender profundamente su participación en el despliegue convenientemente de la vida. Sin duda, sería significativo reflexionar sobre el sentido vital de todos los proyectos, de sus procesos, de sus efectos. Pero para que tal luz comprensiva sea posible, sería necesaria una relación eficaz entre efecto ocurrido e interpretación oportuna. Por ende, sin los conocimientos y la voluntad de quien interpreta no habría disquisición correcta, por consiguiente, podría existir cierta invisibilidad de tal relación significativa entre causas y efectos. La relación crítica entre todas las inteligencias humanas y los acontecimientos sociales, permitiría sin lugar a duda la existencia de una conciencia individual y colectiva. Conciencia social que

⁸³ Según Gilles Deleuze (2005: 176): “Cuenta Diógenes Laercio que los estoicos comparaban la filosofía con un huevo: ‘La cáscara es la lógica, la clara es la moral, y la yema, justo en el centro, es la física’”.

permitiría detectar cotidianamente todas aquellas problemáticas para transformar a través de los proyectos generados a tiempo. En tal dirección, los efectos de los proyectos podrían participar de procesos alfabetizadores desplegados por las sociedades. Desde tal posición, el discernimiento sobre la realidad social emergería como una actitud crítica necesaria para la comprensión y la transformación del espacio que se habita. Tal situación permitiría ver cómo los efectos generados en toda la superficie social podrían hundirse en la profundidad de la interioridad crítica de las personas una vez sean comprendidos, para finalmente permitir una mejor evaluación de la realidad social. Sin duda, el entendimiento de las realidades sociales llevaría a que las personas comprendan su realidad cotidiana y solamente por ello, sean conscientes de lo que se necesitaría proyectar para un mejor desarrollo vital. Es decir, que lo ideal sería que cada vez más personas consigan entender el entorno social en el cual están inmersas, para desde tal estadio comprensivo participar verdaderamente de sus porvenires individuales y colectivos. Por consiguiente, el sentido emergente de las relaciones entre las personas y los efectos sociales podría estar ligado a una mirada sobre lo vital, para desde ella evaluar y potenciar cotidianamente los destinos sociales. Posiblemente tal emergencia, tal sentido vital de los movimientos intelectuales desarrollados por las sociedades, podría entenderse también como un efecto que incidiría en sus despliegues existenciales. Sería así como el sentido bioético como efecto de las conciencias, de las inteligencias afectivas, podría ubicarse también en el inicio de todo proceso proyectual, es decir, en sus propias causas. Por ende, la causa de todo proyecto podría nutrirse o estar instalada en un sentido subsistente de la sociedad, desarrollado por la conciencia individual y social. Sin duda, toda causa proyectada se nos revela también como un efecto de las inteligencias sensibles, aquellas que estarían conscientemente consustancializadas con los destinos subsistentes de los individuos, las sociedades y el universo. Es decir, que lo causal como efecto de las inteligencias es capaz de efectuar cambios en la realidad social, por ende, de afectarla significativamente. Por lo tanto, todos los efectos o acontecimientos revelados en la superficie social serían entendidos como consecuencias de unas causas-efectos inteligentes sustentadas en un sentido subsistente que sería el que permitiría verdaderamente todo desarrollo armónico de la humanidad en su situación ecológica. Desde tal dimensión sería posible evaluar todas las manifestaciones y efectos generados por los procesos inteligentes y sensibles que se desplegarían en la sociedad. Por lo tanto, los proyectos podrían ser sopesados según el sentido vital o subsistente de la existencia ecosocial. Consecuentemente con ello, todo

sentido ético y vital podría perfectamente convertirse en un estadio de pertenencia individual y colectivo, emergiendo pues como una realidad patrimonial a modo de espacio intangible de pertenencia. En tal dirección gran parte del patrimonio intangible de la humanidad podría comprenderse como un efecto del sentido subsistente de la existencia. Por lo tanto, el sentido vital emergería como una realidad patrimonial inmaterial desde donde sería posible ecoprojectar.

Por lo tanto, podría pensarse que de toda percepción individual y colectiva ligada a los efectos, surgiría el sentido necesario que permitiría la mayor comprensión de la realidad social y desde tal lugar, elaborar sus cambios. Además simultáneamente, de tal sentido, de tal conocimiento emergente, podría surgir aquel estadio o dimensión intangible que se convertiría en lugar de pertenencia, en espacio de identidades (sentido social como espacio habitable). Sería así que significar los cambios percibidos y obtener de ello un espacio donde sentirse acogido, en el cual sentirse verdadera y activamente participante, revelaría sin duda, un efecto trascendente difícilmente evidenciado en la superficie social, ya que existiría en las profundidades individuales y colectivas. Por lo tanto, el sentido como efecto patrimonial y éste como aquél, serían una consecuencia de la relación entre los sujetos y los ecos proyectados en las sociedades, que generarían nuevas causas, nuevos procesos de acción inteligente. Es así que podría establecerse que las causas podrían ser efectos de una inteligencia activa y que todos los efectos podrían ser indefectiblemente una realidad causal. Por ello, la mirada de cada persona sobre los cambios sociales se podría connotar o entender como un acto, como un movimiento importante, significativo no solamente para sí mismas sino también para el tejido social donde se encuentra integrado. Sin lugar a dudas, todo desarrollo individual repercutiría en lo colectivo y viceversa. Desde esta posición, el sentido emergente de la relación sujeto y efecto podría comprenderse como una realidad que potenciaría los tránsitos de continuidad vital de las ecosociedades. Por consiguiente, sería posible advertir todo sentido bioético ligado a las acciones inteligentes como un eco, como una resonancia más o menos silenciosa e intangible necesaria para transformar los movimientos sociales en dirección vital. Por lo tanto, tal realidad aparecida a consecuencia del estado de alerta de las personas, podría constituirse en un espacio identitario que además ejerza como guía o pauta de todos los movimientos intelectuales y sensibles que se desarrollen en los grupos sociales. Emplazados en tal posición, se podría establecer que el sentido elaborado, vivido, experimentado, permitiría fundamentalmente generar tres realidades:

una, valorar y apreciar los diferentes efectos ocurridos en el plano social; *otra*, podría marcar, indicar, condicionar la tendencia de las futuras manifestaciones proyectuales y *finalmente*, construiría espacios de pertenencia. Por ello, el sentido bioético, vital o subsistente emergente a pesar de ser intangible, a modo de perfume de las realidades sociales, igualmente tendría una incidencia real en las inteligencias y en todo lo que ellas manifiesten. Por lo tanto, el impacto del sentido generado por las personas dejaría su huella en las transformaciones sociales, potenciando así todos los actos de la humanidad. Es así que hemos pensado en la importancia de los efectos del sentido, una vez surgidos de la relación de los efectos proyectados en la sociedad con las capacidades connotativas de las personas. Por lo expresado pues, el sentido emergente sería una realidad inmaterial que podría convertirse en la fuerza necesaria que alentaría el nacimiento de nuevos procesos proyectuales, que tendrían incidencia tanto en la realidad material como espiritual de las personas y las sociedades. Desprendiéndose de tal situación, el sentido se revela como una energía real capaz de regenerar continuamente los imaginarios vitales, los escenarios materiales donde la vida se despliega maravillosamente. Sería así como el sentido vital generado emergería como una realidad trascendente que se vivenciaría en el interior de todas aquellas personas que se vincularán conscientemente, inteligentemente consigo mismas, con los demás individuos y con los acontecimientos sociales. Podría pensarse que los individuos conscientes o en estado de alerta sobre su contexto vital, serían capaces de experimentar la unión entre su fuerza intelectual y sensible, la realidad social y la conciencia del fin vital de toda la naturaleza, de todo el universo. En esta dirección es lógico pensar que tales mentes serían las idóneas, las adecuadas para desarrollar todo proceso de creación consciente, es decir, de generar los efectos sociales necesarios para el desarrollo de la especie en armonía con la naturaleza (pilotar y seguir simultáneamente la naturaleza como ya hemos establecido). Desde esta posición, el sentido elaborado por las pulsiones inteligentes y afectivas de las personas, podría convertirse en una energía capaz de regenerar y revitalizar continuamente los imaginarios sociales y los estadios materiales donde habita lo humano. Sin dudar, sería posible señalar que el sentido emergente de todo lo percibido en la superficie social gracias al esfuerzo desarrollado por las inteligencias sensibles, tendría una incidencia inmediata y simultánea en los cambios materiales e inmateriales de los diversos contextos sociales. Quizás, podríamos pensar

que toda **acción interpretativa**⁸⁴ – racional y afectiva – de los individuos no solamente tendría que ser ligada a un presente como realidad independiente, sino también sería posible vincularla al pasado y a la entrevisión del futuro. Sin duda, los hechos pasados pueden ser fuente de nuevas relaciones interpretativas por parte de las personas. Incluso podríamos decir que los hechos o acontecimientos que se esperan e incluso que casi se adivinan, también podrían incluirse en la emergencia de un sentido vital o subsistente para la especie. Lo no acaecido aún pero que previsiblemente sucedería, podría a su vez cambiarse desde todos los movimientos inteligentes desarrollados por las sociedades. Esto quiere decir que lo no acontecido podría incluso ser objeto o causa de intervención por parte de las inteligencias que se anticipan, que proyectan. Por lo tanto, los acontecimientos del pasado, presente y futuro entrarían en relación con los sujetos, con las inteligencias alertas y de tal conectividad, podría emerger un sentido vital capaz de retransformar los tránsitos subsistentes de la ecosociedad

En tal realidad, las re-emergencias visibilizadas en la superficie social a consecuencia de las acciones inteligentes, permitirían renovar o regenerar cíclicamente las condiciones necesarias para que la vida pueda desplegarse convenientemente. En tal dirección todos los actos proyectados inteligentemente se revelarían como hechos, como realidades, como fuerzas que facilitarían el movimiento de permanente retorno de la humanidad a su estadio existencial. Es decir, el continuo resurgimiento de la sustancia vital que potencia toda realidad individual y social en su situación sistémica. En definitiva, se asistiría en lo cotidiano a una vida que se renueva inagotablemente y que puede ser favorecida desde todas las acciones inteligentes desarrolladas por los diferentes grupos sociales. Donde toda renovación sería consecuencia de agotamientos y por ello, tornar a comenzar implicaría una **regeneración periódica**⁸⁵ de lo vivo, del pensamiento, de la acción, realidad en la cual se encarnarían los procesos proyectuales y el sentido de sus bioefectos. Por lo tanto, cuando se está ante un ecoproyecto, se estaría

⁸⁴Ibidem, pág. 93: “En efecto, la interpretación adivinatoria consiste en la relación entre el acontecimiento puro (aún no efectuado) y la profundidad de los cuerpos, las acciones y las pasiones corporales de las que resulta (...). La adivinación es, en el sentido más general, el arte de las superficies, (...). (Sin duda, habría que distinguir dos operaciones: la producción de una superficie física para líneas todavía corporales, imágenes, huellas o representaciones, y la traducción de éstas en una superficie ‘metafísica’ donde sólo actúan ya las líneas incorpóreas del acontecimiento puro, que constituye el sentido interpretado de las imágenes.)”.

⁸⁵ Ver Mircea Eliade (2006: 57): “Para nosotros lo esencial es que en todas partes existe una concepción del fin y del comienzo de un período temporal, fundado en la observación de los ritos biocósmicos, que se encuadran en un sistema más vasto, el de las purificaciones periódicas (cf. Purgas, ayunos, confesión de los pecados, etc., al consumir la nueva cosecha) y de la regeneración periódica de la vida”.

ante una fuerza cuya tendencia sería la reconstitución continua del estadio existencial o vital en el cual la sociedad se podría desarrollar adecuadamente. Siempre sería posible comprender que las sociedades podrían ser realidades vivientes y dinámicas que no estuvieran en contra dirección de los signos vitales de la naturaleza, por lo tanto, sus movimientos no serían un contrasentido vital. Si así fueran, serían seguramente notas disonantes o asonantes dentro de la tendencia de la naturaleza en procura de su extensión vital. El sentido de los proyectos y de la sociedad, por consiguiente, podría entenderse como una realidad incorporal, que facilitaría o pautaría los movimientos cotidianos de retorno vital de la humanidad. Por lo enunciado, los resurgimientos sociales no estarían desligados de la tendencia de la naturaleza a seguir existiendo, sino que a ella estarían unidos. Por lo tanto, los efectos de los proyectos deberían ofrecer consecuencias de sanidad, de nutrición, de purificación y de continuación de los signos vitales. Desde esta planicie, sería lógico inclinarse hacia posiciones donde el trabajo podría estar ligado a finalidades de renovación social pero sin que ello implique olvidar su relación con la naturaleza. El sentido de los planos mentales, del sentido hiperlógico y de la acción humana, podría ser uno con las tendencias existenciales del tejido sistémico. Sería así como inteligencia afectiva, pensamiento, acción y consecuencias potenciarían el retorno ordinario de las condiciones necesarias para la continuación de la vida. Por lo tanto, cada proyecto sería una evidencia de los movimientos nutritivos de las inteligencias sensibles, cuyos efectos podrían ser entendidos como regeneración de la sustancia subsistente. Es decir, que los efectos estarían ligados al fin subsistente de la vida, aquella que buscaría permanentemente extenderse en un tiempo que podría regenerarse **periódicamente**⁸⁶. Quizás desde esta significación inteligente, afectiva y sistémica de los proyectos en pos del continuo resurgimiento de lo vital, podría comenzarse a vivenciarles y entenderles, como realidades significativas, trascendentes y sagradas. En esta dirección, nuestras sociedades podrían encontrar lo sagrado en cada pensamiento y acción inteligente que busque renovarles. Sería así que todo proyecto podría connotarse como sagrado y todo lo sagrado como acción inteligente. Por ende, ambas (proyecto e inteligencia), podrían orbitar entorno a la finalidad de dar, proteger y extender cotidianamente la sustancia vital poseída por las ecosociedades. Por lo tanto,

⁸⁶ *Ibíd.*, pág. 58: “Esa necesidad de una regeneración periódica nos parece en sí misma bastante significativa. Los ejemplos que vamos a proponer al instante nos revelarán, sin embargo, algo mucho más importante, a saber, que una regeneración periódica del tiempo presupone, en forma más o menos explícita, y en particular en las civilizaciones históricas, una creación nueva, es decir, una repetición del acto cosmogónico”.

las acciones intelectuales y sensibles de las sociedades participarían de tal fin existencial o sagrado, dando por ello un sentido trascendente a todos los procesos de creación consciente. Todo proyecto nutritivo para el desarrollo de la vida social, se elevaría desde nuestra mirada, a un estadio sacro o de sentido vital. Sería así que el efecto de lo sagrado de los actos proyectados, podría extenderse significativamente en las sociedades y en la interioridad de las personas que en ellas viven. Sin duda, los efectos sagrados en la vida de las sociedades propiciados desde todos los proyectos, permitirían una mayor conciencia de su importancia y de la trascendencia del sentido vital emergente de la relación entre planos mentales, intenciones, acciones y consecuencias de las decisiones tomadas a tiempo. Desde este punto de vista, cada proyecto y sus procesos podrían connotarse como los actos ceremoniales vitales por excelencia, realizados cotidianamente por nuestras sociedades, en los cuales se depositaría toda la confianza para lograr alcanzar un estadio mejor de existencia. Desde esta visión sería posible comprender todo proyecto como un acontecimiento ceremonial desde donde podría perfectamente emerger un sentido sagrado, debido a sus efectos vitales buscados conscientemente por las inteligencias afectivas. Estadios inteligentes de creación desde donde constantemente podrían ofrecerse escenarios existenciales propicios para una verdadera mejora de la continuación de la vida ecosocial. Por ende, tal realidad inteligente podría ofrecer nuevos augurios de futuro, ya que estaría alejada de todo movimiento inconsciente o arbitrario, que no beneficiara la reemergencia de los signos vitales de las sociedades. Es decir, que podríamos hablar de una **mejoridad**⁸⁷ ecosocial cuando se hace referencia a proyectos que siempre serían consecuencia de una elección consciente sustentada en conocimientos y fines subsistentes. Sin duda, como hemos expresado, para sostener las condiciones existenciales, habría que desarrollar continuamente acciones inteligentes que permitieran la reemergencia de efectos que mantuvieran lo humano en un presente vital (relación indivisa entre inteligencias activas, sociedad y naturaleza). Para ello, sería necesario propiciar continuas renovaciones o reanimaciones periódicas que vivificaran sustancialmente los signos vitales de las sociedades. En esta dirección, habría que detectar a tiempo las urgencias,

⁸⁷ Véase, Gillo Dorfles, *Del significado de las opciones*, Barcelona: Lumen, 1975: 111: “*En otras palabras, la moda expresa mejor que nada la eficacia, el peso y hasta los límites de una preferencialidad llevada hasta sus últimas consecuencias. Con la particularidad de que, en este caso, la preferencia no se da sólo en el consumidor o sólo en el creador, sino que está en una situación de constante alternativa, con lo que podemos afirmar que la moda encarna, casi en estado puro, la preferencialidad, aunque no la ‘mejoridad’ (...) de determinada situación. Y en este último aspecto que no debemos pasar por alto: no existe una ‘mejoridad’ propiamente dicha cuando se habla de moda, porque el criterio de comparación siempre es inconstante y arbitrario (...)*”.

los problemas a solucionar, para desde tal comprensión elaborar y enviar las nuevas manifestaciones proyectadas que sean capaces de revertir verdaderamente aquellas realidades nefastas que impedirían los despliegues vitales. Sería así que proyecto, tiempo y sentido vital estarían profundamente implicados en el desarrollo ordinario de la vida social.

Por lo expresado, las acciones proyectuales como realidades sacras estarían aptas para provocar efectos de sanidad, de renacimiento, de reemergencia en los momentos oportunos, según las diferentes situaciones sociales. Es decir, habría unos instantes o paréntesis temporales en que las acciones inteligentes deberían actuar para ser efectivas e incidentes. Fuera de tales momentos temporales, nunca producirían los ecos, efectos o consecuencias necesarias para el fortalecimiento de la continuidad social. Por lo tanto, podríamos hablar de una oportunidad temporal en la cual deberían producirse los encuentros entre manifestaciones proyectadas y realidad social, es decir, entre proyecto y sociedad. Por consiguiente, se podría descubrir la existencia de un instante fugaz o espacio de tiempo oportuno que posibilitaría los ingresos de las manifestaciones proyectadas a las dinámicas vitales de las sociedades; siempre y cuando se esté alerta sobre su existencia transitoria. En tal sentido, podría comprenderse tal paréntesis temporal como un *kairos* vital o tiempo oportuno para mejorar la existencia. Desde tal mirada podría vislumbrarse un estado de alerta en el que deberían permanecer las inteligencias que proyectan para aprovechar toda oportunidad. Realidad aunque fugaz, posibilitara sustancialmente la emergencia de aquellos efectos que potenciarían los desarrollos ecosociales. Tal perspectiva revelaría a todo proyecto como un “kairo-proyecto” que lograría conectarse con aquellos instantes de oportunidad temporal a través de los cuales podría potenciar el tránsito vital de las sociedades. Por lo tanto, estaríamos ante una relación significativa entre inteligencias en estado de alerta, tiempo, intención, proyecto, manifestación, efecto vital y nutrición de la continuación social. Sería así que el sentido vital de dicha relación compleja, fermental y fundamental, podría emerger efectivamente en cada ecoproyecto. Tal sería la importancia de los encuentros entre proyecto e intervalo temporal como oportunidad adecuada para generar efectos nutritivos en la realidad social. Donde lo contrario evidenciaría una realidad desfasada entre inteligencia y tiempo, generando sin duda un sinsentido entre manifestación y circunstancias sociales. Desde tal posición, sería lógico entender que toda situación de renacimiento del tejido social perfectamente podría ser consecuencia

de acciones inteligentes y afectivas realizadas sencillamente a tiempo. Esto implicaría que los efectos de tales acciones inteligentes al haber aprovechado un *kairos* vital, serían evidencias de nuevos nacimientos de la vida social. Consecuencias que son posibles una vez se hayan logrado aprovechar los momentos oportunos para transformar ciertas urgencias contextuales y así facilitar toda **combustión vital**⁸⁸. Por consiguiente, se advertiría la existencia de un estado de alerta individual y colectivo sustentado en intenciones y conocimientos, que permitirían descubrir, detectar todo paréntesis temporal oportuno para proyectar. Es decir, saber en qué instante preciso sembrar, regar, cosechar y alimentarse de lo proyectado para nutrirse con los frutos emergentes, para recibir los efectos consecuentes. Sin duda, una vez que se ha vivenciado tal realidad, existiría una mayor idoneidad y sabiduría que impulsaría todos los proyectos durante el tiempo vital. Logrando con ello, la emergencia de procesos inteligentes, manifestaciones y efectos más eficaces para la continua renovación ecosocial. En definitiva, por lo establecido, se podría tener presente que todo lo proyectado tendría su momento adecuado, oportuno y preciso. Por consiguiente, del mismo modo que para sembrar los campos se debería tener en cuenta fundamentalmente lo sembrado, la tierra y la época del año para que la germinación se produzca; para potenciar la humanidad adecuadamente, se debería tener en cuenta esencialmente la intención de lo proyectado, el tejido social, la cultura y el tiempo de tal acción. En este sentido, la observación, la lectura precisa de los cambios cotidianos serán una pauta significativa para la elaboración de nuevas manifestaciones inteligentes, que deberían entretenerse socialmente en el instante oportuno. En esta dirección, todo principio de una acción inteligente, todo proyecto, podría comprenderse como una inyección nutritiva o manifestación ofrecida a tiempo para la reemergencia del tejido social. Sin duda, lograr los efectos necesarios para el desarrollo vital de la sociedad implicaría necesariamente una observación precisa, compleja, profunda y sistémica a tiempo, para desde tal estadio reflexivo proyectar para las diferentes situaciones específicas. Evidentemente habría que tener en cuenta que no todas las realidades del tejido social necesitarían de la misma

⁸⁸ Establece Mircea Eliade (2006: 59): “... en ciertas sociedades predominan las ceremonias de extinción y de reanimación del fuego; en otras, la expulsión material (por medio de ruidos y de ademanes violentos) de los demonios y de las enfermedades, y en otras, (...). Pero la significación de la ceremonia global, como la de cada uno de sus elementos constitutivos, es suficientemente clara: cuando ocurre ese corte del tiempo que es el ‘Año’, asistimos no sólo al cese efectivo del cierto intervalo temporal, sino también a la abolición del año pasado y del tiempo transcurrido. Tal es, por lo demás, el sentido de las purificaciones rituales: una combustión, una anulación de los pecados y de las faltas del individuo y de la comunidad en su conjunto, y no una simple ‘purificación’. La regeneración es, como lo indica su nombre, un nuevo nacimiento”.

manifestación en un idéntico instante temporal. Tener conciencia de tal realidad por parte de las inteligencias que proyectan, sería evidencia de que se mantendrían despiertas o en estado de alerta durante los procesos de manifestación. Sería por esta razón, que todo instante preciso se revelaría como un espacio de encuentros entre manifestación y situación social específica, de los cuales emergerán los efectos necesarios (unión entre proyecto, tiempo y ecosociedad). Tal realidad permitiría, facilitar la emergencia de nuevos nacimientos que vivificarían la realidad social, que fortificarían el sentido ético y vital de las ecosociedades. La conciencia de lo vital como un bien sistémico a extender, a perpetuar, mantendría las inteligencias sociales despiertas en cuanto al espacio temporal preciso en el cual se debería actuar significativamente, inteligentemente y sensiblemente para evitar su extinción. Sin duda, cada situación específica requeriría en el momento exacto de aquella manifestación generada, pensada, proyectada para ella exclusivamente. Sería así, que descubrir el instante temporal preciso en el cual nutrir el tejido social, podría convertirse en una acción primordial que practicar. Es decir, que descubrir el momento exacto para fortalecer la realidad social podría revelarse como una acción necesaria para la adecuada transformación social, que permitiría sin duda, el inicio de nuevas reemergencias sociales. Por ello, sería factible entender todo instante de oportunidad como una posibilidad de nacimiento de aquello que será, siempre y cuando se haya descubierto previamente tal umbral preciso para la recreación social. Es decir, que todo instante oportuno descubierto emerge como una oportunidad de un nuevo renacimiento social, de una nueva reemergencia de las fuerzas vitales de la sociedad que permitirían la continuación de la vida humana. Sin duda, por lo expresado, podríamos connotar al *kairos* como un tiempo de oportunidades, por lo tanto todo “kairo-proyecto” se revelaría como una necesaria ocasión de continuación existencial de la ecosociedad. Sin duda, para que toda ocasión vital sea aprovechada a tiempo, los individuos deberían estar atentos a tales emergencias y así lograrían proyectar cambios en su entorno, generando aquellos efectos necesarios para el desarrollo de las sociedades. Por lo tanto, las mentes que proyectan, deberían especialmente estar atentas a tales oportunidades temporales ya que posibilitarían la continua reemergencia social. Sería así como todo momento oportuno podría surgir, visibilizarse y entenderse como un importante camino de cambio, solamente si es detectado, observado y aprovechado para las transformaciones del contexto social. Por lo tanto, una vez lograda tal atención sobre lo cambiante y lo necesario, sería posible entretejer manifestaciones proyectadas en las diversas realidades

contextuales. Desde este estadio, las manifestaciones emergentes a causa de los movimientos de las inteligencias sensibles despiertas, podrían evidentemente ser absorbidas por las diversas realidades contextuales a través de aquellos intervalos de tiempo especialísimos o momentos de oportunidades vitales.

Por lo expresado, podríamos estar perfectamente ante un estado de alerta inteligente, individual y colectivo, sobre los cambios y necesidades sociales, sobre las capacidades para crear proyectos y sobre los instantes temporales especiales en los que sería posible nutrir el tejido social (relación conocimiento, proyecto y sociedad). Sin duda, para ello sería necesario desplegar una inteligencia afectiva o *intellect-affect*⁸⁹, para generar adecuados acoplamientos entre manifestación, instante temporal y contextos sociales, que permitan aquellos efectos anhelados. Por consiguiente, tal bucle creador o inteligencia afectiva activa propiciaría la existencia de aquellas relaciones necesarias para la reemergencia social, en las cuales participarían indudablemente intenciones, conocimiento del instante oportuno y conciencia de las diversas situaciones contextuales. Por ello, sería necesaria la existencia de inteligentes observaciones afectivas sobre las diferentes realidades sociales para luego encontrar qué, cómo y cuándo enviar las manifestaciones proyectadas. Nos sería muy fácil comprender que no todas las realidades sociales tendrían los mismos requerimientos, las mismas necesidades, por lo tanto no se les debería enviar las mismas manifestaciones, las mismas soluciones. Desde esta mirada, se podría considerar significativo que cada realidad social sería capaz de desarrollar las estrategias idóneas para la emergencia de todo aquello que necesitara verdaderamente para su continuo tránsito existencial. En tal sentido, cada grupo de individuos dentro de la sociedad podría comprender qué necesita. Situación que sería absolutamente ideal para que llegaran a desarrollar aquellos procesos de conformación ligados a todo lo que requieran. Es decir, que cada grupo social podría ser consciente de que es capaz de auto-proyectarse, de auto-regenerarse, de

⁸⁹ Ver Edgar Morin (2001: 26): “Podríamos creer que es posible eliminar el riesgo de error rechazando todo tipo de afectividad. De hecho, el sentimiento, el odio, el amor y la amistad pueden llegar a nubilarnos; pero también hay que decir que en el mundo mamífero, y sobre todo en el mundo humano, el desarrollo de la inteligencia es inseparable del de la afectividad, es decir, de la curiosidad, de la pasión, que son, a su vez, fruto de la capacidad de la investigación filosófica o científica. La afectividad puede asfixiar el conocimiento, pero también puede fortalecerlo. Existe una estrecha relación entre la inteligencia y la afectividad: la facultad de razonamiento puede verse disminuida y hasta destruida por un déficit de emoción; un debilitamiento de la capacidad para reaccionar emocionalmente puede llegar a ser la causa de comportamientos irracionales. Así pues, no hay un estado superior de la razón que domine la emoción sino un bucle *intellect-affect*; y en ciertos aspectos la capacidad de emoción es indispensable para poner en práctica comportamientos racionales”.

auto-organizarse. La sociedad brotaría desde esta posición, como una realidad autopoietica u organismo que estaría capacitado para auto-generarse conscientemente. Sin duda, sería más adecuado, quizás más perfecto o completo, que cada contexto social, que cada sociedad lograra manifestar lo que necesita, que adoptar aquello que externamente se le envía sin mayor afectividad y conocimiento de sus circunstancias o tendencias específicas. Por lo tanto, bien podría pensarse que el movimiento de proyectar desde afuera hacia adentro podría ser invertido por proyectos nacidos en la propia interioridad de cada realidad social. Pensamos que desarrollar acciones proyectuales desde la propia intimidad de las sociedades conscientes de sus propias necesidades, generaría efectos más adecuados o armónicos en tiempo oportuno. Desde esta órbita reflexiva, podría notarse que toda sabiduría individual y colectiva, ligada a la conciencia de las situaciones que se viven cotidianamente, permitiría que cada sociedad tomara las riendas de su propio destino, sin que esto implique la negación de un espíritu solidario y colaborador entre los pueblos cercanos y lejanos. Es factible pensar que los diferentes grupos sociales y la sociedad en general podrían ser las guías de sí mismas, logrando además gracias a ello, actuar en el tiempo conveniente. Por ello, los proyectos y sus procesos como movimientos regenerativos de las sociedades, podrían comprenderse por tal razón como acciones sacras que perfectamente podrían desarrollarse significativamente desde el centro de cada realidad social. Esta realidad nos haría pensar en la posibilidad de que cada grupo social sería capaz de sembrar aquello que necesitaría para continuar siendo y sin duda, generar redes o bucles de colaboraciones inteligentes y afectivas entre las diversas sociedades del planeta. Desde este estado de la cuestión, toda acción proyectada desde la relación intelecto y afecto, surgiría como una realidad capaz de generar efectos de revitalización, de renacimiento permanente de las sociedades. Sería así como podría entenderse todo proyecto como una realidad seminal creada y recreada por cada sociedad con el fin de inseminarse a sí misma, de engendrarse a sí misma, de recrearse a sí misma. Por ende, estaríamos comprendiendo que todo proyecto revelaría la existencia de una civilización humana hermafrodita, ya que sería capaz de inocularse a sí misma todo lo que necesitara para su continua reemergencia vital. Sin duda, desde esta mirada, todos los proyectos y sus procesos también podrían entenderse como fuerzas polinizadoras que evidenciarían el verdadero potencial de sus inteligencias afectivas, aquellas fuerzas que estarían actuando permanentemente en dirección de impulsar la continuación sistémica de la humanidad. Por lo tanto, todo proyecto emergente podría activar sus potencias para

generar los efectos vitales necesarios que potencien el despliegue de las realidades sociales. Por lo tanto, el momento exacto y adecuado en que se liga proyecto y sociedad como realidad fecundante se revelaría como un tiempo eficazmente germinal, es decir, como un *kairos* fértil. Sería así como la complejidad social podría revelarse como un estadio germinal que evidenciaría esfuerzos cotidianos por auto-regenerarse, los cuales estarían vinculados indefectiblemente a conocimientos, afectividad, intenciones, azares, momentos oportunos de reemergencia y urgencias. Estaríamos pues ante la presencia, en los diversos espacios sociales, de diferentes proyecciones inteligentes y afectivas sustentadas en un sentido subsistente que facilitaría la relación vital entre sociedad y naturaleza. Sin duda, la sociedad como un campo o terreno apto para el cultivo, para la siembra, necesitaría en tiempo adecuado, de aquellas acciones que generarían el desarrollo de todo lo sembrado. Por ello, sería que las tareas, trabajos o proyectos surgidos en las sociedades, requerirían necesariamente de todos los conocimientos para nutrir su reemergencia vital. Es decir, que se deberían tener presentes aquellas ocasiones precisas para ligar proyecto y sociedad, para provocar así los efectos sistémicamente convenientes. Por lo tanto, la acción oportuna y fermental de las inteligencias afectivas evidenciarían el traspaso del umbral, puerta o instante temporal que permitiría nutrir la vida social. Las manifestaciones proyectadas pues, pasarían a través de estos umbrales temporales para finalmente generar los efectos sistémicos necesarios. De tal situación, sin duda, podrían surgir las nuevas y renovadas dimensiones existenciales donde lo humano podría continuar su aventura planetaria y cósmica. Por ende, lo nuevo como la fuerza vital reemergente podría surgir del aprovechamiento responsable, inteligente y afectivo de la oportunidad temporal. Sería desde esta posición, que podría comprenderse la reiteración de proyectos, la reaparición continua de nuevos proyectos, ya que de tal secuencia inteligente y afectiva, surgiría aquella secuencia de efectos necesarios para potenciar las transformaciones sociales. Sin duda, todo resurgimiento de efectos vitales necesitaría de una reemergencia de actividades proyectuales, que hayan tenido en cuenta los instantes temporales para germinar adecuadamente. Además, toda incursión inteligente hecha a tiempo, sería un modo de traspasar un umbral que fomentaría el desarrollo de las sociedades, al lograr irrigarlas, vivificarlas. Sería desde esta mirada, que se podría comprender el sentido vital de toda repetición proyectual, es decir ligado a la continuación de la social. Como consecuencia, toda repetición sustentada en un proyecto inteligente, en una relación intelecto y afecto – *intellect-affect* – adquiriría sentido vital. Razón por la cual, haría ingresar lo manifiesto al tejido social en aquellos

instantes de oportunidad. Por lo tanto, sería lógico comprender que la repetición inteligente y afectiva o secuencia de proyectos, sería una fuerza que actualizaría permanentemente los presentes vitales del tejido humano, que al conquistarlos acariciaría continuamente la eternidad vital. En este sentido, la eternidad rica en vida, podría obtenerse, alcanzarse y administrarse desde toda la multiplicidad de proyectos reemergentes, cuando éstos sean consecuencias, como establecíamos, de conocimientos, planos mentales, intenciones y estados de alerta sobre los instantes de oportunidad vital. Podríamos pensar además, que el tiempo ligado a lo vital tendría sentido de ser; así como también tendría sentido la conciencia de lo temporal y de lo vivo, para lograr extender cotidianamente la vida ecosocial. Sería así como el continuo presente vital podría comprenderse como una manifestación de lo eterno, donde la vida social podría extenderse y eternizarse al ramificarse infinitamente en cada instante. Desde tal estadio reflexivo, podría entenderse cada instante eterno de vida y concebir sin duda, lo infinito como una realidad reflejada en cada momento vital. Por ende, las secuencias proyectuales estarían íntimamente ligadas a la reemergencia, a la extensión, a la ramificación del presente vital de las ecosociedades, es decir, facilitarían el reflejo de lo eterno en cada presente vital.

Sería así que toda repetición de la acción proyectual y sus efectos, se entretejerían con cada instante temporal íntimamente unido a las fuerzas vitales. Por ello, es que las multiplicidades de manifestaciones proyectadas serían entendidas como nuevas y necesarias actualizaciones de la vida; surgidas fundamentalmente de la relación significativa entre tiempo, signos vitales, conocimientos y conciencia de tal relación trascendente. Restaurar permanentemente lo vital podría entenderse como un movimiento complejo y repetitivo desplegado desde acciones inconscientes (naturaleza) y conscientes (cultura). Sería así que cada acción proyectada comunicaría todo lo necesario para facilitar la actualización de lo vital, es decir, que estaríamos ante una continua restauración de las condiciones vitales. Es posible pensar que cada acción proyectada comunicaría indudablemente la misma sustancia vital. Es por tal razón que podría decirse que toda multiplicidad de proyectos siempre enviaría la primera manifestación de vida acontecida en algún instante original. Savia que no dejaría de comunicarse, de extenderse, de desplegarse, tanto en las transformaciones de la naturaleza como en los actos inteligentes y sensibles del hombre. Sería así como la naturaleza y la cultura unidas, ligadas, podrían comprenderse como una vía a través de

las cuales la vida lograría comunicarse, reactualizarse, reemerger y recorrer todos los presentes vitales, todos los instantes temporales. Por lo tanto, la energía vital sería la sustancia fundamental con la cual cada proyecto trabajaría, sería aquella naturaleza que daría sentido o razón de ser a cada proyecto. Desde tal perspectiva, cada proceso proyectual revelaría o sería la evidencia de los movimientos subsistentes de la humanidad, de la propia energía vital, la cual vendría viajando eternamente desde los primeros instantes de su nacimiento. Es decir, estaríamos ante una realidad que podríamos denominar como la continua reemergencia de lo eterno vital. Por lo tanto, sería entendible y lógico establecer que la primera vida, la que hoy se renueva, la que hoy poseemos, la que hoy se proyecta, sería sin lugar a dudas, la vieja vida que estaría evidenciando un proceso de resurgimiento continuo. Es decir, que estaríamos ante una energía vital que se desplegaría continuamente desde sus inicios o instantes desde los cuales fue enviada, comunicada. Sería así como cada proyecto como movimiento bioético, sería capaz de trabajar ligado a la energía vital y su tendencia subsistente, para lograr eficazmente su permanente regreso, su necesaria **restauración o repetición**⁹⁰. Por lo tanto, cada movimiento considerado transformador podría ser una nueva estrategia de las fuerzas vitales por lograr actualizarse en cada regreso. Por ende, progresar sería una evidencia de regreso existencial, una destreza de retorno vital. Así podría establecerse que el regreso eterno de la vida evidenciaría un movimiento que estaría en procesión subsistente desde su origen. Tal proceso de transformación revelaría el resurgimiento de una realidad sustancial que se comunicaría y avanzaría a través de toda multiplicidad de cambios. Por ello, podríamos entender lo inmutable o energía vital como una realidad que se propagaría a través de lo mutable, mudable o realidad ecosocial (naturaleza y cultura). Por lo tanto, desde esta mirada, podría connotarse cada proceso inteligente-afectivo y toda la multiplicidad de proyectos, como ceremonias modernas que darían culto a la vida, al reenviarla conscientemente. En tal sentido, la permanente reactualización de las condiciones propicias para la expansión ecosocial sería un movimiento complejo que ligaría convenientemente vida y proyecto, que sería un modo consciente de **regenerar el tiempo**⁹¹. Por lo tanto, sí sería posible

⁹⁰ Establece Mircea Eliade (2006: 60-61): "... tentativa de restauración, aunque sea momentánea, del tiempo mítico y primordial, del tiempo 'puro', el del 'instante' de la creación. Todo Año Nuevo es volver a tomar el tiempo en su comienzo, es decir, una repetición de la cosmogonía".

⁹¹ En referencia al ceremonial del año nuevo babilónico, el *akítú*, establece Mircea Eliade (2006: 60): "No es, pues, extraño comprobar el papel importante desempeñado por el rey en el ceremonial de Año Nuevo; a él le incumbía la misión de regenerar el tiempo. (...) Tenemos la prueba de que esta conmemoración de

comenzar a comprender la verdadera potencia de las fuerzas proyectuales, cuando están ligadas a acontecimientos rituales que invocan conscientemente la nueva presencia del tiempo ideal para que la vida continúe su marcha germinal. Pensamos que la ritualización del proceso proyectual permitiría además la emergencia de un sentido vital, al cual se podría estar ligado para potenciar las manifestaciones y efectos de tales procesos creadores. Por lo tanto, los proyectos comprendidos en su sentido y tendencia vital tendrían la misión de restaurar y propagar las condiciones de vida. Solamente por ello, se tornarían trascendentes, se convertirían en realidades sagradas capaces de **repetir el acto cosmogónico**⁹². Sería así que sus efectos vivificadores serían necesarios para sustentar la **salud ecosocial**⁹³, para potenciar oportunamente su renacimiento cotidiano. Fomentando de este modo, la emergencia de un sentido sacro fortificante de todas las acciones inteligentes y afectivas. La conciencia de tal realidad revelaría la aparición de una nueva o bella humanidad, absolutamente despierta y activa sobre su rol trascendente dentro del ecosistema. Es decir, que estaríamos ante una humanidad que habría comprendido que solamente en armonía con las fuerzas o leyes vitales de la naturaleza, del universo, sería posible subsistir adecuadamente. Inmersos en esta realidad, podría vislumbrarse la posibilidad de comprender finalmente la necesidad de religar o de unir los dinamismos sociales a los movimientos de la naturaleza, para que inteligentemente y sensiblemente tal entretejido complejo logre conjugarse armónicamente. Es decir, que todo lo generado por la humanidad logre participar de un estadio existencial que acompañara subsistentemente las leyes de la naturaleza, quizás a modo de una **hierofanía proyectual**⁹⁴ o proyecto sacro ligado al cosmos. En definitiva, sería posible caminar hacia estadios existenciales donde sea posible vincular acciones humanas y realidad sistémica, para desde su adecuada relación propiciar efectos que potencien los presentes vitales. La humanidad no desligada de un *ordo amoris* universal, tendría mayores posibilidades de subsistencia, convirtiéndose además, en un impulso que vivificaría la ecorealidad. Sería posible pensar que lo humano podría

la creación era efectivamente una reactualización del acto cosmogónico en los rituales y en las fórmulas pronunciadas en el correr de la ceremonia”.

⁹² *Ibíd.*, pág. 62: “Como se ve, la fiesta del akitú comprende una serie de elementos dramáticos, cuya intención es la abolición del tiempo transcurrido, la restauración del caos primordial y la repetición del acto cosmogónico”.

⁹³ Ver Daniel Goleman (2009: 79): “Y con el término ‘salud’ estamos refiriéndonos aquí a la capacidad de sustentar la vida o, dicho más concretamente, a la franja de sostenibilidad que posibilita (entre otras cosas) la vida humana (porque, después de todo, hay organismos que viven en las profundidades abismales o en entornos tórridos en los que nosotros no podríamos sobrevivir)”.

⁹⁴ Según Mircea Eliade (2006: 63): “... (...) para los ‘primitivos’, la naturaleza es una hierofanía, y las ‘leyes de la naturaleza son la revelación del modo de existencia de la divinidad”.

enriquecer con sus movimientos y efectos todo lo que le circunda, todo su entorno y en ello también subsanar todos los **ecos negativos**⁹⁵ que haya emitido hacia la realidad sistémica. Es decir, que para revertir toda realidad negativa se deberían modificar aquellas tendencias, pensamientos y acciones que marcharan en contradirección vital. Podría pensarse en la posibilidad de experimentar un proceso inteligente donde sea viable revertir lo negativo en positivo, para generar espacios o paréntesis vitales de verdadero desarrollo vital, siempre en plena armonía con la realidad sistémica. Por lo tanto, tales modificaciones serían posibles gracias a todos aquellos pensamientos que se activaran en la dirección de propiciar aquellos estadios nuevos de existencia que sean verdaderamente respirables. Por ende, la reemergencia o renacimiento permanente de la humanidad implicaría pues, conocimientos activos que fueran capaces de transformar las situaciones vitales, de **abolir**⁹⁶ lo que dejará de ser para la emergencia de las manifestaciones y efectos anhelados. Sería así, que las reemergencias, resurgimientos o renacimientos de lo individual, de la sociedad, podrían efectuarse a partir de conocimientos que permitieran tal transformación insurgente o revolucionaria, según contextos posiblemente disociados de una armonía ecosocial. Por ello, la multiplicidad de acciones inteligentes y afectivas implicarían actos que intentaran organizar favorablemente la continuación de la vida. Es decir, que los permanentes resurgimientos de las acciones inteligentes proyectadas en un determinado contexto social, permitirían la aparición de lo necesario para que la fuerza vital pueda continuar su trayecto eterno. Por lo tanto, la emergencia y reemergencia de lo nuevo sería una inevitable y necesaria realidad para que las energías vitales continúen, situación que sería posible gracias a la existencia de situaciones más o menos problemáticas que transformar, vencer o resolver positivamente. Por ello es que podrían revelarse todas las situaciones inciertas o problemáticas como complejas oportunidades para concebir renacimientos, es decir, para repetir permanentemente todas las reactualizaciones de la vida poseída. La incesante ebullición de la savia vital se potenciaría con todos los procesos de transformación que logren generar las inteligencias creadoras. En este sentido, podría verse la **repetición periódica**⁹⁷ como esperanza de nueva vida, es decir, de la

⁹⁵ Ver Daniel Goleman (2009: 82): *“La contaminación generada por la actividad humana carece de límites, los límites sólo afectan a nuestra capacidad para medirlos”*.

⁹⁶ Según Mircea Eliade (2006: 64): *“(El bautismo equivale a una muerte ritual del hombre antiguo seguida de un nuevo nacimiento. En el plano cósmico equivale al diluvio: abolición de los contornos, fusión de todas las formas, regresión a lo amorfo)”*.

⁹⁷ *Ibidem*, pág. 65: *“Limitémonos por el momento a observar entre esos vestigios de cultos arcaicos la repetición periódica (‘la revolución del año’, Éxodo, 34, 22; la ‘salida’ del año, ibid, 23, 16) de la*

subsistencia de aquella vida vieja o primera vida que desde un inicio reemerge en cada efecto vital. Por lo tanto, estaríamos ante una permanente y necesaria reconformación, reemergencia o reactualización de las fuerzas vitales primordiales. Por tal razón podría entenderse que los procesos proyectuales serían realidades repetitivas aunque todas singulares, que ofrecerían aquellos efectos necesarios para el **sostenimiento**⁹⁸ de la humanidad en su ecosistema. Por ello, se podría afirmar que el sentido bioético y ecológico de cada proyecto sería una realidad incorporal fundamental que incidiría en todo resurgimiento o reactualización vital propiciado conscientemente. Tal sentido vital emanado por cada proyecto en el tiempo oportuno podría revertir toda situación ecosocial nefasta o negativa, facilitando además todas las organizaciones creativas para que la vida se despliegue eficazmente. Por consiguiente, podría pensarse que todo desarrollo de la vida ecosocial podría potenciarse gracias a la existencia de continuas revoluciones o cambios necesarios llevados a cabo por aquellas inteligencias capaces de ver y entender a tiempo sus urgencias.

Desde esta mirada, sería posible visualizar una humanidad absolutamente consciente de su capacidad de concebir los renacimientos oportunos de su vida poseída, al mantenerse resonando en un plano mental ecológico. Sería así pues, que las inteligencias que proyectan podrían entender que todos los proyectos podrían ser connotados como movimientos sagrados sustentados en una inteligencia sistémica y subsistente. Por lo tanto, cada proyecto emergería como la oportunidad de poder religar convenientemente los movimientos de la humanidad y los cambios continuos de la naturaleza, como si de la misma realidad se tratara. Se evidenciaría pues, la necesidad de desarrollar individualmente y colectivamente nuevos modos de entender la realidad en la cual la humanidad se encuentra inmersa. Como consecuencia, se revelaría la emergencia de una **nueva sensibilidad**⁹⁹, capaz de revertir, de evitar los efectos negativos para la

creación (pues el combate contra Rahab presupone la reactualización del caso primordial, mientras que la victoria sobre las 'profundidades acuáticas' sólo puede significar el establecimiento de las 'formas firmes' es decir, la creación)".

⁹⁸ Establece Daniel Goleman (2009: 90): "El pensamiento sostenible actual reconoce que la protección del medio ambiente o la fabricación de productos más seguros no debería soslayar el mantenimiento o la mejora del bienestar de las personas. Cualquier análisis que pretenda ser completo debería tener, pues, en cuenta esos tres diferentes sistemas, la geosfera, la biosfera y la sociosfera".

⁹⁹ Ibídem: "A comienzos del siglo XXI, nuestra sociedad ha perdido la sensibilidad necesaria para la supervivencia de nuestra especie. Las rutinas de nuestra vida cotidiana están completamente desconectadas de sus impactos adversos sobre el mundo que nos rodea y los puntos ciegos de nuestra mente colectiva impiden que nuestra actividad cotidiana deje de contribuir a este colapso de los sistemas naturales. Por otro lado, el impacto global de la industria y del conocimiento se extiende a todos los

ecosociedad. Es decir, que podría desarrollarse perfectamente una **inteligencia ecológica**¹⁰⁰, una inteligencia afectiva que permitiera potenciar adecuadamente todo despliegue cotidiano y subsistente de la humanidad. Sin duda, podría pensarse en la emergencia de una inteligencia ecológica capaz de reconocer las trascendentes **interconexiones**¹⁰¹ que ligarían la vida humana con la naturaleza, para de tal estadio comprensivo despertar colectivamente y provocar a tiempo todos los cambios vitales necesarios. Indudablemente, podría pensarse en el nacimiento y desarrollo de una **sensibilidad omniabarcadora**¹⁰², que ayudaría a descubrir las relaciones sustanciales entre sociedad y naturaleza, generando como consecuencia principal una conciencia activa que podría gobernar todos los impactos de las acciones humanas dentro del entorno que habita. Por ende, las mentes que proyectan, participantes de la inteligencia ecológica, podrían evitar efectos negativos dentro de su paréntesis existencial o **nicho ecológico**¹⁰³ o lugar donde la vida se albergaría durante todos sus procesos de transformación, que sin duda hoy abarcaría todo el planeta. Situación sistémica que necesitaría, para lograr permanentemente restaurarse, del desarrollo consciente de una humanidad capaz de desplegar una **empatía existencial**¹⁰⁴ practicada cotidianamente con toda forma de vida. Esto implicaría que es posible comprender y respetar toda

rincones de nuestra especie y amenaza con explotar y contaminar el mundo natural a un ritmo que excede la capacidad de regeneración del planeta”.

¹⁰⁰ *Ibidem*, pág. 61: “La inteligencia se refiere a la capacidad de aprender de la experiencia y de tratar adecuadamente a nuestro entorno, mientras que el término ecológico connota la comprensión de la relación existente entre los organismos y sus ecosistemas. La expresión ‘inteligencia ecológica’ ilustra a la perfección la capacidad de aplicar nuestro conocimiento de los efectos de la actividad humana para hacer el menor daño posible a los ecosistemas y vivir de un modo sostenible en nuestro nicho, que, en el momento actual, abarca la totalidad del planeta”.

¹⁰¹ *Ibidem*: “Las exigencias a las que hoy en día nos enfrentamos requieren de una nueva sensibilidad que nos permita reconocer la compleja y sutil red de interconexiones que vinculan la vida humana a los sistemas naturales. El despertar de esas nuevas posibilidades puede llevarnos a abrir colectivamente los ojos y modificar nuestras creencias y percepciones más básicas en un sentido que provoque cambios tanto en los mundos industrial y comercial como en nuestras acciones y en nuestra conducta individual”.

¹⁰² *Ibidem*, pág. 62: “Este conocimiento del modo en que funcionan las cosas y la naturaleza incluye el reconocimiento y la comprensión de las muchas interacciones existentes entre los sistemas fabricados por el ser humano y los sistemas naturales o lo que yo denomino inteligencia ecológica. Sólo una sensibilidad omniabarcadora puede permitirnos advertir la estrecha relación existente entre nuestras acciones y sus impactos ocultos sobre el planeta, nuestra salud y los sistemas sociales”.

¹⁰³ *Ibidem*, pág. 21: “Nos hallamos colectivamente inmersos en actividades que ponen en peligro el nicho ecológico que alberga la vida humana. El impulso de nuestras acciones pasadas seguirá propagándose décadas e incluso siglos y los productos químicos tóxicos que impregnan nuestras aguas y nuestro suelo y el aumento de los gases de efecto invernadero acabarán, en los próximos años, reclamando su peaje”.

¹⁰⁴ *Ibidem*, pág. 63: “La inteligencia ecológica combina todas esas habilidades cognitivas con la empatía hacia toda forma de vida. La inteligencia emocional y la inteligencia social se erigen sobre la capacidad de asumir la perspectiva de los demás, de sentir lo que sienten y de mostrarles nuestro respeto. Del mismo modo, la inteligencia ecológica extiende esta capacidad a todos los sistemas naturales, desplegando la misma empatía donde advirtamos cualquier signo de ‘sufrimiento’ del planeta y decidiendo mejorar las cosas. Esta empatía expandida añade al análisis racional de causas y efectos la predisposición de ayudar”.

manifestación vital como una realidad entretejida con la vida humana. Sin lugar a dudas, esta solidaridad, este amor con toda forma vital emergería como un efecto directo de una inteligencia ecológica expandida, que facilitaría una adecuada reactualización de las condiciones existenciales propicias para el desarrollo de las ecosociedades en su nicho planetario. Comprendiendo verdaderamente tal eco-realidad los pensamientos y acciones de la humanidad podrían comenzar a transitar por un sendero que asociaría idóneamente los sistemas de producción y los sistemas de la naturaleza, generando efectos necesariamente positivos para ambos. Desde tal perspectiva, podría comprenderse la imperiosa necesidad reflexiva que tendría que desarrollar permanentemente la humanidad sobre sus certezas, creencias, procesos de creación o producción, manifestaciones y efectos proyectados, ya que éstos incidirían directamente en la salud de su paréntesis existencial o nicho vital. Por lo tanto, las mentes que proyectan se comprometerían en redescubrir incansablemente, todas las conexiones existentes entre naturaleza y sociedad, para lograr desarrollar acciones imantadas en una inteligencia ecológica. Acción que facilitaría ofrecer verdaderos efectos nutritivos para el nicho planetario existencial. Sin duda, tales pensamientos significativos podrían evitar que la humanidad generara nefastos **enfrentamientos con los sistemas de la naturaleza**¹⁰⁵. En este sentido, crearía modos sistémicos de mutuo desarrollo que permitan indudablemente el regreso adecuado de la savia vital. Por consiguiente, podría pensarse en la necesidad imperiosa de **aumentar la sensibilidad**¹⁰⁶ individual y colectiva, la inteligencia afectiva de la humanidad, para desde tal estadio detectar todos los peligros sistémicos y convertirlos en oportunidades de reemergencia vital. Estaríamos pues ante una conciencia sobre los entornos vitales de la sociedad que podría ser potenciada indudablemente por la inteligencia ecológica o fuerza del pensamiento sensible que podría abonar la humanidad. En definitiva, la especie inteligente y afectiva necesitaría para renacer periódicamente en su paréntesis o nicho

¹⁰⁵ *Ibíd*em: “Para conectar con esa inteligencia, debemos trascender la visión que enfrenta al ser humano con la naturaleza, porque lo cierto es que vivimos inmersos en sistemas ecológicos y que, para mejor o para peor, nuestra actividad afecta la naturaleza, al igual que ella nos afecta a nosotros. Necesitamos descubrir y compartir los muchos modos en que opera esta interconexión, descubrir las pautas ocultas que conectan nuestra actividad con el flujo mayor de la naturaleza, reconocer nuestro impacto sobre ella y aprender a hacer las cosas mejor”.

¹⁰⁶ *Ibíd*em, pág. 65: “Carecemos de sentido y de sistema cerebral innato que nos permita advertir los innumerables modos en que la vida humana erosiona nuestro nicho planetario. Tenemos que aumentar nuestra sensibilidad para llegar a registrar las amenazas que quedan fuera de los límites del radar de alarma del sistema nervioso y aprender lo que, al respecto, debemos hacer. Ahí es, precisamente, donde entra en escena la inteligencia ecológica”.

vital, de todos los efectos propiciados o provocados por una **inteligencia colectiva**¹⁰⁷, aquella que sea capaz de reconocer peligros y oportunidades vitales. Por lo tanto, desde una **inteligencia compartida**¹⁰⁸, generada y tejida por toda la humanidad, habría mayores posibilidades de superar todas las dificultades emergentes, todos los desafíos que amenazarían sus continuos movimientos subsistentes. Sería así como la inteligencia colectiva o ecológica generaría una **memoria grupal**¹⁰⁹, un conocimiento colectivo que podría ser cotidianamente potenciado, enriquecido y distribuido con el fin trascendente de permitir la continua reemergencia ecosocial. Tal gnosis producida por la humanidad o **inteligencia de enjambre**¹¹⁰, necesitaría de la mayor cantidad de esfuerzos individuales para mantenerse como una energía verdaderamente nutritiva para el continuo despliegue del paréntesis vital. Desde tal posición, la humanidad no debería abusar, saquear, dilapidar o destruir el patrimonio natural del cual participa, ya que tal acción sería un atentado mortal contra sí misma, además de evidenciarse como movimiento inmoral, insostenible, ilógico y **éticamente inaceptable**¹¹¹. Sin lugar a dudas, podrían desplegarse estrategias, comportamientos y hábitos en favor de la reemergencia vital de la sociedad en su estadio o nicho sistémico, por lo tanto, se podría

¹⁰⁷ *Ibidem*, pág. 67: “Los psicólogos suelen considerar que la inteligencia se encuentra dentro del individuo, pero las capacidades ecológicas que necesitamos para sobrevivir en el mundo actual representan una forma de inteligencia colectiva que se asienta en redes amplias de personas y que sólo podemos aprender y dominar como especie. Los retos a los que hoy nos enfrentamos son demasiado diversos, sutiles y complejos como para ser entendidos y resueltos por una sola persona. (...). Necesitamos, en tanto que grupo, reconocer los peligros a los que nos enfrentamos, conocer sus causas y el modo de desactivarlas y, por otra parte, advertir las nuevas oportunidades que esas soluciones nos ofrecen (y la determinación colectiva de llevarla a la práctica)”.

¹⁰⁸ *Ibidem*, pág. 68: “Los antropólogos evolutivos consideran las habilidades cognitivas de esa inteligencia compartida como una capacidad distintivamente humana que desempeñó un papel fundamental para que nuestra especie pudiese superar sus primeras fases. (...). Hoy en día necesitamos esas capacidades cognitivas compartidas para sobrevivir al nuevo conjunto de retos que amenazan nuestra supervivencia”.

¹⁰⁹ *Ibidem*: “La inteligencia colectiva y distribuida, amplía la conciencia, ya sea entre amigos y familiares, dentro de una empresa o a lo largo de toda una cultura. Cuando una persona entiende una parte de esa compleja red de causas y efectos y transmite su conocimiento a los demás, esa comprensión acaba formando parte de la memoria grupal y puede ser utilizada por cualquier individuo que la necesita. Esta inteligencia compartida crece gracias a la contribución de individuos que también se encargan de transmitirla a todos los demás. Necesitamos pioneros, exploradores que nos adviertan de las verdades ecológicas con las que hemos perdido contacto o que acaban de descubrirse”.

¹¹⁰ *Ibidem*, pág. 69: “Así es como la inteligencia del enjambre utiliza a muchos actores que se atienen a principios muy sencillos para permitir el logro de objetivos mayores sin que, para alcanzar el objetivo grupal, sea necesario que uno de los actores individuales asuma el papel de director y dirija el esfuerzo grupal. Las reglas a las que se atiene el enjambre podrían, en lo que se refiere a nuestros objetivos ecológicos comunes, resumirse del siguiente modo: 1. Conoce tus impactos. 2. Alienta las mejoras. 3. Comparte lo que aprendas. (...). Si cada uno de los miembros que integra el enjambre se atuviese a esas tres sencillas reglas, podríamos crear juntos una fuerza que mejorase nuestros sistemas humanos”.

¹¹¹ *Ibidem*, pág. 293: “Asuma la forma que asuma, sin embargo, el *laissez faire* que lleva a este abuso del patrimonio natural que todos compartimos no sólo resulta insostenible, sino que es éticamente inaceptable”.

evadir y descartar todo movimiento insuficiente o asonante con tal finalidad vital. Dentro de tal actitud subsistente de la humanidad, podría desenmascarse todo movimiento insuficiente que no aportara a una real procesión vital de las ecosociedades. Por lo tanto, los actos no sistémicos podrían comprenderse como efectos de una **eco-miopía**¹¹² (colectiva o individual) que nada aportaría sustancialmente. Desde tal posición, las acciones proyectuales para lograr efectivamente una permanente restauración, resurgimiento o reactualización de las fuerzas vitales, deberían distanciarse de toda **mentira vital**¹¹³, de todo estadio en el cual no se quiera admitir la existencia de ecos amenazantes para los fines sistémicos.

Evidentemente restaurar continuamente lo vital o actualizar permanentemente la realidad ecosocial, implicaría desde nuestra mirada una reinención de los modos de pensar por parte de las inteligencias que proyectan, que perfectamente podrían estar sustentados en una inteligencia ecológica, afectiva, colectiva. Desde tal estadio se podrían generar procesos adecuados de elaboración, de renovación y de proyección de las nuevas condiciones existenciales dentro del paréntesis vital planetario. En este sentido toda concepción de renacimientos de la vida ecosocial, lograría eyectar proyectos que atenderían procesos y materiales, cuyos efectos serían indudablemente nutritivos para el entorno. De este modo, sí se estaría ante permanentes renacimientos proyectados, que tendrían presente todo aquello que han utilizado para convertirlo en efecto subsistente de la humanidad. Realidad sistémica que permitiría entender todo proyecto como un proceso, como un tránsito significativo que iría **de la cuna a la cuna**¹¹⁴, es decir, que perpetuamente participaría de nuevos renacimientos. Podríamos

¹¹² Ibídem, pág. 41: “Pero, por más útiles que puedan ser, ese tipo de decisiones pueden aletargarnos hasta el punto de ignorar que lo que actualmente calificamos como ‘verde’ no es más que un primer paso, una estrecha franja de virtud entre decenas de miles de otras que tienen impactos manifiestamente negativos. Es muy probable que los criterios con los que hoy en día juzgamos todas estas cosas sean considerados, el día de mañana, como ejemplos flagrantes de eco-miopía”.

¹¹³ Ibídem, pág. 52: “El dramaturgo noruego Henrik Ibsen acuñó la expresión ‘mentira vital’ para referirse a las historias consoladoras que nos contamos para ocultar verdades más dolorosas. Nuestra ignorancia ecológica del mercado nos conduce a admitir la mentira vital de que lo que no sabemos o no vemos carece de importancia. Pero lo cierto es que las consecuencias de nuestra ignorancia colectiva son muy importantes”.

¹¹⁴ Ibídem, pág. 30: “Así pues, la versión industrial de la red de Indra se asemeja al ouroboros, la serpiente mítica que devora su propia cola, un símbolo perfecto del ciclo interminable de renovación de algo que está repitiéndose y reinventándose una y otra vez. En el caso de los procesos industriales, el ouroboros también representa el ideal ‘de la cuna a la cuna’, es decir, de que todo lo que se utiliza para la fabricación de un determinado producto debe diseñarse para que, en el momento de su eliminación, pueda biodegradarse y resultar útil para la naturaleza o reciclarse y convertirse en el input de un nuevo proceso de fabricación. Esta noción difiere mucho, por cierto, del ideal actual ‘de la cuna a la tumba’,

pensar que solamente de este modo sería respirable el espacio intraparentético vital o nicho ecológico donde las ecosociedades se desarrollan, evitando decididamente toda **sopa química**¹¹⁵ que haría inviable el continuo despliegue de la vida. Por lo tanto, estaríamos invocando colectivamente e individualmente, la aparición o el surgimiento de un estadio o plano mental social desde el cual fuera posible generar una **transparencia radical**¹¹⁶, que perfectamente sería aplicable a todos los proyectos y sus procesos de manifestación. Desde tal posición sería posible tener presente la consecuencia de lo que se piensa y se proyecta, es decir, de la totalidad de los efectos adversos generados por las acciones humanas en los estadios vitales ligados de la **geosfera, biosfera y sociosfera**¹¹⁷ que constituiría el paréntesis vital. En este sentido, toda manifestación podría tener una **deuda ecológica**¹¹⁸ que habría que atender o conocer y desde la cual podría ser evaluada, es decir, valorarla según los recursos no renovables que habría generado. Realidad que iría ligada simultáneamente a los aportes significativos o recursos renovables que la misma manifestación podría haber concebido. Es decir, que constantemente se podría tener en cuenta seriamente, que todo lo proyectado pudiera ser verdaderamente **recuperado por la naturaleza**¹¹⁹, aumentando de este modo las oportunidades de subsistencia sistémica. Razón por la cual toda acción proyectual podría estar íntimamente ligada a todas las investigaciones disponibles sobre **biodegradabilidad**¹²⁰ de todos los materiales utilizados para cada una

según el cual, los elementos compositivos de un ítem descartado acaban arrojándose a un vertedero, filtrando toxinas al medio ambiente y generando pesadillas moleculares o de cualquier otro tipo”.

¹¹⁵ *Ibídem*, pág. 21: “Parece, pues, que la industria está creando una sopa química que contamina lentamente el ecosistema de nuestro cuerpo”.

¹¹⁶ *Ibídem*, pág. 16: “Independientemente de que seamos el jefe de compras de una empresa, el director de producto o un mero consumidor, el conocimiento exacto del impacto oculto de lo que compramos, fabricamos o vendemos puede ayudarnos a tomar decisiones más acordes con nuestros valores y afectar positivamente a nuestro futuro. Aunque ya disponemos de los métodos necesarios para difundir esos datos, cuando ese conocimiento llegue a nuestras manos nos adentraremos en la era de lo que yo denomino transparencia radical”.

¹¹⁷ *Ibídem*, pág. 78: “Una forma de alentar nuestra inteligencia ecológica consiste en ampliar el rango de nuestra forma habitual de entender y de pensar sobre el impacto de los productos que compramos y consumimos. Convendría pues, en este sentido, tener en cuenta las consecuencias adversas de un determinado producto en tres ámbitos diferentes interrelacionados: - La geosfera que incluye el suelo, el aire, el agua y por supuesto el clima. - La biosfera, es decir, nuestro cuerpo, el de otras especies y el de las plantas. - La sociosfera, que nos obliga a considerar también cuestiones de índole humana, como las condiciones laborales de los trabajadores que deben fabricar esos productos”.

¹¹⁸ *Ibídem*, pág. 81: “De este modo, la deuda de un determinado producto con la naturaleza puede ser valorada sumando los recursos no renovables consumidos a su ‘carga’ total o impacto sobre los elementos que todos compartimos, como los contaminantes vertidos al aire, al agua o a la tierra durante su proceso de fabricación”.

¹¹⁹ *Ibídem*, pág. 81: “Todo lo que arrojamos a nuestro vertedero local pone en peligro el continuo esfuerzo de la naturaleza por recuperar moléculas y emplearlas en multitud de otras combinaciones”.

¹²⁰ *Ibídem*: “La biología se encarga de degradar los elementos compositivos de los productos industriales hasta el punto de que puedan ser reutilizados por las bacterias, las plantas, los insectos y los

de sus manifestaciones específicas. Sería así como todo proyecto, sus procesos conformadores y lo manifestado podría medirse o evaluarse según su grado de compromiso con la comunidad, con la ecosociedad, con los propios entornos contextuales. Claramente nos enfrentamos a una era, a un estadio temporal en el cual es cada vez más necesaria, más urgente, una reinvención del mundo, de la sociedad, de las formas de pensar y de todos los **modos de hacer que se han heredado**¹²¹. Perfectamente desde este estadio reflexivo, podrían practicarse nuevas respuestas a los problemas actuales, es decir, soluciones emergentes de una inteligencia ecológica capaz de comprender las urgencias cotidianas desde una sensibilidad omniabarcadora. Por lo tanto, desde una comprensión cabal de las estrechas relaciones entre las acciones humanas y sus impactos visibles e invisibles en el nicho vital que se habita subsistentemente.

animales superiores. Por ello la llamada biodegradabilidad ha acabado convirtiéndose, en sí misma, casi en una disciplina científica”.

¹²¹ *Ibíd.*, pág. 269: “En este sentido, la inteligencia ecológica consiste en reflexionar sobre el legado que hemos heredado de la época en que se establecieron los procesos sin tener en cuenta sus posibles impactos. Es muy posible que la actualización de ese legado sea el mayor reto al que deba enfrentarse la empresa del siglo XXI. Necesitamos reinventarlo todo, desde los procesos fundamentales de la industria química hasta los métodos de fabricación empleados a lo largo de la cadena de suministros y del ciclo vital de los productos”.

II. Sentido repetitivo y manifestación ecoproyectual

Este capítulo segundo trata de la repetición proyectual que nutre la sociedad al ofrecerle el bien necesario, sustentada siempre en una conciencia sistémica que ama la vida ecosocial y que al intentar potenciarla no hipotecaría su futuro. Situación que necesitaría de un cultivo permanente del conocimiento afectivo que se erige como una fuerza capaz de generar las manifestaciones adecuadas, facilitando de tal modo la existencia de sociedades eco-científicas. Dentro de estas circunstancias siempre se descubriría una realidad indivisa que sustentaría los desarrollos cotidianos de la humanidad, entre el bien social y las acciones proyectuales que le predicaran. Esta mirada ha emergido a consecuencia del contacto con el pensamiento de Brian Greene, Claude Cuénot, Ernst Gombrich, Gilles Deleuze, José Ortega y Gasset, Michel Foucault, San Agustín, Pierre Teilhard de Chardin, Tomás de Aquino y Wilhelm Dilthey.

2.1. Repetición restauradora

Este punto trata de la repetición como restauradora de la sociedad al lograr ofrecer el bien apetecido. Posición emergente a consecuencia del contacto con el pensamiento de Claude Cuénot, Ernst Gombrich y Tomás de Aquino.

Las manifestaciones continuamente proyectadas y entrelazadas oportunamente en la trama social, es decir, en tiempo preciso, podrían connotarse, vivenciarse y experimentarse como una fuerza o energía capaz de generar los efectos necesarios para el desarrollo sistémico, para la reemergencia vital de las sociedades. Por lo tanto, las repeticiones o reparaciones oportunas de proyectos con finalidad beneficiosa para la sociedad, facilitarían la aparición de un estadio de bienestar sistémico en el cual la humanidad podría desplegarse adecuadamente. Desde tal mirada, es posible lograr connotar estos movimientos repetitivos como acciones inteligentes que responderían a los esfuerzos especialísimos de la humanidad (consecuentes con una inteligencia ecológica) por transformar las urgencias o dificultades sociales en oportunidades para crear o recrear espacios habitables. Por lo tanto, se podrían distinguir los acontecimientos proyectados de otras acciones generadas por lo humano, que no tengan especial atención en la continua reelaboración de sus espacios ecosociales. Por consiguiente, se podría agregar que la repetición de diversos actos sociales por sí misma no tendría efecto vital, sino que toda consecuencia vivificante de la sociedad sería posible gracias a la sustancia que se entregaría o comunicaría en tal reiteración. Es decir, que la repetición (que todo acontecimiento repetitivo) no tendría por sí misma fuerza de transformación social y sí la poseería la sustancia que a través de ella se lograría transmitir, entregar, dar o comunicar. Por consiguiente, toda repetición adquiere sentido si lo que repite lo tiene, si lo que entrega es sustancial y solamente por ello, las potencias de lo repetitivo lograrían actualizar convenientemente las condiciones vitales de la ecosociedad. Por ende, todo lo que vuelve a reaparecer, todo lo que insiste en actualizarse, en comunicarse proyectualmente, sería desde nuestra posición lo verdaderamente significativo y no el acto de repetición en sí mismo. Por lo tanto, el sentido nutritivo o vital de una repetición no estaría en el hecho de su movimiento reiterativo o de su tornar a comenzar, sino que habría que descubrirlo en la naturaleza de aquello que hace retornar, de aquello que reenvía, de la sustancia que subsistiría con cada aparición. Por lo tanto, si nos encontramos ante una repetición nutritiva, nos encontraríamos ante movimientos que ofrecerían cierta realidad substancial, pero que al

agotarse ésta, tal reiteración carecería de efectos vivificantes o tonificantes de la realidad social. Es decir, el continuo fortificante del tejido social se extinguiría o culminaría, dando paso a una sucesión insustancial desligada de toda sustancia nutritiva. Sería así que sin potencia a comunicar, los actos repetitivos en sí mismos no tendrían sentido y nada entregarían. Por ello, lo cíclico o repetición periódica para tener sentido, implicaría necesariamente una relación entre el acto de repetición y la sustancia que reenviaría, de lo contrario se estaría en una dimensión o realidad sin sentido. Sin duda, para mantenerse dentro del estadio del sentido, toda manifestación, toda repetición, debería permanecer vinculada a una sustancia vital que se entregaría contextualmente. Por lo tanto, la relación entre sustancia y manifestación reiterada de la misma, sería una realidad nutritiva que estaría permitiendo todos los cambios necesarios para la continuación de la vida social. Es decir, que los actos repetitivos sustanciales, por su mayor o menor incidencia en el desarrollo social, podrían connotarse como movimientos respiratorios del tejido social, por su capacidad de oxigenarle, de vivificarle cotidianamente. Sería así, que todo efecto renovador, purificador y nutritivo emergente en el paréntesis social, podría ser perfectamente entendido como un instante de un movimiento repetitivo substancial que oxigenaría permanentemente el nicho vital. Efectivamente, desde esta posición, la realidad social podría comenzar a comprenderse como una trama viva que se movería, que respiraría y se nutriría por su propia acción inteligente, por su propia fuerza interior ligada a un fin subsistente. Es decir, que el tejido social como realidad inteligente y afectiva podría recrearse permanentemente a través de sus movimientos proyectados conscientemente, que le permitirían la renovación continua del aire vital que respira. Por consiguiente, dentro del espacio social respirable emergería una conciencia colectiva que generaría todos los movimientos subsistentes. Dentro de tal nicho social fluiría un continuo vital que facilitaría sus tránsitos dentro de un destino sistémico. Sería desde esta mirada, que se revelaría una vinculación trascendente entre conocimiento y destino social que se podría re-comprender. Desde esta posición, es que toda gnosis individual y colectiva, que toda noosfera planetaria, efectivamente sería una fuerza potencial o **movimiento vital**¹²²

¹²² Véase, Tomás de Aquino, Summa Theologiae I, q. 18, a. 1, in c: *“Por los seres que, evidentemente, viven, podemos saber quiénes viven y quiénes no viven. Vivir les corresponde, evidentemente, a los animales; pues se dice en el libro De vegetabilibus: ‘La vida en los animales resulta evidente’. Por lo tanto, hay que distinguir entre vivientes y no vivientes, distinción por la que se dice que los animales viven. Es decir, lo primero y lo último por lo que la vida resulta evidente. Lo primero, por lo que decimos que un animal vive, es el movimiento que empieza a tener por sí mismo; y decimos que vive mientras manifiesta tener tal movimiento. Pero cuando no tiene movimiento por sí mismo, o tiene que ser movido*

capaz de dinamizar las marchas, las acciones y las transformaciones subsistentes de las sociedades. Por ende, todo cambio social proyectado evidenciaría un tejido de conocimientos que como realidad causal le habrían engendrado en algún instante preciso. Sería así, que toda manifestación social revelaría el grado de perfección o la potencia real que la habría hecho existir, moverse, proyectarse. Desde esta mirada, el propio tejido social se muestra como una realidad reveladora, como un efecto lógico de las inteligencias que desde su seno o naturaleza le proyectan. Es decir, el espacio social y la multiplicidad de sus pliegues societales serían los efectos de las causas inteligentes y afectivas que les harían existir y tener sentido dentro de una ecorealidad. Por lo tanto, se requerirían de continuas y adecuadas actualizaciones realizadas a tiempo para mantener la vida social dentro de su estadio sistémico. Por consiguiente, la trama social se nos podría revelar como un espacio dinámico, consciente, vivo y orgánico que lograría moverse a sí mismo desde su interioridad intelectual y afectiva.

Desde tal enfoque vital, sensible e inteligente de la sociedad, la reemergencia de los proyectos podría ser entendida como un dinamismo consciente que potenciaría el destino de la humanidad, siempre en íntima correspondencia con los procesos naturales. Por ello, toda repetición que se esfuerza por desarrollar la vida de la sociedad en su situación sistémica, podría ser comprendida como una subsistencia inteligente, sensible, armónica y elegante. De este modo, el acto de proyectar se manifestaría como una fuerza renovadora y respiratoria que revelaría al tejido social como un organismo capaz de auto-oxigenarse, es decir, capaz de enviarse a sí mismo aquellos efectos sustanciales que necesitaría para vigorizarse, desarrollarse y reproducirse. Estaríamos pues, ante una periodicidad vital (gnosis respiratoria) que manaría como una realidad trascendente y fundamental para la transformación social. Por lo tanto, podría entenderse que de tal periodicidad de actos inteligentes, podría resurgir la savia vital con la que se nutriría la vida social para extenderse y multiplicarse. Sin lugar a dudas, la propia sociedad podría ser comprendida como una realidad repetitiva y apetitiva al igual que la naturaleza, ya que ambas dependerían para su continuación existencial de permanentes reemergencias

por otro, entonces se dice que está muerto, que le falta vida. Por lo cual, resulta claro que son propiamente vivientes por moverse a sí mismos con algún tipo de movimiento; bien se tome el movimiento en sentido propio, cuando es denominado acto imperfecto, es decir, en sentido potencial, bien se tome el movimiento en sentido general, cuando es denominado acto perfecto, como cuando al entender y al sentir se les llama moverse, tal como se dice en el III De Anima. Así, son llamados vivientes aquellos seres que se mueven o actúan por sí mismos; aquellos que, por naturaleza, ni se mueven ni actúan, no pueden ser llamados vivos, a no ser sólo por semejanza”.

de todo aquello que les permita seguir siendo. Por lo tanto, se nos revelarían como realidades que apetecerían todas aquellas manifestaciones que verdaderamente les nutrieran durante sus tránsitos vitales. Sería de este modo que se podrían valorar todas las conductas que se esforzaran en volver a enviar lo necesario para el despliegue social. En las cuales sin duda se ubicarían todas las manifestaciones proyectadas por las fuerzas intelectuales y sensibles, que serían capaces de revitalizar el destino de la humanidad en su doble pertenencia social-natural. Por ende, toda reiteración proyectual podría connotarse como una repetición pluvial, es decir, como una lluvia de manifestaciones sustanciales enviadas en la finalidad de irrigar con cierta regularidad el tejido social, para que éste pueda avanzar y germinar en su condición sistémica. Por consiguiente, estaríamos situados ante un sentido vital que se precipitaría en la dimensión social, condensado en todas las manifestaciones y efectos proyectados. Sin duda, la concentración de intenciones, ideas y acciones sustanciales revelarían los movimientos inteligentes y sensibles de las mentes que proyectan evidentemente preocupadas por el destino de la ecosociedad. Es decir, que habría una irrigación proyectual cotidiana del tejido social, actualizada permanentemente por sus inteligencias, situación que permitiría su continua renovación. Desde tal posición, podría entenderse que la finalidad de todo proyecto sería vital y que para ello se pondrían en acción conocimientos que manifestarían a tiempo lo necesario, logrando de ese modo transformar todos los problemas contextuales en oportunidades de desarrollo ecosocial. Si imaginamos cada proyecto como una gota de agua nutritiva, comprenderíamos la absoluta necesidad de conformarla adecuadamente para que pueda ser absorbida saludablemente por aquellas realidades que le necesitan y le apetecen, según sus circunstancias concretas. En este punto sería importante no olvidar el momento oportuno en el cual se deberían vincular proyecto (como lo acuoso) y contexto (como lo térreo), para que la absorción nutritiva logre sus efectos esperados. Es decir, descubrir el instante exacto en que se podrían unir emanación sustancial manifiesta y la realidad social específica, para que de tal encuentro florezcan los efectos adecuados. Por ende, debería existir una correcta relación entre la intención inicial que irradiaría todo el proceso proyectual, lo manifiesto y las circunstancias específicas de los diversos contextos donde lo proyectado se integraría finalmente. La lluvia de proyectos sustanciales que se sucedería permanentemente en nuestras sociedades, debiendo llegar a tiempo para generar aquellos efectos vitales anhelados. En definitiva, podría pensarse que no tener en cuenta el instante exacto del encuentro entre proyecto, sociedad y naturaleza, implicaría

ausencia de efectos nutritivos, por lo tanto, una presencia de acaecimientos nefastos causados por la desaparición del bien requerido. Es decir, que todo movimiento inteligente para permitir la reemergencia de la savia vital necesaria para la extensión, multiplicación y desarrollo de la ecosociedad, requeriría estar teñido de la conciencia del bien apetecido.

Desde tal mirada, se estaría reconociendo e invocando simultáneamente, la presencia de movimientos inteligentes y afectivos desarrollados por nuestra especie (inteligencia ecológica colectiva), participantes indefectiblemente de la tendencia vital de la ecosociedad. Por ende, sería posible relacionar adecuadamente en tal dirección, intenciones, conocimientos, movimientos, manifestaciones, efectos y evaluaciones de todo lo proyectado, teniendo presente las circunstancias contextuales específicas. Sería así como todo conocimiento activo en tiempo oportuno, podría actualizarse como fuerza nutritiva para ser absorbida por el tejido social, propiciando sin duda los efectos regenerativos de cada ecosistema social. Como hemos establecido, podría pensarse que la potencia nutritiva de cada proyecto haría que todos los proyectos sustancialmente sean el mismo proyecto, por la sencilla razón de que todos ellos perseguirían la misma finalidad vital. Es decir, que toda la multiplicidad de proyectos fortificantes de la ecosociedad, se revelaría ligada a un único fin general o vital. Por lo tanto, toda repetición proyectual sería una evidente manifestación cíclica de la naturaleza subsistente de la sociedad, que facilitaría con tal dinamismo inteligente y afectivo, su reemergencia vital. Por tal razón, todos los acontecimientos proyectados podrían ser entendidos como realidades de igual significado o **equivalentes**¹²³, al poseer sustancialmente el mismo valor existencial, la misma inclinación subsistente. Es decir, al ser participantes de un idéntico sentido ligado a la vida, aunque sus manifestaciones o modos de aparecer puedan constatarse totalmente diferentes. Por ende, la realidad sustancial que nutre los proyectos no se modificaría por las diversas apariencias, manifestaciones o expresiones formales de éstos, sino que ella misma al causarlos se revelaría como su naturaleza principal inmanente. Podría pensarse pues, que todas las repeticiones inteligentes, como consecuencia de las intenciones por potenciar lo vital, estarían sustentadas en una naturaleza subsistente y por ello serían entre sí equivalentes.

¹²³ Véase, M. Arnaíz (1927: 250): “*Equivalencia: (Del latín aquí-pollens y aquí-valens: de igual valor). Se dice en lógica, de las proposiciones que tienen los mismos significados y valor, y sólo difieren en la expresión*”.

Por consiguiente, la equivalencia entre todas las acciones proyectuales sería posible siempre y cuando éstas respondieran, emergieran o fueran consecuencia de la misma sustancia vital subsistente que las movería desde su origen. Desde tal orientación, sería posible entender y generar todas las acciones proyectuales nutritivas necesarias para la reemergencia cotidiana del tejido social. Por lo tanto, comprender cabalmente la aparición de los efectos oportunos que se necesitan, esperan y apetecen contextualmente, implicaría un conocimiento previo de la naturaleza subsistente y dinámica de la ecosociedad. Sería así que todo apetito ecosocial podría vincularse a la búsqueda permanente de sus inteligencias afectivas, de su inteligencia ecológica colectiva, para regenerar continuamente aquel lugar ideal que le permitiera los mayores desarrollos vitales en el tiempo oportuno. Por lo tanto, lo apetitivo como consecuencia de un conocimiento ligado a lo sensible, sería un motor significativo para la regeneración continua del estadio existencial, del bienestar donde la sociedad se desplegaría, multiplicaría y reproduciría adecuadamente. Es decir, que el movimiento de las inteligencias afectivas de la sociedad estaría ligado a la recreación permanente del nicho vital, del paréntesis o espacio existencial donde lo humano pueda desarrollarse sistémicamente. Podría entenderse pues desde esta posición, la presencia en el tejido social, de una continua búsqueda inteligente en pos de espacios existenciales convenientes para el progreso de la humanidad. Espacios o nichos vitales que serían buscados, proyectados desde todas las potencias humanas, implicando movimientos conscientes e inconscientes de su naturaleza. Por lo tanto, podría ligarse a tal realidad activa y subsistente de la sociedad, los **apetitos naturales y elícitos**¹²⁴, también como impulsos de sus movimientos regenerativos cotidianos. Es decir, estaríamos ante la presencia en la sociedad de búsquedas de estadios vitales desde apetitos naturales y desde apetitos que brotan del conocimiento adquirido, revelando ambos la inclinación subsistente de la humanidad. Por consiguiente, agregaríamos que desde todo conocimiento adquirido podrían elaborarse manifestaciones voluntarias y adecuadas para facilitar los tránsitos sociales hacia un estado de bienestar vital. Sin olvidar que toda realidad apetitiva consciente, podría estar ligada a las apetencias naturales

¹²⁴ Ver Summa Theologiae, Breve Léxico Tomista (2001: 824): “*Apetito natural: En su acepción más amplia, apetito es lo mismo que inclinación o tenencia a un fin. Por apetito natural se entiende la inclinación innata de una cosa hacia un determinado fin, que es su bien. Todos los seres poseen una inclinación, identificada con su propia naturaleza, hacia aquello que les conviene (...). En contraste con el apetito natural se encuentra el apetito elícito, es decir una inclinación que sigue al conocimiento. Se divide en: 1. Apetito sensitivo, que implica la inclinación a un bien aprendido por los sentidos y 2. Apetito intelectual, o voluntad, que importa la inclinación a un bien percibido por el entendimiento*”.

(instintivas e inconscientes) para conformar los nuevos estadios de desarrollo social. Sería en este sentido que el conocimiento afectivo podría mejorar sustancialmente, sistémicamente todos los proyectos, procesos, manifestaciones y efectos generados.

Asimismo, dentro de esta realidad inteligente y afectiva, todas las manifestaciones proyectadas tendrían sentido existencial al participar de la misma finalidad ecosubsistente. Por ello, la diversidad conformada y manifestada podría encontrarse vinculada a una realidad sustancial significativa que la haría posible. Es decir, lo diverso proyectado estaría ligado a una sustancia común que hemos encontrado sujeta al sentido vital. Sería así que podría vislumbrarse además, la existencia de una situación de **analogía**¹²⁵ entre todas las manifestaciones y la sustancia fundamental que las ha emanado, es decir, entre todo lo conformado y el sentido vital que les ha dado razón de ser. Por lo tanto, podría haber una relación de semejanza o analogía entre las diversas manifestaciones, tomando como referente, término común o analogado principal, el sentido subsistente. Por consiguiente, los accidentes de cada manifestación tendrían justificación en las diferentes circunstancias contextuales, pero tendrían su último sustento en la tendencia existencial que perseguiría el ecoproyecto. Como consecuencia, todo accidente sería una **realidad adjetiva**¹²⁶ que se añadiría a la sustancia, que sería ésta la que verdaderamente estaría resurgiendo en cada manifestación proyectada. Sin lugar a dudas, los accidentes de cada realidad manifiesta no tendrían sentido en sí mismos, sino que serían significativos solamente al estar ligados a la sustancia que les mueve y que les liga a las diferentes realidades contextuales. Por lo tanto, estaríamos ante posibles analogías o semejanzas entre lo contingente, aparente o accidental; pero sin duda, también ante equivalencias fundamentales entre lo verdaderamente sustancial que da sentido vital a todo proyecto y lo que éste habría manifestado. Consecuentemente con lo expresado, los accidentes podrían vincularse por semejanza, sin que ello implicara una equivalencia entre las realidades sustanciales de los proyectos

¹²⁵ *Ibidem*, pág. 824: “Analogico-ca. De atribución. Esta implica la relación de varios sujetos a un término común o analogado principal. Es intrínseca si la razón significada se halla en cada uno de los analogados v.gr.: la bondad, dicha de Dios y de las criaturas. Se llama extrínseca si se da intrínsecamente sólo en el analogado principal, v.gr.: sano, dicho del animal, del color y de la medicina”.

¹²⁶ *Ibidem*, pág. 823: “Esta palabra se deriva del verbo latino *accidere*, que significa añadir, acaecer. Es decir, implica algo precario y adjetivo, algo que no subsiste por sí, sino que se añade a la sustancia. (...). Entendiendo así, se define, según Santo Tomás, como la entidad a cuya naturaleza le compete o es debido ser en otro (...). Esta precisión de Sto. Tomás corrige el concepto aristotélico de accidente, definido como lo que existe en otro”.

a los cuales pertenecen. Desde esta posición, la repetición de toda actividad inteligente sería significativa para la sociedad, siempre y cuando ofreciera efectos fortificantes para su ecodesarrollo, es decir, cuando participara verdaderamente de un mismo sentido vital. Por ende, desde tal mirada podrían comprenderse todas las actualizaciones de la sociedad en su dimensión sistémica, todas las manifestaciones proyectadas y todos los objetivos de cada proyecto. Desde tal posición podría entenderse que la semejanza entre proyectos gráficos, educativos, sociales, políticos y de cualquier índole, no tendría que ser necesariamente un sinónimo de equivalencia en cuanto a sus fines. Así como también podríamos encontrar entre todos ellos una relación de equivalencia en cuanto a sus efectos nutritivos del todo ecosocial. Es decir, la semejanza formal o visual de las manifestaciones proyectadas e incluso el despliegue de las mismas o similares etapas proyectuales transitadas para su existencia, no implicaría una participación de las inteligencias sociales en el sentido vital de la sociedad. Por lo tanto, ni lo formal, ni lo procesual hacen de un proyecto una realidad sustancial. Sería así que toda semejanza formal o procesual no implicaría necesariamente una relación de equivalencia con el fin subsistente al cual se inclinaría la naturaleza humana. Por ende, no podría hablarse en todas las acciones humanas de proyectos que facilitarían la reemergencia de la savia vital de la ecosociedad. Por ello, el carácter repetitivo de las acciones proyectuales sería, como hemos establecido, intrascendente, nefasto o perjudicial si hubiera ausencia del bien necesario para el desarrollo vital de las sociedades. Por lo tanto, las repeticiones regeneradoras de la realidad ecosocial, sustentadas y dirigidas por la inteligencia colectiva, podrían evidenciar semejanza formal y equivalencia sustancial, según la apariencia de sus manifestaciones y conforme a la potencia de sus finalidades. Desde tal mirada, la repetición proyectual participante del sentido vital de la ecosociedad, podría lógicamente gozar de un estado de armonía entre sus accidentes y la sustancia que adjetivan, que le permitiría por lo tanto, generar los efectos sistémicos esperados. Consecuentemente con ello, emerge una relación significativa entre sustancia vital proyectada, accidentes, contexto social y ecoefecto emergente a tiempo. Como consecuencia de tal situación, todas las repeticiones sustanciales proyectadas participarían del fin subsistente de la ecosociedad. Esta realidad revelaría un **sentido anagógico**¹²⁷, es decir, la tendencia de la sociedad por elevarse permanentemente hacia su estadio vital, lugar en el cual podría continuar desplegándose y extendiéndose

¹²⁷ Ibídem, pág. 824: “Este término griego significa ‘acción de ir hacia arriba’. Denota el método de interpretación de la Sagrada Escritura en un sentido espiritual, (...)”.

intensamente. Realidad que demostraría la existencia cotidiana de esfuerzos conscientes por arribar, por ascender hacia el paréntesis vital donde continuar la marcha subsistente. Por ello, tales acciones inteligentes podrían ser comprendidas como movimientos de un eterno retorno al nicho existencial idóneo para la reemergencia de la vida. Por lo tanto, las repeticiones de todos los movimientos propiciados, proyectados por la inteligencia colectiva, podrían ser comprendidas como dinamismos elevados en busca del estadio vital ideal para la subsistencia sistémica.

Sin duda, por lo expuesto, toda repetición inteligente y sensible que proyecta socialmente, implicaría un trabajo continuo e intenso del pensamiento humano, lugar desde donde se lograría relanzar, reenviar y reactivar la energía insustituible de la vida. Sustancia vital que vivifica y que al cultivarla podría propiciar una continua perfección de su naturaleza y con ella indudablemente, de todo aquello en que se **manifieste según fin**¹²⁸. Esta situación haría que las acciones inteligentes se repitieran, se relanzaran en sentido trascendente o anagógico hasta encontrar su paréntesis vital. Por lo tanto, sería éste el verdadero sentido de todas las finalidades, procesos, manifestaciones y efectos ecoprojectuales. Desde esta mirada, el fin último nunca sería lo conformado o manifiesto, sino los efectos vitales que generarían en los diversos contextos sociales. Es decir, sería válido preguntar ante cualquier manifestación proyectada, con qué realidades ecosociales conectaría y por lo tanto, cuál sería su verdadero sentido anagógico o vital. Por ende, es efectivo buscar, indagar, encontrar y comunicar las verdaderas conectividades ecosociales correspondientes a todas y cada una de las manifestaciones, que evidentemente serían tenidas en cuenta por las finalidades de los proyectos. Consecuentemente con ello, la ausencia de tales reflexiones anagógicas durante los procesos de creación de los proyectos, implicaría no conformar correctamente lo manifiesto. Igualmente, la ausencia de un sentido anagógico en los estadios verbales o génesis de todo proyecto, implicaría una carencia grave que demostraría la falta de potencia en las inteligencias creadoras. Por lo tanto, todo lo conformado como consecuencia de acciones inteligentes, no se constituiría en una manifestación independiente desligada del todo social, sino fundamentalmente en una realidad interconectada ecosocialmente. Desde esta posición, sería factible afirmar que

¹²⁸ Según Claude Cuénot (1963:21): «*Activation de l'énergie : Relance, au niveau de la pensée, du goût de l'évolution par la double découverte que l'évolution est irréversible et que le meilleur d'elle-même se totalise et s'éternise en Omega*».

se podrían comprender las manifestaciones percibidas, el tejido social y la naturaleza, como realidades íntimamente ligadas entre sí. Es decir, que estarían vinculadas dentro de un estadio conectivo y dinámico del cual se esperarían los efectos que potenciaran la reemergencia de la vida social. Por consiguiente, superar los estímulos perceptivos o apariencia de las realidades cotidianas e ingresar gracias a ello en los estadios reflexivos sobre la naturaleza humana y su destino, facilitaría la tarea inteligente de re proyectar la realidad ecosocial. Desde tal punto de vista, podría vislumbrarse en la humanidad la existencia de una **mente potencialmente intrasensorial**¹²⁹, es decir, una mente en la cual confluiría toda la realidad percibida para que finalmente emerja una comprensión más profunda o compleja que trascienda lo sensorial. Sería en este estadio comprensivo que estaríamos ante inteligencias que verían más allá de una realidad superflua o superficial, es decir, ante mentes que vivenciarían dentro de sí mismas los efectos del entendimiento complejo. Logrando por tal razón desplegar cabalmente los ecoproyectos necesarios para la emergencia de aquellos efectos sistémicos que potencien la vida social. Tal situación implicaría que la inteligencia colectiva y todas las inteligencias o mentes que proyectan deberían trabajar conscientemente en la búsqueda de efectos nutritivos para el tejido social. Como consecuencia, todas las manifestaciones emergentes en determinadas realidades contextuales, a causa de tales movimientos sustanciales, al ser interpretadas, analizadas, revelarían indefectiblemente su realidad ricamente conectiva. Por lo tanto, todo lo conformado invariablemente se haría significativo y explicable, al mismo tiempo que justificaría sistémicamente su existencia. Del mismo modo, toda repetición proyectual inclinada a provocar las reemergencias vitales necesarias. Sería así como a través de una red de conexiones apropiadas entre proyecto, manifestación, tejido social y naturaleza, la energía o savia vital podría continuar su extensión existencial. Es decir, sin la presencia de una red nutritiva de relaciones y conectividades, la continuación de la vida ecosocial se detendría, se estancaría, no prosperaría, no circularía. En tal sentido, la propia acción de proyectar estaría ligada a la permanente recreación, restauración y tejido de todas las conectividades vitales que potenciarían los desarrollos ecosociales, devolviéndolos

¹²⁹ Establece Ernst Gombrich (1999: 120): “¿Podemos ir más allá? ¿Podemos justificar metáforas en términos psicológicos efectivos? En otras palabras, ¿podemos explicar nuestra sensación de que ciertos colores son más calientes que otros o que ciertos sonidos son más oscuros? Cabría argumentar que sólo un mapa completo de nuestro cerebro podría darnos la respuesta. Tendríamos que saber cómo estamos ‘conectados’ y cómo y dónde el input de los diversos sentidos se junta a fin de que nuestras respuestas a la visiones, sonidos u olores converjan en este centro intrasensorial. Si se consiguiera encontrar estas conexiones, podríamos vernos aliviados de la tarea de explicar los efectos visuales sólo en términos fisiológicos”.

invariablemente a un estadio de despliegue existencial. Desde tal mirada, las formas o modos de repetir o reenviar lo necesario, de reconstruir o revitalizar las conexiones vitales de la ecosociedad, podrían variar en sus accidentes según urgencias contextuales y temporales, sin que ello implicara el olvido o renuncia de sus objetivos subsistentes. Por ende, moverse en sentido contrario, sería renunciar a la emergencia del estadio vital necesario para el desarrollo ecosocial, evidenciando ello, como hemos establecido, ausencia de un bien activo cotidiano y proyectual. Consecuentemente, todo proyecto cobraría valor al propiciar la continuación vital y toda repetición proyectual sería pues sustancial si potenciara la circulación permanente de la realidad ecosocial. Tal pensamiento, tal realidad, nos revelaría la existencia de una relación verdaderamente significativa o nutritiva emergente entre conocimiento y efecto social. Correspondencia vital surgida pues, por la vinculación entre sustancia de todo proyecto, manifestación y consecuencias contextuales que generaría. Sería así, que podría establecerse que la repetición como movimiento en sí mismo no tendría valor, no tendría sentido, a no ser que estuviera íntimamente vinculado a un fin vital que se lograra re proyectar permanentemente. Es decir, que lo repetitivo se haría trascendente, necesario y significativo si actualizara las condiciones necesarias para la existencia ecosocial. Tener algo sustancial que reenviar, que comunicar, es lo que daría sentido a toda acción de proyectar y mucho más si lo comunicado potenciara los tránsitos vitales. Por lo tanto, podría entenderse que cada actualización inteligente sería un momento trascendente, paradójicamente singular y plural, único y repetitivo, que lograría vivificar o revitalizar ciertas realidades conectivas que facilitarían el cotidiano resurgimiento de la vida ecosocial. Desde esta posición, toda repetición no sería más que una sucesión de singularidades trascendentes necesarias para el desarrollo vital. Sería así, que en tal procesión vital podrían anidarse germinalmente, entre una actualización posterior y una anterior, aquellas vivencias intensas que podrían provocar la emergencia de nuevos efectos vitales. Es decir, que se desarrollarían paréntesis temporales o instantes vivenciales entre los efectos de cada proyecto, que facilitarían la emergencia de nuevas necesidades, de nuevas comprensiones ligadas al desarrollo ecosocial. A tales momentos perfectamente se les podría denominar instantes de plenitud reflexiva de la vida humana, desde donde germinarían los nuevos espacios habitables por la sociedad. De este modo la vida podría ser entendida como la más preciada realidad singular que necesitaría ayuda, inteligente y afectiva, para su extensión, multiplicación; situación por la cual debería ser irrigada, cuidada y acunada desde todo espacio temporal en el cual se

pueda desarrollar un pensamiento vital. Desde esta situación, la vida ecosocial podría continuar desplegándose adecuadamente y con ella todas las acciones inteligentes de la humanidad. Por lo tanto, quedaría evidenciado, que todo movimiento que no entregue, ofrezca, envíe o comunique lo verdaderamente necesario para el desarrollo social, se revelaría como una acción estéril que no podría jamás revivificar la savia vital.

Sin lugar a dudas, desde tales reflexiones podrían emerger ideas sobre la realidad cualitativa y cuantitativa de las acciones proyectuales, entendidas éstas como movimientos que evidenciarían una clara inclinación subsistente de la humanidad. Dentro de tal realidad significativa, lo cualitativo tendría gran interés y podría ser rastreado desde el inicio de todo proyecto, de toda realidad procesual inteligente y sensible, que evidentemente quedaría reflejado en todos sus efectos. Además, lo cualitativo emergente de la inteligencia colectiva, sería de interés buscarlo en toda la periodicidad o reiteración de las manifestaciones que se proyectan y no solamente en un proyecto singular. Esto implicaría que la cualidad de potenciar el tejido social significativamente, sería una propiedad o característica no solamente de un proyecto aislado, sino también de la multiplicidad de proyectos que de ella participarían. Por ende, lo cualitativo podría actualizarse tanto en cada proyecto singular como también en la pluralidad de las acciones proyectuales, es decir en lo cuantitativo. Desde esta mirada, la repetición de ecoproyectos o realidad cualitativa, se tornaría cualitativa, ya que participaría de la reemergencia de la savia vital, aquella que se re-enviaría en cada acción proyectada inteligentemente a tiempo. Por consiguiente, la regularidad de acontecimientos planificados por todas mentes inteligentes y afectivas de las ecosociedades, serían movimientos cualitativos que formarían parte fundamental de la reemergencia necesaria de la humanidad durante su aventura sistémica. De este modo, de los encuentros entre lo cualitativo y lo cuantitativo, como reuniones de lo sustancial y las manifestaciones proyectadas, podrían emerger efectos necesarios. Por tal razón, lo cuantitativo se tornaría cualitativo y por ende, toda repetición de lo sustancial aparecería como una realidad significativa para el desarrollo de las sociedades. Por ello, las regeneraciones permanentes de los espacios ecosociales, podrían entenderse como ecos o vibraciones reales surgidas de los encuentros entre lo cualitativo y lo cuantitativo, que quedarían evidenciadas en todos los actos proyectuales. Sin duda, las resonancias de todo conocimiento individual y colectivo, generarían ecos sustanciales que lograrían manifestarse y expandir lo vital, realidad que permitiría comprender el pensamiento

humano como causa principal de los ecoproyectos. Consecuentemente, se podría concebir el verdadero valor de todo lo proyectado y del conocimiento que lo hace posible, conjuntamente con una expansión repetitiva, reemergente de la savia vital. Por lo tanto, sería posible imaginar, generar, enviar, vivir y comprender aquellas realidades fundamentales proyectadas para potenciar el desarrollo de la vida ecosocial. Tal realidad inteligente, afectiva, subsistente, cualitativa y cuantitativa, sería la que estaría cotidianamente fortaleciendo la vida social dentro de su realidad sistémica. Asimismo, esta situación compleja podría favorecer la emergencia de reflexiones en cuanto al sentido de la vida y los actos ecoproyectuales, potenciando sin duda la excelencia de los encuentros entre inteligencia, sociedad y naturaleza. Sería desde esta mirada, que las repercusiones del pensamiento afectivo facilitarían las reemergencias vitales y la valoración del sentido de la existencia de la especie en el universo. Por ello, toda repetición podría entenderse como una oportunidad para comprender, profundizar y potenciar todos los estadios vitales de la sociedad; realidad que sin duda, llevaría a recomprender permanentemente la significación y efectos de la lluvia proyectual. Secuencia de proyectos que como movimiento sustancial reiterado, a modo de ritual moderno que siente en la vida todo lo sagrado, continuamente podría reinventarse. Sin dudar, podría pensarse que tales actos litúrgicos de la modernidad o actos proyectuales, podrían constituirse en un permanente renacimiento de la savia vital de la ecosociedad, en un decidido retorno de nuestra civilización a estadios donde la continuación existencial es posible. En esta dirección, la repetición proyectual o movimientos litúrgicos de las ecosociedades, podrían ser comprendidos, vividos y connotados como realidades sagradas que siempre avivarían una mejor relación afectiva entre cultura y natura. Por lo tanto, proyectar efectos que no hieran el espacio que refugia o cobija la aventura humana, resultaría desde nuestra posición, de una necesidad extrema. Con ello la humanidad se podría vivenciar a sí misma como una potencia inteligentemente afectiva capaz de continuar transitando por el espacio vital que hoy goza. Sin duda, comprendiendo los efectos de la lluvia o repetición de actos inteligentes, todos los proyectos se evaluarían en su justa medida. Es decir, desde una pauta racional y afectiva, aquella que desplegaría la humanidad en sus nichos vitales. Es aquí donde toda gnosis ecológica podría potenciar adecuadamente los tránsitos o trayectos vitales de las sociedades, en armonía con sus circunstancias específicas. Se estaría pues, ante una relación entre conocimientos, sociedad y naturaleza, que no descuidaría sus efectos sistémicos. Desde aquí podría entenderse toda ciencia que pueda erigirse sobre las

acciones proyectuales, no olvidando que generan procesos afectivamente inteligentes que traen consecuencias sistémicas. Por ello, adquirir conocimientos ecológicos y comprender el sentido vital de la existencia humana debería ser una realidad reflexiva fundamental, imprescindible de tal ciencia humana (de todas). Por ende, toda gnosis afectiva y toda inteligencia ecológica colectiva nutriría los proyectos, sus procesos y efectos sociales. De este modo, todo movimiento inteligente impulsado por la sociedad sería un síntoma vital de la misma, ya que evidenciaría una regeneración cotidiana dentro de una dimensión de mayor sostenibilidad. Tales acciones saludables podrían entenderse como permanentes readaptaciones inteligentes del hombre a la vida y al tiempo que fluye. Donde las acciones proyectuales podrían convertirse en movimientos armónicos con la naturaleza. Connotándose asimismo como una música silenciosa o prudente emitida por el conocimiento afectivo de la humanidad, que sería capaz de revalorar y renovar su nicho vital o paréntesis inscripto dentro de la matriz cósmica que lo cobija, que lo acuna. Desde tal mirada, la gnosis afectiva y la naturaleza podrían entenderse como realidades entretejidas, dinámicas y subsistentes, que continuamente podrían reemerger desde todo **comportamiento repetitivo**¹³⁰ o repetición proyectual, que tuviera por finalidad vivificar lo vital. Tal realidad creadora se revelaría como un movimiento complejo que estaría ligado armónicamente e inteligentemente, con las diversas transformaciones de la naturaleza. Solamente de esta manera podría ofrecer aquellos efectos necesarios para potenciar responsablemente las transformaciones ecosociales.

2.2. Conciencia sistémica

Este punto trata de la conciencia sistémica como realidad que ama la ecosociedad y por ello, al participar de su continua proyección, no hipotecaría su desarrollo. Posición emergente a consecuencia del contacto con el pensamiento de Claude Cuénot, Michel Foucault, San Agustín, Pierre Teilhard de Chardin y Tomás de Aquino.

Sin duda, es posible concebir que todo conocimiento afectivo constituiría la sustancia necesaria que nutriría las acciones proyectuales, surgiendo de tal realidad los efectos

¹³⁰ Véase, Michel Foucault (1981: 50): “Repetir es una forma de comportarse, aunque en relación con algo único o singular, que no tiene semejante o equivalente”.

necesarios capaces de potenciar la vida ecosocial. Por lo tanto, toda acción inteligente de la especie se revelaría en cada consecuencia, en cada efecto emergente que habría propiciado. Sería así que toda gnosis sistémica podría entenderse como la energía necesaria capaz de expandirse a través de los proyectos, para lograr de ese modo transformar las realidades cotidianas en situaciones positivas para el desarrollo de la vida social. Donde tal movimiento inteligente de las potencias humanas, implicaría también un incremento del conocimiento sobre los procesos proyectuales y sus ecoefectos. Indudablemente, sería lógico pensar que el saber humano sería consecuencia de un movimiento fecundo que le permitiría incrementar permanentemente su capital de conocimientos. Por ello, sería evidente entender que aún no se ha llegado y quizás nunca se llegue a un estadio de suma perfección del saber humano, razón por la cual sería posible un permanente esfuerzo comprensivo, individual y colectivo, sobre las diversas situaciones sociales que regenerar. Es decir, sería posible ampliar y extender el conocimiento humano con la finalidad de entender o **poseer toda realidad comprendida**¹³¹, siempre en el objetivo de conocer en mayor profundidad la realidad ecosocial. Por lo tanto, la naturaleza humana podría estar apta y predispuesta a poseer conocimientos, manteniéndolos a su vez en permanente ebullición y transformación para ampliarlos o extenderlos. Sin lugar a dudas, toda secuencia proyectual y las reemergencias sociales se nutrirían de tal realidad sustancial. Como consecuencia de ello, toda repetición inteligente sustentada en saberes, en una gnosis afectiva y en intenciones sistémicas, podría entenderse como ya hemos planteado, en una reemergencia de los intentos sociales por sostener su existencia en aquellos estadios adecuados para su desarrollo. Sería así que tal reaparición de los esfuerzos vitales, manifiesta de forma diferente según las circunstancias y nuevos conocimientos puestos en acción, evidenciarían el mismo esfuerzo subsistente, el mismo objetivo trascendente, el mismo sentido anagógico ligado a lo vital. Por ello, las secuencias o repeticiones proyectuales participarían de la misma finalidad vital, del mismo sentido existencial, al igual que cada uno de los proyectos singulares. Por ende, todos los esfuerzos inteligentes serían consecuencia fundamentalmente de voluntades, intenciones, apetitos

¹³¹ Ver Tomás de Aquino, Summa Theologiae I, q. 14, a. 1, in c: “*En Dios hay ciencia y del modo más perfecto. Para probarlo, hay que tener presente que la diferencia entre los seres que tienen conocimiento y los que no lo tienen, estriba en que estos últimos no tienen más que su propia forma, mientras que a aquellos les es connatural tener también la forma de otra cosa, pues la especie de lo conocido se encuentra en quien conoce. Así resulta evidente que la naturaleza de lo que no tiene conocimiento es más reducida y limitada: en cambio, la naturaleza del que tiene conocimiento es más amplia y extensa. Por lo cual el Filósofo en III De Anima dice: ‘En cierto modo el alma lo es todo’. La limitación de la forma se debe a la materia*”.

y conocimientos activos participantes del fin vital de la especie en su estadio sistémico. Por ello sería que toda persona que proyectara, evidenciaría haber captado ciertas urgencias de la ecosociedad y pondría en acción sus conocimientos para generar las manifestaciones adecuadas. Es decir, que todo conocimiento sobre la realidad social implicaría haberla comprendido, situación que potenciaría y daría sentido a todos los movimientos proyectuales. Estaríamos pues, ante una circunstancia dinámica de captación y envío por parte de las inteligencias, en la cual se necesitan indefectiblemente conocimientos y voluntad de querer generar los cambios adecuados en el tiempo oportuno. Solamente luego del hecho de captura o comprensión de ciertas situaciones sociales, sería posible incorporar tal conocimiento al tejido de saberes o noosfera personal para dar comienzo a la procesión proyectual. Por lo tanto, la sociedad podría enriquecer su inteligencia, conocimientos y fines proyectados, al intentar comprender sus diversas realidades. Efectuaría con ello un movimiento significativo y reflexivo que le permitiría elaborar posteriormente precisas o sistémicas manifestaciones, que le ofrecerían mayores oportunidades de permanencia en su estadio o nicho vital. Tal realidad evidenciaría que los movimientos hacia una comprensión de las diferentes situaciones sociales, serían actos de intelección que captarían ciertas realidades, para subsiguientemente generar con mayor idoneidad las manifestaciones necesarias, aquellas que permitan la permanente reinención de la realidad ecosocial. Este hecho sustancial, dinámico, cotidiano y vital permitiría entender el sentido de toda repetición proyectual, unido evidentemente a una inteligencia social que se movería invariablemente según fin subsistente. La repetición de los proyectos sustentados en un sustrato inteligente y afectivo, podría ser entendida como una potencia activa que revitalizaría constantemente la vida social. Por ende, toda reemergencia proyectual estaría potenciada por los esfuerzos individuales y colectivos, que una vez que han comprendido las urgencias contextuales, podrían nutrir el tejido social con mayor precisión. Es decir, el envío continuo de proyectos puede ser entendido como un eco emitido constantemente por las inteligencias sensibles, una vez hayan comprendido las diversas situaciones sociales. Situación que explicaría que toda posesión conceptual, que todo conocimiento poseído, potenciaría la creación de aquellas manifestaciones específicas tendientes a generar los efectos necesarios. Es decir, y siguiendo la tendencia de lo ya expresado, podría pensarse que poseer ciertos conocimientos habilitaría a la elaboración idónea de aquellos proyectos necesarios. Emplazados en tal mirada, sería evidente entender que una vez que haya comprensión de determinada

situación social, habría una realidad desvelada que modificar, revertir o transformar, antes evidentemente velada o encubierta. Esto implicaría que determinada situación, más o menos compleja, se habría revelado como consecuencia del esfuerzo comprensivo, por lo tanto podría ser estudiada. Sería así que toda revelación o comprensión social donaría la información necesaria para elaborar los proyectos y manifestaciones pertinentes. Es decir, que a partir de toda comprensión se podría ver con mayor claridad fines específicos a alcanzar por las realidades proyectuales. Por ende, tal situación permitiría la creación de las manifestaciones necesarias para la emergencia de los efectos adecuados para la transformación a tiempo de las realidades societales. En definitiva, emplazados en tal estadio, sería evidente entender que una vez haya comprensión sobre las diversas situaciones sociales, sería posible desarrollar aquellos proyectos verdaderamente necesarios contextualmente. Se desprende de tal situación, que todo lo que es posible conocer aparece como una realidad que se necesita descubrir y comprender, ya que de ello podrían germinar aquellas manifestaciones necesarias para la continuación vital de las sociedades. Sin lugar a dudas, podrían argumentarse niveles de dificultad en la comprensión de ciertas realidades existentes, por lo cual se necesitaría de la acción de una inteligencia colectiva o social que facilitara tales movimientos fundamentales. Sin duda, todo conocimiento más o menos evidente se tornaría necesario para la permanente transformación de las personas y las ecosociedades. Desde tal mirada, las mentes alertas, despiertas o inclinadas a la comprensión, también de las realidades menos evidentes, podrían trabajar en dirección sistémica.

Sería así que todo conocimiento emergente como consecuencia de un traer dentro sí mismo por parte del ser humano, a través de su entendimiento, permitiría potenciar toda repetición proyectual o creadora capaz de nutrir los tránsitos o trayectos vitales de la sociedad. Por ello, toda reacción inteligente a una situación social compleja, estimularía los proyectos consecuentes con tales circunstancias. Por consiguiente, todo conocimiento aparecería como la fuerza necesaria para dar sentido y potencia a las acciones, manifestaciones y efectos proyectuales según sus entornos específicos. Desde esta perspectiva, pensamos que nunca habría que despreciar o discriminar unos saberes sobre los otros por ser generados quizás, por diferentes sociedades o civilizaciones a lo largo del tiempo. Como tampoco se debería pensar dentro de sistemas cerrados en vez de tomar ideas para tener en cuenta, por lo tanto, desde una lógica viva (Carlos Vaz

Ferreira, 1962). Es así posible pensar que todo conocimiento sería necesario para que la humanidad pueda perennemente conformar adecuadamente su nicho existencial. Dentro de esta mirada, podría afirmarse, que tanto el conocimiento emergente de las evidencias sensibles como de los estadios más abstractos de la realidad existencial, serían necesarios para sostener la vida de las ecosociedades en su continua reemergencia. Sin duda, toda manifestación proyectada que esté sustentada en un conocimiento sustancial, estaría indudablemente generando aquellos efectos adecuados sistémicamente. Desde nuestra posición, sería posible comprender toda la multiplicidad de manifestaciones inteligentes, como realidades que estarían teñidas por conocimientos sistémicos capaces de generar los ecoefectos correspondientes. Este enfoque iría en busca de comprender la totalidad de lo humano entretelado con su entorno natural, para desde tal conocimiento generar los proyectos adecuados. Es decir, que conocer y tener en cuenta la integridad de la naturaleza humana ligada a su nicho vital, se tornaría absolutamente necesario para dar sentido a toda lluvia o secuencia proyectual. Es por ello que los proyectos y todo lo que estos impliquen, serían realidades modeladas por una inteligencia afectiva, es decir, por la razón sensible del ser humano y por extensión de la sociedad. Por lo tanto, un ecoproyecto nunca sería una realidad puramente racionalista, mecanicista o materialista, sino fundamentalmente orgánica, sistémica y sensible. Sin duda, lo humano entendido esencialmente como una naturaleza física, intelectual y afectiva, necesitaría para su desarrollo la nutrición de todos estos aspectos de su realidad. Es por tal razón, que los proyectos que no contemplen esta realidad trina se convertirían indefectiblemente en movimientos negativos, en realidades estériles y despreciables que solamente ofrecerían efectos contextuales perjudiciales. Por lo tanto, sería factible pensar que todo proyecto disonante, podría dar un giro en dirección de participar de un sentido sensible, afectivo, y espiritual, es decir, elevarse hacia un estadio anagógico. Sin duda, se podría esperar el desarrollo o despliegue permanente de la dimensión existencial de lo humano, de su paréntesis vital, propiciado y sustentado evidentemente por todas las potencias del conocimiento poseído. Desde tal mirada, sería necesaria la reemergencia de una gnosis afectiva ligada a los proyectos, que sea capaz de reconducir los destinos de la sociedad hacia estadios de vida sistémica. Tal escenario generaría un sinfín de efectos nutritivos necesarios para el permanente y cotidiano desarrollo ecosocial. Entender pues la relación existente entre intención, conocimiento, proyecto, consecuencia, individuo, sociedad y naturaleza, favorecería toda procesión ecoproyectual. Comprender tal relación compleja haría que la actividad de proyectar sea una realidad excitante, fecunda

en conocimientos, en intenciones y efectos sistémicos. Por lo tanto, vivenciar el conocimiento como aquella realidad sustancial que se anhela, que se conquista, que se aprehende, que se trae dentro de sí, que se necesita, que se recrea, regenera y reenvía, constituiría una realidad esencial para poder proyectar, para lograr provocar verdaderos efectos sistémicos. Con esta potencia sería posible llevar a plenitud todo fin y acción proyectual en busca del bien ecosocial necesario. Es así que emplazados en tal situación, no debería olvidarse que todo conocimiento afectivo es la fuerza creadora de toda finalidad, proceso, manifestación y efecto proyectual. Es decir, tal gnosis sería la sustancia o potencia fundamental de todo proceso eco creador, por ello sería posible entenderla como una realidad pre-existente o **pre-emergente**¹³² a todo objetivo proyectual. Sería así que el conocimiento como potencia preexistente a toda manifestación proyectada, se exhibiría como una noosfera rica en posibilidades subsistentes. Es decir, como un humus sustancial que permitiría la continua reemergencia de objetivos y conformaciones inteligentes según finalidad ecosocial. Dentro de esta posición que vela por el efecto nutritivo en las sociedades, el bien que se envía a través de las acciones inteligentes estaría evidenciado en los objetivos de cada proyecto, en sus propios orígenes verbales. Solamente de este modo, podrían enviarse fuera de los seres que proyectan y del paréntesis proyectivo, aquellas manifestaciones que incidieran adecuadamente en el desarrollo del tejido social. Tal situación evidenciaría que las potencias del pensamiento, del conocimiento, serían realidades inmateriales capaces de conformar ciertas manifestaciones para la emergencia de efectos sistémicos esperados. Desde tal ángulo, toda gnosis sería una potencia inmaterial o realidad incorpórea que una vez poseída, individualmente y/o colectivamente, podría ponerse en movimiento para crear los estadios existenciales necesarios. Por lo tanto, podría comprenderse la existencia de una realidad sustancial e inmaterial, que podría desplegarse y dar sentido trascendente o anagógico a todo proceso inteligente. Este conocimiento o energía primordial, podría participar del sentido vital cultivado conscientemente por la humanidad, situación que le permitiría participar de toda secuencia proyectual. Por ello, podríamos estar en tal escenario, ante

¹³² Según Claude Cuénot (1962: 87): «*Union créatrice. Théorie qui admet que, dans la phase évolutive du cosmos. Tout se passe comme si l'Un se formait par unifications successives du multiple, et comme s'il était d'autant plus parfait qu'il centralise sous lui plus parfaitement un plus vaste multiple. La théorie de l'union créatrice n'exclut en rien l'existence de l'Un préémergé*».

la presencia de un **sentido cognoscitivo**¹³³ desarrollado por la humanidad, que facilitaría toda comprensión, todo entendimiento sobre las diversas realidades acontecidas dentro del nicho vital. Es decir, que sería posible alcanzar un conocimiento más o menos complejo sobre el paréntesis existencial, para poder obrar en consecuencia con todo el conocimiento poseído. De este modo, tal sentido cognoscitivo o capacidad de entendimiento se revelaría como una autoridad que pautaría o guiaría toda manifestación proyectada, por lo tanto, lo manifiesto sería una realidad obediente al conocimiento poseído por la humanidad. Sin duda, lo conformado sigue la dirección que el conocimiento en acto le imprime. Es decir, que toda gnosis obtenida por el sentido cognoscitivo o capacidad de entendimiento humana es una fuerza potencial capaz de conformar lo anhelado. Por ello sería posible entender, que todo conocimiento ya manifiesto en ciertas conformaciones, podría ser leído, descubierto y apreciado en las mismas. Sin duda, tal energía sustancial podría reflejarse en todo aquello en que se encarna o visibiliza. Por ende, podríamos pensar que en toda manifestación conformada por el conocimiento obtenido, gracias a la capacidad de entendimiento individual y colectivo, emergería como un reflejo de éste. Situación que revelaría asimismo, con mayor o menor claridad, el fin contextual específico que les requiere. Es decir, toda manifestación irradiaría conocimiento y finalidad concreta, siempre que sea entendida o comprendida. Desde tal ángulo, el conocimiento podría revelarse tanto en los objetivos de cada proyecto, en las manifestaciones ya emanadas, como en los efectos sociales. Podría pensarse sin duda, que todo saber es una realidad o potencia capaz de aparecer o revelarse en diferentes estadios de la existencia conocida, con mayor o menor visibilidad. Es decir, que puede estar presente, emerger o circular continuamente en un abanico amplio de realidades de toda sociedad. Por ello, el conocimiento podría considerarse como la fuerza generatriz pre-existente por excelencia, que tendría sentido trascendente ligado al fin subsistente del paréntesis o espacio vital. Por lo tanto, la capacidad de entendimiento humana se revelaría como un acto superior capaz de comprender las diferentes situaciones y actuar en consecuencia. Es decir, que todo

¹³³ Ver Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* I, q. 14, a. 1, in c: “*La limitación de la forma se debe a la materia. Por eso, y como ya dijimos (q.7 a.1 y 2), las formas, cuanto más inmatereales son, tanto más se acercan a la infinitud. Así, pues, queda claro que la inmaterialidad es lo que hace que algo sea cognoscitivo: y según el grado de inmaterialidad, así será el grado de conocimiento. De ahí que en II De Anima, se diga que las plantas, por ser materiales, no tienen conocimiento: Por su parte, el sentido es cognoscitivo, porque puede recibir especies inmatereales. Y el entendimiento es todavía más cognoscitivo, porque está más separado de la materia y no se mezcla con ella, tal como se dice en III De Anima. Por lo tanto, Dios, por ser el grado sumo de la inmaterialidad, como se demostró (q.7 a.1), tiene el grado sumo de conocimiento*”.

conocimiento implicaría la posibilidad de engendrar, crear, transformar, producir, revitalizar o reenviar todo lo necesario para el desarrollo ecosocial. Podría pensarse que las acciones inteligentes y afectivas, sustentadas en los conocimientos adquiridos, tendrían un sentido absolutamente vital que las convertiría en movimientos necesarios para el desarrollo adecuado de la realidad sistémica. Sin duda, el sentido vital vinculado a los actos humanos, puede entenderse como una relación verdaderamente beneficiosa para el desarrollo social, que podría ser impulsado por las inteligencias reflexivas. Por lo tanto, un conocimiento sensible podría ser la clave buscada para potenciar sustancialmente todos los proyectos y actos desplegados por las sociedades. Realidad de la cual se desprende que lo manifiesto no podría entenderse como válido en sí mismo, sino que se podría evaluar según el conocimiento que le ha conformado, que le ha comunicado su forma y destino según entorno específico o situación social. Por ende, las manifestaciones no tienen un **sentido absoluto**¹³⁴, sino que su razón de ser en el mundo, en el nicho existencial, dependería de sus relaciones con el conocimiento, el entendimiento y las finalidades humanas. Por ello, toda manifestación tendría un sentido relativo o **sentido en cierto modo**¹³⁵, ya que dependería como realidad particular, del sentido vital, del conocimiento social que le sostendría y que le daría razón de ser. Por consiguiente, toda pluralidad de proyectos como repetición creadora, estaría sustentada en un conocimiento y en un sentido vital que le indicaría sus formas y destino. Es decir, el conocimiento participando del sentido vital o sistémico, emergería como el mana que daría razón de ser a todos proyectos, a toda sucesión proyectual. Por ello, se podría decir que la realidad última de cada proyecto no sería lo que manifiesta, sino el sentido vital y el conocimiento que le hacen posible. Por consiguiente, toda realidad conformada carecería de sentido existencial o sistémico si se desligara de los esfuerzos subsistentes y del conocimiento cultivado por la humanidad. Por lo tanto, desplegados los proyectos, podrían ser evaluados según su destino subsistente, aquel que habría sido comunicado por las inteligencias que los han generado, que les han dado existencia.

¹³⁴ Ibídem, q. 17, a. 1, in c: *“Pero en las cosas no hay ni verdad ni falsedad más que en relación con el entendimiento. Como quiera que a cualquier cosa, por lo que le corresponde esencialmente, se le aplica el sentido absoluto, y por lo que le corresponde accidentalmente, se le aplica el sentido de en cierto modo, una cosa cualquiera puede ser llamada absolutamente falsa al compararla con el entendimiento del que depende si se la compara esencialmente; y con respecto a otro entendimiento, si se la compara accidentalmente, no podrá ser llamada falsa más que en cierto modo. Las cosas naturales dependen del entendimiento divino como del entendimiento humano dependen las artificiales. Así, pues, son llamadas cosas artificiales falsas absoluta y esencialmente en cuanto que les falta el contenido del arte; por eso se dice que un artista hace una obra falsa cuando no la realiza según los patrones del arte”.*

¹³⁵ Ver nota 134.

Indefectiblemente, todo movimiento que no se dirigiera en la búsqueda de estadios de mayor perfección existencial, sería avistado como un dinamismo sin sentido, estéril, despreciable y posiblemente como una realidad capaz de propiciar efectos nefastos para el desarrollo ecosocial.

Estaríamos pensando en todo momento, en la vida como la realidad singular más preciada, razón por la cual, perfectamente podría expandirse, universalizarse la preocupación por conservarla y desarrollarla conscientemente en todos los proyectos. Tal mirada constituiría una posición céntrica sobre lo vital, entorno a la cual orbitarían todas las acciones, movimientos y evaluaciones inteligentes desplegadas por la sociedad. Sería así que tal centro sustancial pautaría el orden, la organización, de todos los procesos de regeneración ecosocial. Por ello, podría comprenderse que su sentido absoluto, indicaría la dirección de todos los proyectos, de toda lluvia de procesos conscientes de conformación. En esta realidad, todo fin proyectual sería una realidad orbital al foco vital, que le indicaría la forma y destino de las manifestaciones. Por ende, toda pluralidad o repetición de proyectos no sería más que una reemergencia o reaparición contingente de lo sustancial, de lo altamente significativo que hemos visto en el sentido absoluto, vital o subsistente de la humanidad. Desde tal enfoque, toda secuencia proyectada (multiplicidad de proyectos singulares), sería un comportamiento necesario para el permanente relanzamiento de la savia vital de la ecosociedad. Sin duda, podríamos pensar que tales actos conscientes, inteligentes y afectivos desarrollados a tiempo, estarían sustentados en un conocimiento emergente de todo entendimiento. Tal realidad dignificaría la naturaleza humana, entendida como una potencia sistémicamente subsistente nutrida por su sentido hiperlógico. Por ello, no podría olvidarse que el origen sistémico de todos los procesos conscientes de creación, originaría una repetición sustancial capaz de aumentar el potencial vital de las sociedades. De este modo, la humanidad podría mantenerse ligada al foco vital que daría sentido a todos sus movimientos. Dentro de tal escenario, el entendimiento, el sentido hiperlógico, mejoraría aquellas acciones inteligentes y afectivas que permitirían la permanente regeneración de todo presente vital. Notoriamente, toda reemergencia de lo sustancial haría de los actos repetitivos e inteligentes, acontecimientos necesarios que podríamos entender y vivenciar como actos litúrgicos de nuestras sociedades modernas. Es decir, que a modo de rituales mágicos o sagrados, permitirían la propagación continua de la vida, la reaparición permanente del presente vivo. Por ende, la

vivificación del tejido social dependería de una gnosis activa y orbital a un centro vital, que como savia inteligente, posibilitaría las reemergencias de todos los ecoproyectos. Claramente, la conciencia de todo ello se torna necesaria para lograr aumentar los grados de conocimiento de la humanidad y así potenciar sus tránsitos vitales. Es decir, se requerirían de constantes esfuerzos conscientes por alcanzar una adecuada y sistémica permanencia dentro del nicho existencial que se respira, que bien podría entenderse como **vida mortal o muerte vital**¹³⁶. Realidad vital poseída transitoriamente, temporalmente, efímeramente, por la sociedad, por la humanidad, que en definitiva necesitaría de continuas regeneraciones inteligentes y afectivas para conseguir extenderse convenientemente. Aquí aparecería y se revelaría la razón de ser de toda serie, sucesión, repetición, continuación, multiplicación o pluralidad de proyectos, siempre y cuando tales realidades cíclicas racionales y sensibles, estuvieran ligadas a un sentido vital y sistémico de la existencia. Tal conciencia facilitaría toda transformación desarrollada por la humanidad, sobre las diferentes circunstancias ecosociales por las cuales transite. Por lo tanto, estaríamos ante una permanente transformación del individuo, de la sociedad, como consecuencia de un conocimiento sistémico que organizaría convenientemente todos los cambios proyectados. Por ende, todas las innovaciones provocadas por las series proyectuales o multiplicidad de proyectos, evidenciarían una **transformismo vital**¹³⁷, es decir, acciones inteligentes inclinadas hacia un desarrollo sistémico de la sociedad. Inclinación vital de las secuencias proyectuales que responderían a la naturaleza subsistente humana o ley subsistente de la naturaleza. De este modo, toda transformación social implicaría conocimientos de diversos grados (de lo sensible, de lo más abstracto), que facilitarían la comprensión de lo percibido en los entornos vitales y consecuentemente con ello, se podría ecoprojectar adecuadamente. Por lo tanto, las series o lluvias de proyectos desplegados conscientemente, facilitarían el desarrollo de la vida mortal o muerte vital que posee toda ecosociedad, por ende, participarían del esfuerzo subsistente de la naturaleza. Desde tal estadio trascendente, se generarían todos los ecos o efectos

¹³⁶ Establece San Agustín (2007: 11): “¿Qué es lo que quiero decirlos? Quiero decirlos – no os riáis de mí – que no sé de dónde he venido aquí, a esta vida mortal o, si queréis, a esta muerte vital (...) Yo no me dí a mí mismo el ser. He pensado que quizás haya alguna otra fuente distinta a nosotros mismos de donde nos venga el ser y el vivir. Han pasado muchos años, nuestros y de nuestros padres, y pasarán muchos más, y cada uno vivirá y existirá según un modo de ser y una manera... Habrá muchas cosas mañana y más allá, y cada vez quedará más lejos lo de ayer, y cada vez más atrás ...”.

¹³⁷ Establece Claude Cuénot (1962: 84): «Transformisme. Expression particulière, appliquée au cas de la vie, de la loi qui conditionne toute notre connaissance du sensible: ne pouvoir rien comprendre dans le domaine de la matière que sous forme de séries et d'ensembles».

sustanciales, todas las transformaciones – **continuidad y discontinuidad**¹³⁸ – necesarias para el continuo perfeccionamiento social o permanente reemergencia de las nuevas realidades sociales. Por ello, la sucesión de proyectos participarían de los movimientos vitales de la especie humana y podrían ser entendidos como una multiplicidad de acciones necesarias, singulares, inteligentes y afectivas ligadas a una finalidad subsistente. Sería así que cada número de la serie, que cada proyecto de la serie proyectual (potencialmente infinita) o cada acto dentro de todo proceso proyectual, se convertiría en una **singularidad irremplazable**¹³⁹, que necesariamente podría ser repetida. Repetición ligada indefectiblemente a la finalidad subsistente, al sentido sistémico desarrollado conscientemente por la humanidad. Sin lugar a dudas, las potencias ecosociales, sus inteligencias afectivas, serían capaces de trabajar cotidianamente en pleno conocimiento del fin subsistente del nicho vital. Por tal razón, todas las acciones inteligentes, sustentadas en un conocimiento sistémico, posibilitarían la emergencia de manifestaciones que impulsarían la extensión de la vida humana. Movimientos complejos, inteligentes y afectivos, que siempre podrían ser entendidos como realidades **semejantes o equivalentes**¹⁴⁰, según ya hemos planteado. Desde tal posición, la serie de manifestaciones proyectadas revelaría simultáneamente un sentido relativo, según las circunstancias contextuales específicas con las cuales se entretrejería y un sentido absoluto, cuando se las reconoce como realidades tendientes a un fin vital, aquel que les movería desde su misma procedencia, inicio u origen. Tal sentido vital absoluto daría razón de ser a toda procesión proyectual, a toda serie proyectada, a toda la pluralidad de acciones inteligentes y afectivas que buscarían la reemergencia de lo vital. Por ende, trabajar desde tal entendimiento, desde tales conocimientos, desde tal conciencia, implicaría necesariamente la presencia activa de una inteligencia **ultra humana**¹⁴¹, de una noosfera colectiva o co-reflexión social, que se responsabilizaría cotidianamente de todo aquello que lograra hacer emerger los efectos sistémicos

¹³⁸ *Ibidem*: «Transformation. Concept qui synthétise continuité et discontinuité, permanence du matériau ancien et émergence de nouveauté. A ne pas confondre avec le concept beaucoup plus sommaire de développement qui postule la préformation germinale et comporte simple explication, épanouissement de ce germe».

¹³⁹ Véase Michel Foucault (1981: 50): “Pius Servien distinguía con razón dos lenguajes: el lenguaje de las ciencias, dominado por el signo de igualdad y en el que cada término puede ser reemplazado por otros, y el lenguaje lírico, en el que cada término, irremplazable, sólo puede ser repetido”.

¹⁴⁰ *Ibidem*, pág. 50: “Se puede ‘representar’ siempre la repetición como una semejanza extrema o una equivalencia perfecta. Sin embargo, el que por grados pasemos de una cosa a otra no impide que haya una diferencia de naturaleza entre ambas”.

¹⁴¹ Según Claude Cuénot (1962: 86): «Ultra-Humain. Stade évolutif où l’humanité, exaltée par la co-réflexion, planétarisée et unanimesée, se surmontera elle-même sur le plan affectif (conspiration) et réflexif (co-réflexion), atteignant par là des états supérieurs de pensée et de liberté».

necesarios. Por lo tanto, tales movimientos inteligentes y afectivos, ya consecutivos, ya rizomáticos, revelarían la existencia de un conocimiento sistémico activo, de una potencia sustancial dinámica, de una **realidad transfenomenal ontológica**¹⁴², que estaría debajo de toda manifestación conformada. Es decir, habría verdadera presencia de un conocimiento fundamental, producto de una valiosa co-reflexión, que potenciaría todos los proyectos, procesos, manifestaciones y efectos generados por la sociedad. Por ende, tal conocimiento reunido, tal sustancia sistémica, sería la que se encontraría vinculada a todo proceso inteligente y afectivo de recreación social. Es decir, que la presencia permanente de tal sustancia vital o conocimiento sistémico, propiciaría notablemente el eterno retorno del presente ecosocial. Por consiguiente, del conocimiento de tal situación sustentada en una conciencia ecológica, sería posible desarrollar una continua potenciación de todo proceso vital; acción inteligente de la cual dependería la continuación adecuada de toda ecosociedad. Es decir, sería necesario desplegar cotidianamente la reemergencia de una humanidad, religada indefectiblemente a una co-reflexión sistémica, a una conciencia ecológica capaz de generar planes afectivos. Sin duda, se revelaría que el conocimiento y todo lo que éste llegue a manifestar, tendría sentido si se desarrollara dentro de un proyecto u orden afectivo, que hemos entendido como sistémico. Por lo tanto, sería posible pensar que la potencia vital podría actualizarse dentro de un verdadero plan afectivo, es decir ecológico, **coherente y fecundo**¹⁴³, que lograra moverse adecuadamente en la persecución de sus fines subsistentes. Por ende, sería lógico pensar que las inteligencias humanas, sustentadas en un conocimiento sistémico colectivo, serían las responsables en determinar aquellos ecoproyectos o **repeticiones singulares**¹⁴⁴, capaces de actualizar permanentemente las potencias vitales de la sociedad. Desde tal mirada, el espacio o la multiplicidad de espacios habitables por la humanidad, no podrían desplegarse saludablemente si no existiera un conocimiento colectivo que los desarrollara convenientemente dentro de un plan afectivo. Por lo tanto, se tornaría trascendente destacar la existencia de una gnosis ecosocial afectiva emergida gracias a los esfuerzos **co-reflexivos**¹⁴⁵, desarrollados por las sociedades. Es decir, que se revelaría un aspecto

¹⁴² Ibidem, pág. 85: «*Transphénoménal. Réalité ontologique qui sous-tend le monde des phénomènes*».

¹⁴³ Ibidem, pág. 88: «*Vérité. Cohérence totale de l'univers par rapport à chaque point de lui-même. Les deux critères de la vérité sont la cohérence et la fécondité, comme dans les hypothèse scientifiques*».

¹⁴⁴ Véase Michel Foucault (1981:54): «*En su esencia, la repetición remite a una potencia singular...*».

¹⁴⁵ Nos dice Claude Cuénot (1962: 33): «*Aspect collectif, socialisé, de la réflexion humaine. En fait la réflexion individuelle, même dans le cas du génie créateur, n'existe jamais à l'état pur. Réfléchir = co-réfléchir*».

colectivo y social de conocimiento, donde las meditaciones individuales implicarían necesariamente una co-reflexión o reflexión colectiva sustancialmente afectiva. Tal realidad dinámica, social y sistémica del conocimiento, facilitaría la permanentemente fecundidad de la savia vital en todos sus estadios ecosociales, tanto materiales como inmateriales. Por lo tanto, existiría una verdadera evidencia de una multiplicidad de **transformaciones intensas o internas**¹⁴⁶ de la sociedad, inclinadas hacia el despliegue conveniente de su propia realidad vital facilitada o potenciada por un conocimiento afectivo co-reflexivo. Sería pues de este modo, como la sociedad se auto-gobernaría y se movería a sí misma desde un conocimiento afectivo y co-reflexivo, por lo tanto, podría entenderse como una realidad inteligente, sensible y orgánica que se auto-regenera. El tejido social pues, comprendido como un dinamismo conscientemente subsistente, se convertiría sin duda, en una realidad inteligente que pautaría la dirección de todos los proyectos, procesos y manifestaciones consecuentes. Es decir, la sociedad entendida como una realidad subsistente y cognoscente, lograría auto-transformarse y converger cotidianamente así, en su centro vital. Razón por la cual, conseguiría moverse ligada a todos los procesos vitales de la naturaleza o nicho existencial en el cual se encuentra inmersa. Desde tal mirada, nos aproximaríamos a una concepción trascendente y sistémica del espacio habitable por la humanidad, que a modo de **cosmogénesis**¹⁴⁷ impulsaría toda dirección hacia el centro vital. Sería así que tal foco o eje sustancial, justificaría o explicaría la forma y la tendencia de todo lo existente en el cosmos, realidad a la cual no escaparían las sociedades y todas sus transformaciones cotidianas. En definitiva, podríamos pensar que los movimientos de las sociedades siempre podrían transformarse y participar en un plan afectivo, que giraría entorno a un centro vital. Donde, para conseguirlo, se sustentarían en un conocimiento ecológico, en una conciencia sistémica generada por la propia humanidad, que le permitiría permanecer perennemente en su complejo estadio vital. Es decir, que la humanidad mudaría al conquistar un estadio suprabiológico, un paréntesis afectivo y sistémico desde donde conseguiría re proyectarse armónicamente junto a su nicho existencial. Sería desde tal mirada, que la co-reflexión planetaria desarrollada por el hombre, tendría sentido vital y lograría asociar todos los esfuerzos proyectuales. Realidad trascendente

¹⁴⁶ Ibidem, pág. 89: «*Vie. Terme d'une transformation de grande amplitude, au cours de laquelle ce que nous appelons 'matière' (au sens le plus compréhensif du mot) s'invertit, se replie sur soi-même, s'intériorise, - l'opération couvrant, en ce qui nous concerne, l'histoire entière de la terre.*»

¹⁴⁷ Ibidem: «*Vision en cosmogénèse. Conception d'un univers organique et convergent où tout élément et tout événement ne peuvent apparaître que par naissance, c'est-à-dire en liaison avec le développement de l'ensemble, et où l'étoffe du monde s'enroule sur elle-même autour d'un centre nommé Oméga.*»

que facilitaría la emergencia de espacios superiores donde habitar, como efecto de las potencias del pensamiento afectivo de la humanidad. Situación creativa que evidenciaría la habitual transformación del nicho existencial, generada por el conocimiento colectivo capaz de **tejer planes**¹⁴⁸ en la finalidad de propiciar perennemente la emergencia de un renovado paréntesis vital donde habitar. Por consiguiente, podría asociarse repetición a movimiento subsistente, inteligente y afectivo, que estaría reelaborando el bienestar ecosocial. Desde tal punto de vista, podría explicarse, justificarse y comprenderse la necesidad permanente de elaborar conocimientos y proyectos sistémicos, ya que de ello surgirían los efectos requeridos para el desarrollo individual y colectivo. Por tales razones, todas las acciones inteligentes desplegadas, podrían connotarse perfectamente como invocaciones activas de un espacio habitable adecuado para la permanente expansión vital de la sociedad. Por consiguiente, todos los ecoproyectos podrían ser entendidos como invocaciones inteligentes, afectivas y eficaces, ya que serían capaces de generar y regenerar a través de sus efectos, el espacio vital que habita la humanidad. Sería así que la práctica continua de tales hábitos significativos, incidiría positivamente en el despliegue de una viva manera de pensar de la humanidad, capaz de propiciar sociedades armónicamente integradas a su entorno vital. Desde esta posición, sería lógico entender que las sociedades hayan encontrado en la repetición un camino, un puente, un medio, una permanente oportunidad para mantenerse en su estadio existencial. Por ello, las repeticiones sustentadas en conocimientos afectivos, en una conciencia sistémica o en un sentido vital, lograrían transformar determinadas situaciones asistémicas instauradas, enquistadas en nuestras sociedades. Es decir, la reiteración de proyectos verdaderamente inteligentes sería capaz de renovar los entornos existenciales, aquellos necesarios para el continuo desarrollos de la sociedad. De este modo, la multiplicidad de proyectos podría transgredir y reformar todos los estadios sociales, siempre en dirección de una mayor excelencia o perfección existencial. Por ende, el sentido vital de lo repetitivo estaría presente en todos y cada uno de los

¹⁴⁸ Según Pierre Teilhard de Chardin (1964: 95): “*EL MUNDO SE CONSTRUYE. He aquí la verdad fundamental que es preciso comprender en primer lugar, y comprender también que se convierte en una fuerza habitual y como natural de nuestros pensamientos (...). Cuanto más se reflexiona, sirviéndose de todo lo que nos enseñan, cada una en su línea, la ciencia, la filosofía y la religión, más se convence uno de que el Mundo debe compararse, no a un haz de elementos artificialmente yuxtapuestos, sino más bien a algo así como un sistema organizado, animado de un amplio movimiento de crecimiento que es peculiar suyo. Hay un plan de conjunto que parece estar realizándose a nuestro alrededor en el curso de los siglos. Hay un plan en marcha en el Universo, un resultado en juego, que no admite mejor comparación que con una gestación y un alumbramiento: (...) La tierra nueva se concentra, se desglosa y se purifica laboriosamente a través y a favor de la actividad humana*”.

proyectos extendidos sobre el tejido social. Desde tal posicionamiento, tales proyectos y sus efectos, serían la evidencia del poder de las inteligencias cuando se ponen en marcha cotidianamente hacia su destino vital. Es decir, se constituyen en fuerzas revolucionarias en pos de la creación continua de las nuevas realidades vitales que posibiliten la expansión saludable de la sociedad. Sería así que los movimientos repetitivos emergerían como acontecimientos importantes de nuestra especie ya que le permitirían desarrollar las transformaciones necesarias para su extensión vital. En este estadio subsistente y dinámico nutrido en conocimientos e intenciones, se ligaría toda acción desarrollada en el presente existencial de la sociedad, que no olvidara la previsión de un futuro también apto para la vida; es decir, que no lo hipotecara, que no lo afectara negativamente. En este sentido, gran parte del devenir podría conformarse como consecuencia de la multiplicidad de efectos proyectados debidamente a tiempo. Es decir, como resultado de la emanación del pensamiento humano desplegado, proyectado adecuadamente. Por ello, todo movimiento cíclico, repetitivo e inteligente se haría trascendente ya que permitiría la aparición de nuevas realidades, de nuevos espacios habitables, de bellos brotes o resurgimiento de la vida social. Desde tal mirada, podrían vincularse tales transformaciones sociales, tales comportamientos humanos a los acontecimientos de repetición de la naturaleza, por los cuales también se revela su permanente renacimiento. Quizás, las repeticiones inconscientes del cosmos y las repeticiones conscientes proyectuales desarrolladas por la sociedad, evidenciarían ambos resultados vitales a consecuencia de movimientos de renovación permanente. Es decir, que las actividades reiteradas de la naturaleza y la sociedad, facilitarían la extensión eterna de la vida en el tiempo y el espacio, a pesar de su evidente finitud (surgimiento de lo imperecedero a partir de lo perecedero). Donde sin lugar a dudas, interrumpir tales procesos de reiteración fecunda o sistémica, implicaría truncar el desarrollo natural y social, por lo tanto sobrevendría súbitamente la muerte de lo vital, es decir, la imposibilidad de sus nuevas reemergencias. Por ello, podría pensarse que toda reiteración de interrupciones de los procesos vitales, revelaría que la repetición en sí misma no sería causa de la extensión de lo vital; sino que lo causal de la reemergencia de tal sustancia preciada, sería el sentido sistémico del cual lo repetitivo participaría. Por lo tanto, se revelaría la presencia, el resurgimiento de lo vital y lo mortal vinculado no solamente a las acciones repetitivas, sino fundamentalmente al sentido del que éstas

participan. Es decir, que a través de la repetición se produciría un **doble juego**¹⁴⁹ o efecto que es ser vital o mortal, según ésta participara o no del sentido sistémico, de los movimientos de continuación existencial. Razones por las cuales se podría afirmar que la extensión de lo vivo nunca sería consecuencia de movimientos repetitivos que no estuvieran ligados a una finalidad subsistente. Desde tales reflexiones, podría entenderse que amar la vida implicaría querer que retornara permanentemente, por ello se justificarían todos los esfuerzos por proyectarla. Como consecuencia de lo establecido, podría pensarse que entender y desarrollar repeticiones proyectuales desligadas de toda conciencia sistémica, sería minimizar tristemente las potencias humanas, al mismo tiempo que se causarían daños innecesarios. Sin duda, desnaturalizar las acciones conscientemente creadoras implicaría vaciarlas de contenidos, convertirlas en máscaras insustanciales que no estarían dirigidas hacia un fin sistémico. Por ende, se estaría renunciando a toda emergencia de efectos necesarios para el desarrollo ecosocial. Reflexionar sobre tal realidad, permitiría la distinción de procesos y manifestaciones generados en la sociedad, es decir, diferenciarles según generen o no efectos sistémicos. Por lo tanto, habría una gran diferencia entre las conformaciones insustanciales desligadas de una conciencia sistémica y las manifestaciones elaboradas consustancialmente con todo fin ecosocial. Por consiguiente, sería evidente entender que los ecoproyectos, sus procesos y manifestaciones, adquieren tal inclinación desde sus propios orígenes, desde la propia creación de sus objetivos. En definitiva, tal conocimiento cultivado por la humanidad, permitiría desarrollar una fermental co-reflexión planetaria que constituiría sin duda, una conciencia sistémica capaz de nutrir todas las acciones inteligentes emanadas. Sería así que el presente y el futuro emergerían también como efectos germinales de tal conciencia ecológica. Revelando esta situación una vez más, que las sociedades, que la humanidad, podría moverse a sí misma desde sus propios conocimientos que se encontrarían en permanente transformación. Es decir, que el motor principal de las ecosociedades estaría conformado por una conciencia afectiva y ecológica que podría impulsarlas hacia su destino vital. Por lo tanto, sumidos o inmersos en esta situación, las manifestaciones proyectuales se revelarían, independientemente de la naturaleza de sus accidentes, como realidades orgánicas ya que participarían verdaderamente de las reemergencias de una

¹⁴⁹ Véase Michel Foucault (1981: 59): “... se da en la repetición el doble juego místico de la perdición y la salvación, todo el juego teatral de la vida y la muerte, todo el juego positivo de la enfermedad y la salud (...)”.

sociedad viva que las crea. Con ello se evidenciaría que las sociedades serían realidades dinámicas capaces de moverse a sí mismas desde las potencias de sus propios conocimientos. Es decir, estarían vivas siempre y cuando logren regenerarse desde su propia conciencia sistémica, realidad que las integraría en su paréntesis vital.

2.3. Conocimiento afectivo

Este punto trata del conocimiento afectivo como causa de eco-manifestaciones y sociedades eco-científicas. Posición emergente a consecuencia del contacto con el pensamiento de Brian Greene, José Ortega y Gasset, Tomás de Aquino y Wilhelm Dilthey.

Podría entenderse que el aura, halo o sentido vital que envolvería todo lo manifiesto desde su propio origen, sería aquella realidad incorporal, racional y sensible, que le permitiría a lo conformado, participar efectivamente en la dimensión social donde la vida humana se despliega. Es decir, que el resplandor intelectual y sensible ligado al sentido vital, es causa de todo lo manifiesto y por ello, a través de tales evidencias es posible descubrirle. Por lo tanto, sería factible desarrollar esfuerzos indagatorios e interpretativos sobre tales evidencias para conectar con el conocimiento que las haría posibles. Dentro de esta mirada, se conseguiría establecer que todo lo conformado no podría por sí mismo dirigirse hacia una finalidad, pues tal opción no sería una cualidad de tal naturaleza, sino que sería una posibilidad actualizada por los seres inteligentes que las han manifestado o enviado responsablemente. Por ello, resultaría evidente pensar que todo lo manifiesto estaría simultáneamente vinculado a dos dimensiones de la realidad, es decir, que co-significaría simultáneamente dos estadios diferentes de ella. Uno podría verse en las potencias del pensamiento y otro, en los hechos sociales evidentes. Asimismo, podría decirse que las materias cuando son informes no participan de los esfuerzos subsistentes de la humanidad, pero cuando son conformadas sí participarían activamente de tales movimientos inteligentes, voluntarios y vitales. Por ello, toda manifestación proyectada, quedaría orbitando durante el tiempo requerido alrededor de las tendencias subsistentes desplegadas por la sociedad. Perfectamente desde tal escenario, se podría pensar que las materias al ser conformadas conscientemente para vincularse a los destinos sociales, adquirirían excepcionalmente

cualidades vitales que sin duda, excederían su inclinación original. Esta realidad implicaría establecer que todo lo manifiesto por los ecoproyectos, al participar de los esfuerzos subsistentes de la ecosociedad, se le podría comprender como una realidad que habría recibido, desde las potencias humanas, **dones preternaturales**. Es decir, que todo lo manifiesto absorbería ciertas características especiales que habrían sido otorgadas o comunicadas por la conciencia sistémica cultivada por la humanidad. Sin lugar a dudas, tal conciencia sistémica humana o potencia transfenomenal, podría desarrollar modos de crear y de entender lo creado como realidad vinculada íntimamente al nicho vital. Por consiguiente, el conocimiento humano dentro de un sentido subsistente, podría comunicar desde todo inicio proyectual, la dirección que debería seguir toda manifestación proyectada. Sería pues en este sentido, que podría pensarse que tal acción inteligente elevaría o perfeccionaría todo aquello que participara de las manifestaciones formalizadas. Por ende, este sería el motivo principal para connotar toda manifestación como una realidad que supera su propia naturaleza, a juzgar por su dirección y efectos sistémicos. Estaríamos pues, ante manifestaciones vivificadas por la conciencia sistémica de la humanidad, realidad que sería absolutamente necesaria para la reemergencia cotidiana del nicho existencial. Inmersos en tal paréntesis temporal y vital, las materias conformadas adquirirían pues, dones o cualidades especiales que les permitirían potenciar los movimientos trascendentes desarrollados cotidianamente por las sociedades. Con ello, no decimos más que el conocimiento humano ligado al sentido vital, conformaría adecuadamente aquellas manifestaciones necesarias para la continuación de la existencia ecosocial. Realidad que nos da la posibilidad de entender que tales envíos idóneos participarían por un tiempo del conjunto de la vida, de los esfuerzos subsistentes de la sociedad, situación por la cual todo lo que participa de las manifestaciones habría excedido de sobremanera su propia tendencia natural. Por consecuencia, tal situación trascendente de lo conformado, nunca sería un hecho auto-otorgado por las naturalezas implicadas en tales manifestaciones proyectuales, sino que desde fuera de ellas, se le habría dado por parte de las inteligencias humanas. Esta situación revelaría que todo acto de proyectar podría connotarse como una realidad preternatural, es decir, capaz de lograr que ciertas naturalezas excedan sus potencias. Estamos pues ante un estadio reflexivo donde se establecería que la conciencia sistémica, que las inteligencias ecosociales, podrían perfectamente ser entendidas como una fuerza poderosa o divina en relación al mundo informe. Desde esta mirada, proyectar se revelaría como un acto elevado o superior

capaz de dar consistencia y sentido vital a todo lo indeterminado. Por consiguiente, todas las manifestaciones participarían del conjunto, paréntesis o nicho vital donde la humanidad se desarrolla. Trascenderían de este modo, visiones esencialmente materiales de lo conformado, que desde nuestra posición parcializarían su verdadero sentido. Es decir, que no se debería olvidar la co-significación de todo lo que participaría de las manifestaciones proyectadas. Sin lugar a dudas, ligar todo lo manifiesto a través de los proyectos a la esfera de lo vital, requeriría primeramente entender la situación sistémica en que se encuentra la sociedad, ya que lo contrario revelaría profundas cegueras comprensivas. Como consecuencia, sería posible potenciar una **imaginación**¹⁵⁰, una inteligencia sistémica capaz de canalizar los conocimientos y acciones humanas, para que no se disgreguen sin sentido perjudicando la subsistencia del nicho vital. Por lo tanto, la imaginación creadora, la conciencia sistémica cultivada por la humanidad, facilitaría la emergencia de **mentes sanas**¹⁵¹, de inteligencias conscientes de su realidad interna y externa, capaces de impulsar la continua aparición de proyectos, manifestaciones y efectos sistémicos. Proyectos por ende, que ofrecerían manifestaciones vivificantes sencillamente por estar existiendo dentro de los estadios vitales donde las ecosociedades se desarrollan ordinariamente. Realidad que ofrecería experiencias cotidianas de una sociedad inteligente irrigada por mentes despiertas, que sustentadas en una conciencia ecológica permitirían la vivencia de un estadio humano mas elevado. Situación que puede entenderse o experimentarse de **poética o espiritual**¹⁵² por haber alcanzado una armonía existencial con la naturaleza, con el

¹⁵⁰ Establece José Ortega y Gasset (2004: 70): “Si el animal tiene poca imaginación será incapaz de formarse un proyecto de vida distinto de la mera reiteración de lo que ha hecho hasta el momento, y basta esto para diferenciar radicalmente la realidad vital de uno y otro ente. Pero si la vida no es realización de un proyecto, la inteligencia se convierte en una función puramente mecánica, sin disciplina ni orientación. Se olvida demasiado que la inteligencia, por muy vigorosa que sea, no puede sacar de sí su propia dirección; no puede, por lo tanto, llegar a verdaderos descubrimientos técnicos. Ella, por sí, no sabe cuáles, entre las infinitas cosas que se pueden ‘inventar’, conviene preferir, y se pierde en sus infinitas posibilidades. Sólo en un ente donde la inteligencia funciona al servicio de una imaginación, no técnica, sino creadora de proyectos vitales, puede construirse la capacidad técnica”.

¹⁵¹ Ver Wilhelm Dilthey, *Poética*, Buenos Aires: Losada (2007: 61): “Los aportes de la imaginación no se desarrollan en el vacío; deben salir de un alma sana y poderosa saturada de realidad, y acerar y fortalecer lo mejor en los lectores y auditores, enseñarles a comprender mejor su propio corazón, a descubrir la vida oculta, la humilde lozanía en las etapas monótonas de su camino y luego ponerse también a la altura de lo extraordinario”.

¹⁵² *Ibidem*, pág. 59: “La base de toda verdadera poesía es, por consiguiente, la vivencia, experiencia vivida, elementos anímicos de toda especie que entran en relación con ella. En tal relación pueden ser material directo para la creación del poeta todas las imágenes del mundo exterior. Toda operación de la razón que generaliza las experiencias, que ordena y acentúa su utilidad, sirve de igual modo a la labor del poeta. Este círculo de experiencia en que actúa el poeta no se diferencia del que utilizan el filósofo y el político (...). Una poderosa vitalidad del alma, energía de la experiencias del corazón y del mundo,

cosmos. Sin duda, la propia ecosociedad se revelaría como un paréntesis subsistente en el cual sería posible gozar de la armonía de los efectos desarrollados por su conciencia sistémica.

Indudablemente, por lo establecido, sería significativo saber que es posible conformar lo informe en la finalidad de potenciar el permanente desarrollo social. Implicando tal realidad necesariamente una profunda comprensión de la sociedad como paréntesis vital, al cual se le puede proyectar el alimento adecuado. En esta situación, la capacidad intelectual de la humanidad podría percibir las situaciones contextuales más o menos complejas, para desde todas sus potencias manifestar posteriormente todo lo necesario. Captar, comprender, entender, darse cuenta de lo que sucede y enviar lo adecuado se tornan movimientos vitales, innegablemente necesarios. Por lo tanto, existiría una íntima relación fermental, que generaría efectos adecuados, entre conocimientos, observación, entendimiento, actos voluntarios, procesos proyectuales y sentido vital. Escenario vivo pues, donde captar lo que sucede evidenciaría un **movimiento inteligente**¹⁵³ realizado por aquellas sociedades capaces de traer para sí lo observado a través de sus esfuerzos ordinarios. Sin olvidar, que entender la vida ecosocial implicaría necesariamente observarla como una realidad a la cual se pertenece íntimamente. Este movimiento inteligente realizado por las mentes que proyectan, como realidades integradas al nicho vital, puede entenderse como un acto verdaderamente sustancial que permitiría desarrollar acciones proyectuales apropiadas. De este modo, sería posible desplegar proyectos y manifestaciones realmente necesarias para que consigan formar a tiempo los efectos sistémicos idóneos. Tal situación demostraría las importantes interacciones necesarias para la reemergencia social, entre las mentes que proyectan, su conciencia situacional y los movimientos que despliegan en consecuencia. Por ende, se podría potenciar una relación trascendente entre conciencia sistémica, intelecto humano

fuerza de generalización y de demostración constituyen el fondo materno común de los productos espirituales de índole muy diversa, entre ellos también la de los poetas”.

¹⁵³ Según Tomás de Aquino, Summa Theologiae I, q. 18, a. 3, in c: “*Por lo tanto, por encima de estos animales están aquellos que se mueven a sí mismos, también orientados hacia el fin que se fijan. Lo cual no se hace más que por la razón y el entendimiento, a los cuales les corresponde fijar la proporción entre el fin y lo que puede proporcionar, y orientar lo uno a lo otro. Por lo tanto el modo más perfecto de vivir está en aquellos que tienen entendimiento, y éstos son los que también se mueven a sí mismos más perfectamente. Prueba esto el hecho de que en un mismo hombre la facultad intelectual mueve las potencias sensitivas; y éstas por su poder mueven los órganos que ejecutan el movimiento (...) Así pues, aquello cuya naturaleza sea su mismo conocer, y a lo que esté orientado y que no esté determinado por otro, ése tiene el grado de vida más alto. Ese tal es Dios. Por lo tanto, en Dios está la vida en grado sumo. Por eso, el Filósofo en XII Metaphys, asentando que Dios es inteligente, concluye que posee la vida más perfecta y eterna, porque su entendimiento es absolutamente perfecto y siempre está en acto”.*

y contexto social que nutriría notablemente todos los orígenes de los proyectos, es decir, sus finalidades vitales. Por lo tanto, desde esta perspectiva, se podrían provocar en el momento oportuno todas aquellas transformaciones eficientes que potencien el desarrollo social. Sin duda, poner en acción la voluntad, individual y colectiva, para participar de algún modo en la reemergencia ecosocial, implicaría emplazarse en un estadio inteligente capaz de crear vitalmente. Sería así que todo conocimiento emergente de tales interacciones complejas, ligado a una conciencia sistémica, se convertiría en la fuerza generatriz de todo proyecto que podría evidentemente perfeccionar sus manifestaciones y efectos. Por ende, la sociedad lograría desde sus conocimientos poseídos, moverse a sí misma en plena conciencia del fin vital que persigue en cada uno de sus actos cotidianos. Sin lugar a dudas, tal realidad demostraría la potencia y el grado de perfección alcanzado por la fuerza co-reflexiva de la ecosociedad, que indudablemente se pondría en acción subsistente. Desde tal mirada, sería posible conocer y valorar todos los esfuerzos inteligentes realizados por la naturaleza humana, que sin duda, podrían ser comprendidos como movimientos en pos de unir y separar diferentes realidades para vitalizar su espacio vital. Sería por ello que la relación entre diversas realidades materiales, entre diferentes conceptos, podría participar de la reemergencia de la vida social. En este sentido, toda acción inteligente sería un movimiento tendiente a una finalidad vital, pauta que podría ser tenida en cuenta para evaluar o entender cualquier acontecimiento social. Desde esta mirada, podría pensarse que todo acto cognoscitivo, todo poder de síntesis de la humanidad, permitiría aprehender el arquetipo o naturaleza de la realidad que estudia y esto significaría la emergencia de un conocimiento emergente que potenciaría las transformaciones subsistentes de su vida.

En definitiva, podría visualizarse que tales relaciones entre el que conoce y lo conocido, participantes de la misma realidad vital, ofrecería comprensiones emergentes que potenciarían los tránsitos vitales de la humanidad. Donde tales emergencias sustanciales nacidas de la mirada atenta, de las búsquedas minuciosas y de la investigación, se convertirían en una realidad preciosa con la cual la humanidad enfrentaría con mayor eficacia todos y cada uno de sus desafíos subsistentes. Tal realidad apreciada, activa e incidente, no sería más que un conocimiento que enriquecería la co-reflexión social, la conciencia sistémica cultivada por la humanidad al igual que los proyectos. Donde sin duda, lo cultivado serían los efectos y la propia humanidad en su estadio vital. Por

consiguiente, todo conocimiento obtenido no permanecería inactivo y se revelaría como una energía que daría sentido vital a todo proyecto, proceso, manifestación y efecto social. Desde tal mirada, podría entenderse que toda gnosis afectiva se convertiría en la fuerza necesaria para modelar lo informe e insuflar energías vitales a la sociedad. Situación que permitiría comprender como las potencias del sentido hiperlógico o fuerzas transfenomenales de la humanidad, serían realidades intangibles capaces de conformar la sociedad, respetando sin lugar a dudas su estadio ecológico. Indudablemente, existiría una rica relación entre lo inmaterial e inteligible (gnosis) y lo material o sensible (naturaleza), que permitiría la recreación permanente de los espacios habitables por la humanidad. Emplazados dentro de esta realidad, proyectar como proceso sustentado en las potencias del conocimiento, tendría efectos considerables en la extensión material y temporal del paréntesis vital donde la sociedad vive. Por consiguiente, se evidenciaría la existencia de contactos eficientes entre pensamiento humano y ecosociedad. Razón por la cual sería posible conectar con el conocimiento y el sentido vital de cada proyecto, a través de la observación atenta de sus manifestaciones. Es decir, constantemente sería posible ir desde lo manifiesto a los entes de razón e intenciones que le han hecho existir, desde nuestra mirada, según finalidad vital. Dentro de este estadio de realidad, sería factible ver lo que mueve (conciencia sistémica y conocimientos) y lo que es movido obedientemente (lo proyectado) a través de esfuerzos inteligentes. Situación que estudiada adecuadamente, podría ofrecer nuevos y necesarios conocimientos con los cuales enriquecer toda co-reflexión ecosocial y procesos eco-formalizadores. Por ello, el conocimiento sistémico como realidad que emana ciertas manifestaciones, aparecería como una realidad que sería posible perfeccionar según fin subsistente. Por lo tanto, podrían descubrirse relaciones más o menos complejas entre conocimientos poseídos y procesos de conformación, ligados indudablemente a los efectos de lo manifiesto. Desde esta perspectiva, valdría la pena comprender que no habría por qué permanecer atados o vinculados a un materialismo proyectual o posición que conciba los actos humanos como realidades desligadas de los efectos sistémicos. No. Sin duda, no habría que descartar la relación conocimiento de la humanidad y bien ecosocial, ya que de ella surgirían las consecuencias necesarias para el desarrollo de todo nicho existencial. Por consiguiente, toda acción inteligente que proyecte sin sustentarse convenientemente en la totalidad de la sustancia humana integrada a su entorno natural, no sería jamás una acción inteligente, ni mucho menos sus procesos y efectos. Sería desde esta perspectiva,

desde donde podría pensarse, entenderse, evaluarse, practicarse y enseñarse todo proceso inteligente o profundo de regeneración de la vida social. Por ende, todo esfuerzo comprensivo sobre las realidades manifiestas, desvelaría el grado de conocimientos que las ha generado y que las liga al destino social. De este modo, lo conformado se evidenciaría como una huella viva de la fuerza e intenciones del pensamiento que le ha engendrado, es decir, se revelaría como una consecuencia de la naturaleza que le ha dado razón de ser. Por lo tanto, estaríamos ante un saber que se conformaría y percibiría en toda manifestación social. Por ello, todo proyecto sería evidentemente una resonancia directa de la conciencia sistémica, del conocimiento afectivo que impulsaría a la humanidad hacia su destino vital.

Por lo tanto, sería posible comprender la existencia de una relación vital entre conocimientos y proyectos, capaz de ofrecer manifestaciones y efectos nutritivos para el desarrollo de los individuos y la sociedad. De este modo, estaríamos observando una repercusión de las potencias invisibles del conocimiento que al activarse, al visibilizarse en tal relación, reforzarían la reemergencia de la vida ecosocial. La sociedad pues, podría entenderse como eco, como consecuencia, como manifestación directa de la pluralidad de movimientos inteligentes desarrollados por la humanidad, en los cuales se deberían ligar los procesos proyectuales y el conocimiento que les sustenta. Desde esta posición, todo saber incidiría directamente en la conformación de los diversos espacios sociales, por lo tanto, adquirirían importancia todos los efectos emergentes de tales actividades. Por ello, parece significativo tener en cuenta, que todo movimiento sustentado en conocimientos sensibles, ofrecería consecuencias importantes para el desarrollo de la vida social. En tal sentido, parecería lógico preguntarse permanentemente por el bien sistémico que ofrecería cada proyecto y cada inteligencia ligada en tales procesos sustanciales. Por ende, desde esta perspectiva, ligada a la asistencia, nutrición, educación y desarrollo social, podría vincularse cada proyecto, cada mente ligada a ellos y sin duda también, toda conciencia de mantener viva una co-reflexión colectiva que potenciaría todos los despliegues subsistentes de la humanidad. En tal estadio, sería importante no olvidar que los proyectos estarían conectados indefectiblemente a una observación sistémica, es decir, conscientes de una realidad donde todo lo existente estaría de algún modo vitalmente conectado, incluyendo en tal

situación la propia **interioridad humana**¹⁵⁴. Sin duda, podríamos comprender la relación armónica que debería mantenerse y cultivarse entre la realidad interior del ser humano y los espacios ecosociales que proyecta adecuadamente, que habita subsistentemente. Practicando para ello una multiplicidad de decisiones cotidianas inteligentes que le permitirían continuar sus movimientos vitales junto a su nicho existencial. Sin duda, mantener este saber enriquecería toda acción desplegada por la humanidad, de las cuales emigrarían, partirían o se desdoblarían los proyectos. Es decir, las inteligencias que participarían de los procesos proyectuales, podrían entrar conscientemente en estadios de íntima conectividad vital entre humanidad, sociedad y naturaleza, para conformar manifestaciones realmente eficientes. Sería así que todo proyectar enriquecido por tales observaciones, externas e internas, potenciaría notablemente sus manifestaciones y efectos sistémicos. Por consiguiente, la fuerza del pensamiento de las mentes que proyectan no podría olvidar el espacio o clima interior del ser humano ligado a los dinamismos de su nicho vital. Por lo tanto, los proyectos como emergencias de la conciencia sistémica, mantendrían la tendencia de generar manifestaciones respetuosas con el medio ambiente o paréntesis vital donde lo humano sería posible. Tener en cuenta esta situación para reflexionar y proyectar, evidenciaría que las realidades aprehendidas por las inteligencias afectivas sociales, nutrirían verdaderamente sus esfuerzos creadores. Sería así como las realidades sociales podrían desplegarse entretejidas armónicamente con los procesos de desarrollo de las personas y la naturaleza. Sin duda, la emergencia ecosocial solamente sería posible si sus movimientos fueran en consonancia con la sustancia humana y con la naturaleza. Por ello, el nacimiento y la extensión de una sociedad ecocientífica, implicaría una transformación del pensamiento humano que se reflejaría inmediatamente en todos sus hábitos cotidianos, por ende, en todos sus fines y procesos proyectuales. Desde esta posición, todo proceso inteligente de manifestación se revelaría como un nexo, como un enlace, como un espacio en el cual contactarían las realidades interiores y exteriores del ser humano. Es decir, como un espacio o lugar donde se producirían contactos vitales entre humanidad, sociedad y naturaleza. En tal dimensión transfenomenal, sería posible

¹⁵⁴ Según José Ortega y Gasset (2004: 105): “Pero cuando este animal - que se convirtió en el primer hombre - se encontró tal riqueza de imágenes internas, la dirección de su atención realizó el más grande y patético giro desde fuera hacia dentro. Empezó a prestar atención a su interior, es decir, ‘entró en sí mismo’: era el primer animal que se encontraba dentro de sí, y este animal que ha entrado en sí mismo es el hombre. (...) Pero este nuevo ser se encontró por primera vez, ante dos proyectos totalmente diferentes: ante los instintivos, que aún alentaba en él, y ante los fantásticos, y por eso tenía que ‘elegir’, que ‘seleccionar’”.

trabajar eficientemente en la finalidad de perfeccionar todo proceso ecosocial. Por lo tanto, se podría advertir todo proyecto como un movimiento inteligente que facilitaría los encuentros vitales entre la naturaleza humana y las necesidades ecosociales. Tal realidad podría ser comprendida como la consecuencia o efecto de una conciencia sistémica de la cual emergería un conocimiento capaz de activar los desarrollos de la vida humana en su nicho existencial. Es decir, que mejorar el espacio vital que habita la humanidad, implicaría necesariamente el desarrollo de su inteligencia ecológica, realidad que posteriormente le permitiría generar los efectos pertinentes. Saber qué proyectos impulsar, qué manifestaciones emanar, necesitaría indefectiblemente del cultivo de la conciencia sistémica. Conciencia, potencia o sustancia que donaría mayor visión sobre las diversas realidades vitales que se necesitaría irrigar en tiempo oportuno. Es decir, que **decidir elegantemente**¹⁵⁵, implicaría indefectiblemente la acción de las potencias co-reflexivas de las sociedades.

Consecuentemente, la inteligencia afectiva, el conocimiento elaborado y todas las decisiones elegantes tomadas a tiempo, podrían potenciar la aparición de aquellos estadios emergentes en los cuales la humanidad se recolocaría subsistentemente. Conquistar pues, este estadio del pensamiento y hacerle incidente en todos los desafíos cotidianos, sería sin duda permitir el desarrollo de la naturaleza humana, que invariablemente traería eficientes consecuencias en la transformación de su civilización. Por lo tanto, la humanidad accedería a vivir en una dimensión más elevada, más sensible, más espiritual, más inteligente, más imbricada con la naturaleza y el cosmos, al cual íntimamente pertenece. Creer, vivenciar, entender y practicar ordinariamente tal vibración del pensamiento, generaría sin lugar a dudas la aparición de una nueva

¹⁵⁵ *Ibíd.*, pág. 106: “Pero ¡Ahí tienen ustedes a este animal! El hombre tendrá que ser, desde el principio, un animal esencialmente ‘elector’. Los latinos llamaban al hecho de elegir, escoger, seleccionar, ‘eligere’; y al que lo hacía, lo llamaban ‘eligens’ o ‘elegens’ o ‘elegans’. El ‘elegans’ o ‘elegante’ no es más el que elige y elige bien. Así, pues el hombre tiene de antemano una determinación elegante, tiene que ser elegante. Pero aún hay más. El latino advirtió – como es corriente en casi todas las lenguas – que después de un cierto tiempo la palabra ‘elegans’ y el hecho del ‘elegante’ – ‘la elegantia’ – se habían desvaído algo, y por ello era menester agudizar la cuestión y se empezó a decir ‘intellegans, intellegentia’: inteligente. Yo no sé si los lingüistas tendrán que oponer algo a esta última deducción etimológica. Pero sólo puede atribuirse a una mera casualidad el que la palabra ‘intellegentia’ no se haya usado al igual que ‘intelligentia’, según se dice en latín. Así pues, el hombre es inteligente, en los casos en que lo es, porque necesita elegir. Y porque tiene que elegir, tiene que hacerse libre. De ahí procede esta famosa ‘libertad del hombre’, esta terrible libertad del hombre, que es también su más alto privilegio. Sólo se hizo libre porque se vio obligado a elegir, y esto se produjo porque tenía una fantasía tan rica, porque encontró dentro de sí tantas locas visiones imaginarias. Somos, sin duda, señoras y señores, hijos de la fantasía. Así pues, todo lo que se llama pensar, desde el punto de vista psicológico, es pura fantasía”.

dimensión, de un nuevo círculo, de un nuevo mundo o espacio en el cual la humanidad podría desarrollarse con mayor armonía sistémica. Este estadio del conocimiento no alejaría al ser humano de la naturaleza, sino que le acercaría a ella adecuadamente, respetuosamente, sin renunciar por ello al estadio social que necesita para desarrollarse. Es decir, que perfectamente podría desplegar todos sus imaginarios, todas sus fantasías, sin que ello implicara movimientos inarmónicos con el cosmos. Razón por la cual, los esfuerzos proyectuales ligados a un pensamiento sistémico, podrían contribuir significativamente en la reemergencia vital de la ecosociedad. Desde esta mirada, la existencia de los nuevos espacios vitales, imaginados, creados, proyectados, serían consecuencia de una actitud de trabajo, simultáneamente racional y afectiva, científica y ecológica, con la cual la especie humana se aseguraría efectos sistémicos. Sería desde esta mirada, que podrían integrarse perfectamente todos los descubrimientos y conocimientos de la humanidad, de todas las disciplinas y civilizaciones, entendidos sin duda, como un tejido sustancial indiviso que ayudaría a comprender y proyectar significativamente la vida social en su contexto planetario. Es decir, todo conocimiento humano podría actuar en la dirección de potenciar las permanentes reemergencias de la vida social, las continuas reparaciones de sus espacios existenciales, implicando sin duda, una relación armónica con la naturaleza. Por ello, podríamos pensar que los nuevos territorios habitables por la humanidad serían la consecuencia de una relación equilibrada o armónica entre lo racional, lo afectivo, la naturaleza y el sentido vital o conciencia sistémica desarrollada por la sociedad. Es posible entender además, que todos los espacios existenciales que no fueran adecuados para el desarrollo de la humanidad podrían ser transformados desde las acciones ecoproyectuales, es decir, elevados hacia un estadio vital. Sería así pues, que si un estadio existencial no fuera conveniente para el desarrollo de la humanidad, sería necesario intentar su transformación desde todas las potencias sociales. Cambios necesarios que indudablemente implicarían una correcta relación entre sociedad y naturaleza, evitando distanciamientos nefastos entre ellas que requirieran de **soluciones ortopédicas**¹⁵⁶. Sin lugar a dudas, desarrollar movimientos ya científicos, ya tecnológicos o de cualquier índole, que no tuvieran en cuenta la sustancia humana y la naturaleza, se revelarían

¹⁵⁶ *Ibidem*, pág. 108: “Este mito nos muestra la victoria de la técnica: ésta quiere crear un mundo nuevo para nosotros, porque el mundo originario no nos va, porque en él hemos enfermado. El nuevo mundo de la técnica es, por tanto, como un gigantesco aparato ortopédico que ustedes, los técnicos, quieren crear, y toda técnica tiene esta maravillosa y – como todo en el hombre – dramática tendencia y cualidad: la de ser una fabulosa y grande ortopedia”.

inmediatamente como dinamismos cuyas consecuencias serían peligrosas para la subsistencia de la humanidad. Sin lugar a dudas, crear sociedades desligadas de la realidad afectiva del ser humano, que no tengan en cuenta el ecosistema, se denunciarían notoriamente como dimensiones inhóspitas para el desarrollo integral y sistémico de la humanidad. Por lo tanto, podría impulsarse la aparición de nuevos estadios existenciales de la sociedad, que contemplaran verdaderamente toda la naturaleza humana y su entorno. Es decir, que sería posible tener en cuenta simultáneamente, indivisiblemente, en todos los espacios sociales y para la recreación de los mismos, las potencias afectivas e intelectivas de la humanidad, ya que de su ligazón dependería en gran medida la continua reemergencia ecosocial. En tal situación invocada, todos los conocimientos humanos (científicos, tecnológicos, artísticos, etcétera), podrían entretrejerse adecuadamente en el fin subsistente perseguido cotidianamente. Por ende, sería factible pensar que el cambio de estadio existencial que necesita hoy la humanidad, hacia uno sistémico, podría generarse a tiempo si se internara dentro de la conciencia ecológica que ella misma está generando ordinariamente. Es decir, la humanidad podría cambiar de hábitos de hacer y de pensar, para verdaderamente auto-gobernarse ligada a la naturaleza. Solamente con iniciar tal transformación sustancial a tiempo, se comenzarían a evidenciar nuevas manifestaciones y consecuencias sistémicas alejadas de toda ortopedia o prótesis insatisfactoria, por estar desligadas del desarrollo ecosocial. Por lo tanto, las nuevas realidades habitables serían consecuencia de conocimientos sistémicos que permitirían a las sociedades verdaderamente generar manifestaciones entretrejidas sustancialmente con la naturaleza humana y su nicho existencial. Es pues dentro de este paréntesis co-reflexivo que sería sensato comprender, que sí es posible integrar conocimientos científicos y afectivos en el desarrollo de todos los proyectos, sea cual sea el área de conocimiento de donde broten. En tal sentido, podría reconocerse que sería necesario cultivar un conocimiento superior capaz de ligar adecuadamente desarrollo humano y natural, que como fuerza primordial a todo proyecto, podría nutrirle. Sin duda, tal conocimiento sobresaliente sería una realidad potencial que existiría previamente al desarrollo de cada proyecto, que permitiría nutrir cada manifestación específica. Puede pensarse perfectamente, que conquistar la inteligencia ecológica sería un paso fundamental por parte de las comunidades para propiciar la emergencia de verdaderos efectos sistémicos. Por lo tanto, tal estadio del conocimiento adquirido potenciaría sin lugar a dudas todo lo elaborado por el ser humano, todas sus decisiones tomadas a

tiempo. Por ende, facilitaría la aparición de aquellos estadios emergentes que necesitaría para vivir y desarrollarse. Consecuentemente, la conciencia individual y colectiva que comprende la unidad cultura y naturaleza, se erigiría como aquella potencia que lograría en todos los desafíos cotidianos ofrecer las manifestaciones adecuadas. Tal realidad o fuerza transfenomenal necesaria, estaría evidenciando la existencia de una humanidad que habría conquistado un grado de civilización que podría considerarse más elevado, sensible, inteligente y adecuado en relación a su situación cósmica. Por lo tanto, todos los cambios sociales que respondan a impulsos generados por una inteligencia ecológica o conciencia sistémica, indudablemente demostrarían un cambio de estadio existencial del hombre.

Sin duda, toda riqueza intelectual o pensamiento sistémico activo, podría desarrollar con mayor excelencia todos los movimientos sociales, aquellos que finalmente ofrecerían las manifestaciones y efectos esperados para el desarrollo de la vida colectiva. Se estaría pues, ante tendencias racionales-afectivas, científicas-ecológicas, que se desarrollarían en la conciencia individual y colectiva, que mejorarían todos los procesos proyectuales. Desde esta perspectiva, sería posible comprender que no habría transformación sistémica real de la sociedad, si no hubiera presencia de una conciencia sistémica activa. Por lo tanto, desde el verbo interior del hombre, desde su conciencia, desde el conocimiento que fragua, que cultiva silenciosamente, podría comenzar a gestarse la claridad de los fines y procesos proyectados; por lo tanto, del sentido vital del destino humano. Realidad sustancial que en un instante oportuno o adecuado, podría emerger, visibilizarse, actualizarse y emanarse, como aquella fuerza necesaria para provocar los efectos eficientes necesarios. Podríamos pensar pues, que esta situación evidenciaría la importancia de una conciencia sistémica, de una gnosis afectiva, que fluiría y nutriría toda regeneración cotidiana de la vida ecosocial. De este modo, lo manifiesto no solamente quedaría coherentemente conformado, ensamblado en sí mismo, sino que además de sus características contingentes adecuadas, tal realidad permanecería indisociablemente adherida al conocimiento y al fin al cual ha sido dirigido. En tal sentido, podría entenderse el conocimiento como una fuerza poderosa capaz de gobernar la forma y el destino de lo que ha creado. Por lo tanto, el verbo interior como origen del conocimiento, se revelaría como una fuerza eficiente, efectiva, capaz de urdir, fluir e influir vitalmente en el destino de lo conformado y de la vida ecosocial. Por tal razón, toda manifestación proyectada permanecería por el tiempo necesario, ligada, vinculada,

conectada, imantada o encerrada, en tal fuerza fuerte eficaz o **conocimiento-gluón**¹⁵⁷, que le daría sentido existencial. Sería así, que todo conocimiento afectivo valorado como con fuerza fuerte y eficiente, se nos podría manifestar como aquella realidad responsable de conformar y mantener lo proyectado en el fin subsistente. Por ello, comprender una manifestación, implicaría conocer su finalidad, su tendencia, el sentido de la dirección tomada y sin duda, la fuerza fuerte o conocimiento que le imanta a la cual estaría vinculada. Indefectiblemente, la apariencia y el contexto de toda manifestación, permitiría comprender y así ver, las realidades complejas que le sustentan a pesar de su alto grado de invisibilidad física o formal. Lo opuesto a tal lectura sustancial, sería no descubrir conectividades entre lo que se manifiesta y la fuerza fuerte o verbo eficiente que le sustentaría. No ver implicaría invariablemente no conectar. Si esto sucediera, sencillamente no se advertiría el entorno en el cual se podría estar inmerso. Sería así, que descubrir las relaciones entre manifestación y conocimiento enriquecería evidentemente toda reflexión sobre los tránsitos y transformaciones sociales. En este mismo sentido, podría entenderse que conformar realidades desligadas de todo verbo efectivo o conocimiento afectivo, implicaría la ausencia de consecuencias vitales, por lo tanto, se estaría ante el acaecimiento o advenimiento de ecos insustanciales. Sin duda, todo conocimiento eficiente o afectivo, contemplaría la emergencia de los efectos sistémicos necesarios para el desarrollo social. Por ende, toda fuerza fuerte como potencia verbal, nunca participaría de la conformación de envoltorios insustanciales o intrascendentes que nada aportarían en el desarrollo vital de la eco-humanidad. Por lo tanto, el despliegue no solamente de lo conformado sino de la propia especie racional y afectiva, implicaría una íntima y profunda relación entre conocimiento, sentido vital, manifestación, sociedad y naturaleza. Sin duda, no vincular, no conectar, no generar correspondencias entre tales realidades revelaría una ausencia comprensiva en las interpretaciones sobre la realidad circundante. Por ende, sería posible establecer que una manifestación se conocería verdaderamente, cuando realmente fuera posible entender su finalidad ligada al nicho vital. Tal objetivo o fin existencial le daría sentido a su apariencia y a sus conectividades ecosociales, como evidentemente también a todos sus procesos de formalización. En tal situación, todo

¹⁵⁷ Ver Brian Greene (2003: 449): “Fuerza fuerte, fuerza nuclear fuerte. La más fuerte e intensa de las cuatro fuerzas fundamentales. Es la responsable de mantener los quarks encerrados dentro de los protones y neutrones, y de mantener a los protones y los neutrones apiñados en el interior de los núcleos de los átomos. (...) Gluón. Paquete mínimo del campo de la fuerza nuclear fuerte: partícula mensajera de la fuerza nuclear fuerte”.

proceso de manifestación y sus consecuencias, podrían ser entendidos como realidades ligadas a un destino vital que le sería comunicado por las potencias verbales o fuerzas fuertes desde todo inicio subsistente. Sería en este escenario trascendente que podrían comprenderse todas las manifestaciones, todos los efectos que los proyectos generan, es decir, cuando se les relacionara o conectara con las finalidades vitales indicadas por las potencias verbales o fuerzas fuertes de los mismos. Se estaría pues, ante inicios o principios proyectuales desarrollados por las potencias verbales que pondrían en movimiento todo lo necesario para obtener las manifestaciones capaces de provocar los efectos sistémicos necesarios. Por lo tanto, las fuerzas fuertes o energías verbales, sustentadas en un sentido vital, emergerían como aquellas realidades aptas para inaugurar todo proyecto conveniente para fortalecer las reemergencias del nicho vital. Por ende, las fuerzas verbales emergerían para iniciar todo proyecto, situación que bien podría connotarse como una señal o tendencia favorable de lo que acontecerá contextualmente. Tal comienzo inaugural de proyectos ya entrevería y atendería los efectos vitales, a modo quizás, de presagio racional y afectivo de lo que se necesitaría para favorecer el permanente desarrollo subsistente de las ecosociedades. Sin duda, este punto de vista daría sentido vital a los procesos, manifestaciones y efectos, realidad desde donde podría comprenderseles y evaluárseles verdaderamente.

Es decir, las manifestaciones proyectadas adheridas u orbitales al bien sistémico, se moverían en dirección de crear y potenciar aquellos espacios adecuados para la subsistencia ecosocial. Por ello, comprender la finalidad de todas las realidades manifiestas, incluyendo la sociedad, sería sencillamente conocerlas hondamente. Por lo tanto, desde tal posición, entender un efecto sería descubrir lo que aporta al fin subsistente de la sociedad y sin duda, vincularle al principio o fuerza fuerte que le habría propiciado. Sencillamente por tal razón, se ha establecido que no conectar fines, procesos, manifestaciones, conocimientos, intenciones y efectos sistémicos, traería un profundo desconocimiento sobre la naturaleza del nicho vital en el que se vive, por ende, inhabilitaría para comprender e impulsar ecoproyectos. Desde tal perspectiva, podrían valorarse la permanente ebullición o multiplicidad de manifestaciones que la sociedad proyecta. Sería así, que conocer implicaría ver en profundidad y en superficie el espacio vital que se respira, que se habita. Por ende, saber interpretar los cambios y urgencias sociales, constituiría una lectura necesaria para enriquecer todo proyecto vital. Por ello, sería válido decir que la relación conocimientos, manifestación, sociedad y

naturaleza, debería ser atendida por los proyectos, para conseguir aquellos efectos necesarios. Entender implicaría el desarrollo de un estado de alerta continuo por parte de las inteligencias capaces de proyectar y de interpretar los movimientos de la humanidad. Por lo tanto, constantemente sería necesario el desarrollo de una conciencia sistémica que desplegara a tiempo todos aquellos actos que facilitarían la aparición de manifestaciones idóneas y con ello, la reemergencia de la vida social. Pensamos además, que estas acciones inteligentes, individuales y colectivas, requerirían de una voluntad de querer comprender, proyectar y manifestar de modo sostenible; es decir, de un pretender moverse en dirección sistémica. Por lo tanto, las inteligencias que decidieran moverse dentro de un estadio ecológico, lograrían participar de aquellas operaciones necesarias para el continuo despliegue de la vida social. De este modo, podría establecerse que ecoprojectar requeriría que las mentes, colectivos y sociedades que deciden hacerlo, activen permanentemente y simultáneamente su **apetito intelectual y sensible**¹⁵⁸, para sustentar con mayor excelencia las manifestaciones necesarias. Es decir, que entiendan, quieran y busquen, desde todas las potencias de su naturaleza, el bien sistémico que requieren para su continuación existencial. Sería de este modo, como lo manifiesto, lejos de ser perfecto pero sí adecuado, no descuidaría jamás las urgencias ecosociales ni las realidades afectivas de la naturaleza humana. Por consiguiente, los fines de cada proyecto contemplarían necesariamente la realidad integral del hombre entretejida con su nicho vital. Por ello, podrían generarse proyectos que tuvieran en cuenta las urgencias ecosociales sin descuidar por ello, las potencias intelectuales y afectivas del ser humano. Desde esta posición, manifestar implicaría la presencia de una fuerza fuerte, conocimiento afectivo o verbo sistémico capaz de conformar a tiempo lo requerido según contexto. En este sentido, las inteligencias que proyectan buscarían claramente el bien de la sociedad y hasta que no lo consiguieran, sería lógico pensar que no descansarían. Por lo tanto, sería fácil comprender, que conocer el espacio ecosocial es sumamente necesario para que las voluntades que

¹⁵⁸ Ver Tomás de Aquino, Summa Theologiae I, q. 19, a. 1, in c: “*En Dios hay voluntad como hay entendimiento. Pues la voluntad sigue al entendimiento. Pues así como una cosa natural tiene ser por su forma, así también el entendimiento está en acto por su forma inteligible. Cualquier cosa está tan relacionada con su forma natural que, cuando no la tiene, tiende a ella; y cuando la tiene, descansa en ella. Lo mismo cabe decir de cualquier perfección natural, que es un bien natural. En los seres carentes de conocimiento, esta tendencia al bien se llama apetito natural. Por eso, la naturaleza intelectual, tiene una tendencia similar al bien aprehendido por la forma inteligible. Esto es, cuando tiene el bien, en él descansa; cuando no lo tiene, lo busca. Y ambos pertenecen a la voluntad. Por eso, en cualquier ser con entendimiento hay voluntad, como en cualquier ser con sentidos hay apetito animal. De este modo, es necesario que en Dios haya voluntad, ya que en Él hay entendimiento. Y como su conocer es su ser, también es su querer*”.

proyectan actúen convenientemente, es decir, movidas por su entendimiento ligado a la conciencia sistémica de la sociedad.

Sería así que todo comprender, todo movimiento de traer conocimientos para sí mismo por parte de las inteligencias reflexivas, les permitiría primeramente un mayor incremento de sus conocimientos y consecuentemente con ello, una superior fuerza fuerte o verbo sistémico capaz de actuar nutritivamente en los diferentes contextos sociales. Es desde esta realidad, que se entendería por qué no descansarían las inteligencias que proyectan en su afán de obtener y generar conocimientos, porque sabrían perfectamente (estado de alerta), que ello les aumentaría su fuerza o potencia transformadora de la sociedad, energía que ésta necesita cotidianamente para desarrollarse convenientemente a tiempo. Por ende, la relación entendimiento, conocimiento, voluntad, estado de alerta y bien sistémico, sería cultivada por las inteligencias afectivas que proyectan, para nutrir las causas primeras de los proyectos o estadio verbal de los mismos. Desde esta óptica, podría perfectamente pensarse que los procesos, manifestaciones y efectos proyectados, serían realidades provocadas o movidas por las potencias verbales o causas primeras, razón por la cual podríamos verles como causas segundas o realidades causales que proceden de éstas. Sería así que todo efecto como causa causada, como causa emergente de nuevas realidades vitales necesarias, podría comprenderse como un eco lógico del verbo inicial o causa primera. Sin duda, tales efectos causados por conocimientos e intenciones y causantes a su vez de nuevas realidades sociales, se aparecerían como ricas realidades participantes de los tránsitos de la humanidad hacia su destino vital. Sería así que los efectos proyectuales, como causas causadas por el conocimiento y la conciencia sistémica o realidad hiperlógica de la humanidad que les daría sentido y razón de ser, serían evidencia de la nutrición vital de la sociedad. Desde esta posición, tomarían sentido todas las acciones cíclicas proyectadas por la humanidad, todo la continua emergencia de manifestaciones, ya que ellas facilitarían la reemergencia de los estadios idóneos o necesarios para los tránsitos vitales de la sociedad. Por lo tanto, cobraría sentido vital toda adquisición de conocimientos sistémicos, ya que tal potencia o fuerza fuerte sería la que sustentaría toda causa primera. Sería así, que todo debilitamiento de las potencias verbales implicaría y revelaría claramente una impotencia de las inteligencias que proyectan, lo cual se vería reflejado en un deterioro de la relación sociedad y naturaleza. En definitiva, podría decirse que la causa primera o conocimiento sistémico habría que

recrearla o cultivarla continuamente para que genere y done las consecuencias necesarias para el desarrollo de la vida social. Tal recreación o cultivo podría dar sus frutos en las causas segundas, es decir, en la potencia de los procesos, manifestaciones y efectos proyectuales. Por ende, toda inhalación de conocimientos, todo esfuerzo por potenciar la conciencia sistémica, todo cultivo de una co-reflexión social, implicaría el aumento de las fuerzas fuertes de la humanidad. Potencia desde donde posteriormente y consecuentemente, se podrían exhalar todas las causas segundas que logran insuflar la vida necesaria al tejido ecosocial. Sería así que las realidades materiales conformadas o manifestaciones estarían imantadas o entretejidas en tal estadio sustancial y una vez hayan sido exhaladas por las inteligencias que les proyectan, se relacionarían con el tejido social para dar cabida a los efectos oportunos. Por ende, tales realidades causadas por las causas primeras o conocimientos afectivos y sistémicos, participarían de los esfuerzos cotidianos y subsistentes de los individuos y sociedades. Por ello, podríamos pensar que todo lo que participe de las manifestaciones sería arrastrado por el torrente de energía desplegado por las fuerzas fuertes o conocimientos activos. Es decir, serían realidades obedientes a la dirección indicada por las potencias verbales. Lógico sería pensar que se estaría emplazado ante una realidad individual y social que evidenciaría permanentes cambios de debilitamiento y fortalecimiento de sus potencias cognoscitivas. Situación que quedaría absolutamente reflejada en todos los procesos, manifestaciones y efectos proyectuales. Razón por la cual, toda co-reflexión sobre la relación individuo, sociedad y naturaleza debería potenciarse y consultarse para perfeccionar toda acción inteligente. Es decir, nutrir todo proyecto con las fuerzas fuertes que le darían sentido sistémico. De este modo, las realidades proyectadas podrían emerger desde un sentido vital para incidir positivamente en las transformaciones sociales. Consecuentemente con esta situación, lo conformado participaría de las danzas o movimientos subsistentes de las sociedades, razón por la cual le hemos visto insuflado de una preternaturalidad donada por el conocimiento humano. Sin duda, podría constatarse como todo lo que forme parte de las manifestaciones proyectadas, lograría incidir adecuadamente en las reemergencia de la vida social. Por ende, una vez exhalado lo manifiesto por el conocimiento humano, podría participar convenientemente de los esfuerzos subsistentes de las ecosociedades. En tal sentido, que podría detectarse una acrecencia de todo aquello que constituya las manifestaciones proyectadas, adquiriendo por ello un estatus y una incidencia superior en la vida social que cualquier materia informe o realidad no conformada con fin

subsistente. Es decir, se evidenciaría una elevación de todo aquello que participe de lo conformado, de lo manifiesto, ya que tonificaría el estadio vital donde la vida humana se desarrolla. Razón por la cual, tendrían justificación todos los movimientos de las voluntades e inteligencias que proyectan, ya que sin duda, tonificarían la reemergencia ecosocial. Evidentemente, las acciones sustentadas en una conciencia sistémica que permita inhalar (comprender) y exhalar (proyectar), podrían donar, dar, ofrecer o comunicar a tiempo, aquellas manifestaciones que lograrán provocar los efectos sistémicos esperados. De este modo, la sociedad podría connotarse como un organismo capaz de auto-regenerarse en plena conciencia del espacio vital que ocupa. Sería así que todo efecto podría entenderse y vivenciarse como un ágape ofrecido a toda la sociedad por las inteligencias que proyectan, que sería recibido como un bien necesario. Podría entenderse además, que tal acción ligada a la subsistencia ecosocial estaría teñida de un sentido altruista emergente de la conciencia sistémica, que con mayor o menor evidencia, potenciaría todas las acciones de regeneración vital. Por ello, toda manifestación revelaría su pertenencia a la tendencia subsistente de la humanidad, es decir, a las fuerzas fuertes emergentes de la conciencia sistémica que le daría sentido existencial al conformarle. De este modo todo lo manifiesto evidenciaría su dirección vital y todas las **condicionantes**¹⁵⁹ que le habrían hecho posible, aunque muchas veces tal realidad sustancial podría pasar inadvertida si se la observara ligeramente.

Por lo establecido, sería posible entender como la conciencia sistémica y toda potencia verbal ligada a las acciones proyectuales, se revelarían como realidades pre-existentes a toda manifestación concreta. Es decir, que se estaría ante un estadio de realidad proyectual donde lo pre-existente y lo manifiesto estaría en plena correspondencia sistémica. Asimismo, todo lo manifiesto podría ser comprendido verdaderamente cuando se lograra ver aquella realidad sustancial que le ha hecho nacer, que no sería más que la **pre-cosa**¹⁶⁰ o fuerza vital pre-existente que le habría engendrado. Por ello,

¹⁵⁹ En referencia fundamentalmente a las causas segundas, es decir, a todo aquello que orbita al conocimiento creador ligamos lo que establece José Ortega y Gasset (2004: 67): *“Porque una cosa es, ante todo, la serie de condiciones que le hacen posible - Kant decía ‘condiciones de su posibilidad’, y Leibniz, más sobria y claramente, sus ‘ingredientes’, sus ‘requisitos’. Y es curioso observar que de ordinario esos más auténticos ingredientes o requisitos de una cosa son los que nos pasan inadvertidos, los que dejamos a nuestra espalda, como si no fueran lo que son: el ser más profundo de la cosa”*.

¹⁶⁰ *Ibidem*, pág. 68: *“No advierten que, en efecto, para responder a la pregunta: ¿Qué es tal cosa? Lo que hacemos es deshacerla, precisamente recurrir de su forma, tal y como está ahí funcionando, a sus ingredientes, que procuramos aislar y definir. Y claro está que, suelto, cada uno de los ingredientes no es la cosa; ésta es el resultado de sus ingredientes, y para que esté ahí funcionando es preciso que los ingredientes desaparezcan de nuestra vista como tales y sueltos. Para que veamos agua es preciso que*

evidentemente, toda manifestación integrada a la vida social no sería solamente la suma de sus componentes o ingredientes, ni su aspecto formal, sino un todo sustancial dinámico y eficiente capaz de nutrir los procesos de transformación ecosocial. En este escenario sería posible entender que las manifestaciones adquirirían vigencia trascendente para la sociedad por un tiempo específico, debido siempre a las potencias del conocimiento que les habrían impulsado, es decir, gracias a los dones preternaturales comunicados por la pre-cosa o gnosis pre-existente. En definitiva, los elementos visuales y materiales que conformen toda manifestación, adquirirían realidad vital ecoprojectual solamente cuando estuvieren integrados activamente al conocimiento sistémico que les gobierna. Es por consiguiente, en estos estadios existenciales, donde el ser de lo manifiesto o realidad pre-existente y lo manifiesto podrían ser aprehendidos verdaderamente junto a los procesos vitales de las ecosociedades. Sin duda, entender una manifestación no pasaría por enumerar sus elementos o partes o formas o ingredientes que le constituirían, es decir por describirle externamente, sino fundamentalmente por comprender su existencia dinámica en íntima **conectividad**¹⁶¹ con la realidad sistémica. Sin duda, desde tal mirada, sería posible conocer y evaluar todos los ecoproyectos, sus procesos, sus manifestaciones y sus efectos.

2.4. Realidad indivisa entre bien social y manifestación

Este punto trata del bien social y los proyectos como realidades indivisas que nutren la eco-humanidad. Posición emergente a consecuencia del contacto con el pensamiento de Gilles Deleuze y José Ortega y Gasset.

El sentido del bien ecosocial que hemos mencionado, podría entenderse como una realidad que lograría emanarse en cada movimiento o proceso proyectual, del cual participaría evidentemente todo conocimiento activo o realidad pre-existente. Desde tal mirada, todo conocimiento tendría sentido vital y por ello, podría potenciar

desaparezcan ante nosotros el hidrógeno y el oxígeno. La definición de una cosa, al enumerar sus ingredientes, sus supuestos, lo que ella implica si ha de ser, se convierte por lo tanto, en algo así como la pre-cosa. Pues esa pre-cosa es el ser de la cosa, y es lo que hay que buscar, porque ésta ya está ahí: no hay que buscarla. En cambio, el ser y la definición, la pre-cosa, nos muestra la cosa en 'statu nascendi', y sólo se conoce bien lo que, en uno y en otro sentido, se ve nacer".

¹⁶¹ *Ibidem: "En cambio, a todo el mundo se le ocurre advertir que si el hombre no tuviese inteligencia capaz de descubrir nuevas relaciones entre las cosas que le rodean, no inventaría instrumentos ni métodos ventajosos para satisfacer sus necesidades".*

significativamente los comienzos y finalidades de todas las acciones proyectuales e impulsar así toda reemergencia social. Podría agregarse además, que el sentido del bien podría connotarse como una **dimensión trascendente e incorporal**¹⁶² de la cual podría participar todo el conocimiento humano. Mirada que nos permitiría pensar que el sentido del bien ecosocial podría revelarse en lo expresado, en toda manifestación percibida, pero que en el estadio proyectual estaría ligado al fin subsistente. En tal escenario, todo conocimiento podría justificar sus movimientos e incidencias contextuales, mientras se mantenga como una realidad orbital del sentido vital de las ecosociedades. Por lo tanto, el sentido del bien emergería como una pauta primordial de la cual podrían participar las potencias del conocimiento individual y colectivo cultivadas por la sociedad. Sin duda, emplazados en tal escenario de relaciones significativas, toda propuesta inteligente expresaría su vinculación con el sentido del bien contextual, aquel que sería necesario para el desarrollo ecosocial. Por ello, sería lógico pensar que todo sentido sustancial, podría encontrarse en cada pensamiento y en cada manifestación. Así como también, podría establecerse que todo conocimiento y que todo lo conformado, podría participar activamente de tal realidad incorporal necesaria o sentido subsistente desarrollado por la humanidad. De este modo, el sentido del bien ecosocial emergería como una tendencia que podrían acunar todos los proyectos y sin duda, las inteligencias que los generan. Tal realidad tendría como finalidad nutrir los procesos subsistentes desplegados por la sociedad, en cada una de sus ecoproyectos. Sería así como podría entenderse la insistencia de la inteligencia colectiva por potenciar en cada acción proyectual, la reemergencia de la savia vital de la sociedad, es decir, su reaparición permanente entretejida con la naturaleza. Por ello es que podría establecerse que el sentido se exhibiría como una emanación de toda manifestación, que justificaría la finalidad del estar ahí de todo lo conformado. Esta emanación revelaría pues, la existencia de una dimensión vital e intangible o conciencia del bien social, que propiciaría el sentido de todo proyecto, manifestación y efecto. En tal realidad, podrían participar conocimientos, pensamientos, intenciones, conocimientos y sin duda, el propio destino ecosocial. Sin duda, tal espacio emergente a pesar de su inmaterialidad daría razón de ser a la sociedad, a sus conocimientos, sus movimientos y proyecciones. Por ello, el sentido vital sería una realidad sustancial

¹⁶² Establece Gilles Deleuze (2005: 46): “*El sentido es la cuarta dimensión de la proposición. Los estoicos la descubrieron con el acontecimiento: el sentido es lo expresado de la proposición, este incorporal en la superficie de las cosas, entidad compleja irreductible, acontecimiento puro que insiste o subsiste en la proposición*”.

capaz de potenciar cada proyecto elaborado por nuestra especie subsistente, por lo tanto, podría indicar, pautar, organizar y dar valor a todos los movimientos sociales. Podría confirmar tal situación, la conciencia que la humanidad tendría sobre los efectos de sus pensamientos, de sus fines proyectados, es decir, el conocimiento pleno de las consecuencias de su potencia co-reflexiva o inteligencia sistémica activa. En tal estadio cognoscitivo, todo pensamiento, conocimiento y finalidad planteada, podrían verse claramente como realidades que podrían participar de la dimensión incorporal del sentido vital. Realidad intangible que podría ser entendida como una realidad espacial saludablemente habitable. Por ende, sería equiparable a una fuerza fuerte capaz de imantar o atraer todo conocimiento hacia una realidad subsistente. Estas circunstancias revelarían la pertenencia de la sociedad al conocimiento y al sentido vital o conciencia sistémica, realidad, lugar o estadio que podría revelarse en cada acción proyectada, a modo de reflejos o emanaciones superficiales de lo que hondamente se agitaría. Inmersos en esta situación, todo lo observado podría comprenderse como una realidad participante de un movimiento inteligente, como una huella activa que sería emanada del sentido vital o fuerza fuerte. Energía a través de la cual la humanidad se regiría conscientemente, electivamente, voluntariamente. Por lo tanto, cada proyecto singular aparecería como una traza o estela sustancial de un sentido vital inteligente que fluye permanentemente. Por esta razón, todo lo proyectado – emanado – por las inteligencias sistémicas, podría entenderse como realidad inclinada a un conocimiento activo que estaría atraído por un campo magnético o sentido vital. Desde este estadio, las proposiciones proyectadas podrían germinar desde la dimensión incorporal y sustancial del sentido vital, potencia o energía desde donde lograrían nutrir y vivificar la trama social. En tal realidad, se entretejerían conocimientos y esfuerzos, individuales y colectivos, para potenciar la regeneración de los diversos pliegues o contextos sociales. Es decir, que los esfuerzos subsistentes de la sociedad, con mayor o menor evidencia, estarían expresando la tendencia de la naturaleza humana hacia su bien necesario. Por lo tanto, todas las manifestaciones proyectadas, más allá de sus características únicas, tendrían en común la inclinación de potenciar el bien necesario que reclama la ecosociedad. Esto implicaría que del sentido vital podrían participar las realidades proyectadas, **singulares o particulares**¹⁶³, por ende, se podría comprender el estadio

¹⁶³ Véase, M. Arnáiz y B. Alcalde (1926: 477): “*Particular. Parte de un todo lógico universal. Se opone a lo universal y a la vez se contiene en él, como la parte en el todo. Lo individual y lo singular son formas de lo particular*”.

existencial como un espacio al cual sería posible pertenecer, del cual sería posible emerger significativamente. Desde esta mirada, todo sentido vital emergería como una realidad común a todos los proyectos y por ello podría decirse que está en ellos. Del mismo modo, puede entenderse que todos los proyectos nacen de tal estadio vital, por ello en cada uno de ellos podría reflejarse, emanarse o leerse todo sentido trascendente. Por lo tanto, el sentido vital y los conocimientos que éste imantaría podrían convertirse en la energía capaz de generar diferentes manifestaciones, aquellas que les predicarían correctamente, que les comunicarían adecuadamente en las diferentes realidades contextuales. Sería así que el sentido vital se revelaría como causa de una pluralidad, por ello podría ser entendido como una **realidad universal**¹⁶⁴. Inmersos en esta situación, en esta cosmovisión, habría una importante relación más o menos visible entre lo particular y lo universal, entre cada proyecto singular y el sentido vital de la ecosociedad que les da razón de ser. Relación que evidentemente podría ser tenida en cuenta por cada inteligencia creadora, ya que con ello no descuidaría lo específico de su hacer ni tampoco lo trascendente de su hacer. Desde tal punto de vista, el hecho de manifestar podría entenderse como un eco dual, es decir, comprenderse como una realidad que afecta simultáneamente situaciones particulares de la sociedad (efecto contextual) y realidades universales de la misma sociedad (reflexiones sobre el estado del estadio social general). Eco sistémico como efecto de todo proyecto, que debería emerger en el lugar y en el tiempo oportuno, para evidenciar la salud del tejido social. Sin duda, podría establecerse que tales movimientos inteligentes o proyectos, podrían estar organizados desde un sentido vital que desde su propia génesis les nutriría. Por ello, podría entenderse cada proyecto como una realidad cuya finalidad estaría vinculada al bien particular y general que lograría proponerse contextualmente a tiempo. Por consiguiente, la múltiple, plural y continua reemergencia de proyectos estaría imantada a un centro vital o sentido del bien ecosocial. En definitiva, la dirección de cada proyecto singular y de toda la pluralidad de los mismos, sería potenciar la vida social, por lo tanto desde tal sentido sistémico, se lograría predicar y comunicar todo aquello que se necesitaría contextualmente. Por ello es que toda conformación, toda manifestación, podría ser interrogada, evaluada y analizada según la dirección que lleva,

¹⁶⁴ *Ibidem*, pág. 623: “Universal. (...). Lo uno en muchos, lo común a muchos seres, (...). En metafísica, las formas o modos esenciales que se repiten los mismos en los distintos individuos de una especie o un género (...). Semejante en lógica, lo universal es lo predicable de muchos sujetos. Distinguen los escolásticos: lo universal causal (in causando), unidad de la causa en relación a la pluralidad de efectos”.

más allá de sus apariencias o realidades contingentes. Es decir, que toda realidad manifiesta como consecuencia de esfuerzos inteligentes imantados en un sentido vital o fuerza fuerte, se le podría analizar para descubrir su verdadera dirección, vinculada evidentemente a los movimientos vitales de la ecosociedad. Sin lugar a dudas, desde esta mirada, podría entenderse la incidencia del sentido vital en los proyectos, en la ecosociedad. Por lo tanto, no sería jamás una realidad ciega o indiferente a los desafíos que enfrenta diariamente la humanidad. Desde nuestra posición, el sentido vital jamás sería una realidad intangible o **incorporal neutro**¹⁶⁵, sino que estaríamos ante una naturaleza capaz de moverse, entretenerse e incidir en los procesos subsistentes de la humanidad, por ende, en su destino. Podría pensarse pues, que se estaría ante una fuerza incorporal o sentido vital que sí participaría sustancialmente de los desafíos vitales de la sociedad. De este modo, que toda actividad inteligente cultivada por la sociedad, podría estar teñida de un sentido vital que le haría verdaderamente significativa e incidente. Por lo tanto, tal sentido se revelaría como una realidad trascendente, decisiva y necesaria para las transformaciones ecosociales. Por ello, podría decirse que el sentido vital como potencia universal podría ser descubierto y comprendido abstractamente o concretamente en cada manifestación proyectada. Claramente, tal sentido existencial, también se revelaría en las consecuencias nutritivas de los movimientos proyectados. Desde tal ángulo, la existencia de tal incorporal trascendente o sentido vital, podría entenderse y vivenciarse como una energía potente capacitada para nutrir todas las transformaciones ecosociales. Por ende, podría valorarse como una fuerza que podría emerger para potenciar los procesos, manifestaciones y efectos proyectados. Asimismo, podría pensarse que tal sentido vital, conciencia sistémica o noosfera social, sería una realidad cultivada por las sociedades, con la finalidad de fortalecer todos los movimientos subsistentes de la humanidad. Dentro pues de tal estadio, no se estaría nunca ante efectos intrascendentes, sino ante consecuencias lógicas, profundas y necesarias, que habrían sido proyectadas a tiempo por las inteligencias sistémicas. Sería así que toda experiencia ecoprojectual podría ser entendida como una realidad que fortificaría a las personas y sociedades, otorgándoles mayor excelencia a todos sus movimientos subsistentes. Podríamos pensar que la vivencia del sí mismo como

¹⁶⁵ Hemos ligado la naturaleza inmaterial del sentido al bien social, aunque los estoicos entiendan la posibilidad de que el sentido fuera neutro, según establece Gilles Deleuze (2005: 47): “*Los estoicos supieron decirlo: ni palabra, ni cuerpo, ni representación sensible, ni representación racional. E incluso puede que el sentido fuera ‘neutro’, completamente indiferente tanto a lo particular como a lo general, a lo singular como a lo universal, a lo personal y a lo impersonal. Tendría una naturaleza completamente diferente*”.

realidad ligada responsablemente e inteligentemente a la trama social, potenciaría notablemente los procesos de transformación individual y colectiva. Las acciones humanas nacidas pues, de una conciencia individual y colectiva, de un sentido del bien comprendido verdaderamente, podrían aportar lo necesario en el tiempo adecuado para la reemergencia social. Sería así como lo incorpóreo del sentido y del conocimiento, ligado convenientemente a la vida social, lograría vivificar el fluir continuo y corpóreo de la sociedad. En este estadio quedaría evidenciada la presencia de una íntima relación o coexistencia vital, entre lo incorpóreo y lo corpóreo, entre el conocimiento y las realidades biológicas del ser humano, entre la conciencia sistémica y las manifestaciones conformadas, aquellas incidirían sustancialmente en los destinos vitales de la sociedad. Estaríamos pues, ante una conjunción prácticamente indivisa entre sentido y manifestación, ya que ambas se implicarían profundamente, facilitando la emergencia de los efectos necesarios. Esta realidad permitiría por lo tanto, ver ligado sentido vital, estado de la manifestación y tejido ecosocial. Sin duda, tal reunión indivisa y activa permitiría transitar de una a otra realidad, como si del mismo escenario se tratara. Es decir, perfectamente se podría circular de la manifestación al sentido que la sustenta y de éste a su visibilización. Por ende, su inseparabilidad implicaría una comunión entre todo lo que es expresable (sentido, conocimientos) y lo que ha sido expresado o comunicado concretamente, a modo de **coexistencia de dos caras sin espesor**.¹⁶⁶ Del mismo modo que desde una mirada sistémica, existiría indivisibilidad, coexistencia o unidad entre sociedad y naturaleza. Tal razón fortificaría lo que hemos establecido sobre la posibilidad de transitar reflexivamente desde las manifestaciones a las realidades preexistentes que le habrían posibilitado su existencia concreta o su estar ahí de ese modo. Es decir, que sería posible pasar de la dimensión de las materias conformadas a su sentido vital y viceversa, permitiendo de este modo, vivenciar la existencia de una dimensión en la que participarían de manera indisociable lo corpóreo y lo incorpóreo. Por lo tanto, es factible comprender la posibilidad de crear una dimensión existencial donde sociedad y naturaleza se unifiquen adecuadamente. Desde esta mirada, toda acción ecoproyectual, guiada por una razón afectiva, estaría participando de un estadio donde el sentido vital estaría propiciando el bien social. Comprender y desarrollar tal realidad sobre un hacer sistémico, revelaría un estado de

¹⁶⁶ *Ibidem*, pág. 49: “Es más bien la coexistencia de dos caras sin espesor, de modo que se pasa de la una a la otra siguiendo su longitud. De modo inseparable, el sentido es lo expresable o lo expresado de la proposición, y el atributo del estado de cosas. Tiende una cara hacia las cosas, y otra hacia las proposiciones”.

alerta de las sociedades, un compromiso afectivo y efectivo capaz de incidir favorablemente en los despliegues vitales de la humanidad. Por ello, toda manifestación podría ser interrogada o evaluada desde los efectos que genera a la realidad indivisa conformada por la sociedad y la naturaleza. Sin duda, este deslizarse dulcemente, naturalmente, de lo corporal a lo incorporeal y viceversa, requeriría fundamentalmente de una conciencia sistémica en acto. Fuerza capaz de ligar coherentemente fines, conocimientos, procesos, manifestaciones y efectos, ya que lo contrario evidenciaría ecos, consecuencias o realidades habitables de menor grado de perfección, que poco podrían aportar en la eficiente transformación de la humanidad, siempre en dirección vital. Por lo tanto, cuando las inteligencias reflexivas han entendido y vivenciado la existencia de una realidad indivisa conformada por lo corporal y lo incorporeal, estarían en mejor posición de potenciar la vida ecosocial. Como consecuencia de lo establecido, podríamos pensar que serían posibles los pasajes, los deslizamientos, de lo superficial a lo profundo, de lo manifiesto a las realidades preexistentes, de lo corpóreo a lo incorpóreo, con el fin evidente de comprender el nicho que se habita y de generar aquellos conocimientos que potencien todos los movimientos de mejora de la vida social. Descubrir, vivir y potenciar las interconexiones entre lo tangible, lo intangible, permitiría habitar y ofrecer aquel estadio vital adecuado para el desarrollo colectivo. Desde tal posición podría establecerse que toda realidad proyectada sería una dosis adecuada de sustancia vital, que se ofrecería oportunamente según situación contextual específica. Por ello, toda situación de desarrollo social, perfectamente podría ser connotada como una consecuencia procedente del sentido vital, al igual que cada ecoproyecto específico. Es decir, que toda acción conscientemente creadora, que todo proyecto, tendría una clara connotación vital, ya que asumiría el continuo despliegue de la sociedad en su íntima relación con la naturaleza. Desde tal escenario significativo, se aumentaría asimismo, la conciencia colectiva de una responsabilidad subsistente que se ejercería diariamente, constantemente ligada al fin de ofrecer espacios existenciales respirables. Desde esta postura, los efectos proyectados implicarían la presencia de un doble eco simultáneo, uno visible en la realidad concreta de las sociedades y otro, en la conciencia social. Es decir, que cada proyecto podría ser perfectamente entendido como una nueva re-actualización de la sociedad en su fluir vital, tanto en lo concreto, como en el estadio de sus conocimientos y reflexiones. Por lo tanto, el sentido del bien vital sería una potencia vivificante de la existencia de las ecosociedades, que estaría asociado a la naturaleza racional y afectiva del hombre. Sería así que toda realidad proyectual podría

entenderse como un paréntesis que ofrecería respuestas específicas según urgencia social y se desprenderían ciertos aportes generales que potenciarían la reflexión sobre los procesos y realidades sociales. En definitiva, podría entenderse todo sentido vital como un estadio existencial que afectaría el pensamiento, el conocimiento, las acciones proyectadas y la realidad ecosocial, por lo tanto las relaciones de las personas consigo mismas y con su entorno. Por ende, todo proyecto podría también entenderse como una significativa y activa realidad bisectriz que tendría su razón de ser no en sí misma, sino según destino vital de la sociedad. De este modo, el ser proyectual o fin general y específico de cada proyecto, podría justificarse en la existencia de otro ser o naturaleza superior que podría verse perfectamente en la ecosociedad. Por ello, podría pensarse que el ser de todo proyecto indefectiblemente es dependiente de otra realidad alrededor de la cual orbitaría. Es decir, el proyecto podría visualizarse como un ser subordinado, orbital y explicable solamente en el sentido vital de las personas y los colectivos que éstas conforman. Sin duda, podría pensarse que el sentido del bien vital del cual participarían las sociedades y proyectos, podría imantar o atraer la presencia de las potencias personales y sus actos afectivamente inteligentes. De este modo, la riqueza interior de las personas al participar del bien colectivo, podrían a través de todos sus actos inteligentes y afectivos, trasvasar aquellas nutrientes necesarias para el desarrollo ecosocial. Sería así pues, que la conciencia individual y sistémica podría aportar perfectamente en la re-configuración o re-emergencia de todos los estadios existenciales habitables por la humanidad. Esta sería la razón por la cual podríamos preguntarnos sobre el verdadero sentido de todo acontecimiento, de toda manifestación proyectada, es decir, por el valor que tendrían en relación a la subsistencia social y no en referencia a sí mismos, ya que su propia existencia no sería nunca el fin. Quizás, podría pensarse que el sentido vital sería un **acontecer puro**¹⁶⁷, ya que sin duda sería una realidad que sucedería; pero por ello, no se debería olvidar que este acontecer estaría ligado a las manifestaciones y desarrollo ecosocial. Es decir, el sentido vital como acontecimiento, estaría vinculado al fluir continuo de las sociedades sistémicas. Por tal razón, el sentido vital y la realidad ecosocial, le hemos entendido como realidades íntimamente unidas.

¹⁶⁷ *Ibidem*, pág. 49: “... la condición de no confundir el acontecimiento con su efectación espacio-temporal en un estado de cosas. Así pues, no hay que preguntar cuál es el sentido de un acontecimiento: el acontecimiento es el sentido mismo”.

Por consiguiente, se estaría ante una dimensión existencial que ligaría realidad subsistente ecosocial y sentido vital, en la cual tendrían razón de ser todos los proyectos creados. Tal situación, al ser comprendida, propiciaría los efectos necesarios, superando la sociedad de este modo, todas las dificultades cotidianas. Por lo tanto, actuar apropiadamente implicaría fundamentalmente conocimientos, entendimiento, voluntad, sensibilidad y conciencia de pertenencia a una eco-realidad en la cual estaría entretejida la especie humana. Esta conciencia y vivencia ordinaria de estar integrados íntimamente al sentido vital, a la eco-realidad, actuaría de impulso notable para desarrollar los proyectos adecuados, alejados definitivamente de todo fin egoísta que olvidara los efectos sistémicos. Por ende, las inteligencias que proyectan, sus acciones, manifestaciones y efectos nunca estarían orbitando en torno a necesidades particulares o colectivas que desatendieran el fin vital de la sociedad. Por ello, desde una conciencia sobre el bien social, tales mentes y sociedades activas, podrían desarrollar adecuadamente sus potencias, sus conocimientos. Por lo tanto, todo ecoproyecto estaría rodeado de una aureola o energía inteligente y afectiva que podría ser percibida, distinguiéndole por tal razón, de todas aquellas acciones desligadas del fin vital de la humanidad. Es decir, que ante lo manifiesto, se estaría ante la presencia de un ser orbital del bien social, que podría potenciarse desde la conciencia de las inteligencias que les crean subsistentemente. Sería así, que el sentido vital de los proyectos y manifestaciones emergería de las mentes sensibles y atentas, que se aplicarían inteligentemente en la reconfiguración o reemergencia permanente de la realidad social. Lo contrario evidenciaría la construcción de fuegos de artificios incapaces de dar soluciones sistémicas a los problemas cotidianos que acaecen en las diferentes tramas societales. Es decir, estaríamos ante movimientos sin sentido vital que solamente generarían pseudo-manifestaciones insustanciales, estériles, imprudentes. Efectivamente, curar, vivificar y desarrollar el tejido social, sería consecuencia de inteligencias sistémicas que se moverían adecuadamente a tiempo, durante todos sus tránsitos proyectuales. Por ello, incluirse dentro de este eco-pensamiento, dentro de este movimiento sistémico, sencillamente sería inclinarse hacia un fin subsistente o sentido vital, estadio desde el cual sería posible organizar conscientemente manifestaciones armónicas según los desafíos sociales. Circunscribirse en tal dirección, en tal paréntesis vital, implicaría que las inteligencias se sensibilizaran y despertaran para lograr enviar proyectos afectivos y efectivos, que permitieran la emergencia de aquellas consecuencias que facilitarían todo lo necesario para la continuación existencial. Por

ello, sería posible pensar que los proyectos emergentes de la dimensión del sentido vital, tendrían mayores posibilidades de adecuar lo conformado al movimiento subsistente de la sociedad. Por lo tanto, cada ecoproyecto en particular como realidad orbital del sentido vital de la sociedad, incidiría significativamente en aquellas circunstancias específicas con las cuales se entretendría. Por ello, el bien que produciría su movimiento se vería sin duda reflejado en los efectos contextuales. Desde tal mirada, toda eco-manifestación podría entenderse como un bien potencial capaz de actualizarse para facilitar el desarrollo de las comunidades. Aparecerían de este modo, la emergencia de efectos vivificantes de las personas y las sociedades, no como una aparición casual, sino como el eco vivo de las causas primeras o realidades pre-existentes que las han promovido. Sería desde tal perspectiva, ligada al bien contextual, que podrían evaluarse todas las acciones proyectuales (lo singular y lo plural), que serían como hemos expresado, consecuencia de la tendencia vital de las inteligencias que las ha creado. Es decir, que todo lo proyectado, habría debido **pre-existir en las inteligencias sensibles**¹⁶⁸ que les han generado, manifestado, ofrecido y enviado al tejido social para que generaran los efectos necesarios. En definitiva, podría entenderse que el bien que ofrecería toda manifestación ha sido cultivado por la conciencia sistémica y por las inteligencias que le proyectan, participando de este modo de los movimientos cotidianos de las sociedades. Por lo tanto, en lo manifiesto como bien potencial que logra comunicarse, habría una dirección o inclinación dispuesta por las inteligencias que proyectan. Realidad que solamente sería posible generar desde una conciencia sistémica, desde un conocimiento afectivo pre-existente que permitiera ver los efectos que se necesitarían para la reemergencia de las ecosociedades. Por tal razón, el sentido del bien vital existiría antes que todo proyecto, que toda manifestación y sin duda que todo efecto sistémico. Este sentido trascendente por ser vital, se nos ha revelado como el gobierno, como la autoridad incorporal a la cual todo lo conformado estaría subsistentemente subordinado.

¹⁶⁸ Ver Tomás de Aquino, Summa Theologiae I, q. 22, a. 1, in c: *“Es necesario que en Dios haya providencia. Pues, como se demostró (q.6 a.4), todo el bien que hay en las cosas ha sido creado por Dios. En las cosas se encuentra el bien no sólo en cuanto algo sustancial, sino también en cuanto que las cosas están orientadas a un fin, en especial el fin último que, como hemos sostenido (q.21. a.4), es la bondad divina. Así, pues, este bien que hay en las cosas ha sido creado por Dios. Como Dios por su entendimiento es causa de las cosas, y cualquiera de sus efectos precisa preexistir en El como en su razón de ser, según se deduce de todo lo dicho (q.15 a.2; q. 19 a.4); es necesario que la razón de orden hacia el fin que hay en las cosas preexista en la mente divina. Y esta razón de orden al fin, propiamente, es la providencia. Ya que es la parte principal de la providencia a la que están subordinadas las otras partes, que son la memoria de lo pasado y la comprensión de lo presente; en cuanto que del pasado recordado y el presente comprendido extraemos la previsión del futuro”*.

III. Sentido afectivo y efecto ecoproyectual

Este capítulo tercero trata de la existencia activa de un tejido inmunológico sustentado en una lengua de oro, en un sentido sistémico, que potencia toda reemergencia de las ecosociedades. Donde tal trama se revela como defensa activa durante los movimientos cotidianos y subsistentes de la humanidad. Realidad que sería posible gracias a la libre asociación de inteligencias afectivas y creadoras que se reúnen en tiempo oportuno, generando las aberturas vitales necesarias para la perduración ecosocial. Esta mirada ha emergido a consecuencia del contacto con el pensamiento de Beatrice Lane Suzuki, Friedrich Nietzsche, Jiddu Krishnamurti, José Ortega y Gasset, Josef Pieper, Max Scheler, Michel Maffesoli, Mircea Eliade, Tomás de Aquino y Thomas Raymond.

3.1. Tejido inmunológico

Este punto trata de cómo la conciencia afectiva, sistémica o noosfera inmunológica sustentada en un amor por la vida ecosocial, facilitaría la reemergencia de una humanidad capaz de auto-eco-proyectarse efectivamente. Posición emergente a consecuencia del contacto con el pensamiento de Jiddu Krishnamurti, José Ortega y Gasset y Tomás de Aquino.

Podría perfectamente pensarse que toda acción proyectual como acto humano generado dentro de un proceso intelectual y afectivo, engendraría indudablemente determinados resultados que provocarían ciertos efectos, que sin duda podrían evaluarse y cultivarse. Es decir, que aquellos resultados específicos como consecuencia de lo manifiesto inteligentemente, podrían convertirse en realidades adecuadas y beneficiosas para el continuo despliegue social. Podría pensarse pues, que todo efecto ecoprojectado sería un eco lógico y afectivo de toda predestinación inteligente entrevista, tejida y enviada desde un principio por las mentes que proyectan, por sus conocimientos activos dentro del sentido vital. Tal gnosis dinámica lograría desdoblarse, transformarse y trasvasarse continuamente, para conseguir con ello transmutar y recrear los espacios vitales necesarios para el desarrollo de la humanidad. Desde tal mirada, podría decirse que los efectos aparecidos como consecuencias de las acciones inteligentes, podrían potenciar y evidenciar los movimientos vitales de la ecosociedad. Por consecuencia, estaríamos ante cada efecto como ante preciosas repercusiones resultantes de un proceso co-reflexivo, inteligente y sensible de las personas, de las comunidades. Sería así que toda potencia sustancial enviada a través de lo manifiesto podría ser absorbida por el tejido social, en aquellas realidades específicas en las cuales pudiera ser verdaderamente efectiva por necesaria. Es decir, que lo enviado podría potenciar los destinos sociales mientras no sea constituido como un mero reflejo insustancial del sentido vital. Si esto último sucediera, sería lógico pensar que en el mejor de los casos lo enviado podría ser refractado o rechazado y en el peor, sería tristemente absorbido generando efectos negativos para el desarrollo ecosocial. Evidentemente, estamos ante una elección de rechazo o aceptación que deberían tomar los diferentes grupos sociales en referencia a aquello que se les envía o se auto-envían como consecuencia de procesos inteligentes. Pensamos que toda manifestación sustancial debería ser absorbida, asimilada o aceptada si se le necesita, cumpliendo ésta de este modo, su destino efectivamente nutritivo. Por lo tanto, tal realidad enviada en lo manifiesto podría ser aceptada contextualmente para

provocar la emergencia a tiempo de aquellos resultados necesarios. Desde tal mirada, descubrir y no olvidar lo que se necesita para la continuación existencial, implicaría un estado de alerta permanente por parte de los colectivos humanos para no caer en situaciones de máximo riesgo vital. Es así como, el sentido existencial de las acciones proyectuales no debería ocultarse, ya que ello podría provocar situaciones confusas sobre el destino vital que persiguen. Indudablemente, todo lo proyectado, buscaría mantener el equilibrio de la relación sociedad y naturaleza, razón por la cual desde sus propios orígenes podría anunciar tal fin ecosocial. Sería dentro de esta realidad donde se harían trascendentes todos los movimientos de la conciencia sistémica de la humanidad, ya que ella es la que estaría indicando a cada instante el fin vital de todos los ecoproyectos y sus procesos. Es decir, sería imprescindible una reminiscencia continua del sentido del bien vital general, colectivo, planetario, que resonara efectivamente en toda co-reflexión social enriquecedora de todos los pensamiento y acciones humanas. Sin lugar a dudas, si se lograra mantener una inclinación de todas las acciones inteligentes de la humanidad, hacia la reemergencia permanente de eco-efectos sociales, brotarían por doquier aquellos efectos necesarios capaces de nutrir adecuadamente la relación vital entre sociedad y naturaleza. Es decir, que la relación entre inteligencias, actos, sociedad y naturaleza, podría ser vital. De este modo, se ligaría todo efecto a un fin principal, vital y ecológico, que potenciaría los desarrollos sociales, que fortificaría su continuación existencial. Por lo tanto, los orígenes de todo proyecto podrían dirigir convenientemente su desarrollo, manifestación y efectos, en pleno equilibrio con los tránsitos de la naturaleza. Por ello, toda proyección que esté unida con mayor o menor evidencia a tal fin ecosocial, innegablemente tendría mayores posibilidades de engendrar efectos positivos para el desarrollo general y particular de la humanidad. Por consiguiente, la responsabilidad de las personas que proyectan tales efectos, iría vinculada a una conciencia sistémica capaz de crearla o secretarla. Por lo tanto, los ecos nutritivos serían efecto de mentes que proyectan sustentadas en conocimientos procedentes de una sentido vital colectivo permanentemente activo, incidente, generador e irradiador de procesos necesarios para la reemergencia ecosocial. Conocer tal situación, es decir, saber de la existencia de la relación trascendente entre mente, ecoproyecto, conocimiento, conciencia sistémica y sentido vital, permitiría innegablemente evaluar el grado de bien o potencia vital de cada proyecto enviado o auto-enviado adecuadamente a tiempo. Por ende, evaluar cada proyecto implicaría observarlo desde la relación conocimientos, sentido vital y efectos en la realidad

contextual específica. Por lo tanto, el juicio sobre lo que estarían o habrían realizado las inteligencias que proyectan podría **otorgarles mérito o demérito**¹⁶⁹, teniendo en cuenta su adecuación u ordenamiento a la relación sustancial mencionada que potenciaría la vida social. Sin duda, tal ordenación o adecuación al sentido vital de la humanidad que tendría en cuenta su realidad sistémica, haría de tales procesos realidades verdaderamente significativas. Por ello, podría comprenderse que todo proyecto podría ser referido al bien social y que esta realidad sería la finalidad de los esfuerzos de las inteligencias que proyectan. Sería así que la humanidad sería la única responsable de lo que sucede en las diferentes comunidades, sería la que permitiría o impediría que determinadas situaciones sucedieran. Por ello, pensamos que el tejido co-reflexivo que ha cultivado en su devenir vital, se revela como un humus tan rico que guiaría o gobernaría los movimientos inteligentes de las sociedades, en las cuales germinan todos los proyectos. Sería así que tal guía o gobierno como efecto de un humus sustancial o conciencia sistémica, fomentaría todo movimiento eco-inteligente de las sociedades, al mismo tiempo que procuraría impedir y sancionar toda acción contraria. De este modo, todo humus o tejido de ideas fermental generado por las inteligencias a lo largo del tiempo, perfectamente podría entenderse como una potencia fundamental que cuidaría del bien común. Realidad que fortalece el auto-gobierno consciente de la eco-civilización, por ende, abona su destino vital. Por ello, se podría entender que tal noosfera colectiva o humus sustancial, debería llegar a un grado de excelencia que podría mejorar las relaciones entre sociedad y naturaleza. Desde esta cosmovisión, sería lógico entender que las inteligencias que proyectan, sustentadas, sostenidas por un humus colectivo de conocimientos, podrían verdaderamente aportar manifestaciones necesarias para el desarrollo vital de las sociedades. Sin lugar a dudas, las potencias individuales que proyectan desde su verbo interior unido en plena armonía con las potencias co-reflexivas de la humanidad, harían de sus actos proyectuales,

¹⁶⁹ Ver Tomás de Aquino, Summa Theologiae I - II, q. 21, a. 4, in c: *“El acto de un hombre tiene razón de mérito o de demérito en cuanto que se ordena a otro, por razón de él o de la comunidad; pero de ambos modos nuestros actos buenos o malos tienen razón de mérito o de demérito ante Dios. Ciertamente por razón de El, porque es el último fin del hombre. Ahora bien, hay obligación de referir todos los actos al fin último, como ya se trató (q.19 a. 10). Por eso, quien realiza un acto malo que no puede ser referido a Dios, no observa el honor de Dios, que se debe al fin último. Además, por parte de toda la comunidad del universo, porque, en toda comunidad, quien rige la comunidad tiene sobre todo el cuidado del bien común, por lo que a él le corresponde retribuir cuanto se hace bien o mal en la comunidad. Ahora bien, Dios es el gobernador y rector de todo el universo, como se estudió en la primera parte (q.103 a.5), y especialmente de las criaturas racionales. Por consiguiente, es claro que los actos humanos tienen razón de mérito o de demérito en relación con Dios, de lo contrario se seguiría que Dios no se preocuparía de los actos humanos”*.

acontecimientos verdaderamente necesarios para las adecuadas transformaciones sociales. Por lo tanto, todo lo enviado como consecuencia de una fuerte e íntima relación entre conocimiento humano y ecoproyecto, entre saberes individuales y saberes colectivos, podría revelarse como una manifestación sistémicamente adecuada. En definitiva, podría entenderse que estaríamos ante una inclinación o deseo de la humanidad por estar vinculada a un fin subsistente, que revelaría su amor a la vida. Realidad que desvelaría su pasión por permanecer creativamente en una dimensión vital que logre desplegarse permanentemente en plena armonía con su entorno. Donde este amor o apego a la vida, podría connotarse como la **fuerza unitiva**¹⁷⁰, que propiciaría y sustentaría toda unión o reunión significativa entre individuo, pensamiento, conocimiento, acción, sociedad y naturaleza. Esta realidad teñiría, dirigiría los proyectos y las acciones humanas, por lo tanto, se reflejaría en manifestaciones y efectos. Sería así como esta fuerza unitiva o amor por la vida o sentido vital, sería aquella potencia que propiciaría las relaciones adecuadas entre conocimientos y propósitos individuales-colectivos. Por ello, generar proyectos desde esta dimensión, desde este estadio vital, daría sentido a todo lo proyectado, a sus manifestaciones y consecuencias. Por ende, los proyectos podrían estar ligados, sustentados, vinculados, ordenados, íntimamente unidos al sentido del bien ecosocial. Desde esta mirada, el amor o afecto por lo vital, impulsaría todos los procesos proyectuales, todas las acciones inteligentes, facilitando de este modo, la continua reemergencia a tiempo de la relación individuo, sociedad y naturaleza.

Por consiguiente, cuando se piensa en los resultados necesarios para el desarrollo vital del tejido social, podría entenderse que éstos estarían vinculados a una fuerza unitiva, inteligente y afectiva, que les daría sentido o razón de ser. Esta realidad unitiva sería la fuerza unificadora que daría sentido vital a todos los procesos organizados de regeneración ecosocial, propiciando la emergencia permanente y coherente de efectos o resultados adecuados. Desde este estadio, la unión o asociación vital entre mente que proyecta y ecosociedad podría evidenciarse o revelarse posiblemente de dos maneras: una real o externa, cuando haya vivencia del efecto como consecuencia de toda manifestación proyectada; y otra real o interna, cuando exista una necesidad en la propia capacidad imaginativa, inteligente y afectiva de las personas, que les llevaría a entrever

¹⁷⁰ *Ibíd.*, q. 28, a. 1, s.c: “En cambio está lo que dice Dionisio en el c.4 De div. nom.3, que todo amor es una fuerza unitiva”.

aquella realidad que aún no se da en el presente. Situación que revelaría que estaríamos ante realidades existentes y pre-existentes o **contactos presenciales y afectivos**¹⁷¹, que evidenciarían la importancia de la asociación entre mente creadora y ecosociedad. Sería así, que el movimiento interior apetitivo de las personas se revelaría como potencia generadora de lo necesario para la continuación vital de la sociedad. Es decir, que se estaría ante la presencia exterior de los efectos necesarios y ante la presencia interior de los efectos que se necesitarían para la subsistencia ecosocial. Por lo tanto, toda asociación sustentada en una fuerza unitiva o sentido del bien vital, ligaría convenientemente inteligencias que proyectan y ecosociedad. Realidad que sin duda, ofrecería fruición a todos aquellos que lograran participar de tal realidad necesaria para el desarrollo de la humanidad. Dicho de otro modo, podría pensarse que cuando alguna realidad querida se posee externamente ya no habría necesidad de anhelarla, pues ya se tendría; pero cuando una realidad necesaria para el desarrollo social no se poseyera, nacería sin lugar a dudas el deseo, el anhelo de poseerla y por consiguiente, sería lógico comenzar a proyectarla. Sin lugar a dudas, valorar y mantener la unión entre sociedad y estadio ideal para su desarrollo, implicaría conciencia del valor de tal asociación, del valor del sentido unitivo del bien y del valor del conocimiento activo según finalidad vital. Esta realidad significativa se vería reflejada en todos los pensamientos y acciones inteligentes desplegadas por la humanidad. Por consiguiente, los movimientos inteligentes y afectivos ligados a los proyectos, invariablemente irían en dirección de un bienestar colectivo, aquel que las ecosociedades se auto-donarían desde su propio tejido co-reflexivo. Tal realidad descubierta potenciaría toda conciencia sistémica, creadora y regeneradora de la humanidad. Desde esta posición, sería fácil comprender que todas las inteligencias que proyectan siempre aspirarían, desearían y **amarían el bienestar colectivo**¹⁷² como el suyo propio. Por ello, podría pensarse que el afecto o amor que las inteligencias tendrían para sí mismas, también podría ser extensivo a la sociedad, realidad que se reflejaría en todos sus proyectos, en todos sus efectos. Es decir, que el afecto que desarrollan las inteligencias que proyectan para ecosociedad, se reflejaría en todos los efectos de sus proyectos; por ello se podría pensar en lo efectivo de lo afectivo

¹⁷¹ *Ibidem*: “La unión del amante con lo amado es doble: Una real; por ejemplo, cuando lo amado está presencialmente junto al amante. Otra, según el afecto. Esta unión debe considerarse en relación con la aprehensión que le precede, puesto que el movimiento apetitivo sigue a la aprehensión”.

¹⁷² *Ibidem*: “Y siendo doble el amor, a saber, de concupiscencia y de amistad, ambos proceden de una cierta aprehensión de la unidad de lo amado con el amante. En efecto, cuando alguien ama algo con amor de concupiscencia, lo aprehende como perteneciente a su bienestar. Del mismo modo, cuando uno ama a alguien con amor de amistad, quiere el bien para él como lo quiere para sí mismo. Por eso lo aprehende como otro yo, esto es, en cuanto quiere el bien para él como para sí mismo”.

como una realidad vitalmente necesaria. Esta situación revelaría o evidenciaría la unión afectiva o fuerza unitiva que cohesionaría todo lo que intervendría o participaría de todos los procesos regeneradores de las sociedades. Por lo tanto, la asociación entre proyecto y ecosociedad emergería como un bien, como una relación efectiva que se podría desear, potenciar, disfrutar y valorar. Sería así que el movimiento de las inteligencias que proyectan vinculado a la fuerza unitiva que todo cohesionan para el bien social, podría generaría efectos sustanciales para el despliegue permanente del tejido social. Sin lugar a dudas, la búsqueda del bien conveniente para el desarrollo ecosocial, sería una realidad intelectual y afectiva, un hábito necesario que podría mejorarse desde toda fuerza co-reflexiva. Desde tal estadio, todos los proyectos podrían connotarse como aquellas realidades que evidenciarían las conexiones adecuadas para el continuo despliegue de la ecosociedad. Este escenario revelaría el sentido vital de las relaciones entre inteligencias, proyectos, manifestaciones, sociedad y naturaleza, que procurarían una armónica comunión entre lo diverso para lograra emanar a tiempo los efectos subsistentes necesarios. Es decir, el sentido vital como potencia unitiva, actuaría como la fuerza que cohesionan inteligencias, sociedad y naturaleza, para que brotaran los efectos de desarrollo eficaces según realidades contextuales. Sería así que la unión sustancial o realidad unitiva entre naturaleza humana y bien ecosocial anhelado, daría sentido a los objetivos, procesos, manifestaciones y efectos proyectados. Por tales razones, hemos pensado que toda asociación o realidad unitiva ligada al bien ecosocial, siempre podría ofrecer en el instante oportuno aquellos efectos imperiosos. Esta relación significativa o bien unitivo que cohesionaría pensamientos, intenciones, conocimientos, proyecto, procesos, manifestaciones, sociedad y naturaleza, procuraría ofrecer la emergencia de lo provechoso para el desarrollo sistémica de la humanidad. Razón por la cual, toda fuerza unitiva sería sencillamente trascendente y anhelada. Por lo tanto, podría pensarse que para que acontezca externamente lo conveniente, lo beneficioso o lo favorable para la ecosociedad, sería absolutamente necesario la existencia primera de tal realidad unitiva, en la propia interioridad o capacidad reflexiva-afectiva de las personas y colectivos. Tal situación germinal desde el propio pensamiento humano, sería la que posibilitaría posteriores manifestaciones que nutrirían afectiva y efectivamente el desarrollo ecosocial. Dicho de otro modo, estaríamos ante una unión efectiva interior cuando se procesa en lo más íntimo de las personas, cuando se desea o

anhela. Así como ante una unión efectiva exterior cuando el encuentro entre ecosociedad e inteligencia que crea, logra manifestar o **producir externamente**¹⁷³ lo anhelado. Sin duda, desde la primera unión o asociación interior producida en las inteligencias que proyectan, en referencia al eco-efecto deseado, comenzaría a desarrollarse todo proceso proyectual. De este modo, podríamos establecer que todo acontecimiento interior con tal tendencia, podría emerger convenientemente como manifestación y efecto necesario para el despliegue social. Tal realidad podría desvelar lo efectivo de lo afectivo en toda manifestación ecoprojectada. Desde esta mirada, lo afectivo daría sentido vital a los esfuerzos intelectuales, evidenciando el valor de la fuerza unitiva o asociación de lo complejo en el sentido del bien vital para las sociedades. Por consiguiente, tal realidad facilitaría la emergencia externa de lo conveniente para el desarrollo de la humanidad.

Dentro de esta situación de desarrollo unitivo de las sociedades, podría pensarse perfectamente que las inteligencias afectivas que proyectan, analizarían con amor y sensibilidad las verdaderas necesidades subsistentes de las ecosociedades. Por ende, desde tal comprensión se esforzarían por conformar las manifestaciones adecuadas o convenientes para el desarrollo ecosocial. Es decir, que las inteligencias proyectuales para generar manifestaciones adecuadas se moverían desde la propia interioridad ecosocial, para desde tal centro determinar cuáles serían las verdaderas necesidades. Por lo tanto, estudiar interiormente la ecosociedad amada sería un **modo de estar en ella**¹⁷⁴, de participar de su intimidad vital, realidad que facilitaría comprenderle para proyectarle convenientemente. Sería así que advertir profundamente lo que se necesita contextualmente, otorgaría la información adecuada para ecoprojectar en consecuencia. Desde esta perspectiva, sería lógico entender la necesidad de desarrollar y potenciar estudios co-reflexivos afectivos sobre la interioridad o sustancia de la eco-sociedad, de la eco-humanidad, ya que esto permitiría una real e íntima aprehensión de las comunidades que sería necesario para reprojectarlas continuamente. Es así como lo íntimo de los diferentes pliegues sociales, podría revelarse a la mirada precisa, cercana, afectiva, responsable, comprometida. Realidad que potenciaría la germinación de

¹⁷³ *Ibidem*: “Luego el amor produce la primera unión efectivamente, porque mueve a desear y buscar la presencia de lo amado como algo que le conviene y pertenece. Mas la segunda unión la produce formalmente, porque el amor mismo es esta unión o vínculo”.

¹⁷⁴ *Ibidem*, a. 2, in c: “Pero se dice que el amante está en el amado según la aprehensión en cuanto que el amante no se contenta con una superficial aprehensión del amado, sino que se esfuerza en escudriñar interiormente cada una de las cosas que pertenecen al amado, y así penetra en su intimidad”.

proyectos adecuados que facilitarían el permanente retorno de la sociedad a su estadio vital. Tal situación demostraría que las acciones proyectuales podrían resignificarse en el sentido de comprenderles como actos inteligentes y afectivos emergentes desde el interior de las diferentes realidades sociales. Dejando de ser de este modo, movimientos externos impuestos a las diversas realidades contextuales. Por consiguiente, podría decirse que las mentes que proyectan si no aman, si no comprenden verdaderamente las necesidades ecosociales, jamás podrían ofrecer ajustadamente lo conveniente, como tampoco podrían auto-donarse lo necesario. Pero esta situación no quiere decir que las mentes que proyectan queden atrapadas ciegamente en una inmersión contextual, ya que tal hábito regenerador no estaría nunca desligado de una conciencia sistémica. Por ende, no habría inmersiones ciegas o identificaciones radicales con las diversas problemáticas contextuales que impidan ver el bien general. Sino que se podrían desarrollar acciones contextuales verdaderamente ligadas a una inteligencia ecológica que permitiría comprender con cierta perspectiva lo necesario para toda la humanidad. Es decir, que si bien las inteligencias que proyectan participan de la realidad unitiva de la ecosociedad, ello no impediría que simultáneamente se pudiera **observar externamente**¹⁷⁵ tal nicho vital para nutrirle. Podría decirse pues, que las inteligencias que proyectan teniendo presente esta compleja realidad sistémica, desarrollarían un comportamiento simultáneo de inmersión y emersión comprensiva, que les permitiría actuar adecuadamente. Dentro de tal estadio reflexivo, las inteligencias que ecoprojectan podrían trabajar con mayor excelencia y conveniencia, ya que estarían sustentadas en una conciencia sistémica cultivada por la humanidad que nutriría todos sus actos específicos. Sería así que manifestar lo adecuado a tiempo y en lugar preciso, implicaría entendimiento, voluntad y conocimientos cohesionados en el sentido unitivo o bien ecosocial. Asimismo, como consecuencia de estos movimientos y manifestaciones convenientes, pensamos que podría existir un reconocimiento social como modo de revalorar y fomentar tales actos necesarios. Unido a tal escenario, podría existir un cierto grado de recíproca adhesión o **inhesión afectiva**¹⁷⁶ entre todas las mentes que proyectan, que formarían una red

¹⁷⁵ Véase José Ortega y Gasset (1966: 44): “*Conviene, pues, hacen constar que ni los Don Juanes ni los enamorados saben cosa mayor sobre Don Juan ni sobre el amor, y viceversa; sólo hablará con precisión de ambas materias quién viva a distancia de ellas, pero atento y curioso, como el astrónomo hace con el sol. Conocer las cosas no es serlas; ni serlas conocerlas. Para ver algo hay que alejarse de ello, y la separación lo convierte de realidad vivida en objeto de conocimiento. Otra cosa nos llevaría a pensar que el zoólogo, para estudiar avestruces, tiene que volverse avestruz*”.

¹⁷⁶ Ver Tomás de Aquino, Summa Theologiae I - II, q. 28, a. 2, in c: “*Por otra parte, la mutua inhesión en el amor de amistad puede entenderse también de un tercer modo, por vía de reciprocidad de amor, en cuanto que los amigos se aman mutuamente y quieren y obran el bien el uno para el otro*”.

inteligente y extensa capaz de obrar favorablemente para potenciar la vida ecosocial. Tal multiplicidad ligada, tejido o quizás enmarañamiento inteligente, estaría indefectiblemente embebido en una conciencia sistémica desde la cual lograría enriquecer todas las acciones proyectuales que tutele. Podría existir pues, una cohesión afectiva y efectiva recíproca entre todas las inteligencias que proyecten y la conciencia social o sistémica que les da razón de ser. Tal asociación dinámica y vital podría valorarse adecuadamente en todos los efectos que genere, que evidenciarían el sentido de sus esfuerzos. Desde este escenario, los efectos podrían comprenderse y evaluarse como ecos necesarios que habrían sido propiciados por una multiplicidad de inteligencias cohesionadas en el sentido unitivo de la ecosociedad o bien sistémico. Sería así como las consecuencias nutritivas de tales inteligencias activas, emergerían desde una plena conciencia de las necesidades sociales. Esta situación revelaría una íntima relación cultivada entre una multiplicidad de inteligencias y ecosociedad, que podría comprenderse como una fuerte correspondencia vital necesaria para los desarrollos convenientes. Se estaría pues, ante una relación fuerte y rica de la cual emanaría lo necesario para vivificar el despliegue permanente del tejido social. Sin duda, sería ésta la trascendencia de los proyectos afectivos surgidos dentro de un paréntesis unitivo que les indicaría su finalidad sistémica. Tal realidad facilitaría la reunión cotidiana entre ecosociedad y su bien necesario.

Sería así que todo sentido unitivo como sustancia de todo proyecto afectivo, no estaría jamás al servicio de un **afán posesivo o egoísta de las personas**¹⁷⁷, sino que podríamos pensarle como una potencia capaz de moverse en dirección del bien necesario para el desarrollo de la ecosociedad. Inmersos en esta cosmovisión, toda acción proyectual

¹⁷⁷ Establece Krishnamurti (2005: 14): *“La vida no puede existir sin relación, pero al basarla en el amor personal y posesivo, la hemos convertido en algo angustioso y horrible. ¿Puede uno amar y, sin embargo, no poseer? Ustedes encontrarán la verdadera respuesta no en los escapes, en los ideales y las creencias, sino mediante la comprensión de las causas que llevan a la dependencia del afán posesivo. Si pudiéramos comprender profundamente este problema de la relación entre uno mismo y otro, entonces quizá comprenderíamos y resolveríamos los problemas de nuestra relación con la sociedad, porque la sociedad no es sino la extensión de nosotros mismos. El medio que llamamos sociedad ha sido creado por las generaciones pasadas; lo aceptamos, aunque contribuya a mantener nuestra codicia, nuestro espíritu posesivo, nuestra ilusión. En esta ilusión no puede haber unidad ni paz. La mera unidad económica producida mediante la compulsión y la legislación, no puede poner fin a la guerra. Mientras no comprendamos la relación individual, no podremos tener una sociedad pacífica. Puesto que nuestro amor se basa en el amor posesivo, tenemos que darnos cuenta, en nosotros mismos, cómo nace, cómo actúa y cuáles son sus causas. Al percatarnos profundamente del proceso que implica el afán posesivo, con su violencia, sus temores, sus reacciones, adviene una comprensión que es total, completa. Sólo mediante esta comprensión el pensamiento se libera de la dependencia y del deseo de poseer. Es dentro de uno mismo que puede encontrarse la armonía en la relación, no en otro ni en el medio que nos rodea”*.

estaría pautada por intenciones que procurarían un beneficio sistémico. Tal realidad nos permitiría recordar que los fines egoístas no serían de ningún modo un propósito ecoproyectual. Por lo tanto, sería posible entender que todo movimiento sustentado en un egoísmo excesivo, súbitamente terminaría con toda posibilidad de relación unitiva entre proyecto, sociedad y naturaleza. Razón por lo cual sería posible entender que los proyectos no deberían ser rehenes de las apetencias desmedidas de personas o colectivos, por lo tanto podrían desarrollarse ajenos a todo afán egoísta o posesivo. Sería evidente entender pues, que el desarrollo vital de toda ecosociedad podría potenciarse desde relaciones sistémicas generadas por las inteligencias co-reflexivas. Es decir, que la vida social se desplegaría sistémicamente dentro de un paréntesis de relaciones unitivas que evidentemente no estarían basadas en deseos desmedidos de personas o colectivos. Si esto no ocurriera de este modo, sería evidencia de que la vida social, se habría convertido en una realidad impregnada de efectos no sistémicos, por lo tanto se estaría ante una existencia **angustiosa y horrible**¹⁷⁸. Por ende, las inteligencias afectivas que proyectan trabajarían persistentemente alejadas de todo afán de posesión, individual y/o colectivo, que generara efectos contraproducentes para el desarrollo vital de toda ecosociedad. Desde esta mirada, se estaría evidentemente invocando la multiplicación, la extensión de proyectos afectivos capaces de mantenerse desvinculados de todo fin posesivo o egoísta, ya individual, ya colectivo. Comprender tal realidad sería desplegar y mantener en funcionamiento un estado de alerta social o conciencia sistémica, que a modo de noosfera inmunitaria advirtiera sobre aquellos procesos que no serían beneficiosos para la vida social. Por consiguiente, podría desvincularse todo proyecto de toda inclinación perjudicial para el nicho vital donde la sociedad se renueva permanentemente. Ligado a tal situación, podrían evaluarse todas las propensiones o apetencias individuales o colectivas, valorándolas según sus efectos beneficiosos para el desarrollo ecosocial. Es decir, que divisar las tendencias sociales desordenadas según un fin vital general, ayudaría a proteger el destino subsistente de la sociedad. Por lo tanto, conocer potencias y carencias individuales como también las colectivas, aportaría en el reforzamiento del manto inmunitario o conciencia sistémica que ha tejido la humanidad a lo largo de su existencia. Sin duda, la sociedad emergería como una extensión o reflejo complejo de la naturaleza humana, que podría mejorarse en la medida en que éste se supere a sí mismo. Es decir, si la humanidad se liga

¹⁷⁸ Ver nota 177.

interiormente a la naturaleza y actúa en consecuencia externamente, la sociedad deviene ecosociedad. Estaríamos como es evidente, situados en una mirada que entendería que la sociedad, que los diferentes contextos sociales, serían reflejos, ecos, consecuencias o efectos de las potencias activas de la humanidad. Por lo tanto, todos los movimientos individuales y colectivos de las sociedades, podrían reorientarse hacia fines sistémicos. Realidad que necesitaría de una verdadera comprensión sobre las diversas situaciones que acaecerían en el paréntesis vital que se habita, que sin duda daría comienzo a las transformaciones necesarias. Por ende, los movimientos negativos para el desarrollo ecosocial serían evidencia de una falta de comprensión y de una excesiva búsqueda del bienestar personal. Situación que podría ser constantemente reordenada gracias a todos los esfuerzos educativos que enriquecieran la conciencia sistémica de la humanidad. Es decir, serían necesarios todos los esfuerzos cotidianos por educar conductas individuales y colectivas, generando en ellas una verdadera conciencia de su estar responsablemente en el planeta. Por ende, no negando la posibilidad de propiciar permanentemente nuevas realidades, nuevos imaginarios, nuevos espacios sociales habitables, individuales y colectivos, las inteligencias que les generan asumirían su responsabilidad sistémica. Sería así, como las continuas reorganizaciones ecosociales jamás se proyectarían desde estadios o posiciones sustentadas en un afán egoísta. Podríamos pensar que evitando toda tendencia ligada a egoísmos desmedidos que atenten contra el equilibrio sistémico, sería una forma de proteger los estadios eco-existenciales necesarios para el desarrollo de la humanidad. Sin lugar a dudas, si primara el afán de posesión desmedido no podría existir la armonía, la paz, la tranquilidad necesaria para cultivar el permanente desarrollo ecosocial. Desde esta perspectiva, se desprendería que la realidad unitiva y sistémica no respondería jamás a tendencias egoístas, ya que sería su fuerza opuesta, sino de una realidad altruista capaz de abonar todo proceso individual y colectivo. Por ende, las realidades ecoprojectuales sustentadas en una fuerza unitiva altruista, podrían generar las transformaciones necesarias para el desarrollo de los contextos específicos. Por tales razones, no sería conveniente olvidar o descartar en este estadio social subsistente, los efectos vitales que generaría tal potencia unitiva o fuerza de amor altruista en todas las inteligencias afectivas que proyectaran adecuadamente el despliegue ecosocial. Por lo tanto, no sería eficiente olvidar que lo afectivo o amor ecosocial ligado a todo fin proyectual, sería la potencia o sustancia necesaria para el permanente cultivo de una eco-humanidad responsable con su destino. Por ende, el equilibrio ecosocial estaría, desde tal posición, sustentado en una tendencia altruista y

unitiva, es decir, ligado íntimamente a una fuerza intelectual afectiva en movimiento subsistente. En este sentido, tal realidad vital se desarrollaría al margen de todo afán egoísta excesivo, de todo acto que violentara sus dinamismos existenciales. Sería en esta dirección vital, que podría comprenderse todo apetito como una acción inteligente, afectiva y subsistente. Realidad que revelaría lo apetitivo como un movimiento de la naturaleza humana, como una tendencia superior o elevada necesaria para su desarrollo vital. Por ende, todo apetito superior estaría alejado de todo **querer desordenado**¹⁷⁹, egoísta, asistémico o no unitivo. En este sentido, podría pensarse que todo eco-apetecer sería una acción consciente de la humanidad ligada a su razón afectiva y a su voluntad por potenciar cotidianamente los despliegues ecosociales. Sería así que todo apetito superior estaría vinculado a una conciencia sistémica que emergería como el sustento que permitiría el desarrollo de los proyectos adecuados según fin subsistente. En este estadio elevado de recreación y regeneración ecosocial, las inteligencias que proyectan actuarían sustentadas en una conciencia colectiva que como fuerza unitiva daría sentido a todos sus esfuerzos. Sería así como las mentes que trabajan en la recreación social se entregarían a toda comprensión sobre el nicho vital o espacio que habita la humanidad. Por ende, desde una profunda y no superficial lectura sobre las diferentes urgencias sociales, los actos proyectuales tendrían mayor oportunidad de nutrir los tránsitos subsistentes de las comunidades, tanto ligados a lo biológico como a lo intelectual. Emplazados en esta realidad, la humanidad podría amar, buscar y proyectar conscientemente todos los caminos que posibilitaran verdaderamente su reemergencia. Por lo tanto, estaríamos ante un plano lógico y afectivo que permitiría a las sociedades auto-proyectarse voluntariamente siempre en dirección de generar los efectos sistémicos necesarios. Por ello, podría pensarse que un colectivo que sea capaz de auto-proyectarse cotidianamente, revelaría que habría cultivado aquella conciencia sistémica o humus sustancial que le permitiría ver y actuar a tiempo. Realidad que indicaría que la humanidad habría asumido una mayoría de edad que le permitiría auto-educarse, auto-analizarse, auto-gobernarse y auto-regenerarse sistémicamente. Por lo tanto, los actos conscientes e inteligentes ejecutados por las comunidades, podrían traer efectos necesarios y consecuentemente gozo o fruición. Es decir, que tales movimientos incidirían en el gusto o percepción estética de las personas y los pueblos, realidad íntimamente ligada a su elevación apetitiva. Por ende, se podría llegar a un estadio de

¹⁷⁹ Para enriquecer esta mirada sobre la relación razón, voluntad y las pasiones humanas de concupiscencia e irascibilidad, se podría consultar Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* I, q. 81, a. 31.

placer como consecuencia de un cultivo de pensamientos, actos y observaciones sistémicos. Por lo tanto, las conductas individuales y colectivas ligadas a deseos superiores o ecológicos, podrían facilitar la aparición de efectos vitales necesarios para el desarrollo social. Sería desde este estadio, que tendría sentido toda voluntaria puesta en movimiento de ecoproyectos que al ser efectivos se convertirían consecuentemente en bellos y apetecibles. Proyectos pues, relacionados a la nutrición ecosocial que indefectiblemente trascendería toda búsqueda personal o colectiva egoísta. Razón por la cual, tales movimientos elevados, completos o sistémicos podrían entenderse como actos conectivos inteligentes y afectivos o **acciones impersonales sistémicas**¹⁸⁰. Por lo tanto, se estaría ante una impersonalidad que indicaría que todos los proyectos necesariamente escaparían a toda finalidad que no atendiera el bien ecosocial. Es decir, los movimientos inteligentes, afectivos y sistémicos se desplegarían vinculados a la fuerza unitiva que nutriría convenientemente el desarrollo social. Situación nutritiva que precisaría de una completa o profunda comprensión de las necesidades sociales, para dar sentido y eficacia a los efectos proyectados. Como consecuencia de esta realidad, podría pensarse que de fines sistémicos emergerían efectos adecuados para el desarrollo de la humanidad. Sería de tal modo, que de una **comprensión parcializada**¹⁸¹ o incompleta de las situaciones ecosociales, quizás por ignorancia, egoísmo desmedido o falta de voluntad, acaecerían indudablemente procesos, manifestaciones y efectos no adecuados. Por ello, podría decirse, que salir de las apetencias egoístas o no sistémicas, individuales y colectivas, implicaría ver verdaderamente las necesidades ecosociales y actuar en consecuencia. Tal realidad podría ser impulsada por una lógica viva o afectiva, por un sentido unitivo y solidario, que como potencia superior **ordenaría al bien subsistente**¹⁸² a todo proyecto, a toda la sociedad. El conocimiento de tal situación permitiría optimizar todos los movimientos tendientes a potenciar el continuo

¹⁸⁰ Según Krishnamurti (2005: 15): “Pongo énfasis en la relación porque, al entender profundamente su complejidad, estamos creando comprensión, una comprensión que sobrepasa la razón y las emociones. Si basamos nuestra comprensión meramente en lo racional entonces hay en ella aislamiento, orgullo, falta de amor, y si la basamos únicamente en lo emocional, hay carencia de profundidad – no hay amor, sino sentimentalismo que pronto se evapora –. Sólo de esta comprensión puede surgir una acción completa. Esta comprensión es impersonal y no puede ser destruida”.

¹⁸¹ Ibidem, págs. 15-16: “Si no podemos generar comprensión a partir de nuestros problemas cotidianos de codicia y de nuestras reacciones, al buscar una comprensión y un amor semejantes en otros reinos de la conciencia, es vivir en la ignorancia y la ilusión. Sin comprender plenamente el proceso de la codicia, el mero cultivo de la benevolencia, de la generosidad, es la perpetuación de la crueldad y la ignorancia”.

¹⁸² Ver Tomás de Aquino, Summa Theologiae I - II, q. 28, a. 3, in c: “Se dice que uno se pone fuera de sí según la potencia aprehensiva cuando se sitúa fuera del conocimiento que le es propio, bien porque se eleva a un conocimiento superior, como se dice que un hombre está en éxtasis cuando se eleva a comprender algunas cosas que sobrepasan el sentido y la razón (...)”.

despliegue de la vida ecosocial. Por consiguiente, las experiencias solidarias o ecoproyectos facilitarían la ampliación, extensión y enriquecimiento de los procesos vitales desplegados cotidianamente en las sociedades. Sería así que vivenciar la conectividad significativa entre el amor por el desarrollo vital de la ecosociedad y los efectos generados a causa de las acciones proyectuales, acrecentaría la visión del sentido unitivo como savia de las acciones humanas. Es así que tal sentido sustancial podría **meditarse**¹⁸³ o comprenderse como aquella fuerza afectiva necesaria para continuar trabajando activa y reflexivamente por el beneficio de las ecosociedades. Por ende, podría existir una disposición de las inteligencias que proyectan hacia el bien colectivo, realidad que mejoraría sus manifestaciones y efectos ofrecidos. Situación que potenciaría asimismo, una verdadera vivencia y comprensión de la relación afecto y efecto ecosocial. Sería pues, inmersos dentro de este escenario afectivo, efectivo y solidario que podrían desarrollarse correctamente todos los procesos de recreación o transformación social. Podría pues vislumbrarse, la presencia necesaria de intenciones claras y definidas que **buscarían el bien vital**¹⁸⁴ de las sociedades, rechazando o excluyendo simultáneamente todo lo contrario, todo lo incompatible con tal fin anhelado. De este modo, todos los proyectos y sus procesos estarían orbitando un fin existencial o centro vital del cual no se apartarían. Sería así como finalmente las inteligencias sociales podrían comunicar toda su riqueza a las manifestaciones que crean, que adecuarían convenientemente a los diversos procesos de desarrollo societal. Como consecuencia, podría decirse que amar el tejido ecosocial se convertiría en la potencia esencial o fuerza conveniente que necesitarían los movimientos que proyectan para defender y nutrir la reproducción de las comunidades. Por lo tanto, amar y estar comprometido con la aventura humana sería la potencia principal que impulsaría a trabajar en el despliegue cotidiano de la sociedad. Por ello, hemos entendido que los efectos que aportarían los actos inteligentes y afectivos ligados al ecoproyecto como apetitos elevados, serían beneficiosos, ya que se habrían retirado de todo apetito desordenado, inferior o egoísta. Por lo tanto, sería posible comprender que cada proyecto en particular que estuviera nutrido o fortaleciendo por una fuerza unitiva o

¹⁸³ *Ibidem*: “El amor produce el primero de estos éxtasis a modo de disposición, esto es, en cuanto hace meditar sobre el amado, como queda dicho en (a.2), y la meditación intensa de una cosa aparta la mente de las otras”.

¹⁸⁴ *Ibidem*, a. 4, in c: “El celo, de cualquier modo que se tome, proviene de la intensidad del amor. Porque es evidente que cuanto más intensamente tiende una potencia hacia algo, más fuertemente rechaza también lo que le es contrario e incompatible. Así, pues, siendo el amor un movimiento hacia el amado, como dice San Agustín en el libro *Octoginta trium quaest*, el amor intenso trata de excluir todo lo que le es contrario”.

amor sistémico, podría aportar convenientemente al desarrollo de la eco-humanidad. Dicha realidad requeriría necesariamente de una **co-adaptación**¹⁸⁵ conveniente entre individuo, sociedad y naturaleza, para que puedan emerger ordinariamente los efectos nutritivos que mejoraran el paréntesis vital donde habita la humanidad. Estaríamos pues ante una relación integral enriquecida por una energía unitiva, por una inteligencia afectiva que abonaría cotidianamente el desarrollo de los individuos y las sociedades en plena armonía con la naturaleza. Por consiguiente, podría pensarse que individuo, grupo social y naturaleza conformarían una unidad viva que potenciaría cada movimiento subsistente de la humanidad, es decir, cada retorno al centro vital. Escenario vital desde el cual emergerían los pensamientos sustentados en un amor solidario y los proyectos alejados de todo fin desordenado, egoísta o inadecuado para el eco-despliegue de lo humano. En este sentido pensamos que perfectamente podrían enriquecerse todas las especulaciones, teorías y actividades ligadas a la creación de proyectos desplegadas por nuestras sociedades. Es decir, se las podría comprender como realidades orbitales a un amor inteligente, a una conciencia sistémica, a un sentido unitivo. Desde tal mirada vital, sería posible desarrollar o participar con orgullo de los diversos procesos de regeneración de la ecosociedad que se habita. Finalmente podría establecerse que no ligar o no querer vincular sentido unitivo y ecosociedad, afecto y efecto, **proyecto y amor**¹⁸⁶, revelaría sencillamente una falta de compromiso con la vida que se posee. Por ende, es ausencia de comprensión sistémica.

3.2. Lenguaje de oro

Este punto trata de cómo el lenguaje de oro o amor a la vida posibilita que las comunidades proyecten su destino y evalúen sus efectos según equilibrio vital entre naturaleza y humanidad. Tal energía áurea procuraría posar a la humanidad en su estadio sistémico, razón por la cual se torna importante alfabetizar sobre tales

¹⁸⁵ Ibídem, a. 5, in c: “Como se ha indicado anteriormente (q.26 a.1-2; q.27a.1), el amor significa una cierta coadaptación de la potencia apetitiva a un bien. Mas nada que se adapta a una cosa que le es conveniente, sufre lesión por ello, sino más bien, si es posible, ganancioso y mejorado”.

¹⁸⁶ Según José Ortega y Gasset (1966: 43): “Por último, un ensayo sobre el amor es obra sobremanera desagradecida. Si un médico habla sobre la digestión, las gentes escuchan con modestia y curiosidad. Pero si un psicólogo habla del amor, todos le oyen con desdén, mejor dicho, no lo oyen, no llegan a enterarse de lo que enuncia, porque todos se creen doctores en la materia. En pocas cosas aparece tan de manifiesto la estupidez habitual de las gentes. ¡Cómo si el amor no fuera, a la postre, un tema teórico del mismo linaje que los demás, y, por tanto, hermético para quién no se acerque a él con agudos instrumentos intelectuales!”.

finalidades, al mismo tiempo que sería inexcusable no participar de las mismas. Posición emergente a consecuencia del contacto con el pensamiento de José Ortega y Gasset, Josef Pieper y Max Scheler.

El amor por la vida ecosocial emergería como la sustancia o componente esencial que daría sentido a los proyectos, a sus manifestaciones y a sus efectos consecuentes; así como también se revelaría como el núcleo ineludible que daría sentido a las relaciones entre las personas y las diferentes comunidades. Por lo tanto, las consecuencias de cada proyecto revelarían su adecuación al fin subsistente, solidario, altruista o sistémico anhelado por las sociedades. Sería así que toda manifestación propiciaría la emergencia de aquellos efectos idóneos y afectivos según las diversas urgencias sociales que justificarían su existencia. En este estadio podría pensarse consecuentemente, en la posibilidad de que las inteligencias que proyectan conformarían las manifestaciones necesarias, en plena conciencia de tal realidad sistémica en la que se encuentra las sociedades. Por lo tanto, tendrían en cuenta el desarrollo de sus destinatarios desde los mismos orígenes del proyecto, que adquirirían una clara inclinación afectiva. Sería así, como las inteligencias que proyectan demostrarían que su trabajo se sustentaría indudablemente en un sentido vital y afectivo que le daría razón de ser. Por lo tanto, el amor por la vida de los demás y la ecosociedad, sería una realidad necesaria que daría sentido vital a todos los movimientos inteligentes desplegados por la humanidad en cada espacio o pliegue social. Desde esta mirada, lógico sería entender la necesidad de invocar desde todos los conocimientos de la humanidad, la realización de proyectos afectivos o sistémicos que potenciarán verdaderamente a tiempo la vida social, ya que éstos no descuidarían jamás los entornos vitales. Tal estadio de creación afectiva que contemplara la naturaleza humana sería evidentemente efectivo y se podría hacer extensivo a todas las áreas del conocimiento desarrolladas en las sociedades. Realidad que podría constituirse en una guía o pauta esencial a tener en cuenta en cada proceso de regeneración ecosocial, en cada mejora conveniente de la humanidad. Desde tal visión, toda manifestación que ligara convenientemente afecto y efecto, sustentada evidentemente en la razón sensible de la naturaleza humana, tendría mayores posibilidades de potenciar adecuadamente el destino vital de las ecosociedades. Por consiguiente, sería posible comprender cómo toda entrega sistémica proyectada, emergería de las profundidades de la naturaleza racional y sensible de la humanidad, logrando así actualizar los tránsitos vitales de la ecosociedad. Por ello, toda

manifestación enviada podría comprenderse como un movimiento que demostraría la vitalidad del tejido social. Esto implicaría sin duda, que tales acciones inteligentes y afectivas no estarían jamás dissociadas del fin subsistente o sentido vital de la humanidad, sino asociado al mismo permanentemente. Demostraría tal situación, que las inteligencias que proyectan permanecerían despiertas y conscientes durante sus trabajos profesionales, aquellos que hemos entendido como movimientos consustanciales con el fin vital de la sociedad. Por lo tanto, generar movimientos que incidieran beneficiosamente en el desarrollo de la vida ecosocial, estaría ligado a una conciencia humana de tener que retornar periódicamente a su centro vital. Sería así que cada proyecto emergería como un esfuerzo desplegado por las sociedades con la finalidad de permanecer en aquel estadio donde sea posible toda extensión subsistente. Realidad que no sería posible si la sociedad no desarrollara, necesariamente y cotidianamente, un sin fin de actos inteligentes que le relacionaran convenientemente con su entorno natural. Es decir, que el ser humano no debería agotar los recursos naturales si pretendiera vivir armónicamente en tal entorno vital. Por ende, sería evidente pensar que sin naturaleza no sería viable la vida humana. En este sentido subsistente, podría pensarse que las relaciones entre sociedad y naturaleza no deberían descuidarse, no deberían inclinarse hacia una absorción mortal de ésta o de aquella. Evitar pues, fines egoístas, apetitos inferiores y falta de adaptación inteligente de la humanidad en su espacio vital. Por tales motivos, podría entenderse que las relaciones entre ambas podrían sustentarse en un amor vital o conciencia sistémica, que les potenciaría verdaderamente sin que ninguna salga afectada o lesionada. Como consecuencia de tal mirada, podría decirse que todo movimiento ecoproyectual se apartaría claramente de toda **absorción mortal**¹⁸⁷, generada evidentemente por apetitos egoístas o pérdida de conciencia sistémica. Desde tal reflexión, sería posible ver que todo ecoproyecto se revelaría como un movimiento inteligente y afectivo, que estaría ligado a un amor sistémico que le permitiría potenciar el desarrollo de la humanidad. Por tal razón, lograría mantenerse al margen de toda finalidad que implicara un saqueo o apropiación violenta de la naturaleza. Estar despiertos sobre esta situación, implicaría

¹⁸⁷ *Ibidem*, pág. 49: “En la atracción sexual no hay propiamente atracción. El cuerpo sugestivo excita un apetito, un deseo de él. Pero en el deseo no vamos a lo deseado, sino al revés, nuestra alma tira de lo deseado hacia sí. Por eso se dice muy certeramente que el objeto despierta un deseo, como indicando que en el deseo él no interviene, que su papel concluyó al hacer brotar el deseo y que en este lo hacemos todo nosotros. El fenómeno psicológico del deseo y el de ‘ser encantado’ tienen signo inverso. En aquél tiende a absorber el objeto, en este soy yo el absorbido. De aquí que en el apetito no haya entrega de mi ser, sino, al contrario, captura del objeto”.

posicionase en el sentido del desarrollo existencial de la ecosociedad, por lo tanto, poder optar por generar, apoyar e incrementar el sentido vital de la relación sociedad y naturaleza, aquella capaz de ofrecer los efectos afectivos verdaderamente beneficiosos para la humanidad. Por ende, cavilar, proyectar, dar, donar, ofrecer y enviar con amor se tornarían verbos activos, creadores y afectivos, necesarios para la conformación de las manifestaciones eficientes según proceso de transformación ecosocial. Estaríamos pues ante acciones capaces de abonar adecuadamente, honradamente, la permanente recreación o reinvención de la eco-humanidad. Sería así como el bien social ligado a la conciencia sistémica, se trasvasaría en aquellos actos humanos que facilitarían la aparición de los efectos necesarios. Por consiguiente, sería posible entender que las mentes que trabajan en los ecoproyectos constantemente favorecerían la emergencia de las manifestaciones adecuadas desde las potencias de sus conocimientos co-reflexivos. Desde tal punto de vista, sería posible entender que las personas y las comunidades que proyectan, podrían trasvasar en tales movimientos, todo el amor ecosocial poseído. En este sentido, se evidenciaría un modo de evaluar, de **medir el grado de amor invertido por una comunidad**¹⁸⁸, en su propio desarrollo sistémico. Es decir, que tales procesos sustancialmente creativos, podrían ser evaluados y nutridos por toda la potencia de una conciencia sistémica desligada absolutamente de fines mezquinos, egoístas, miserables o desligados del amor ecosocial. Sería así como toda recreación o reemergencia social dependería del amor invertido por sus inteligencias activas, despiertas y conscientes de la situación sistémica en la que se desarrollan. Es decir, la continuación vital de la humanidad dependería de su propia inversión, de la potencia de sus conocimientos sistémicos trasvasados convenientemente a tiempo. En este estadio, el amor por el bien vital de la ecosociedad mejoraría los movimientos subsistentes desplegados por la humanidad. Por ello, sería posible pensar que este amor lejos de ser ineficaz o excluyente, sería verdaderamente eficaz e incluyente, ya que lograría invertir en todas las sociedades lo necesario para su oportuna reemergencia. Razones que evidenciarían que estaríamos ante la presencia de un amor por el bien social, que sería capaz de trasvasarse o entretejerse en todos los procesos de creación inteligente. Sin duda, tal realidad evidenciaría la existencia de lúcidos movimientos sociales sustentados en un amor sistémico, activo y eficaz, apto para nutrir la cotidiana reemergencia del paréntesis

¹⁸⁸ Véase Max Scheler, *Esencia y formas de la simpatía*, Buenos Aires: Losada, 2004: 211: “*Más ¿por qué así? Por la sencilla razón de que el ‘ser bueno’ moralmente de una persona (en el sentido primitivo) – y para la esfera absoluta incluso único – se mide por el grado de amor que tiene; hasta el valor moral de una ‘comunidad’, por ejemplo, por el grado del amor invertido en general en ella*”.

ecosocial. Además, sería posible pensar que no estaríamos ante la presencia de un **amor al bien mismo**¹⁸⁹, como si este bien fuera una realidad ajena o alejada del bien social. Sino que se estaría ante un amor sistémico del cual se desprendería toda vida o bien ecosocial. Partiendo desde tal posición, todo ecoproyecto sería necesariamente el efecto eficaz y afectivo de un amor sistémico que lograría emanarle, dándole sentido existencial. Es decir, no habría un amor al proyecto, ni un amor al bien, como si ambos fueran realidades o naturalezas externas a la realidad ecosocial. Por lo tanto, se desprendería que todo proyecto y bien ofrecido socialmente, serían inevitablemente realidades emergentes de un amor sistémico que se agitaría en las personas y las ecosociedades. Es decir, que podría evidenciarse una consustancialidad entre amor, bien, proyecto y ecosociedad. Por lo tanto, estaríamos ante un amor sistémico del cual germinarían todos los proyectos beneficiosos para el desarrollo social, que además, podría cultivarse, abonarse y labrarse conscientemente. Desde tal mirada, podría establecerse que el amor sistémico no debería olvidarse, descuidarse o desatenderse, ya que tal situación no ofrecería jamás el bien necesario para el despliegue cotidiano de la humanidad. En este sentido, sería fácil comprender que un modo evidente de amar la vida social sería ecoproyectarla cotidianamente, por lo tanto, se revelaría que amar se conseguiría amando. Solamente con este conocimiento vivo interiorizado, las comunidades ingresarían en un plano activo donde verdaderamente lograrían auto-eco-reinventarse ordinariamente. Por ende, el amor como realidad activa vivificaría los proyectos al comunicarle el sentido sistémico o bien necesario que se requiere para potenciar adecuadamente la reemergencia social. Realidad que podría completarse, al entender que todo el bien enviado se evidenciaría o **resplandecería**¹⁹⁰, en el contexto al cual habría sido destinado y no solamente en la intención de quién le envía. Es decir,

¹⁸⁹ *Ibíd.*, pág. 210: “Pero lo cuestión es ante todo ésta: ¿hay un amor al bien mismo? He aquí – como he mostrado en otra parte – el gran punto de inflexión en el camino de la idea antigua del amor a la cristiana. Según aquella hay un amor al ‘bien’; según ésta es el amor quien porta el valor ‘bueno’ en el más primitivo de los sentidos. Respondo por ende a la pregunta con un no. (...). Más aún: el amor al bien que bien es en sí malo, puesto que es necesariamente fariseísmo, ya que la fórmula del fariseísmo es el mandamiento ‘ama a los buenos’ o ‘ama a los hombres en la medida de que son buenos’ y ‘odia al mal o a los hombres en la medida de que son malos’. Ama a todos, en la medida en que son portadores de valores, es con razón el mandamiento cristiano, y a los malos incluso en medida especial”.

¹⁹⁰ *Ibíd.*, pág. 212: “El mundo no es – como dice en algún sitio Shaw ingeniosamente – un gimnasio moral cuya existencia tenga por fin hacer mejor nuestro carácter. El fariseo quiere ‘parecer’ bueno a sus propios ojos, o parecerlo ‘a los demás’ o a Dios; pero no es bueno (...). En la ejecución misma del acto de amor es donde aparece, donde resplandece en el amante el valor ‘bueno’ en el sentido más primitivo. (...). Esto es válido también con respecto a Dios. La suprema forma de amor a Dios no es el amor ‘a Dios’ como el todo bondad, es decir, a una cosa, sino la coejecución de su amor al mundo (*amare mundum in Deo*) y a sí mismo (*amare Deum in Deo*), es decir, lo que los escolásticos, los místicos y ya antes S. Agustín llamaban ‘*amare in Deo*’ ”.

que todo bien comunicado por la conciencia o amor sistémico, podría vislumbrarse o visibilizarse en sus efectos. En definitiva, sería posible entender que amor al bien ecosocial sería una potencia activa trasladable o comunicable perfectamente a todo el espacio habitable por la humanidad a través de todas y cada una de sus ejecuciones desplegadas inteligentemente. Por consiguiente, alejados o marginados de todo bien puramente discursivo o egoísta, que no llegaría a generar las consecuencias sistémicas necesarias, adquirirían sentido los movimientos inteligentes engendrados de los efectos afectivos. Por lo tanto, lo afectivo ligado al efecto proyectado podría ser visto como una realidad sustancial o significativa entretejida con las potencias racionales de las comunidades que se responsabilizan de su destino. Por ello, los efectos afectivos podrían entenderse como realidades ligadas a procesos proyectuales que cambiarían la vida cotidiana. Sería así, que adquirirían cierta connotación mágica, ya que serían la evidencia de la emergencia de una nueva o sana realidad vital que habitar. Desde esta mirada, sería posible entender que el sentido vital o amor sistémico como realidad trascendente ejercería una succión vital a la sociedad, trasplantándola permanentemente hacia su estadio idóneo de desarrollo. Por ende, las sociedades despiertas sufrirían durante su existencia permanentes **efectos de encantamiento**¹⁹¹, causados por los impulsos ejercidos por su propia conciencia sistémica que les reubicaría continuamente en el estadio vital anhelado. Por lo tanto, estarían moviéndose interminablemente hacia el espacio existencial indicado por el sentido vital o realidad donde tendrían sus raíces hincadas.

Comprender pues, la relación afectividad, efecto, proyecto, manifestación, sociedad, y naturaleza, sería entender los continuos movimientos conscientes de la humanidad por acceder a su estadio vital. Ligado pues a tal realidad dinámica y subsistente, las inteligencias sociales necesariamente se moverían vitalmente, es decir, vinculando íntimamente proyecto y pensamiento afectivo. Tal situación abonaría el desarrollo de

¹⁹¹ Establece José Ortega y Gasset (1966: 49): “*En el amor, lo típico es que se nos escapa el alma de nuestra mano y queda como sorbida por la otra. Esta succión que la personalidad ajena ejerce sobre nuestra vida mantiene a esta en levitación, la descuaja de su enraizamiento en sí misma y la trasplanta al ser amado, donde las raíces primitivas parece que vuelven a prender, como en nueva tierra. Merced a esto vive el enamorado, no desde sí mismo, sino desde el otro, como el hijo, antes de nacer, vive corporalmente de la madre, en cuyas entrañas está plantado y sumido. Pues bien, esta absorción del amante por el amado no es sino el efecto de encantamiento. Otro ser nos encanta, y este encanto lo sentimos en forma de tirón continuo y suavemente elástico que da de nuestra persona. La palabra ‘encanto’, tan trivializada, es, no obstante, la que mejor expresa la clase de actuación que sobre el que ama ejerce lo amado. Conviene, pues, restaurar su uso, resucitando el sentido mágico que su origen tuvo*”.

una inteligencia afectiva, emanada por la naturaleza humana, capacitada para conformar adecuadamente todos los procesos inteligentes de creación, en los cuales se inscribirían todos los ecoproyectos. Desde esta posición, sería necesario hacer ingresar las potencias afectivas de las comunidades en todos y cada uno de sus proyectos desplegados, ya que de este modo, egresarían aquellos efectos verdaderamente efectivos por afectivos, que enriquecerían a tiempo, el desarrollo vital de la relación sociedad y naturaleza. Es decir, podría buscarse una profunda o sustancial reunión entre afectividad, inteligencia, conocimientos, fines, procesos, manifestaciones, efectos y continuación vital de la ecosociedad. Sería así, como tal conciencia activa en cada pliegue social les permitiría potenciar su actividad co-reflexiva que indudablemente les ofreciera los efectos necesarios para su despliegue. En este escenario sapiente y espiritual, las inteligencias que proyectan estarían movidas co-reflexivamente y afectivamente desde los propios inicios de su acción proyectual. En este sentido, sería inexcusable, tanto desde lo individual como desde lo colectivo, proyectar desligados de una conciencia sistémica. Es decir, adheridos a una plataforma puramente egoísta y desligada de toda preocupación por los demás, por el nicho ecológico al cual se pertenece. Aquí es donde podría pensarse en la urgencia de alfabetizar sobre toda realidad sistémica, ligada a la premura social por crear conocimiento y educar sobre la relación afectividad y efectividad vinculada a los procesos de creación. Por lo tanto, toda reunión afectiva entre inteligencia y sociedad propiciada por una realidad co-reflexiva evitaría en todo momento movimientos egoístas. Situación que para ser viable implicaría necesariamente que las inteligencias que proyectan no impondrían ciegamente e inadecuadamente sus envíos. Tal escenario indicaría que podrían desarrollarse proyectos sustentados en una verdadera, profunda o **genuina unificación afectiva**¹⁹², entre inteligencias y ecosociedad, que permitiera la existencia a tiempo de manifestaciones idóneas, desligadas de todo impulso irreflexivo. De este modo, se estaría ante procesos genuinamente inteligentes y afectivos, ya que responderían a esfuerzos por comprender íntimamente las realidades que se desean nutrir. De tal realidad podrían participar los pliegues sociales, que logran auto-conocerse para auto-enviarse lo realmente necesario, sin olvidar jamás su estancia sistémica en la ecosociedad. Hecho que implicaría que no habría realidad absolutamente aislada, sino que toda existencia

¹⁹² Véase Max Scheler, *Esencia y formas de la simpatía*, Buenos Aires: Losada, 2004: 27: “Aquí hay que distinguir ante todo cuatro hechos enteramente diversos. Los llamo: 1. El inmediato sentir algo con otro, por ejemplo, una y la misma pena ‘con alguien’. 2. ‘El simpatizar en algo’, congratulación ‘por’ su alegría y compasión ‘de’ su padecer. 3. El mero contagio afectivo. 4. La genuina unificación afectiva”.

emergería como una naturaleza interconectada con su entorno. Desde esta mirada, podrían enriquecerse cualitativamente los pensamientos y procesos proyectuales, ya que tendrían en cuenta a los destinatarios de lo manifiesto como realidades ligadas al todo vital. Sería así como salvando o **franqueando toda unidad inconexa**¹⁹³, podría enriquecerse la co-reflexión proyectual que nutriría consecuentemente las manifestaciones y efectos ecosociales. En este sentido, las inteligencias que proyectan podrían franquear lo inconexo desde una unidad afectiva, logrando con ello ponerse en el lugar del otro, también como realidad ligada, para enviarle lo mejor según su situación específica. Sin olvidar que lo idóneo sería integrar al otro en el trabajo proyectual, para propiciar la aparición de las manifestaciones adecuadas. Realidad que no implicaría necesariamente que las mentes que proyectan tengan que **vivir lo mismo**¹⁹⁴ que aquellos a los cuales se destinaría lo proyectado. Es decir, que sería posible, por parte de quienes proyectan generar **aprehensiones afectivas y simpáticas sobre toda realidad**¹⁹⁵. Por lo tanto, desarrollar movimientos de acercamientos para comprender intelectual y sensiblemente a los demás en sus situaciones reales. Sin olvidar que esta compleja y voluntaria aproximación no implicaría que los diferentes estados de las cosas, transmigraran a quienes las comprenden. Sería posible pensar que comprender afectivamente, que aprehender las diversas realidades que vive la humanidad, potenciaría notablemente todos los procesos de manifestación y por ende, todos los efectos emergentes. Indudablemente, toda inclinación voluntaria por comprender, de la cual participarían la simpatía, la empatía y todas las potencias intelectivas de la naturaleza humana, permitiría dar sentido vital a todo lo conformado.

¹⁹³ Ver Max Scheler, *Esencia y formas de la simpatía*, Buenos Aires: Losada, 2004: 73: “1. Teoría de Schopenhauer. (...) En la simpatía se franquea según él una unidad del ser que se encuentra en el fondo de la pluralidad de los yoes. Por obra de la simpatía queda destruida pues, una ‘apariencia’ que nos rodea en todos los demás casos y que hace a cada cual considerar su yo como algo real e independiente”.

¹⁹⁴ *Ibídem*, pág. 26: “Pero quién comprende la angustia mortal de alguien que se ahoga no necesita lo más mínimo vivir una angustia mortal real atenuada”.

¹⁹⁵ *Ibídem*, pág. 23: “Tiene perfecto sentido decir: ‘siento muy bien lo mismo que usted, pero no tengo compasión alguna de usted’. El ‘sentir lo mismo que otro’ permanece todavía en la esfera de la conducta cognoscitiva de relieve, el novelista, el artista dramático necesitan poseer en alto grado el don de ‘vivir lo mismo que el otro’. Pero simpatía no necesitan tenerla lo más mínimo por sus objetos ni personajes. Hemos de distinguir rigurosamente, pues, el ‘sentir lo mismo que otro’ y ‘vivir lo mismo que otro’ del ‘simpatizar’. Es, en efecto, un sentir el sentimiento ajeno, no un mero saber de él o simplemente un juicio que dice que el prójimo tiene tal sentimiento; pero no es un vivir el sentimiento real como un estado propio; al vivir lo mismo que otro aprehendemos afectivamente además la cualidad del sentimiento ajeno – sin que éste transmigre a nosotros o se engendre en nosotros un sentimiento real e idéntico. La manera de darse el sentimiento ajeno es en este caso exactamente análoga a la de darse, por ejemplo, un paisaje que ‘vemos’ subjetivamente en la conciencia mnémica, o una melodía que ‘oímos igualmente’; un fenómeno que se diferencia netamente del fenómeno de recordar simplemente el paisaje o la melodía (acaso con el recuerdo concomitante del hecho ‘de haberlo visto u oído’)”.

Por ello, aprehender afectivamente la situación propia y la de los demás, brindaría mayores elementos de juicio para iniciar todos los movimientos proyectuales. Por ende, querer entender y comprender verdaderamente las diferentes situaciones sociales, necesariamente implicaría buscar, crear y tejer todas las vías de aproximación para ello. De este modo, sería posible generar vinculaciones reales y estrechas entre inteligencias que proyectan y realidad ecosocial. Estadio desde el cual sería factible la emergencia de manifestaciones idóneas que potencien el retorno cotidiano de lo social a su dimensión vital. Por consiguiente, los acercamientos afectivos desarrollados por las inteligencias eco-co-reflexivas, propiciarían la existencia de proyectos coherentes según las necesidades ecosociales. En tal sentido, la acción de proyectar como **amor ligado al bien para el prójimo**¹⁹⁶, estaría vinculado a un valor de desarrollo vital, realidad en la cual orbitarían los esfuerzos sistémicos. Desde tal posición, los ecoproyectos no serían nunca realidades superficiales y ajenas a las situaciones sociales, sino que serían un compromiso inteligente y afectivo llevado a cabo cotidianamente. En este sentido, cobraría valor trascendente toda co-reflexión sobre la aproximación o acercamiento afectivo entre inteligencias y ecosociedad, para ofrecer las manifestaciones y efectos sistémicamente necesarios. Desde tal escenario, podría decirse que el efecto afectivo de todo ecoproyecto, sería una fuerza vital capaz de emerger a tiempo para potenciar la vida ecosocial. Por ello, los resultados del pensamiento afectivo, sustentado en una conciencia sistémica, podrían comprenderse como impulsos de la naturaleza humana que vivificarían notablemente los procesos subsistentes de las sociedades. En tal sentido, la **unidad que es cada inteligencia**¹⁹⁷ que ecoproyecta, podría perfectamente trascenderse y moverse cotidianamente junto a los demás para reconformar conscientemente el paréntesis social interconectado con la naturaleza.

¹⁹⁶ *Ibidem*, pág. 22: “El amor al prójimo exige y trae consigo a menudo que padezcamos porque el prójimo pueda alegrarse de ‘algo semejante’ por ejemplo, cuando es cruel y se alegra de atormentar a otro; la mera simpatía, por el contrario, es en cuanto tal completamente ciega para el valor de la vivencia correspondiente. En los actos de amor y odio está esencialmente presente un valor o un no-valor; (...). La simpatía es, pues, en cualquiera de sus posibles formas, y por principio, ciega para los valores”.

¹⁹⁷ Según Josef Pieper (2003: 507): “Consigno mismo se vive en unidad, y este ser-uno está por encima del hacerse-uno con otro (*unitas est potior unione*). Y de la misma forma que el ser uno es lo primero frente al hacerse uno con otro, así también es el amor que se tiene el hombre a sí mismo la forma primigenia y la raíz de la amistad. La amistad que sentimos hacia el otro consiste en portarnos con él como con nosotros mismos”.

3.3. *Sinfonía vital*

Este punto trata de toda repetición o sinfonía vital inmunológica que sustentada en una lengua áurea, potenciaría todo éxodo migratorio de la ecosociedad, es decir, todo auto-re-nacimiento ordinario proyectado por la eco-humanidad. Posición emergente a consecuencia del contacto con el pensamiento de Beatrice Lane Suzuki, Friedrich Nietzsche, Josef Pieper, José Ortega y Gasset, Michel Maffesoli, Mircea Eliade, Tomás de Aquino y Thomas Raymond.

Sin duda, podría pensarse que ligar el lenguaje áureo o amor sistémico a todos los procesos de recreación inteligente de la ecosociedad sería una tarea difícil de desarrollar convenientemente, si no se estuviera acostumbrado a crear y creer desde tales relaciones sustanciales. Sin duda, todo ecoproyecto como realidad emanada o sustentada en tal lengua de oro, generaría los efectos afectivos necesarios que potenciarían los tránsitos sociales. Dichos movimientos, podrían constituirse en realidades habituales para la humanidad, en la medida que se comprenda verdaderamente su trascendencia vital. Por lo tanto, el lenguaje de oro o amor sistémico dejaría de ser un hecho infrecuente de la modernidad, para pasar a ser una potencia **alternativa de la posmodernidad**¹⁹⁸. Tal situación de recreación social estaría sustentada en un **amor sistémico**¹⁹⁹, que atendería todas las transformaciones sociales y por ello, podría desarrollar ecoproyectos capaces de ofrecer los efectos subsistentes adecuados. Dentro de tal escenario de regeneración social, los ecoproyectos emergerían como consecuencia de una conciencia sistémica que hablaría una lengua de oro para la emergencia de manifestaciones y efectos, aquellos que ligarían íntimamente naturaleza y sociedad. Por lo tanto, todos los ecoproyectos serían efectos de pensamientos y acciones sistémicas, de una lengua áurea o de una **ecologización del mundo**²⁰⁰, que no concebiría a la naturaleza como un objeto a

¹⁹⁸ Establece Michel Maffesoli en Gianni Vattimo y otros, *En torno a la posmodernidad*, Barcelona: Anthropos, 1994: 104: “Asimismo, puede decirse que todo lo que suele llamarse ‘posmoderno’ es sencillamente una forma de distinguir la unión que existe entre la ética y la estética (...). Vamos a entenderlo, por comodidad, como el conjunto de categorías y de sensibilidades alternativas a las que prevalecieron durante la modernidad”.

¹⁹⁹ Véase, José Ortega y Gasset (1966:54): “Un paso más y podremos decir sin excesiva extravagancia que el amor es un hecho poco frecuente y un sentimiento que sólo ciertas almas pueden llegar a sentir; en rigor, un talento específico que algunos seres poseen, el cual se da de ordinario unido a los otros talentos, pero puede ocurrir aislado y sin ellos”.

²⁰⁰ Establece Michel Maffesoli sobre el vitalismo en Gianni Vattimo y otros, *En torno a la posmodernidad*, Barcelona: Anthropos, 1994: 106: “Éste puede adoptar distintas formas. Por mi parte, lo vería, contemporáneamente, como el rebasar la estricta separación naturaleza/cultura. Sobre una separación de este tipo se apoya la epistemología moderna. Sin embargo, actualmente hoy numerosos indicios que desvelan la confusión entre los dos polos en cuestión: o por lo menos su interpenetración. Lo

explotar egoístamente. Sino que la consideraría y vivenciaría como una realidad consustancial a la naturaleza subsistente de la humanidad. Sería así como todo ecoproyecto como efecto del amor sistémico, podría desarrollarse nutrido por las nuevas realidades sociales. Por lo tanto, podría contemplar sus aspectos lúdicos, sus imaginarios grupales y todo aquello despreciado por la modernidad o invisible para ciertas inteligencias. Tal incorporación afectiva o sistémica a toda reflexión creadora, podría considerarse como un **hiperracionalismo**²⁰¹, como un enriquecimiento del pensamiento humano que potenciaría toda su realidad co-reflexiva. Se estaría pues, ante una realidad que permitiría que todas las acciones inteligentes y afectivas desplegadas subsistentemente pudieran ser desarrolladas desde una **fuerza colectiva**²⁰² ofrecida por las potencias ligadas de los diferentes grupos sociales, que lograrían dar sentido vital a toda manifestación y efecto emergente. Donde lo contrario, sería engendrar o causar manifestaciones y efectos que adolecerían de lo necesario para la revitalización o regeneración cotidiana de toda ecosociedad. Por consiguiente, de los proyectos no afectivos, solamente emergerían efectos que no tendrían en cuenta los cambios sociales, sus diferentes sensibilidades alternativas y la relación sociedad y naturaleza. Por lo tanto, serían realidades que no estarían enriquecidas por una fuerza colectiva y creadora capaz de potenciar vitalmente, afectivamente e inteligentemente, todo cambio ecosocial. Desde tal situación, sería entendible pensar en la necesidad de incrementar la existencia de proyectos verdaderamente solidarios, que sinceramente contemplaran las necesidades íntimas de los demás, de los diferentes colectivos emergentes en las sociedades. Como también sería entendible, no fomentar todo desarrollo de proyectos e inteligencias que estuvieran tristemente imantados por tendencias egoístas y no sistémicas. Sin duda, toda alfabetización sobre tal realidad se convertiría en una experiencia necesaria que potenciaría la conciencia sistémica o ecologización de la sociedad. En este sentido,

que puede resumirse en la conocida fórmula: culturización de la naturaleza, naturalización de la cultura. En otras palabras, la referencia al entorno social está inextricablemente ligada a la que remite al entorno natural. Son muchos los campos en los que una 'ecologización' del mundo se hace patente. Ya sea en la manera (y en la materia) de vestirse, de alimentarse, en lo relacionado con la calidad de vida, sin olvidar las filosofías y otras formas de producir, la naturaleza ya no es sólo un objeto a explotar, sino que se convierte en un compañero imprescindible. Y es fácil prever que un vitalismo como éste esta destinado a desarrollarse".

²⁰¹ *Ibidem*, pág. 108: "El reconocer la 'no-lógica' de la obra no remite a un irracionalismo cualquiera. Muy al contrario, el hecho de integrar parámetros como lo imaginario, lo lúdico, lo onírico puede ser sinónimo de lo que C. Fourier llamaba el hiperracionalismo".

²⁰² *Ibidem*: "El hecho de experimentar en común suscita un valor, es un sector de creación. El que ésta sea macroscópica o minúscula, el que se apegue a los modos de vida, a la producción, al entorno, incluso a la comunicación, no supone ningún cambio. La fuerza colectiva crea una obra de arte: la vida social en su conjunto y en sus distintas manifestaciones. Por lo tanto, es a partir de un arte generalizado como puede comprenderse la estética, como facultad de experimentar en común".

estaríamos ante una **socialidad o solidaridad orgánica**²⁰³, ante movimientos ecoprojectuales afectivos y efectivos que contemplarían todo el potencial y las necesidades de la naturaleza humana, incluyendo evidentemente su realidad simbólica, todos sus imaginarios cotidianos. Desde tal mirada, sería posible entender como el lenguaje de oro, como el conocimiento sistémico, podría impulsar la creación de aquellos estadios existenciales necesarios para el desarrollo de las sociedades, de la eco-humanidad, alejándose evidentemente de todo efecto vinculado a beneficios personales egoístas o asistémicos. Por lo tanto, podría entregar cada eco-proyecto, desde una sabiduría afectiva o sistémica, todos los ecos necesarios para la regeneración de la ecosociedad. Regeneración vital que implicaría necesariamente una reemergencia del espacio existencial idóneo para su despliegue conveniente. En este sentido, podría atenderse que los beneficios o bien sistémico ofrecido por los proyectos, implicaría la emergencia de los efectos afectivos necesarios. Sería así evidente, como la conciencia sistémica, el verbo áureo y el conocimiento co-reflexivo poseído, podrían potenciar los tránsitos vitales de los diferentes grupos sociales. De este modo, las personas podrían participar voluntariamente de los procesos de reemergencia social, logrando con ello ofrecer oportunamente a la sociedad su bien necesario, constituyendo tal acto, acción y obra, la **prueba de su amor sistémico**²⁰⁴. De este modo, todo conocimiento, toda sabiduría individual y colectiva, sustentada en un sentido vital, otorgaría, daría, donaría, ofrecería, entregaría, los beneficios adecuados para la expansión colectiva. Por lo tanto, cada ecoproyecto no sería más que una obra colectiva y co-reflexiva de amor sistémico. Inmersos en esta situación, podría pensarse perfectamente que los efectos sistémicos serían consecuencia de ecoproyectos sustentados en un sentido solidario y orgánico, es decir, de lo que podría denominarse afecto incluyente a modo de **amor ecoprojectual indiscriminado**²⁰⁵. Realidad que permitiría establecer que toda sabiduría afectiva ligada

²⁰³ Ibídem, pág. 107: “La solidaridad mecánica, el instrumentalismo, el proyecto, la racionalidad y la finalidad pertenecen al campo de lo social. En cambio, la socialidad contempla el desarrollo de la solidaridad orgánica de la dimensión simbólica (comunicación), de la ‘no-lógica’ (V. Pareto), preocupación del presente”.

²⁰⁴ Véase, Josef Pieper (2003: 502): “Kant piensa que el bien es difícil y que el criterio del valor moral de una cosa es la dificultad que esa misma cosa implica. (...). Su irreductible insistencia en afirmar que la verdadera prueba del amor son las obras merece respeto y atención, y no debería desecharse esa opinión demasiado ligeramente diciendo que se trata de un ‘rigorismo moral’”.

²⁰⁵ Establece Beatrice Lane Suzuki (1961: 45): “Cuando Buda alcanzó el Esclarecimiento bajo el árbol Bodhi, dos caminos se abrieron ante él: uno, el de guardar su conocimiento para sí y entrar en el deleite del Nirvana; el otro, instigado por la compasión hacia otros seres, el de quedarse en el mundo y entregar los beneficios de su sabiduría a todos. Estos dos caminos señalan la diferencia entre el Hinayana y el Mahayana, pues mientras el Hinayana, aunque de ningún modo ignora la compasión por los demás, pone sin embargo el énfasis sobre el esclarecimiento individual; el Mahayana, por otra parte, sin descuidar la

a los proyectos, daría beneficios sustanciales que permitirían la regeneración vital de las ecosociedades. Por ende, un conocimiento unido al sentido vital, a la conciencia sistémica, a la lengua de oro, emergería como una sabiduría trascendente que se revelaría como un movimiento afectivo capaz de donar a los demás gozosamente lo necesario. Tal realidad implicaría, que todo ser que ecoproyecta podría perfectamente **alegrarse por la felicidad del otro**²⁰⁶, por el bienestar de aquel al cual le estaría ofreciendo alegremente las condiciones existenciales necesarias para su reemergencia cotidiana. Sin lugar a dudas, este podría ser el sentido absoluto de toda sabiduría sistémica y afectiva, cuyo valor se expresaría en los cambios sociales proyectados con alegría para los demás. Tal mirada indicaría que las mentes que ecoproyectan, participantes de la conciencia sistémica y de su propio **libre albedrío**²⁰⁷, no se guardarían los conocimientos poseídos para sí mismas, sino que trabajarían permanentemente e incansablemente para enriquecer y mejorar las diferentes realidades sociales.

Tal situación podría entenderse como un desafío permanente que llevarían voluntariamente sobre sí las personas, grupos y sociedades que ecoproyectan, evidenciando sin duda una ecologización de la humanidad. Realidad que traería aparejado que las inteligencias afectivas que regeneran cotidianamente la vida social, se

sabiduría, acentúa no obstante la compasión hasta tal extremo que, en este aspecto del budismo, eclipsa al Hinayana. Como lo señalara un autor (D.T. Suzuki, en Outlines of Mahayana Buddhism), 'el Mahayana se apoya fuertemente sobre dos piernas, Prajna y Karuna, idealismo trascendental y afecto indiscriminados'. En el Mahayana se alcanza la sabiduría en mérito a la práctica de la compasión ¿De qué sirve el propio esclarecimiento – pregunta el Mahayana – si no es para llevar a los demás hacia el mismo summum bonum? No es tanto el esclarecimiento individual como el esclarecimiento universal, el objetivo del Mahayana”.

²⁰⁶ Ver Josef. Pieper (2003: 500): “Amar es alegrarse con el otro. Leibniz, en cambio, da una magnífica definición de amor y, además, dentro de un contexto que no era de esperar. En su *Codees juris genitum diplomaticus* nos dice: ‘Amor quiere decir alegrarse de la felicidad del otro’. Y dado que uno puede preguntarse: ¿y que ocurre entonces con la realidad del amor si el otro no es feliz?, Leibniz vuelve a perfilar más exactamente su pensamiento en los *Nouveaux Essais*: ‘Amor quiere decir sentirse inclinado a alegrarse en la perfección, en el bien y en la felicidad del otro’”.

²⁰⁷ Ver Tomás de Aquino, *Summa Theologiae* I, q. 83, a. 1, in c: “En el hombre hay libre albedrío. De no ser así, inútiles serían los consejos, las exhortaciones, los preceptos, las prohibiciones, los premios y los castigos. Para demostrarlo, hay que tener presente que hay seres que obran sin juicio previo alguno. Ejemplo: Una piedra que cae de arriba; todos los seres carentes de razón. Otros obran con un juicio previo, pero no libre. Ejemplo: Los animales; la oveja que ve venir al lobo juzga que debe huir de él, pero lo hace con un juicio natural y no libre, ya que no juzga analíticamente, sino con instinto natural. Así son los juicios de todos los animales. En cambio, el hombre obra con juicio, puesto que, por su facultad cognoscitiva, juzga sobre lo que debe evitar o buscar. Como quiera que este juicio no proviene del instinto natural ante un caso concreto, sino de un análisis racional, se concluye que obra por un juicio libre, pudiendo decidirse por distintas cosas. Cuando se trata de algo contingente, la razón puede tomar direcciones contrarias. (...). Ahora bien, las acciones particulares son contingentes, y, por lo tanto, el juicio de la razón sobre ellas puede seguir diversas direcciones, sin estar determinado a una sola. Por lo tanto, es necesario que el hombre tenga libre albedrío, por lo mismo que es racional”.

mantendrían en un estado de alerta para trabajar con los demás y sobre las consecuencias que generarían todos los proyectos elaborados, ya que éstas incidirían en la salud sistémica de la humanidad. Desde tal mirada, podría comprenderse que los escenarios, estadios o paréntesis de ideación fortalecidos por las fuerzas colectivas, serían claramente potencias capaces de participar significativamente en la regeneración o reinención social, siempre y cuando no sean rehenes de apetencias egoístas. Como consecuencia clara o evidente, todo proceso de ideación colectiva, profunda y sistémica, podría comprenderse y vivenciarse como un medio, camino o puente idóneo para arribar a los estadios vitales necesarios. Sería así que sus objetivos, fines o tendencias, estarían inclinados hacia la búsqueda de oportunidades de desarrollo para todas las personas y colectivos. Por lo tanto, sería posible entenderles como verdaderos umbrales vitales. Estaríamos pues, ante proyectos que se ofrecerían como senderos, vías o puertas de acceso que conducirían a nuevas realidades, a nuevos espacios vitales reinventados permanentemente por la humanidad. Indudablemente, en la finalidad de incluir a todas las personas que de ellos deseen participar. Espacios de ideación colectiva que surgirían como válidas ocasiones de desarrollo vital, tanto biológico como simbólico, sustentados en un lenguaje de oro o amor sistémico. En este sentido, tales esfuerzos arduos y conscientes, serían entendidos como vías de ingreso o umbrales conectores que conectarían a las personas con su estadio vital ideal o nirvana ecosocial. Por lo tanto, todo proyecto afectivo implicaría atención no solamente al bien de la humanidad en general, sino que además de ello, buscaría particularmente favorecer o beneficiar a las pequeñas comunidades de donde habría emergido. Incluso podrían **abrazar solidariamente**²⁰⁸ a los más necesitados o desfavorecidos. Razón por la cual podría comprenderse como movimientos inteligentes solidarios e incluyentes, ya que se revelarían como meditados portales de acceso a estadios vitales, a los cuales todos tendrían derecho a participar. Se estaría pues, ante proyectos afectivos y vitales, es decir, ante un **upaya proyectual**²⁰⁹ cuya tendencia sería solidaria y sustentada en un

²⁰⁸ Posición diametralmente opuesta a lo que plantea Friedrich Nietzsche, *El Anticristo*, Madrid: Debate, 1998: 13: “*Los débiles y los fracasados deben perecer; ésta es la primera proposición de nuestro amor a los hombres. Y hay que ayudarles a perecer*”.

²⁰⁹ Ver Thomas Raymond. (1971: 33): “*El Mahayana (gran vehículo) es la Escuela del Norte y en ocasiones resulta muy difícil llegar a establecer una diferencia entre las dos escuelas. El Mahayana acepta la curiosidad, el interés por las cosas intelectuales y considera las creencias populares que buscan vías más sencillas, como aceptables. Pero su verdadero objetivo es hallar ‘medios hábiles’ (Upaya), permitiendo a la mayor cantidad de gente posible, entrar en el Nirvana. Estos upayas pueden ser de todas las maneras. Los emplean los Bodhissattvas para alumbrar a los hombres, mediante el espíritu de compasión universal. El medio utilizado por Cakayamuni resulta demasiado difícil para la mayoría. El Bodhissattva considera y aprecia a todos los demás como a sí mismo, y tiene para ellos*

lenguaje áureo. Tal mirada permitiría entender que las acciones proyectuales y sus finalidades, no tendrían por qué abandonar los sectores más débiles de las sociedades, por ende, podrían incidir adecuadamente en el desarrollo total de la misma. Sería desde esta posición, posible visualizar cómo cobraría sentido la afectividad, el lenguaje de oro y la conciencia sistémica que caracterizaría a todos los ecoproyectos, convirtiéndolos sin ninguna duda, en vías, umbrales o llaves de acceso a los estadios vitales necesarios para el desarrollo de toda la humanidad. Por consiguiente, las decisiones de las diferentes comunidades por generar tales realidades inteligentes, afectivas e incluyentes, implicarían de cierto grado de conciencia sobre sí mismas y la situación planetaria en la que se encuentran. Desde tal luz o conocimiento emergente, podrían tejer aquellas manifestaciones necesarias para su continua y subsistente reinención social. Estaríamos pues, ante una conciencia sistémica que permitiría a las personas, grupos sociales y sociedad en general, comprender el sentido de todo aquello que manifiesten. Por supuesto, sería dentro de esta realidad que todo conocimiento tendría sentido trascendente, ya que facilitaría los movimientos de ingreso de los diversos grupos sociales a sus estadios vitales. Esta mirada revelaría que crear y acceder a los espacios habitables, requeriría comprensión sobre las relaciones entre sociedad y naturaleza, es decir, sobre la situación sistémica en que la humanidad se encuentra. Por lo tanto, desconocer tales circunstancias, implicaría una carencia sustancial durante los procesos de reinención social. Indudablemente, toda ignorancia vinculada a la situación ecosocial, donde lo humano cotidianamente se despliega, se convierte en una desventaja enorme que solamente podría generar **sufrimiento**²¹⁰, ya que debilitaría sustancialmente

pensamientos de amor, bienquerencia y simpatía. Su voto principal es entrar en el Nirvana únicamente cuando todos los seres quieren acompañarle. No desea salvarse solo y abandonar a la Humanidad a su triste suerte, sometida a la Ley de la Causalidad. Desea que sus propios méritos, adquiridos durante sus vidas sucesivas sean provechosos a todos, y quiere quedarse como guía (gurú) y ejemplo para ayudar a sus semejantes a salvarse a su vez. Hina significa 'pequeño'. ¿Por qué pequeño? Porque el Hinayana tiene en cuenta un único medio de salvación, el ascetismo con la meditación, es decir, la Vía enseñada por Buda y eso entraña la salvación para sí mismo. Maha, significa 'grande', porque el Mahayana tiene en cuenta varios sistemas (upaya) para salvarse a sí mismo y a los demás. En el Mahayana, el Zen es una 'upaya', es decir, uno de los métodos basado sobre el Dhyana (meditación-concentración). No obstante, existen otros muchos métodos que pueden ser considerados: la Dialéctica de Nagarjuna, la Fe en Amithaba (el Buda de Luz Infinita), el Amor (Baki), el Yoga (Yogagara), el Tantrismo (Recitación de Tantras), el Lamaismo (poderes extraordinarios), etc., etc... Todos estos métodos tienen como objetivo único, ayudar a la humanidad entera a encontrar su camino de liberación, de acuerdo con sus posibilidades y su mentalidad. El Hinayana es considerado por el Mahayana, como un 'Upaya'".

²¹⁰ *Ibidem*, pág. 57: "Es lo que el Buda ha designado como la tercera causa del sufrimiento humano, la ignorancia. Las dos primeras causas son: el deseo y la falta de dominio de sí mismo. La palabra ignorancia debe ser interpretada como falta de conocimiento y también como conocimientos erróneos. La ignorancia es la causa de las otras dos, puesto que si se sabe, nadie sería dominado por los deseos, ni entorpecido por la carencia de Voluntad. Según el Karma (Ley de la Causalidad) si suprimimos las causas de los sufrimientos, suprimimos también éstos".

toda manifestación y efecto sistémico proyectado. Como consecuencia, sería posible pensar que todo sufrimiento o consternación social, podría ser causada por una ignorancia manifiesta en la ausencia de conocimientos sistémicos, en la presencia de una ciencia errónea y en toda tendencia egoísta que desnaturalizaría las conformaciones proyectadas. De este modo, toda ignorancia o ausencia de conciencia sistémica generaría situaciones donde solamente podrían prosperar manifestaciones y efectos contrarios al desarrollo de una ecosociedad. Desde tal posición, sería posible ver como la ignorancia, el desconocimiento, la ausencia de una verdadera comprensión sobre el desarrollo ecosocial y la falta de voluntad creadora, llevaría indudablemente a una continua aparición de efectos nocivos para la subsistencia biológica-simbólica de la humanidad. Por tales razones, sería posible establecer que a mayor ignorancia sobre la conciencia sistémica, habría menor afectividad y búsqueda del bien de los demás en las acciones proyectuales, por lo tanto, existiría una debilitada o nula inyección vital sobre las realidades ecosociales. Es decir, que a mayor ignorancia e insensibilidad de la sociedad habría mayor ausencia de beneficios sistémicos. Por lo tanto, cada ecoproyecto sería un **movimiento consecuente**²¹¹ de las inteligencias humanas, aquellas que serían en definitiva las responsables de reconformar o reinventar su propio paréntesis vital o nicho existencial. Como consecuencia, podría pensarse que habría un valor vital en todo movimiento transformador, inteligente, voluntario y afectivo desarrollado por las mentes que proyectan, que estaría sustentado desde sus orígenes en una lengua de oro o amor sistémico. Conjuntamente con ello, sería posible entender la verdadera potencia del pensamiento co-reflexivo, afectivo y áureo de la sociedad, revelándose así, como causa significativa de las manifestaciones y efectos proyectados. Por ende, sería entendible comprender que las acciones transformadoras de las ecosociedades estarían sustentadas en los pensamientos afectivos desarrollados por la naturaleza humana. Sería de esta manera como el pensamiento co-reflexivo y áureo, emergería como una energía colectiva germinal capaz de reinventar las sociedades durante sus tránsitos vitales. Sin duda, estaríamos ante esfuerzos precisos por modificar todo lo necesario para potenciar el tránsito permanente de la humanidad hacia su estadio vital. Se comprendería pues, desde tal posición, que todo aquello informe o amorfo, es decir que no tendría la forma adecuada para la subsistencia social, podría ser reconformado o reconfigurado por las

²¹¹ *Ibíd.*, pág. 58: “La concepción del mundo evoluciona con el estado del espíritu de cada uno, de sus conocimientos, del punto de vista escogido y del momento. En las ciencias hay una evolución de este tipo. Antes, todas las informaciones que nos daban los sentidos hacía suponer que la tierra era un plano inmóvil, ahora sabemos que no es cierto y con los mismos sentidos vemos las cosas muy diferentes”.

inteligencias humanas, hasta que logre adecuarse a sus fines ecosociales. Como consecuencia, podría establecerse que los esfuerzos colectivos, inteligentes y afectivos, sustentados en el amor sistémico, constituirían la fuerza reunida necesaria que potenciaría cotidianamente las transformaciones subsistentes de la ecosociedad. Sería así, que la victoria cotidiana ecosocial dependería del fluir de toda conciencia sistémica, que lograría trasvasarse en cada una de las acciones inteligentes desplegadas por la humanidad. De este modo, brotaría y germinaría la vida social sostenible, como realidad que podría ser irrigada por todas las acciones ordinarias llevadas a cabo por las eco-inteligencias que trabajarían incansablemente por el bien sistémico. Es decir, que la relación o asociación de potencias y conocimientos individuales, podría generar la existencia de una fuerza capaz de recrear o reinventar la sociedad según las circunstancias específicas. Sería posible pensar que de este modo, la humanidad efectivamente podría auto-sostenerse y auto-regenerarse, inteligente y afectivamente, siempre y cuando lograra mantenerse en plena armonía con su entorno natural. Sin duda, tal situación potenciaría verdaderamente su estar simultáneamente ante sí misma y ante el cosmos, para desde tal unidad poder desarrollar sus potencias, sus ecoproyectos y todos los efectos afectivos necesarios para su auto-re-generación ecoexistencial, ecosocial. Sería así, como cada inteligencia particular participaría simultáneamente de sí misma y de su ser ligado a los demás, a la ecosociedad, en cada proyecto que desarrolle. Por consiguiente, toda auto-re-inversión social se revelaría como una victoria del pensamiento afectivo, individual y colectivo, sustentado en un amor sistémico o lengua áurea capaz de crear, originar o sencillamente potenciar lo vital. Por ello, la inteligencia colectiva, el pensamiento humano, emergería como una fuerza **vencedora de lo informe**²¹². Es decir, triunfante ante toda realidad circundante amorfa, sin sentido o adversa a sus pretensiones vitales, como lo sería una vida desligada de la naturaleza. Sin duda, es posible ver toda vida disociada de la naturaleza como una realidad amorfa y sin sentido que impediría el desarrollo de toda sociedad inteligente y afectiva. Por lo tanto, la conciencia sistémica y el lenguaje de oro se revelarían como las fuerzas que podrían

²¹² Establece Mircea Eliade (1998: 40): “Como tendremos ocasión de volver a decir, el dragón es la figura ejemplar del monstruo marino, de la serpiente primordial, símbolo de las aguas cósmicas, de las tinieblas, de la noche y de la muerte; en una palabra: de lo amorfo y de lo virtual, de todo lo que no tiene aún ‘forma’. El dragón ha tenido que ser vencido y despedazado por el dios para que el cosmos pudiera crearse. Así, del cuerpo del monstruo marino, Tiamat, Marduk creó el mundo. Yahvé creó el universo después de su victoria contra el monstruo primordial Rahab. Pero, como se ha de ver, esta victoria del dios sobre el dragón debe repetirse simbólicamente cada año, pues cada año el mundo ha de ser creado de nuevo. Igualmente, la victoria de los dioses contra las fuerzas de las tinieblas, de la muerte y del caos se repite en cada victoria de la ciudad contra sus invasores”.

transformar toda sociedad en ecosociedad. Desde esta posición, todos los ecoproyectos perfectamente podrían entenderse y connotarse como los efectos de las fuerzas co-reflexivas de la humanidad, que cíclicamente, periódicamente, lograrían transformar lo informe o asistémico en aquellas realidades fértiles propicias para su desarrollo biológico y simbólico. Por lo tanto, cada proyecto como consecuencia del pensamiento afectivo, individual y colectivo, emergería como evidencia de la existencia de una repetición vital practicada por la humanidad. Es decir, se podría estar ante la presencia de una autogénesis eterna, permanente y repetitiva, que perfectamente podría ser cultivada conscientemente y cuidadosamente por la eco-humanidad. Por tales razones, serían de esperar tales repeticiones vitales, tales actitudes creativas individuales y colectivas, tales efectos sistémicamente adecuados generados a tiempo. Así como también ligado a ello, todas las estrategias de alfabetización sobre tales realidades trascendentes. Sin duda, toda reiteración de proyectos ligada a la subsistencia de la ecosociedad, estaría evidenciando que tal estadio vital anhelado nunca se conseguiría perpetuamente por haberle alcanzado una vez, sino que serían necesarias permanentes reinveniones vitales para permanecer junto a él en estado de alerta. Tal situación demostraría la existencia de un ritmo, cadencia o movimiento rizomático de acciones inteligentes capaces de ofrecer a la sociedad una consonante secuencia de efectos necesarios. Por consiguiente, el sostenimiento de la vida ecosocial se vería potenciado por mentes lúcidas, despiertas, alertas e inclinadas al bien subsistente, capaces de desplegar o participar de diferentes sinfonías æfectivas de reinención, de recreación social. Donde tales sucesiones inteligentes, afectivas y efectivas, lograrían potenciar verdaderamente la auto-re-invencción social, evidenciando una autogénesis eterna de la ecosociedad. Por lo tanto, estaríamos ante una auto-re-emergencia de la humanidad o nacimiento repetitivo cultivado por la misma, que perfectamente podría comprenderse como una sinfonía æfectiva necesaria. Siendo por tal razón, posible pensar que esta o estas sinfonías vitales o acordes subsistentes, podrían convertirse con mayor o menor visibilidad, en una savia esencial que vivificaría la ecosociedad. Desde esta mirada, podría existir una conciencia sobre los procesos auto-re-creativos de la humanidad, entendiéndoles como fuerza vital. Por ende, se haría lógica toda espera, toda recepción de las sociedades, de la multiplicidad de efectos afectivos o æfectos donados por las inteligencias co-reflexivas que proyectan. Por lo tanto, podrían las sociedades desplegar, esperar, recibir y enviar, según las circunstancias específicas, aquellos acordes vitales necesarios para su subsistencia. Asimismo, podría descubrirse y vivenciarse en la

presencia de toda sinfonía vital, aquellas oportunidades que permitirían el ingreso a los estadios donde la vida se desarrollaría con mayor plenitud. Es decir, que tales sinfonías podrían comprenderse como un *kairos* vital o tiempo oportuno para la reemergencia ecosocial. Sin duda, desde todas las cadencias vitales desarrolladas voluntariamente a tiempo por la humanidad, podrían transformarse adecuadamente aquellas circunstancias informes que detendrían el despliegue ecosocial. Esto implicaría que las situaciones adversas podrían ser tornadas a través de esfuerzos afectivos en nuevas circunstancias adecuadas para la vida social. Por ende, la humanidad desplegando una continua auto-génesis o reinención cotidiana, estaría en permanente migración trascendente hacia estadios donde la vida es posible. Sería así, que la conciencia sobre tal dinamismo migratorio, fortificaría todos los procesos de reemergencia ecosocial, dándole sentido existencial o razón de ser a todo ecoproyecto. Por consiguiente, todo afecto auto-donado por la ecosociedad durante sus movimientos autogénicos y migratorios, provocaría indefectiblemente la emergencia de mayores oportunidades o probabilidades de continuación existencial. Tal escenario vital traería como consecuencia inmediata y trascendente, una plena conciencia de que la ecosociedad puede vivir a causa de sus propias fuerzas afectivas, cuando son activadas adecuadamente a tiempo. De este modo, esta situación se convertiría en un efecto vital en las inteligencias sociales que se auto-eco-reproyectan. Realidad eco-consciente que podría perfectamente erigirse como un elemento principal de todos los procesos de reemergencia social. Es decir, todo flujo vital, multiplicidad de proyectos o sinfonía afectiva, potenciaría sustancialmente todos los esfuerzos subsistentes de la ecosociedad, nutrida por sus co-reflexiones vitales. Podría pensarse pues, que la conciencia sobre los efectos del flujo vital, daría significado y sentido a todos los ecoproyectos. Realidad que permitiría comprender toda cadencia vital o corrientes intencionales de las ecosociedades, como la fuerza colectiva capaz de nutrir los esfuerzos subsistentes de la humanidad.

Dentro de esta dimensión reflexiva, podría entenderse como la conciencia de la existencia de una cadencia reemergente cotidiana, estaría posibilitando, fortaleciendo, toda regeneración social. Realidad que revelaría a las sociedades como fuerzas potenciales capaces de auto-re-inventarse conscientemente dentro de un fin subsistente. Situación que demostraría sus capacidades para vencer ordinariamente toda realidad informe, toda situación contraria a su continuación vital. Desde esta mirada, podría comprenderse que estaríamos ante una sinfonía de ecos inteligentes afectivos capaces

de generar permanentes renacimientos contextuales y sociales. Desvelándose pues, un cotidiano equilibrio entre las fuerzas vitales y las mortales, gracias a los esfuerzos vivificadores o sistémicos. Por lo tanto, toda estrategia o movimiento de reemergencia existencial practicado por la humanidad, podría vincularse perfectamente a una **cosmogonía**²¹³, donde la cadencia vital o multiplicidad de proyectos potenciaría la continua recreación ecosocial. En este sentido, todos y cada uno de los eco-proyectos participarían de una permanente recreación o regeneración del mundo, realidad necesaria para la extensión vital. Por ende, toda cosmogonía se erigiría como un modelo, pauta, guía o realidad para tener en cuenta en cada gesto creador desarrollado por las ecosociedades conscientemente subsistentes. Sería en este sentido de lo emergente, como toda frecuencia o sinfonía creadora podría entenderse como un movimiento o fluido vital capaz de perpetuar cotidianamente la vida ecosocial. Por lo tanto, sus efectos se revelarían trascendentes, ya que serían evidencia de una auto-regeneración de la humanidad en su estadio sistémico. Desde tal mirada, podría comprenderse que toda frecuencia proyectual podría incidir vitalmente en los tránsitos subsistentes de las ecosociedades, es decir, en sus transformaciones cotidianas. Razón por la cual tomaría relevancia toda cosmogonía sobre la creación de mundo, del universo, ya que se ofrecería como un legado, como una herencia sustancial que potenciaría todo proceso co-reflexivo creador de la humanidad. Por lo tanto, sería posible comprender como toda cosmogonía podría convertirse en fuerza motriz o energía creadora desplegada en cada proyecto con la finalidad de nutrir todo desarrollo ecosocial. Por ende, toda fuerza que intentara impedir los efectos sistémicos de tales sinfonías o flujos de reinención vital, podría connotarse como un **archidemonio**²¹⁴, como una potencia adversa que solamente ofrecería un caos existencial donde lo humano no sería posible. Realidad que revelaría que lo informe, lo desordenado no sería más que la materia o masa con la cual trabajarían cotidianamente las inteligencias que ecoprojectan. Por ello sería, que toda eco-inteligencia social buscaría permanentemente

²¹³ Ibidem, pág. 38: “Siguiendo de ello que toda construcción o fabricación tiene como modelo ejemplar la cosmogonía. La creación del mundo se convierte en el arquetipo de todo gesto humano creador cualquiera que sea su plano de referencia”.

²¹⁴ Ibidem, pág. 40: “Si es verdad que ‘nuestro mundo’ es un cosmos, todo ataque exterior amenaza con transformarlo en ‘caos’. Y puesto que ‘nuestro mundo’ se ha fundado a imitación de la obra ejemplar de los dioses, la cosmogonía, los adversarios que lo atacan se asimilan a los enemigos de los dioses, a los demonios y sobre todo al archidemonio, al dragón primordial vencido por los dioses al comienzo de los tiempos. El ataque contra ‘nuestro mundo’ es la revancha del dragón mítico que se rebela contra la obra de los dioses, el cosmos, y trata de reducirla a la nada. Los enemigos se alinean entre las potencias del caos. Toda destrucción de una ciudad equivale a una regresión al caos. Toda victoria contra el atacante reitera la victoria ejemplar del dios contra el dragón (contra el ‘caos’)”.

la victoria o triunfo diario sobre todo desorden, sobre todas las situaciones nefastas que impedirían el desarrollo de la humanidad dentro de su nicho o paréntesis vital. Por ende, existirían fuerzas creadoras que participarían ordinariamente y conscientemente de la continua reinvencción de las ecosociedades. De este modo, la permanencia de la humanidad en una eco-realidad estaría sustentada en su propia conciencia activa, en sus capacidades de ejecutar una sinfonía subsistente que le ofreciera cotidianamente las resonancias vitales necesarias. Razón por la cual, todos los proyectos emergerían como realidades afectivas simbólicas que lograrían trasvasar lo conveniente en cada pliegue social. En definitiva, todo fluido afectivo podría comprenderse como un **círculo inmunológico**²¹⁵, como un escudo o muralla vital que impediría el ingreso de aquellas enfermedades que evitarían toda reinvencción cotidiana de una nueva o despierta humanidad. Es decir, que todo tejido inmunológico potenciaría el continuo nacimiento, el permanente despliegue cotidiano de una eco-humanidad creativa, inteligente, unitiva, afectiva y por ende, viva.

3.4. Libre asociación e inmanencia creadora

Este punto trata de la libre asociación entre la personas, entre la sociedad y la naturaleza, como realidad que potencia el desarrollo del nicho vital, entendido éste siempre como un espacio abierto. Situación que revela a la conciencia sistémica como la energía que daría sentido a todos los trasvases proyectados, a todas las invocaciones activas del tiempo vital de la eco-humanidad. En tal escenario, toda reinvencción es propiciada por la actividad de fuerzas fertilizadoras, racionales y afectivas, individuales y colectivas, capaces de ofrecer lo necesario en tiempo oportuno. Por ende, la sociedad emergería como una realidad orbital a toda conciencia sistémica, así como también todos los ecoproyectos entendidos como rituales vivificadores de la vida poseída. Desde esta perspectiva, se descubre la relación fundamental entre lo inmanente y lo trascendente, que daría razón de ser a todo proceso de recreación del paréntesis vital donde lo humano es posible. Mirada que permitiría comprender todo

²¹⁵ *Ibidem*, pág. 41: “En el norte de la India, en tiempos de epidemia, se describe alrededor del pueblo un círculo para impedir a los demonios de la enfermedad puedan penetrar en el recinto. En el Occidente medieval, los muros de las ciudades se consagraban ritualmente como una defensa contra el demonio, la enfermedad y la muerte. A fin de cuentas, el resultado de los ataques, sean estos demoníacos o militares, es siempre el mismo: la rutina, la desintegración, la muerte”.

flujo circulatorio como la savia necesaria para la continua reinención de la ecosociedad, mostrándose asimismo, como un síntoma claro de la salud de la humanidad, alejada siempre de todo egoísmo profanador del santuario vital. En definitiva, la libre asociación entre la humanidad y la naturaleza crea una conciencia sistémica o fuerza inmanente que da sentido a todos los movimientos trascendentes de los cuales participan los ecoproyectos. Tal fuerza céntrica se revela como piedra angular, energía primordial o umbral de nuevos oasis vitales. Posición emergente a consecuencia del contacto con el pensamiento de Michel Maffesoli y Mircea Eliade.

Es así, como todo comienzo de acciones subsistentes podría evidentemente vincularse a un tejido inmunológico que protegería ordinariamente todo desarrollo ecosocial. Se estaría pues, ante una batalla existencial de la cual podrían emerger cotidianamente aquellos resultados necesarios para el desarrollo adecuado de toda sociedad. Por lo tanto, todo paréntesis existencial, individual y colectivo, podría concebirse con un espacio subsistente de resonancias que posibilitarían e impedirían la continuidad de la vida social junto a su entorno natural. Es decir, que toda frecuencia, fluido o sinfonía inteligente potenciaría las residencias, regeneraciones, renacimientos y reinenciones sociales, evitando por lo tanto de este modo, todo movimiento no sistémico, toda dispersión de la naturaleza humana, por ende, su desaparición irreversible. Sería así, que la vida social podría residir y desarrollarse convenientemente en su entorno natural, revelando claramente tal realidad, el sentido de todos sus pensamientos y movimientos sistémicos. Ante tales circunstancias, como hemos establecido, las sociedades podrían subsistir convenientemente, siempre y cuando generaran manifestaciones y efectos capaces de transformar todos aquellos inconvenientes que se interpongan en sus fines vitales. Es decir, que habría una necesaria relación ordinaria entre la vida y la muerte, de la cual podría emerger la residencia humana en su entorno natural. Por lo tanto, el espacio habitable perfectamente podría comprenderse y experimentarse, como una morada rica y única a disfrutar, como el único hogar al cual proteger permanentemente. Tal mirada implicaría que la humanidad estaría integrada vitalmente en un paréntesis residencial insustituible, razón por la cual debería ser ordinariamente nutrido. Se estaría pues en un escenario vital donde el hombre moraría, situación que plantearía cotidianamente nuevos desafíos o adversidades que requerirían adecuadas y trascendentes soluciones. Desde esta perspectiva, se estaría pues, ante un dinamismo vitalmente creativo ligado a conocimientos e intenciones áureas que marcarían la

dirección de todos procesos inteligentes de recreación o reinención ecosocial. Por lo tanto, la conciencia de una indispensable existencia del espacio intraparentético para la existencia de la humanidad, sería necesaria para el despliegue de todo proceso creativo. Por consecuencia, todo despliegue ecosocial requeriría una residencia orgánica, solidaria y adecuada del hombre en la naturaleza, es decir, un estar intensamente activo, afectivo, inteligente y alejado de todo movimiento egoísta, mecánico o funcional. Por tal razón, podrían provocarse, proyectarse, continuarse y desarrollarse todas las sinfonías o flujos vitales necesarios para el permanente renacimiento sistémico de la humanidad. En este sentido, se podría comprender la emergencia de sociedades inteligentes y afectivas, que se relacionaran convenientemente consigo mismas, con el entorno natural y con el espacio intraparentético que habitan. Por ello, podría esperarse el surgimiento de individuos, grupos y sociedades conscientemente ligados a su situación sistémica y en tal sentido, cada vez más comprometidos con los procesos de reinención o renacimiento del espacio existencial. Dentro de tal escenario, todo proyecto como efecto de tal compromiso sistémico, estaría indefectiblemente nutrido por las potencias inteligentes y afectivas de las diferentes personas y colectivos que los harían posibles, sin descuidar indudablemente sus necesidades simbólicas. Sería en este sentido, que todo proceso de creación, que toda realidad proyectual, adquiriría trascendencia ya que se descubriría como la lógica consecuencia de la reunión libre de personas. Por tal razón, todo ecoproyecto como potencia creativa, podría visualizarse como la emergencia, como el efecto, de una consciente e inconsciente **agregación cotidiana**²¹⁶, de una asociación o reunión voluntaria de personas en un presente determinado, cuyas consecuencias potenciarían la continuidad ecosocial. En este estadio, todos los procesos inteligentes y afectivos de recreación sistémica de la sociedad, todos los ecoproyectos, podrían emerger de la libre vinculación de individuos que entretejerían sus potencias y conocimientos para generar ricas experiencias. Así como también para ofrecer simultáneamente efectos armónicos con la realidad sistémica en la que se encontrarían integrados. Por lo tanto, podría pensarse que de toda reunión voluntaria de inteligencias, emergería la fuerza necesaria que como energía vital o

²¹⁶ Establece Michel Maffesoli (2001: 56): “*La modernidad pertenece a la categoría que tiende a borrar todos los efectos y las contingencias del arraigamiento. A veces, por el contrario, estos retornan con fuerza. El territorio y la carga simbólica retoman sentido. Lo local y sus nostalgias, los olores y los sabores estructuran al individuo y los grupos. Es todo eso lo que asegura al presente su poder de agregación. Podemos decir que la filosofía del devenir deja, entonces, lugar a una antropología del ser o incluso, para retomar una expresión de Gilbert Durand, a la abstracción de la historia le sucede el ‘tufo del presente’, el de la duración concreta*”.

sagrada, daría impulso y sentido a todas las acciones inteligentes de reinención social. Tal reunión espontánea y voluntaria de potencias humanas, podría perfectamente entenderse como un fluido inteligente, como un **aura colectiva**²¹⁷, como una energía o fuerza vital necesaria para el desarrollo de todo movimiento sistémico desplegado por la ecosociedad. Sin duda, todos los ecoproyectos generados por libre asociación, podrían gozar y exhibir características diferentes, a la vez que éstas dependerían de las potencias individuales reunidas que las habrían provocado. Tal realidad no impediría que todos ellos participaran de los esfuerzos subsistentes de la humanidad. Asimismo, todos los ecoproyectos ligados a la afectividad de las personas podrían conformar un sedimento social vivo, que a modo de humus nutritivo sustentado en una **solidaridad orgánica**²¹⁸, posibilitarían todo desarrollo ordinario de la ecosociedad. Manaría así de todo grupo, de toda comunidad, de toda sociedad, la comprensión de que cada acción inteligente, afectiva, libre y cotidiana, potenciaría sustancialmente todo proceso de recreación, de renacimiento social. Tal realidad se vería enriquecida gracias a la labor creativa, ordinaria y colectiva, es decir, a lo que podría denominarse como el **trabajar y crecer juntos**²¹⁹. Por ello, toda experiencia colectiva espontánea, creativamente vital, podría constituirse en el fluido energético de inicio de todo ecoproyecto. Además de revelarse según nuestro modo de ver, en una realidad que se erigiría como un patrimonio intangible de las personas, de los grupos, de la sociedad, a la cual sería posible vivificarle cotidianamente. Se desvelarían así los ecoproyectos, como movimientos inteligentes, afectivos y libres, que podrían originarse por dinamismos espontáneos de las personas y grupos sociales. Tal escenario demostraría la riqueza de las relaciones individuales, que brindarían la rica posibilidad de trabajar juntos, es decir, de moverse

²¹⁷ *Ibídem*: “Manera misteriosa, ya que muy cerca de lo que es el ‘misterio’ en los actos de iniciación tradicionales, permite que los individuos se asocien entre ellos, comulguen con algo que los supera. Por otra parte, más allá o sin llegar a cualquier forma estrictamente religiosa, tal vez sea ahí donde reside lo sagrado verdadero: un lazo imponderable que asegura un cimiento no menos sólido. ¿No es así como podemos comprender, vivido al día, lo que los etnólogos llamaron el ‘aura’, los historiadores de ciertas sociedades secretas la ‘égrégora’; los teólogos y los filósofos el ‘habitus’? En breve, una manera de ser que funda una especie de familiaridad con el entorno natural y social, que se vive antes de ser pensada o teorizada”.

²¹⁸ *Ibídem*: “Todas las situaciones de la vida cotidiana son así formas de iniciación naturalmente vividas. Los lugares y los juegos de la infancia, el marco de las primeras emociones, el aprendizaje de las maneras de pensar, la interiorización de las posturas corporales, la integración de las formas lingüísticas y, sobre todo, todas las comunicaciones no verbales que, por sedimentaciones sucesivas, estructuran la solidaridad orgánica sin la cual no hay sociedad posible”.

²¹⁹ *Ibídem*, pág. 57: “Recuerdo con respecto a esto la etimología del término concreto: lo que hace que ‘crezcamos juntos’ (cum creceré), es decir, un tiempo que da lugar a ser, que compartimos con otros. Crecimiento que, a imagen de la flora circundante, se eleva tomando raíz, es decir, necesita del mantillo de esas cosas anodinas que forman la vida trivial, otra manera de expresar la ética: el lugar que me une a la alteridad, el otro que es el prójimo, el otro que es el lejano domesticado”.

inteligente y afectivamente ligado a los demás, a la alteridad. Por ende, toda experiencia vinculante de creación sistémica entre personas, demostraría la existencia de una asociación libre que sustentada en **afinidades electivas**²²⁰, ofrecería efectos en plena armonía con el nicho vital. Por supuesto, que tales relaciones sistémicas, voluntarias y posiblemente cargadas de espontaneidad, podrían comprenderse como un fluido sustancial que potenciaría todo renacimiento social. En este sentido, la continua emergencia de tales realidades nutritivas que irrigarían el desarrollo ecosocial, podrían comprenderse como ricas **capas freáticas**²²¹, como riquezas subterráneas que aportarían significativamente a todo proceso subsistente de la humanidad. Sería así, que las relaciones ordinarias constituirían una reserva de energía sustancial que podría potenciar toda perduración, subsistencia o continuación sistémica de la humanidad. Por consiguiente, se podría considerar necesaria la existencia de tales relaciones espontáneas entre las personas, ya que la energía emergente de las mismas, enriquecería todo esfuerzo de perduración de las sociedades. Por lo tanto, brotaría un bien o fluido vital como consecuencia de tales correspondencias o experiencias ordinarias, que podría mejorar todo movimiento inteligente y afectivo desplegado por la sociedad. Evidentemente, los efectos procedentes como consecuencia de tales acciones cotidianas, podrían generar ecos vitales dentro del espacio que se habita. Por ello, las inteligencias y grupos que ecoproyectan adquirirían o participarían de un sentido sagrado, así como también todo el espacio intraparentético que habita la humanidad. Sería así, como tal espacio vivo donde la vida humana sería posible, lógicamente se valoraría, amaría, irrigaría y ofrecería cotidianamente. Desde esta mirada sacra por vital y por las relaciones humanas que la harían perdurable, se podría admirar todo estadio ecosocial, todo espacio en el cual la humanidad podría respirar, erigirse, desarrollarse y asumir verdaderamente una actitud subsistente que sea simultáneamente científica y afectiva. Sería de este modo, que los ecoproyectos podrían ser valorados como necesarias

²²⁰ *Ibídem*: “Conocerse y conocer al otro, ya no es tanto entidad abstracta, autónoma, puramente racional – la del individualismo moderno, que se separa de la naturaleza, que se distingue en relación con su vecino, y que hace de esta separación y de esta distinción el fundamento de la lógica de la dominación y del dominio que conocemos bien – sino, por el contrario, conocimiento y reconocimiento vividos por la persona en el marco comunitario: el del grupo, de la tribu, el de las ‘afinidades electivas’, todas cosas de las que nos habla la tradición y que parecen renacer ante nuestros ojos”.

²²¹ *Ibídem*, pág. 59: “Insistamos en esto, hay una poética de la banalidad, poética que entraña una carga de intensidad. Por mi parte, veré ahí una reserva de energía societal de donde se nutriría, para sustentarse, la socialidad de base. Especie de capa freática invisible pero necesaria – y cuánto – para la perduración colectiva”.

intensidades²²², como realidades sustanciales capaces de verterse o trasvasarse en toda extensión, continuación o progresión vital de la eco-humanidad. En este sentido, las acciones cotidianas y sistémicas de las diversas colectividades se revelarían como fuerzas potenciales, intensas y vivas, que actualizarían todo renacimiento social. Sería de este modo, que tales movimientos nutridos por una conciencia sistémica, por un lenguaje áureo, podrían trasvasar, verter o donar en todo momento sus energías eficientes según fin subsistente. Razón por la cual, sería posible comprender que todo ecoproyecto podría entregar sus potencias o intensidades, en toda duración vital de la sociedad. Es decir, que habiendo nacido en un aquí y ahora intenso, en un instante determinado, podrían trasvasar sus riquezas en otro instante vital de la extensión, duración o continuidad social. Desde tal posición, todo amor sistémico sería la potencia creativa por excelencia capaz de emanar y de extender las relaciones ecosociales. Indudablemente, la vida podría ser entendida como aquella realidad sustancial que nutriría, que vivificaría, que incidiría en el **mantenimiento de la sociedad**²²³, por ello intentar irrigarla conscientemente se torna absolutamente vital. El ecoproyecto se revela pues, como pura potencia, como un **perpetuo posible**²²⁴, como una permanente posibilidad de actualizarse vitalmente en cada instante de la progresión vital de la sociedad. Sería así, como toda manifestación enviada desaparecería nutritivamente en el tejido social al ser absorbida por éste, realidad que evidenciaría y explicaría toda continuación o perduración ecosocial.

Asimismo, se podría pensar que tales movimientos colectivos, inteligentes, afectivos, solidarios, libres, espontáneos y meditados, podrían obtener del caos, de lo informe, todo espacio sistémico o paréntesis habitable para la continuación o perduración de las sociedades. La sedimentación intensa de tales acontecimientos sustanciales y cotidianos, revelarían que sí sería posible inclinar la sociedad a la naturaleza, logrando con ello, una

²²² *Ibidem*, pág. 55: “Esto es exactamente esa ‘vida inmediata’, no teorizada, no racionalizada; no se termina, no se proyecta, pero se invierte por completo, en el presente. Y esto necesita de amor, es decir, intensidad. Lo recuerdo dando a estos términos su sentido más estricto: no estar más ‘tendido hacia’ algo (ex-tendere, extensión), sino estar ‘tendido en’ lo que funda y constituye el ser-juntos (in-tendere). Inversión en el presente, ‘intensidad’ en lo que me une a los otros para vivir esta inversión”.

²²³ *Ibidem*, pág. 56: “La vida sin atributo es aquello mismo que asegura, de una manera misteriosa, el mantenimiento de la sociedad”.

²²⁴ *Ibidem*, pág. 53: “Para relacionar eso con mi propósito, podemos decir que el drama de la historia, individual y colectiva, se reduce a un perpetuo posible. De ahí, la tensión continua que la caracteriza: tensión ideológica. El proyecto (pro jectum) es la marca esencial del drama en cuestión. En cambio, lo trágico del instante no es más que una sucesión de actualizaciones; pasiones, pensamientos, creaciones que se agotan en el acto mismo, éstas no se economizan pero se gastan en el instante”.

adecuada eco-re-organización permanente de la vida humana. Tal realidad perfectamente nos permitiría ver, entender y experimentar, toda acción co-reflexiva como los rituales de las nuevas ecosociedades, ya que estarían íntimamente vinculados con la naturaleza, con el cosmos. Sin lugar a dudas, tal mirada permitiría comprender el espacio intraparentético social donde habita el ser humano, más como una realidad consustancializada con la naturaleza y no como un artefacto más o menos complejo, a modo de **máquina de residir**²²⁵. Por ende, las ecosociedades adquirirían las características orgánicas, racionales y sensibles de la naturaleza o potencia del ser que les crea, indudablemente condicionadas por el entorno en el cual se desarrollarían convenientemente, armónicamente. En este sentido, el estadio vital único y residencial donde mora la humanidad, no sería posible **cambiarlo o descartarlo**²²⁶ como se lo podría hacer con cualquier otra realidad objetual que haya dejado de ser útil, pues no tendría valor de utilidad. Es decir, el espacio intraparentético existencial al no cosificarse, superaría un mero valor utilitario, revelando así su verdadera valía fundada en su propia sustancia viva, sistémica. En este sentido, el paréntesis vivo en el cual lo humano es posible, demandaría inevitablemente ser vivenciado y comprendido como una realidad vital que necesitaría ser defendida desde todos los movimientos inteligentes. Como consecuencia lógica, la dimensión de lo vital podría adquirir, como hemos establecido, un sentido sagrado que puede ser irrigado permanentemente. Desde tal perspectiva, desarrollar actividades inteligentes de recreación ecosocial, se revelaría como un movimiento alejado de toda posición funcional, mecánica o no sistémica. Es decir, emergería como una actividad ligada al sentido sagrado de la vida y por ende, alejada de toda concepción de la residencia existencial como una **morada desacralizada**²²⁷, como si ésta fuera un simple habitáculo habitable y descartable. Por lo tanto, estaríamos ante dinamismos creadores alejados de toda secularización de la

²²⁵ Ver Mircea Eliade (1998: 42): “*Superfluo es insistir en el valor y en la función de la habitación en las sociedades industriales; son de sobra conocidos. Según la fórmula de un célebre arquitecto contemporáneo, Le Corbusier, la casa es una ‘máquina de residir’. Se alinea, pues, entre las innumerables máquinas producidas en serie en las sociedades industriales. La casa ideal del mundo moderno debe ser, ante todo funcional, es decir, debe permitir a los hombres trabajar y descansar para asegurar su trabajo*”.

²²⁶ *Ibidem*: “*Se puede cambiar de ‘máquina de residir’ con tanta frecuencia como se cambia de bicicleta, de nevera o de automóvil. Asimismo, se puede abandonar el pueblo o la provincia natal sin otro inconveniente que el derivado del cambio de clima*”.

²²⁷ *Ibidem*: “*No entra en nuestro tema escribir la historia de la lenta desacralización de la morada humana. Este proceso forma parte integrante de la gigantesca transformación del mundo que se ha verificado en las sociedades industriales y que ha sido posible gracias a la desacralización del cosmos bajo la acción del pensamiento científico y, sobre todo, de los sensacionales descubrimientos de la física y de la química*”.

vida humana y del espacio intraparentético existencial. Entendiendo toda realidad desacralizada como una fuerza opuesta a toda posibilidad de regeneración o reencuentro del hombre con su dimensión vital afectiva, con su **morada sacra**²²⁸. Sería desde esta mirada, que la vivencia, la conciencia, los conocimientos y la potencia co-reflexiva que se posea sobre el espacio que se habite, determinaría todos los comportamientos que dentro del mismo se ensayen. Es decir, que comprender la relación entre la naturaleza humana y el estadio existencial en que ésta reside, condicionaría la intensidad de todas las acciones de creación o reinención social. Por ende, vivenciar y entender la vida ecosocial como una realidad sacra o desacralizada dependería en gran medida del entendimiento de tal relación trascendente. Por lo tanto, el espacio intraparentético vital que se habita, sería afectado por el entendimiento y vivencia de la relación entre sustancia humana, sociedad y naturaleza. Es decir, que de la comprensión de tal relación emergerían los pensamientos creadores capaces de propiciar las manifestaciones y efectos que nutrirían el tejido social. En este sentido, todo espacio vital podría ser regenerado ordinariamente por las potencias de las inteligencias ecosociales, por su libre y espontánea vinculación creativa. Sería así que la dimensión habitable por la sociedad, adquiriría las características de la naturaleza humana, de sus potencias actualizadas, de los efectos de sus movimientos cotidianos que la remodelarían y reinventarían. Por ello, existiría una incidencia inevitable del pensamiento co-reflexivo de las personas en todos los procesos sociales. Desde tal posición, todos los instantes ordinarios se revelan como oportunidades importantes de reinención social, como umbrales que permitirían ofrecer toda intensidad nutritiva en la perduración ecosocial. Todo pensamiento creador co-reflexivo, afectivo, intenso, sistémico, podría trasvasarse en ciertos instantes precisos del dinamismo social. Sería así, que todo espacio ecosocial entendido como morada viva del ser humano, podría erigirse como una realidad sacra consustancializada con su destino. Sería así, como todo movimiento subsistente, como todo ecoproyecto, podría comprenderse como una aventura vital necesaria vinculada al espacio, al tiempo, y al destino social. Entendido éste último, como una realidad abierta de la cual no sería posible ser **totalmente su dueño**²²⁹, por tal razón, todo ecoproyecto emergería como posibilidad de potenciación vital. Sin duda, todo movimiento inteligente desplegado por

²²⁸ *Ibidem*: “Tendremos ocasión más adelante de preguntarnos si esta secularización de la naturaleza es realmente definitiva y si el hombre moderno no tiene posibilidad de reencontrar la dimensión sagrada de la existencia en el mundo”.

²²⁹ Establece Michel Maffesoli (2001: 60): “Teniendo esto en mente, podemos comprender por qué la vida aventurera va de la mano, cada vez más, de una experiencia espiritual vivida como una relación con el destino, con el que hay que contar y del que no somos totalmente dueños”.

la humanidad se revelaría como permanente posibilidad nutritiva ligada al destino ecosocial. Por lo tanto, todas las inteligencias que cotidianamente participan de tales dinamismos trascendentes podrían entenderse como **intensidades existenciales**²³⁰, como potencias capaces de proponer y generar los efectos vitales necesarios para el continuo desarrollo ecosocial. Sería así, como podría comprenderse el sentido de todo ecoproyecto, es decir, no como una potencia impositiva que buscaría controlar totalmente y obsesivamente el desarrollo ecosocial, sino como una realidad potencial simultáneamente, paradójicamente, espiritual y racional. Es decir, que todo sentido ecoproyectual reflejaría una situación sustancial simultáneamente afectiva y alerta sobre la realidad subsistente de la humanidad. Realidad que permitiría propiciar o invocar inteligentemente a tiempo lo necesario para el despliegue de toda perduración ecosocial. Desde tal posición, podría entenderse la existencia de una paradójica realidad de los movimientos de reinención social, que estaría sustentada en lo que podría denominarse un **presentismo de futuro**²³¹, que no sería más que un aquí y ahora que no olvidara los efectos sistémicos o consecuencias de su accionar ordinario. Por lo tanto, todo ecoproyecto podría visualizarse como un movimiento actual, afectivo y racional, sustentado en la conciencia subsistente y sistémica de la humanidad. Es decir, que podrían nacer y enriquecerse los ecoproyectos desde todos los encuentros cotidianos surgidos entre las personas, sin que ello signifique pérdida de la conciencia sistémica y subsistente o verbo áureo que les daría sentido vital. En este sentido, toda reunión ordinaria, todo encuentro consciente entre individuos, podría hacer emerger procesos nutritivos beneficiosos para la perduración ecosocial. Encuentros cotidianos significativos que serían importantes para el despliegue sistémico de la humanidad, ya que actualizarían permanentemente la relación entre pensamiento y naturaleza. Sin duda, dichas reuniones o comuniones cotidianas entre razón, conciencia existencial y afectividad, posibilitarían la emergencia a tiempo de manifestaciones y efectos sustanciales para la continuidad ecosocial. Evidentemente, se estaría ante un estadio

²³⁰ *Ibidem*, pág. 59: “Así, siguiendo en esto el ciclo misterioso de las historias humanas, a la fascinación del futuro o a la búsqueda loca de los orígenes les sucede a veces la aventura del presente. Y podemos preguntarnos si los caballeros del Grial posmodernos no son, justamente, los aventureros de lo cotidiano, que ya no proyectan sus esperanzas en hipotéticos ideales lejanos, sino que se dedican a vivir – en el mejor de los casos, de una manera cualitativa – al día, de una forma de intensidad existencial”.

²³¹ *Ibidem*, pág. 61: “Algunas épocas protestan contra esto, y entonces, la voluntad, la acción, el sentido del proyecto y de futuro van a predominar. Otros concuerdan, se ajustan, se acomodan a la finitud y concederán su preferencia a la contemplación y al goce de mundo, al presentismo que les sirve de vector. Pero es una contemplación o un goce fugaz, penetrados de sentimientos de finitud. Consumen con intensidad todo lo que viven”.

presentista y creador, sustentado en una conciencia sistémica, desde donde podrían emerger ecoproyectos armónicos con la perduración de la humanidad. Es decir, que toda **experiencia colectiva**²³², que toda reunión cotidiana espontánea no dirigida por poderes impositivos, podría enriquecer y potenciar naturalmente el tránsito vital de la ecosociedad. Por ende, todo ecoproyecto como realidad surgida espontáneamente, libremente e inteligentemente, no estaría desvinculado de los imaginarios individuales y colectivos, ya que de éstos habría emergido. Sería desde esta posición, como los procesos de reinención social se revelarían como realidades ligadas al imaginario colectivo sin descuidar aspectos de racionalidad sistémica. Por lo tanto, no habría un divorcio entre el imaginario social e **imaginario del proyecto**²³³, es decir, podría existir una verdadera confluencia entre sueño, tendencia, afectividad, imaginario colectivo y racionalidad sistémica recreadora de toda ecosociedad. Desde esta mirada, todo proceso de renacimiento social nunca tendría como finalidad lograr un espacio existencial absolutamente **regular**²³⁴, ya que estaría inmerso en un dinamismo existencial imposible de controlar absolutamente, es decir, abierto e impredecible completamente. Por ende, se desprendería que los ecoproyectos no serían movimientos, no serían potencias, no serían fuerzas nutritivas que responderían a fines impositivos, ni a **regularidades policíacas de control social**²³⁵, que solamente conseguirían una alineación contranatural de la naturaleza humana. Por supuesto, que desde tal perspectiva, se estaría evitando el desarrollo o cultivo de los dueños de la sociedad, de la cultura, de los imaginarios individuales y colectivos. Es decir, que la libre circulación de los imaginarios como potencias, como fluido sustancial para la reinención social, se

²³² *Ibidem*, pág. 62: “Cultura que expresa una experiencia colectiva que, en resumidas cuentas, se ríe de todos los imperativos morales, políticos o económicos promulgados por los poderes que dominan y abstractos”.

²³³ *Ibidem*, pág. 82: “El político lo asume a su vez al remplazar el imaginario del proyecto por la realidad de lo administrativo. ¡En todos estos casos de figura vemos el eterno triunfo del realista y racional! San Pablo contra el soñador y místico San Juan!”.

²³⁴ *Ibidem*, pág. 83: “Y es cierto que la modernidad privilegió la preocupación en la ciudad por la regularidad, la cual engendra a su vez la regularización administrativa. He indicado el origen racionalista de semejante proceso y se conoce la doxa hegeliana que lo justifica: sólo lo racional es real. Es a partir de tal presupuesto que se van a justificar todas las aberraciones posibles e inimaginables. Lo he dicho para los campos de concentración europeos, operación racionalista de principio a fin y que deberían ser analizados como el modelo paradójico de la organización social contemporánea. No es la libertad y la democracia lo que triunfó en los campos, son éstos los que contaminaron el conjunto del cuerpo social”.

²³⁵ *Ibidem*: “El sistema policíaco puede haber perdido su agudeza, se capilarizó, bajo la forma dosificada, en todos los campos de la existencia: la sexualidad, tiempo libre, consumo, todo está sometido al mandato de la regularidad, ninguna distancia con respecto a la norma es permitida y esto por supuesto en nombre de las mejores intenciones del mundo”.

alejaría de toda búsqueda obsesiva de **perfección extrema**²³⁶. Entendido evidentemente este anhelo por lo perfecto, como una realidad generada por el poder de unos pocos que buscarían monopolizar egoístamente todos los movimientos de las sociedades, convirtiéndolas en espacios racionalizados, mecanizados y por ende no afectivos, no sistémicos, no abiertos. Tal realidad congelante o nefasta para el despliegue de la naturaleza humana, podría evitarse irrigando decididamente todas las **fuerzas imaginales de la sociedad**²³⁷, las fuerzas ocultas de las personas y colectivos. De ello brotaría cotidianamente el nuevo fluido, el nuevo néctar, la nueva miel necesaria para el renacimiento vital o sistémico de las ecosociedades. Sería así, que los ecoproyectos se alejarían totalmente de toda imposición, de todo **edicto violento**²³⁸, para de tal modo, lograr nutrir adecuadamente, armónicamente, cotidianamente la perduración de la humanidad. Sin duda, tal situación se alejaría de un impositivo **deber ser**²³⁹, para acercarse más a una creación intensa de conjunto vinculada a la totalidad activa de la naturaleza humana.

Estaríamos pues, ante ecos o resonancias intensas emergentes que podrían propiciar, potenciar, nutrir y dar sentido a todas las transformaciones subsistentes de la humanidad. Por consiguiente, todo esfuerzo sistémico desarrollado por las sociedades cotidianamente, revelaría un modo de pensar y actuar, individual y colectivo, sencillamente inteligente y afectivo. Realidad que demostraría la importancia de todo pensamiento ligado a una conciencia sistémica que facilitaría la reinención ordinaria de la vida social. Tal situación abierta sería radicalmente ajena a toda posición mecánica y funcional de las relaciones humanas, de la vida social. En tal sentido, se podría presenciar en nuestra cotidianidad, un pasaje o tránsito continuo de las sociedades no

²³⁶ *Ibidem*, pág. 85: “Al querer un exceso de perfección, regulándolo todo, se condena a secretar una secta de puros, que conocen los pormenores y terminan llevando a este social racionalizado, mecanizado, finalizado, a su operación más plena. Y después los puros son aprehendidos, como cuerpos, en un efecto perverso del cual ellos ya no son los amos. Uno se acostumbra a las delicias del poder administrativo-económico es un producto de uso de unos pocos que muy pronto se aseguran el monopolio”.

²³⁷ *Ibidem*, pág. 90: “... ‘fuerzas imaginales’, es decir, las fuerzas o realidades inmateriales que obran en los más profundo de la vida social y se emplean de diversas maneras para modelar en esto los contornos”.

²³⁸ *Ibidem*, pág. 91: “La diosa Razón, que es el Espíritu Santo de la modernidad, es la única inspiradora de las virtudes y su edicto no solamente es lo que es bueno para ellos, que es lo mismo, sino igualmente lo que es bueno para todos, aquí y en todo lugar. Y fue a través de la fuerza de las bayonetas, que fue necesario llevar en acción a los cuatro rincones de la tierra los edictos de semejante virtud”.

²³⁹ *Ibidem*: “Basta con decir que en semejante actitud se encuentra el modelo paroxístico de privatización de la vida social. Se cacarea lo que debe ser, lo que debe ser el individuo y la sociedad y se actúa para restregarlo al ‘pueblo’, del cual, previamente, se han definido las características de lo que es bueno para él”.

sistémicas a las ecosociedades, sustentadas por una inteligencia afectiva colectiva generadora de efectos armónicos con la naturaleza. Por ende, podría entenderse que tal tránsito consciente estaría revelando una transformación de la vieja humanidad en la nueva humanidad, que no sería más que una especie que asume su inteligencia afectiva, es decir, consciente de las potencias de su naturaleza ligadas o consustancializadas a los entornos naturales. En tal dimensión, se observaría una armónica o adecuada integración o reintegración continua del ser humano a sí mismo, a la sociedad, a la naturaleza y al cosmos. Desvelándose o manifestándose en tal realidad, la existencia de una unidad viva y activa como consecuencia de una confluencia sistémica (hombre, sociedad, naturaleza), capaz de potenciar todo proceso de reinención cotidiana del ser humano. Con tal mirada, quedaría expuesto que en el estadio eco-intraparentético u hogar en el cual se desarrollaría la especie humana junto a su contexto, sería posible desarrollar pensamientos afectivos capaces de ofrecer vivencias y efectos armónicos en todo presentismo sistémico experimentado por las sociedades. Por lo tanto, sería posible pensar en la existencia de movimientos inteligentes y afectivos, capaces de nutrir toda subsistencia ecosocial, valorando simultáneamente todo presente vital. Desde tal dimensión sustancialmente activa, las resonancias emanadas por las inteligencias que re proyectan el tejido social, podrían comprenderse como efectos afectivos sistémicamente adecuados. Por ende, tales efectos, resonancias, ecos, irradiaciones o consecuencias emanadas podrían comprenderse como las huellas de la conducta co-reflexiva afectiva desplegada por la naturaleza humana, capaz evidentemente, de potenciar toda reinención o renacimiento ecosocial. Sería así, como la propia humanidad pondría en acción todas sus potencias intelectuales y afectivas para hacer posible su cotidiana recreación ecosocial, su ordinario renacimiento dentro de un espacio existencial. Por ende, desde la conciencia de tales circunstancias, el individuo y la sociedad siempre podrían **asumir la creación de su mundo**²⁴⁰, la perenne recreación de su espacio vital, es decir, la periódica reinención del paréntesis existencial donde poder habitar y extenderse intensamente. Desde tal escenario, podría entenderse como las ecosociedades unidas o imantadas fundamentalmente a un sentido del bien vital o subsistente y a sus propias potencias co-reflexivas, podrían elegir responsablemente sus movimientos regenerativos. Por ende, todo proyectar se revela como acto, gesto o

²⁴⁰ Según Mircea Eliade (1998: 42): *“Instalarse en un territorio, edificar una morada exige, lo hemos visto, una decisión vital, tanto para la comunidad entera como para el individuo, ya que se trata de asumir la creación del ‘mundo’ que se ha escogido para habitar. Es preciso, por tanto, imitar la obra de los dioses, la cosmogonía”*.

movimiento trascendente, inteligente, afectivo y vital de la humanidad, que podría comprenderse como una realidad trabajosa, ardua y gozosa. Realidad o movimiento subsistente vinculable a una cosmogonía ecosocial cotidianamente re-emergente, que se desarrolla en plena conciencia de todo instante autogenésico. Evidentemente, el conocimiento sobre las diversas explicaciones del origen del mundo generado por diferentes civilizaciones, siempre podría fortificar toda potencia co-reflexiva, todo esfuerzo de reinención ordinario del espacio intraparentético vital llevado a cabo por individuos y grupos sociales. Creación, gestación o **regeneración del espacio habitable**²⁴¹, del propio hogar afectivo de la humanidad, que implicaría imaginarlo, soñarlo, recrearlo, irrigarlo, cultivarlo, reformarlo y reinventarlo, gracias a los cotidianos esfuerzos transformadores de las situaciones adversas. Situación en la cual, todos los cambios proyectados convenientemente desde la propia morada, desde la propia capacidad imaginativa y afectiva de las personas, indefectiblemente implicaría la existencia de una conciencia sistémica activa que facilitaría toda transformación vital y simbólica de la sociedad. Tal realidad dinámica, creativa, electiva y elegantemente transformadora desarrollada por las ecosociedades, evidenciaría la importancia de la conciencia sistémica como eje o punto central alrededor del cual necesariamente orbitaría la humanidad. La existencia, la comprensión de tal realidad céntrica o inmanente, permitiría connotar todo movimiento ecoproyectual como un dinamismo subsistente y trascendente, en busca del permanente estadio vital. Es decir, que se estaría ante una relación cotidiana entre la inmanencia o conciencia sistémica y la trascendencia o movimientos inteligentes generadores de los ecos necesarios para el desarrollo vital de la eco-humanidad. Por lo tanto, tal realidad se podría erigir en un modo de ver, de comprender todos los ecoproyectos como potencias, como puras posibilidades capaces de fortificar, de nutrir, los movimientos subsistentes de las sociedades. Sería así, que todo eje vital o conciencia sistémica daría sentido subsistente a los movimientos desarrollados por las inteligencias afectivas de las sociedades, siempre en la búsqueda de la reinención o renacimiento de una humanidad, vinculada íntimamente e intensamente a la naturaleza. Desde tal mirada, toda trama social sería una realidad viva que posibilitaría la continua reinención del pensamiento humano, como potencia consustancial a la esencia de la naturaleza. Escenario que haría del tejido

²⁴¹ *Ibidem*, pág. 43: “Si los dioses han tenido que abatir y despedazar un monstruo marino o un ser primordial para poder sacar de él el mundo, el hombre a su vez ha de imitarlos cuando se construye su mundo, su ciudad o su casa”.

social y de todos sus movimientos, una realidad trascendente por ser vitalmente activa. Por lo tanto, el espacio ecosocial podría connotarse como una realidad orgánica co-reflexiva, afectiva, electiva, modelable y **sacra**²⁴², que emergería como reflejo, eco, consecuencia, efecto o imagen directa de una conciencia sistémica profundamente subsistente. Razón por la cual, todo ecoproyecto, todo espacio de residencia de la humanidad, sería reflejo de la acción de la naturaleza humana, de sus potencias activadas en pos, en dirección, de una adecuada y armónica regeneración ordinaria. En este sentido, la ecosociedad recibiría por auto-donación, todos aquellos efectos sistémicos provenientes de las potencias de sus fuerzas co-reflexivas afectivas. Por ende, las realidades sociales y sus efectos auto-comunicados, desvelarían si son analizados adecuadamente, las características del pensamiento humano y sus potencias para transformar todas las contradirecciones vitales. Desde tal óptica, tendría sentido recrear, reinventar sistémicamente el espacio que se habita, sustentando tales movimientos trascendentes en una conciencia sistémica o bien vital. Razón por la cual, tales dinamismos regenerativos, podrían comprenderse como los **nuevos ritos vitales de las ecosociedades**²⁴³. Por ende, se estaría experimentando cotidianamente una ritualización de las relaciones sociales, que daría sentido sistémico a todos los modos de estar juntos, a todos los procesos regenerativos del espacio ecosocial. Por ello, tales ritos sistémicos ordinarios se revelarían como oportunidades de encuentros sustanciales, significativos, simbólicos. En este sentido, todo ecoproyecto se desvela como una realidad capaz de propiciar encuentros entre personas y grupos, al mismo tiempo que podría reinventar los espacios existenciales, vivificando así, la vida de las ecosociedades. Desde tales circunstancias, podría connotarse, experimentarse y entenderse toda frecuencia ecoprojectual, como una energía que genera encuentros vitales, como un fluido engendrador, como una potencia dinámica capaz de provocar aquellas reemergencias ecosociales, que permitirían mantener idóneamente el hogar donde co-habita la humanidad con la naturaleza. Estaríamos pues, ante una energía progenitora que al ser invocada en cada ritual ecoprojectual, emergería dando sentido a

²⁴² *Ibidem*: “Cualquiera que sea la estructura de una sociedad tradicional – ya sea una sociedad de cazadores, pastores o agricultores o una que esté ya en el estadio de la civilización urbana -, la morada se santifica siempre por el hecho de constituir una imago mundi y de ser el mundo una creación divina”.

²⁴³ *Ibidem*: “Para nuestro propósito nos basta con distinguir dos medios de transformar ritualmente la morada (tanto el territorio como la casa) en cosmos, de conferirle el valor de imago mundi: a) asimilándola al cosmos por la proyección de los cuatro horizontes a partir de un punto central, cuando se trata de un pueblo, o por la instalación simbólica del axis mundi, cuando se trata de la habitación familiar; b) repitiendo por un ritual de construcción el acto ejemplar de los dioses, gracias al cual el mundo ha nacido del cuerpo de un dragón marino o del de un gigante primordial”.

los mismos, a sus manifestaciones y a los efectos recreadores de la vida ecosocial. Sería así, que toda frecuencia ecoproyectual como fluido engendrante ligado al bien social, podría entenderse como una realidad dinámica íntimamente unida al eje central o conciencia sistémica de la humanidad. Por lo tanto, se estaría ante una corriente nutritiva, reflexiva y afectiva, que circularía vivificando, potenciando, toda perduración de las diversas situaciones sistémicas. En esta dirección, todo fluir reflexivo y afectivo ligado a un presentismo de futuro, demostraría la importancia, significación y trascendencia de todos los procesos de reinención ecosocial. Esto implicaría, que tal fluido o energía vivificante provocada por las libres y espontáneas relaciones humanas, lograría manifestar como su principal efecto, la existencia continua del espacio social sistémico. Desde esta óptica, todo hogar sacro reflejaría claramente la intensidad del pensamiento de la humanidad, de los diferentes grupos sociales, de los diversos individuos, que le harían perdurar armónicamente sustentados en una activa conciencia sistémica. Por lo tanto, todo espacio habitable sagrado podría ser entendido perfectamente como un estadio rico y fermental potenciado significativamente por una verdadera **cosmización del proyecto**²⁴⁴, de sus manifestaciones y de todos sus efectos, de los cuales participaría el propio espacio social. Es decir, que todo ecoproyecto y toda ecosociedad estarían sujetos, imantados o enraizados en un eje central o pilar sistémico inmanente, que les sostendría y daría sentido vital a todos sus tránsitos trascendentes. Por lo tanto, se asistiría cotidianamente a una trascendencia inmanente de toda circulación sistémica, vivificante de las ecosociedades. Desde esta mirada, la sociedad podría transformarse en un lugar, en un eco-hogar racionalmente afectivo, que permanecería orbitando en torno a un pensamiento o conciencia sistémica inmanente que le comunicaría su sentido existencial. Sería así, como todo movimiento sistémico orbital de las ecosociedades, se revelaría como una realidad vital simultáneamente inmanente y trascendente. Desde tal ángulo, la acción de ecoproyectar sería un efecto de la conciencia sistémica inmanente, de toda reinención permanente y cotidiana ocurrida durante la perduración ecosocial. Por ello, el espacio habitable por la humanidad, podría ser comprendido y vivenciado como una realidad creativamente subsistente en todos sus

²⁴⁴ *Ibidem*: “Digamos tan solo que el primer medio – ‘cosmizar’ un espacio por la proyección de los horizontes o por la instalación del axis mundi – está atestiguado ya en los estadios más arcaicos de cultura (véase el poste kauwa-auwa de los achilpa australianos), en tanto que el segundo medio parece haberse instaurado con la cultura de los cultivadores arcaicos. Lo que interesa a nuestra investigación es el hecho de que, en todas las culturas tradicionales, la habitación comporta un aspecto sagrado y que por esto mismo refleja el mundo. En efecto, la morada de los pueblos primitivos árticos, norteamericanos y norteesiáticos, presenta un poste central que se asimila al axis mundi, al pilar cósmico o al árbol del mundo, que, como hemos visto, unen la Tierra y el cielo”.

estadios de reinención, de renacimiento vital. Necesitando para ello, como hemos establecido, moverse, mantenerse paradójicamente en una situación trascendente e inmanentemente vital durante todo su presentismo de futuro. Por ende, la fuerza o fluido ecoproyectual engendrante de la nueva humanidad, de la nueva cotidianidad, siempre podría ser nutrida por toda co-reflexión sistémica vital. Dentro de tal escenario, se estaría ante una dimensión vital u hogar vivo que perfectamente podría experimentarse y entenderse como un cosmos afectivamente habitable y recreable, como un espacio intraparentético vital que sería posible reinventar ordinariamente. Por lo tanto, las frecuencias sistémicas ecoproyectuales potenciarían todo tránsito trascendente hacia un continuo renacimiento ecosocial, ya que serían capaces de ofrecer aquellas nutrientes necesarias en tiempo oportuno. En este sentido, se proyectaría continuamente presentes vitales, actividad que propiciaría la vivencia del futuro en cada presente, que bien podríamos denominar como presentismo de futuro. Sería desde esta perspectiva, que tales movimientos, dinamismos o fluidos vertedores, podrían propiciar aquellas consecuencias adecuadas para el desarrollo ecosocial. Razón por la cual, adquirirían significado vital ya que facilitarían la subsistencia perenne de la humanidad. Por ende, podría comprenderse que todo paréntesis vital siempre podría enriquecerse por tales corrientes sistémicas que fluirían en tiempo oportuno. Realidades que podrían entenderse como potencias cosmizadas capaces de ofrecer lo necesario para el desarrollo ecosocial. Por lo tanto, se estaría ante una necesaria reinención activa y cotidiana de la vida humana, generada por un pensamiento cosmizado o afectivo que ofrecería efectos sistémicos. Sería así, que todo espacio ecosocial podría estar y proseguir simultáneamente, gracias a sus movimientos sistémicos, entendidos como ordinarias reinenciones cosmizadas.

Esta situación implicaría que toda frecuencia cosmizada como potencia nutritiva de los espacios habitables, podría perfectamente constituirse en una fuente de información sustancial sobre las relaciones cotidianas o sistémicas entre individuos, grupos sociales y ecosociedad. Por lo tanto, los fluidos vitales podrían constituirse en un síntoma de la salud de todo espacio ecosocial. Es decir, revelarían el verdadero sentido de las acciones inteligentes participantes de toda reinención cotidiana de la humanidad. Sería así, como todo espacio existencial podría regenerarse ordinariamente a causa de las continuas resonancias ofrecidas por tales frecuencias nutritivas o fluidos cosmizados. Podría decirse pues, que la claridad intelectual de las sociedades sobre esta realidad

existencial, emergería como una luz que se necesitaría para potenciar toda progresión o extensión vital. Es así, como podría experimentarse y visibilizarse toda reunión de fluidos o energías cosmizadas, inteligentes y afectivas, que vivificarían todo espacio ecosocial, toda vida individual entretrejida en ellos. Sin lugar a dudas, tales reflexiones constituyen una decidida invocación al desarrollo del pensamiento sistémico y afectivo de la humanidad. Realidad que se revelaría como una potencia capaz de ofrecer las manifestaciones y efectos necesarios para el continuo despliegue ecosocial. Desde este estadio comprensivo, sería posible diferenciar o distinguir entre pseudo-proyectos o proyectos impositivos y ecoproyectos o proyectos afectivos. Viendo indefectiblemente en los primeros, movimientos egoístas desligados de todo bien vital de la sociedad y en los segundos, dinamismos intensos colectivos, solidarios y altruistas emanados por una conciencia sistémica, por un lenguaje de oro que irradiaría consecuencias vitales en todo espacio ecosocial. Indudablemente, se estaría ante dos tendencias sustancialmente opuestas e incompatibles, donde solamente la afectiva sería la potencia ligada a una cosmización de la vida social. Desde tal óptica, todo brote sistémico brotaría de una conciencia sistémica o energía co-reflexiva sacra, que se situaría en los inicios de todos los movimientos o procesos de reinención social, manifestada en todo lenguaje áureo. Por lo tanto, de la tendencia ecoproyectual emergerían consecuencias sacras y de la pseudo-proyectual efectos asistémicos que profanarían o corromperían toda sustancia vital o movimiento ecológico de la sociedad. Dicho de otro modo, podría pensarse claramente en una sustancial distinción entre aquellos movimientos inteligentes que ligarían lo afectivo y efectivo para la nutrición de la ecosociedad, de aquellos que evidenciarían una falsa y triste vinculación entre sociedad y naturaleza. Ésta última sería más propia de una yuxtaposición intrascendente en el mejor de los casos, que de una integración real, intensa, sistémica y orgánica. Sin duda, desde tal distinción esencial, podría pensarse, experimentarse y comunicarse, que las actividades inteligentes generadas desde un sentido vital-sacro, serían ellas mismas verdaderas evidencias de la unión entre lógica viva de la humanidad y naturaleza. Desde tal mirada, las sociedades y todos los modos de estar juntos los individuos, podrían potenciarse significativamente por un conocimiento afectivo y ecológico que se encarnaría, manifestaría y desarrollaría en ellos permanentemente. Desde tal escenario vital, las eco-relaciones posibles entre conocimientos, propuestas inteligentes y solidarias, individuos, grupos sociales, sociedad y naturaleza, siempre podrían gozarse y valorarse en todo presentismo de futuro. Es decir, podrían apreciarse en cada presente emanador efectos lógicos y

nutritivos que hemos visto procedentes de una eco-cosmización del pensamiento humano. Tal situación podría entenderse además, como un eje o bisectriz primordial que daría sentido vital a todo lenguaje áureo o creador existente en los principios eco-proyectuales. Sería así, como podría entenderse la morada u hogar de la humanidad, a modo de espacio vivo enraizado en una conciencia sistémica o bien vital, que le daría razón de ser y permitiría comprender todos sus movimientos ordinarios. Por tales motivos, sería posible pensar que fuera de toda energía sistémica o frecuencia regeneradora del espacio intraparentético vital, no sería posible la vida humana. Por lo tanto, es factible entender que todo caos intraparentético y extraparentético podría erigirse como la materia informe necesaria para desarrollar todos los procesos de transformación vital, aquellos que facilitarían los cotidianos renacimientos ecosociales o perduración vital de lo humano. Desde tal perspectiva, todo ecoproyecto o movimiento inteligente de las sociedades, podría estar sustentado en aquellos eco-conocimientos capaces de dar sentido vital a las relaciones entre los individuos, es decir, su modo de estar juntos en su presentismo de futuro. Entrelazadas en tal situación, las sociedades podrían desplegar cotidianamente, cíclicamente, repetitivamente, una fermental relación entre su realidad co-reflexiva y la naturaleza, que incidiría positivamente en todos los efectos consecuentes. Labrar tal relación sustancial en todo presente, sería cultivar los efectos vitales necesarios. En este sentido, podría pensarse que una existencia social cosmizada estaría imbricada en un sentido vital, en una conciencia sistémica que facilitaría todos sus tránsitos subsistentes. Por ello, todos sus movimientos creadores emergentes de aquellas inteligencias participantes de una cosmización de la existencia, aumentarían evidentemente las probabilidades de perduración o extensión vital de las sociedades. Por consiguiente, lograr conformar lo necesario de lo informe, de lo confuso o conseguir subsistir transformando lo adverso, sería posible gracias a una verdadera cosmización de los fluidos co-reflexivos y afectivos de la humanidad. Solamente de este modo, podría emerger de lo informe, amorfo, conflictivo, adverso o confuso, todas las formas definidas necesarias para el desarrollo ecosocial. En esta dirección, podría pensarse sin temor a error, que vencer o triunfar siempre estaría ligado al cultivo de efectos vitales. Por lo tanto, todo bien eco-existencial o conciencia sistémica podría presentarse como el abono o fuerza primordial que daría sentido a todo espacio ecosocial. Tal sentido del bien o conciencia vital perfectamente podría verse como

pedra angular²⁴⁵, centro, eje, fuerza sustancial o abono de todo ecoproyecto. Sin lugar a dudas, todo lo elaborado inteligente y afectivamente, no solamente sería una ingeniosa yuxtaposición de elementos o ideas, sino que estas relaciones adquirirían sentido al participar intensamente e íntimamente de un pensamiento sistémico social. Por ello, se podría señalar que vivificar con tal conciencia todas las actividades de ideación, de reinención del bienestar social, sería nutrir sustancialmente los desarrollos vitales de la humanidad. Situación que traería como consecuencia principal, un permanente renacimiento social entretejido con la naturaleza, gracias a una ardua, inteligente y sensible transformación del pensamiento humano, a modo de **realidad primordial**²⁴⁶ que permitiría reemergencias. Desde esta mirada, sería inevitable entender y vivenciar el espacio social como un santuario de la vida humana, en pleno desarrollo armónico con la naturaleza, con el cosmos. Espacio sacro e interconectivo en el cual los destinos de unos serían indefectiblemente los destinos de los otros, evidenciando tal situación la existencia de un fin o desenlace común. Por ende, sociedad y naturaleza viajarían íntimamente ligadas, intensamente unidas durante toda su procesión o perduración existencial. Tal realidad que se revela indivisa, fundaría y sostendría la relación necesaria entre pensamiento creador, recreador y pensamiento ecológico emergente de toda conciencia sistémica. Por consiguiente, las acciones inteligentes desarrolladas por las potencias co-reflexivas de las sociedades nutridas en tal unión fundamental, siempre ofrecerían efectos sistémicos o vitales en tiempo oportuno. Desde esta posición, todo ecoproyecto no sería más que una emanación, que un efecto lógico y trascendente de toda conciencia sistémica, de todo pensamiento de lo vitalmente conectivo. Por ello, ecoproyectar o crear sistémicamente el propio hogar o paréntesis vital, revelaría la existencia activa de conocimientos capaces de potenciar tal vida poseída. Asimismo, en tal situación, se evidenciaría simultáneamente una actitud responsable de todo ser o individuo creador, que incidiría en todos los procesos de reinención de su burbuja o paréntesis vital. Tal realidad, implicaría necesariamente de la emergencia de una serie

²⁴⁵ *Ibidem*, pág. 45: “Antes que los albañiles coloquen la primera piedra, el astrólogo les indica el punto de los cimientos, que se encuentra encima de la serpiente que sostiene el mundo. El maestro albañil talla una estaca y la clava en el suelo, exactamente en el punto designado, al objeto de fijar bien la cabeza de la serpiente. Acto seguido, se coloca una piedra de base encima del pivote. La piedra angular se encuentra así exactamente en el ‘Centro del mundo’. Pero, por otra parte, el acto de la fundación repite el acto cosmogónico: (...). Como hemos dicho ya, la serpiente simboliza el caos, lo amorfo, lo no manifiesto”.

²⁴⁶ *Ibidem*: “Según otros grupos de mitos, no sólo es el cosmos el que nace a continuación de la inmólación de un ser primordial y de su propia sustancia, sino también las plantas alimenticias, las razas humanas o las diferentes clases sociales (...). Para que dure una construcción (casa, templo, obra técnica, etc) ha de estar animada, debe recibir a la vez una vida y un alma”.

de **adecuadas decisiones**²⁴⁷, que ocurrirían durante todos los procesos de recreación ecosocial. Indudablemente, dentro de este escenario vital, orgánico, se podría entender y vivenciar la morada existencial, como una realidad mucho más rica que un objeto, artificio, artefactus o máquina de residir. Tal concepción vital, incidiría sustancialmente en los modos de pensar del hombre, generando consecuentemente un cambio en todas las nociones sobre lo que hace, sobre sus obras, sobre sus consecuencias. Desde tal mirada, el paréntesis donde la ecosociedad es posible y todo lo que en éste existe, podría comprenderse y vivenciarse como un universo vivo, orgánico, afectivo. Dimensión habitable, lógica y sensible, que resonaría, que se relacionaría, que orbitaría con mayor armonía junto a la totalidad de la naturaleza racional y afectiva del hombre. Sin lugar a dudas, al pensar que el espacio intraparentético ecosocial sería el lugar afectivo donde las transformaciones vitales serían posibles, emergería como el estadio en el cual la nueva humanidad podría emerger permanentemente. Paréntesis vital que podría vivificarse gracias a un cultivo cotidiano de la inteligencia afectiva de la humanidad. Es decir, debido a la actividad oportuna de un pensamiento co-reflexivo afectivo ligado al sentido vital, a la conciencia sistémica. De este modo, toda mirada atenta, podría presenciar en lo cotidiano un permanente renacimiento de la vida social, de la humanidad, que podría connotarse como una secuencia de nuevos principios, de nuevas fuerzas primordiales que se entregarían cíclicamente a la transformación vital. Por tal razón, sería posible entender a todo fluido de creación inteligente-afectivo, como un flujo o corriente litúrgica, como una dinámica fuerza primordial sacra capaz de convertirse en los umbrales de las nuevas realidades vitales. Desde esta posición, todo flujo creativo, todo ecoproyecto, podría entenderse como una abertura hacia nuevas realidades vitales, como una oportunidad de nuevos inicios o reemergencias necesarias. Razón por la cual, existiría una fuerte conectividad entre proceso creador y **simbolismo cosmológico**²⁴⁸, ya que estaríamos ante bellos estadios de ritualizaciones ecosociales

²⁴⁷ *Ibídem*, pág. 46: “Por esta razón, instalarse, en cualquier parte, construir un pueblo o simplemente una casa, representa una grave decisión, pues la existencia misma del hombre se compromete con ello: se trata, en suma, de crearse su propio ‘mundo’ y de asumir la responsabilidad de mantenerlo y renovarlo. No se cambia de morada con ligereza, porque no es fácil abandonar el propio ‘mundo’. La habitación no es un objeto, una ‘máquina de residir’: es el universo que el hombre se construye imitando la creación ejemplar de los dioses, la cosmogonía. Toda construcción y toda inauguración de una nueva morada equivale en cierto modo a un nuevo comienzo, a una nueva vida. Y todo comienzo repite ese comienzo primordial en que el universo vio la luz por primera vez”.

²⁴⁸ *Ibídem*, pág. 47: “Se ha visto la significación cosmológica y el papel ritual de la abertura superior de las diferentes formas de habitación. En otras culturas estas significaciones cosmológicas y estas funciones rituales se han transferido a la chimenea (orificio de salida del humo) (...). La arquitectura

que serían pertinentes para el permanente renacimiento de la humanidad. Por ende, las inteligencias que crean y proyectan ofrecen aberturas trascendentes hacia nuevos comienzos posibles, a modo de **infinidad de centros del mundo**²⁴⁹. En tal sentido, los estadios creadores se comprenderían como archipiélagos vitales dentro de todo paréntesis eco-existencial.

3.5. Reunión y sinfonía de aberturas vitales

Este punto trata de una íntima re-uni3n entre naturaleza y humanidad propiciada por la conciencia sistémica, aquella que es capaz asimismo de abrir umbrales o pasajes vitales. De este modo, toda ecosociedad lograría transformar lo amorfo en oportunidad existencial. En este sentido, emerge una sinfonía de aberturas vitales u ónticas en todas aquellas comunidades que se erigen como campanas resonantes de sus tendencias, de sus notas inteligentes y afectivas, que logran susurrar los cambios posibles a tiempo, siempre en direcci3n de un bienestar y felicidad que se muestran transitorios. Posici3n emergente del contacto con el pensamiento de Mircea Eliade.

Sustentándonos en que las sociedades pueden auto-re-organizarse permanentemente a través de sus flujos litúrgicos o frecuencias vitales, podremos entender verdaderamente todos los esfuerzos o movimientos ecoprojectuales. Desde tal posici3n el tejido social podría reemerger o reinventarse cotidianamente, como efecto lógico generado por causas inteligentes y afectivas, que desde su origen se moverían sistémicamente. Sería así como quedaría evidenciada la autoridad absoluta de la conciencia sistémica, del conocimiento colectivo sobre el destino de la humanidad, ligado indudablemente a la naturaleza. Sabiduría e intenciones entretejidas pues, que llevarían a las sociedades a tener la potestad de reorganizar su espacio vital cotidianamente sin olvidar sus ricas conectividades con la naturaleza. Es decir, que las sociedades tendrían el poder de reorganizar ordinariamente su eco-espacio o nicho vital. De este modo, las potencias co-reflexivas se revelarían como energías creadoras o fluidos vitales, fundadoras y

sagrada no ha hecho sino recoger y desarrollar el simbolismo cosmológico presente ya en la estructura de las habitaciones primitivas”.

²⁴⁹ *Ibídem: “La multiplicidad, o infinidad de centros del mundo no causa ninguna dificultad al pensamiento religioso. Pues no se trata del espacio geométrico, sino de un espacio existencial y sagrado que presenta una estructura radicalmente distinta, que es susceptible de una infinidad de rupturas y, por tanto, de comunicaciones con lo trascendente”.*

transformadoras de las condiciones necesarias para la vida ecosocial. Tal realidad dinámica y sustancial implicaría que el espacio existencial sea consecuencia de las potencias intelectivas y afectivas de la eco-humanidad; por ello, toda dimensión vital podría mantenerse religada, unida, vinculada o abierta al sentido del bien vital social. Desde tal perspectiva, sería posible entender la dimensión social como una realidad sagrada, debido a que pretendería conscientemente, defender y potenciar la savia vital que le recorre, que le hace ser, existir, dar, ofrecer. Circunstancia que nos permitiría comprender una finalidad de la autoridad de la conciencia sistémica y del conocimiento humano, desplegado en todos los procesos de reinención, renacimiento o reorganización ecosocial. Constituyendo tal realidad sustancial, tal energía vital, una oportunidad de goce, deleite o satisfacción en sí misma. Por lo tanto, los renacimientos, la reinención, la reemergencia de lo social, podría comprenderse como un efecto claro de una conciencia sistémica, de una gnosis activa, ecoproyectiva y afectiva, capaz de evitar todo desorden nefasto o caos mortal definitivo. Podría pues, concebirse o situarse tal escenario subsistente de la sociedad, como un lugar o paréntesis abierto vitalmente hacia un estadio propicio para desarrollar su naturaleza. Por ende, toda abertura óptica hacia dimensiones nutritivas, podría entenderse y connotarse como una oportunidad de transformación positiva de todo nicho vital, de toda la humanidad. En este sentido, experimentar cotidianamente la sociedad como espacio sacro implicaría vivenciarle como una realidad que renace ordinariamente, como un mundo que deviene vitalmente. Por lo tanto, tal abertura óptica, sustancial o vital permitiría un pasaje de un modo de ser, pensar, estar y hacer, a otro modo de ser, pensar, estar y hacer; es decir, implicaría un cambio, una transformación sustancial del ser humano ligada a la ecosociedad. En tal estadio, no solamente lo amorfo como algo externo podría ser transformado, conformado, gracias a tal abertura sustancial, sino también junto a ello, el propio estado ontológico **del ser humano**²⁵⁰. En este sentido, tal lugar vital renaciente podría visualizarse, connotarse, entenderse perfectamente como un paréntesis luminoso cercado o asediado por oscuridades no vitales o realidades inviables para la vida humana. Desde tal mirada, la vida en cualquiera de sus planos o manifestaciones, sobre todo la humana, podría concebirse como una extraordinaria y sustancial ruptura

²⁵⁰ *Ibidem*, pág. 51: “... diríamos que la experiencia del espacio sagrado hace posible la ‘fundación del mundo’: allí donde lo sagrado se manifiesta en el espacio, lo real se desvela, el mundo viene a la existencia. Pero la irrupción de lo sagrado no se limita a proyectar un punto fijo en medio de la fluidez amorfa del espacio profano, un ‘centro’ en el ‘caos’; efectúa también una ruptura de nivel, abre una comunicación entre los niveles cósmicos (la Tierra y el cielo) y hace posible el tránsito, de orden ontológico, de un modo de ser a otro”.

acaecida milagrosamente dentro de una realidad caótica no vital, no propicia para la vida ecosocial. Tal oasis vital, se revelaría como una realidad dinámica que puede auto-reorganizarse cotidianamente, a pesar de estar rodeada por estadios caóticos inviables para su perduración. Sería factible pensar pues, que lo organizado como lo vivo podría desplegarse a pesar de estar rodeado y penetrado por lo desorganizado, lo amorfo, lo no propicio para la vida. Es decir, que las fuerzas o realidades no propicias para el desarrollo existencial de la ecosociedad atravesarían permanentemente su espacio vital, y a pesar de ello, éste podría continuar siempre que lograra transformarles. Asimismo, estas dos realidades, vitales y no vitales, podrían perfectamente entenderse como dos fuerzas que se implicarían mutuamente, situación que posibilitaría la comprensión y el sentido de todos los movimientos subsistentes de la eco-humanidad. Por ende, estas dos hebras conformarían un mismo tejido existencial, a pesar de constituir una para la otra, una verdadera anomalía. Por lo tanto, lo vital y lo mortal, se podrían comprender como dos realidades que darían sentido al movimiento subsistente de las personas, de los grupos sociales, de la sociedad, de la eco-humanidad. Desde tal posición, los esfuerzos subsistentes conformarían lo amorfo, convirtiendo así toda anomalía del tejido vital en una oportunidad de perduración ecosocial. Por lo tanto, estaríamos conscientes de la presencia de efectos vitales y mortales emergentes como consecuencia de los movimientos sociales. Desde esta mirada, todo proceso de conformación de lo amorfo, implicaría ecos nutritivos para la perduración individual y colectiva. Sería así, que todo ecoproyecto, que todo flujo o sinfonía vital ofrecido ordinariamente, aportaría a tiempo todo lo necesario para la continuación social dentro de su paréntesis natural. Por consiguiente, sería posible situar el sentido de todos los esfuerzos o movimientos de las inteligencias que proyectan, en pleno conocimiento del desafío que asumen reorganizando la vida social. Donde lo contrario, revelaría una pérdida notable de potencia regenerativa, recreativa y de reinención del tejido social, que implicaría una imposibilidad de tonificar adecuadamente sus tránsitos vitales, cuyas consecuencias evidentemente, serían desfavorables. Por lo tanto, el espacio ecosocial podría ser comprendido como un efecto vivo emergente de una activa conciencia de la humanidad sobre las aberturas ópticas, es decir, sobre la existencia de pasajes subsistentes en los cuales poder trabajar cotidianamente con las hebras o fuerzas vitales y mortales del universo. En tal sentido, toda savia vital sería un patrimonio intangible circulatorio de las personas, de las ecosociedades, de la nueva humanidad, que se recrearía y reinventaría cotidianamente, ofreciendo todos los efectos subsistentes necesarios. Tal

savia patrimonial o tejido inmunológico poseído y regenerado por la eco-humanidad, se revelaría como la sustancia por excelencia a conservar, proteger y reinventar continuamente, permanentemente. En esta dirección, la humanidad podría recrearse cotidianamente, realidad que podría connotarse como un movimiento trascendente ligado a la inmanencia de la conciencia sistémica o vital. Por ende, cada ecoproyecto podría entenderse o revelarse como un templo creado por las ecosociedades, es decir, como pequeña abertura óptica hacia la vida. Sería así, que la multiplicidad de ecoproyectos constituirían una sinfonía de aberturas ópticas que potenciarían todo tránsito de perduración de la humanidad. Estaríamos pues, todos inmersos en una situación dinámica y subsistente en la cual sería posible elaborar inteligentemente los nuevos espacios habitables, siempre consecuentes de la conciencia sistémica y los conocimientos del hombre activos. Razón por la cual se justificaría ampliamente toda sinfonía vital tejida por las ecosociedades, que evidentemente emergerían como tránsitos hacia los espacios ideales de desarrollo de la naturaleza humana. Sin duda, toda ecosociedad como caja o campana resonante de sus propios movimientos inteligentes y afectivos, podría resonar, resurgir o perdurar continuamente como una realidad viva, expansiva, trascendentemente inmanente. Realidad desde la cual podría entenderse a la sociedad como realidad que desarrollaría movimientos auto-genésicos, dentro de un plano de conciencia sistémica ligada a las fuerzas vitales y mortales de sí misma, de la naturaleza y del cosmos. Por lo tanto, podría permanentemente auto-cultivar su tejido co-reflexivo, para desde tal labor cotidiana generar todas las reorganizaciones necesarias para sus tránsitos vitales. Sería de este modo, como se podría valorar sustancialmente las relaciones indivisas entre conciencia co-reflexiva, conocimientos, sociedad, humanidad, y naturaleza.

Sin lugar a dudas, la conciencia sistémica co-reflexiva, los conocimientos ligados a ella, podrían potenciar todo movimiento subsistente de la humanidad, en los cuales se ubicarían todos los ecoproyectos. Por lo tanto, podría pensarse que toda gnosis activa en tiempo oportuno, podría dar sentido a los tránsitos vitales practicados ordinariamente por las ecosociedades. Es decir, que todo conocimiento como realidad orbital a una inmanente conciencia sistémica, podría generar espacios vitales o aberturas ópticas que haría posible la subsistencia cotidiana de la ecosociedad. Por lo tanto, se podría pensar que todo conocimiento activo sobre la realidad transitoria de la sociedad, podría incidir claramente en su perduración vital. Es decir, que la conciencia sistémica y la gnosis

ligada a ella, potenciarían todo despliegue social, brindando a su vez una **dirección orientadora hacia lo trascendente**²⁵¹, un sentido vital a todo movimiento ecoproyectual. Por ende, todo conocimiento afectivo unido o participante del sentido vital, impulsaría en tiempo oportuno, la continua reinención del espacio ecosocial. En este sentido, volvemos a encontrar la necesidad de mantener correctas, adecuadas y armónicas conectividades entre la lógica social y la lógica de la naturaleza, que podrían revelarse en idóneas relaciones entre pensamiento proyectual y sociedad sistémica. Como es de constatar, todo proyecto podría ser entendido como una realidad compleja y conectiva entre sociedad, procesos, naturaleza, ofrecimientos, efectos, conocimientos, intenciones y conciencia sistémica. Realidad que hemos connotado como templo vital, como realidad sacra que dejaría huellas nutritivas para el codesarrollo de la humanidad. Tales consecuencias, tales ecos vitales y sustanciales, responderían a un poder de síntesis y belleza conectiva desplegado por las inteligencias y sociedades que se auto-re-inventan afectivamente todos los días. Por lo tanto, las personas asociadas libremente generarían ecoproyectos, es decir, podrían abrir pasajes ópticos como consecuencia de sus esfuerzos conectivos y sus tendencias vitales. Tal modo de entender las acciones subsistentes de la humanidad permitiría generar nuevas maneras de comprender y vivenciar los procesos de reinención, de reorganización de la vida cotidiana. Estaríamos pues, ante un renacimiento ecosocial potenciado por el estar juntos cotidianamente de las personas, en plena conciencia que se encuentran en un fermental presentismo de futuro. Desde tal escenario dinámico, trascendente, immanente, creativo, podrían entenderse todos los rituales proyectuales, como aberturas ópticas, como movimientos capaces de generar las reinenciones cotidianas necesarias para el permanente despliegue de la aventura humana. Tales aventuras ópticas subsistentes estarían sustentadas por una conciencia sistémica, por una razón afectiva co-reflexiva capaz de generar los conocimientos necesarios para permitir toda perduración ecosocial. Por ello, los rituales vitales cultivados por las potencias co-reflexivas de las ecosociedades, podrían entenderse como efectos necesarios para la transformación integral de la humanidad, es decir, que su ausencia sería inexcusable. Desde tal posición, toda ritualización ecoproyectual sería la evidencia del trabajo ejercido por la naturaleza humana creando las aberturas, las aventuras ópticas necesarias

²⁵¹ *Ibidem*: “Y es una ruptura semejante en la heterogeneidad del espacio profano lo que crea el ‘centro’ por donde se puede entrar en comunicación con lo ‘trascendente’ lo que, por consiguiente funda el ‘mundo’ pues el centro hace posible la orientatio”.

para su perduración vital. En definitiva, si se comparte esta posición, los ecoproyectos como ritos sistémicos necesarios, como aberturas-aventuras vitales, serían efectos de una sociedad capaz de idearse o de reinventarse perennemente a sí misma ligada a la naturaleza. Realidad que podría suceder, siempre que las potencias co-reflexivas se mantuvieran inclinadas u orientadas por el sentido del bien vital de la humanidad. Es decir, que estaríamos ante movimientos inteligentemente subsistentes, cuya tendencia sería una reactualización de la savia vital que nutriría evidentemente la existencia ecosocial. Sería así que todo renacimiento de la ecosociedad podría ser entendido como un instante de la repetición perenne de la génesis humana, que desde una mirada sistémica nunca sería posible desligarla del entorno natural que le acoge, le alimenta y le desarrolla. Por consiguiente, la conciencia de tal reactualización vital, que ligaría sociedad y naturaleza, fundamentaría la cotidiana **necesidad creativa ontológica**²⁵² que tendrían las inteligencias y sociedades que proyectan, de abrirse al sentido del bien existencial; aquel que hemos visto capaz de transformar toda desorganización que condujera a una muerte definitiva. Estaríamos pues ante una perspectiva ontológica desde la cual connotaríamos y comprenderíamos todo renacimiento inteligente y afectivo de la vida ecosocial. Realidad que facilitaría entender el sentido de las frecuencias o sinfonías vitales cultivadas por la humanidad. Por lo tanto, el desafío cotidiano de nuestras sociedades estaría ligado a una conciencia del sentido del bien vital que ligaría sociedad y naturaleza en un destino común, en un presentismo de futuro. Tal unión trascendente entre cultura y natura, revelaría una adecuación sistémica entre pensamiento, espacio social y naturaleza. Realidad que situaría a las potencias co-reflexivas en una trascendente **abertura cosmológica**²⁵³, en una dimensión desde donde

²⁵² *Ibidem*: “Todo mundo es obra de los dioses, pues, o ha sido creado directamente por los dioses, o consagrado y, por tanto, ‘cosmizado’ por los hombres que reactualizan de un modo ritual el acto de la creación. En otros términos: el hombre religioso no puede vivir sino en un mundo sagrado, porque sólo un mundo así participa del ser, existe realmente. Esta necesidad religiosa expresa una inextinguible sed ontológica. El hombre religioso está sediento de ser. El terror ante le ‘caos’ que rodea su mundo habitado, corresponde a su terror ante la nada. El espacio desconocido que se extiende más allá de su ‘mundo’, espacio no cosmizado, puesto que no está consagrado, simple extensión amorfa donde todavía no se ha proyectado orientación alguna ni se ha deducido estructura alguna, este espacio profano representa para el hombre religioso el no ser absoluto. Si, por desgracia, se pierde en él, se siente vaciado de su sustancia ‘óntica’, como si se disolviera en el caos, y termina por extinguirse”.

²⁵³ *Ibidem*, pág. 52: “Esta sed ontológica se manifiesta de múltiples maneras. La más chocante, en el caso especial del espacio sagrado, es la voluntad del hombre religioso de situarse en el meollo de lo real, en el Centro del mundo: allí donde el cosmos ha comenzado a venir a la existencia y a extenderse hacia los cuatro horizontes; allí donde existe la posibilidad de entrar en comunicación con los dioses en una palabra: allí donde se está mas cerca posible de los dioses. Hemos visto que el simbolismo del Centro del mundo no sólo ‘informa’ a los países, las ciudades, los templos y los palacios, sino también a la más modesta habitación humana, a la tienda del cazador nómada, a la yurta de los pastores, a la casa de los cultivadores sedentarios. En una palabra: todo hombre religioso se sitúa a la vez en el Centro del mundo

sería posible que la eco-humanidad se auto-re-proyectara afectivamente. Por tales razones, sería posible situar en un centro vital, en una abertura óptica, todos los proyectos inclinados hacia la reemergencia ecosocial, todas las aventuras subsistentes desplegadas por la humanidad. Por lo tanto, la ecosociedad siempre podría comprenderse como un efecto o consecuencia lógica y afectiva de toda transformación humana vinculada a la naturaleza y a los pasajes ópticos o vitales a los cuales lograra inclinarse. En esta dirección, los esfuerzos ecoprojectuales como aventuras subsistentes, como aberturas ópticas o vitales, participarían de toda recreación o reinención de los espacios ideales para la perduración ecosocial. Por tales motivos, habría que esperar de todo movimiento inteligente, de todo ecoprojecto, de toda abertura óptica, la emergencia de efectos nutritivos que propiciarían la existencia de un estado ecosocial de bienestar, felicidad o armonía sistémica. Desde tal mirada, sería válido pensar que nuestra especie conscientemente inclinada a una continuación o perduración existencial, siempre se afanaría por reinventar desde toda su potencialidad, las mejores condiciones vitales en todo presentismo de futuro. Se estaría pues, ante un escenario que llevaría lógicamente a pensar que buscar lo contrario, es decir, alejarse de todo centro vital, podría deberse solamente a determinados síntomas patológicos que propiciarían conductas auto-destructivas. Se podría comprender, que evadir todo movimiento necesario que facilitara la vida ecosocial, sería ilógico, incomprensible e inexcusable, por la simple razón de que iría en contra de la propia naturaleza subsistente de la humanidad. Desde tal enfoque, podrían entenderse, valorarse y connotarse todos los movimientos inteligentes y afectivos, todos los rituales de reinención social inclinados hacia las aberturas-aventuras ópticas, como necesarias invocaciones para la perduración, continuación, extensión y duración próspera de las ecosociedades, de la eco-humanidad. Indudablemente, trabajar en pos de tal continuación, perduración vital, sería más seductor, más digno, que su contradirección, ya que estimularía a toda la naturaleza humana, a todo su potencial pronto para pasar a la acción subsistente. Tal situación, evidenciaría la necesidad de conocer la naturaleza del ser humano ligada a las realidades temporales y espaciales que requiere para continuar desarrollándose. En este sentido, podría decirse perfectamente que ecoprojectar sería reprojectar o recrear la vida social y por lo tanto, reinventar su tiempo. Desde tal perspectiva, sería posible

y en la fuente misma de la realidad absoluta, en la misma 'abertura' que le asegura la comunicación con los dioses".

establecer que toda sinfonía o flujo existencial, que toda multiplicidad de aberturas ópticas inclinadas hacia un centro vital, ofrecerían como efecto sustancial, un tiempo vital, apto para ser vivido. Es decir, que todo ecoproyecto, en última instancia ofrecería como efecto, un tiempo respirable que permitiría sostener y eternizar en cada presente, la vida humana. Por ende, los estadios temporales ligados entre sí y ligados a la necesidad subsistente del ser humano y la naturaleza, podrían mantener su relación vital intacta en todos y cada uno los efectos proyectados por las sociedades modernas. Asimismo y en este sentido, sería posible ver claramente como la eternidad lejos de ser una realidad dada o donada, siempre se podría convertir en un efecto ecoproyectual. La eternidad proyectada en cada acción ecoproyectual, podría reinventarse siempre y cuando los movimientos inteligentes y afectivos de la humanidad, se mantuvieran orbitando en torno al centro inmanente cosmológico o sentido de bien vital social. Por consiguiente, sería válido anhelar y buscar activamente toda reemergencia, todo renacimiento, toda reinvención cotidiana de un tiempo de bienestar o felicidad; así como también mantener toda esperanza vital en las potencias co-reflexivas de la sociedad o tejido inmunológico. Tal noosfera sistémica tendría la fuerza necesaria para reintegrar a la humanidad en una armonía natural y cósmica en cada presente vivido. Emplazados en tal situación, se entendería la importancia del deseo vital emergente en la humanidad, ya que podría perfectamente constituir el impulso fundamental para poner en acción todos sus movimientos subsistentes. Es definitiva, las potencias co-reflexivas y todo deseo existencial, generarían movimientos ordinarios, simultáneamente conscientes e inconscientes, orientados hacia toda abertura vital, aquellas ligadas indefectiblemente al sentido del bien ecosocial.